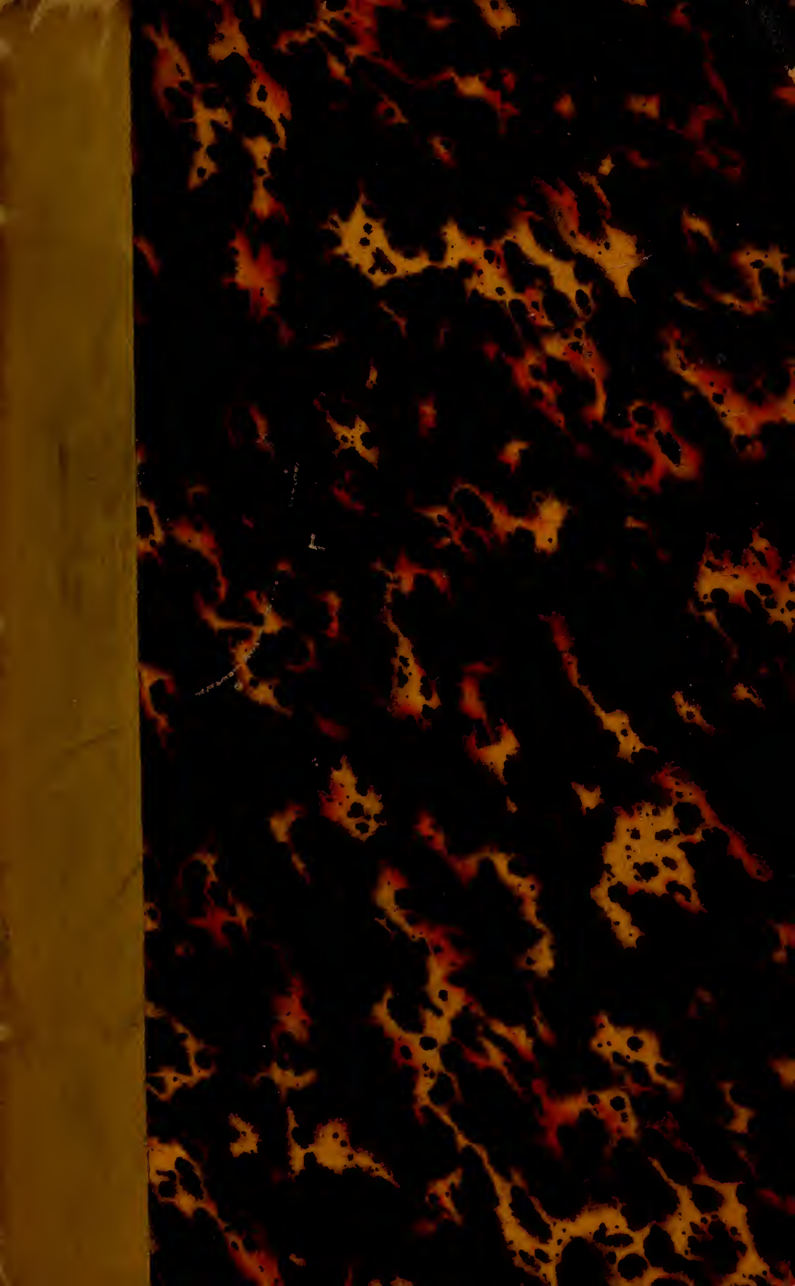






OBRAS ESCOGIDAS

DE

LOPE DE VEGA

IV

TIP. GARNIER HERMANOS, 6, CALLE DES SAINTS-PÈRES. — PARÍS.

OBRAS ESCOGIDAS

DE

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

CON PRÓLOGO Y NOTAS

POR

ELÍAS ZEROLO

TOMO CUARTO

OBRAS SUELTAS

PARÍS
LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS
6, CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6

1886

OBRAS SUELTAS

LAUREL DE APOLO

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON JUAN ALFONSO ENRÍQUEZ DE CABRERA

Almirante de Castilla.

Apolo, excelentísimo Señor, deseó laurear en España algún poeta, con justo sentimiento de que la universidad de Alcalá hubiese olvidado este género de premio entre las diferencias de sus grados, pues le tenía con notables circunstancias y honores cuando yo estudiaba las primeras letras; por cuyo olvido la academia de Madrid, y su protector don Félix Arias Girón, laurearon, con grande aplauso de señores y ingenios, á Vicente Espinel, único poeta latino y castellano de aquellos tiempos; y así en éste mandó á la fama que publicase cortes en el Parnaso, para que á ellas viniesen los pretendientes de mayores méritos. Celebráronse en el monte Helicona, á 29 del mes de abril del año de 28. Lo sucedido en ellas escribí en este discurso, y pareciéndome que, no sólo para mí, sino para tantos ingenios, era necesario gran protector y Mecenas, hice elección de vuestra excelencia, con aprobación de las musas. Y así, por voto se le consagro, pues ¿quién lo pudiera ser de tantos y tales, que cada uno es un libro de erudición inmensa, sino quien tiene derivada la grandeza y magnanimidad de tantos reyes, que por hábito de su real naturaleza pudiera obrarlas, sin las

heroicas virtudes que con tanto esplendor le constituyen sujeto de eternas y gloriosas alabanzas, y aumentadas para los que tratan de buenas letras con la honra que hace á los libros y á los ingenios la estimación de su raro juicio? Todos, y yo en su nombre, con la esclavitud debida, y heredada por mis padres, á la inmortal memoria del señor almirante don Luis, abuelo de vuestra excelencia, le ofrecen plumas para su alabanza y deseos para su vida, que con alta prosperidad nuestro Señor aumente, etc. De Madrid, último de enero de 1630.

Capellán y criado de vuestra excelencia,

Frey Lope Félix de Vega Carpio.

Quid timeam hostili minantia spicula dextræ,
Si mihi tu clypeus, si mihi Cæsar ades?

PRÓLOGO

El admirarse tienen algunos hombres por corto caudal de entendimiento; yo no fiaría mucho del suyo; porque, siendo opinión de Aristóteles que del admiración nació la filosofía, mal dijo Erasmo, como otras muchas cosas, que era parte de felicidad el no admirarse; y si della procedió el inquirir las causas, y desta especulación las ciencias, ¿cómo puede ser la admiración ignorancia, si el deseo de saber es natural, y la admiración el principio de haber sabido? Yo, al contrario, presumo que el admirarse nace de un humilde reconocimiento al cielo, que dió tan alta sabiduría á los hombres. Malignidad y depravado ánimo llamó Plinio el no admirarse de lo que fuese digno de admiración, y pudiera añadir que es ingratitud y arrogancia. De que nace que muchos digan mal de cuanto miran, sientan mal de cuanto ven, y aun podría ser que estudiasen en secreto de lo que murmuran en público, de que se quejaba el divino Jerónimo. ¡Oh vanidad de los hombres, no reconocer al cielo, que pudo hacer más en otros de lo que hizo en ellos! Yo, señor lector, me admiro de cuán aumentada y florida está el arte de escribir versos en España, y no veo lucir ingenio que con virtuosa emulación no me haga reconocer cuán lejos estoy de imitarle; que, aunque es verdad que no me agrado del nuevo estilo de algunos, no por eso dejo de reconocer sus grandes ingenios y venerar sus escritos; que el agravio de nuestra lengua, si lo es, el mismo tiempo volverá por él ó se conocerá que lo ha sido. Deseo tuve siempre de ejecutar esta admiración en más largo discurso, celebrando tantos y tan ilustres ingenios como pro-

duce España, y más en tiempo que tan favorecida vive esta facultad de las dos mayores coronas, divina y humana; pero embarazado de mi ignorancia, y pareciéndome difícil provincia [1], lo he dilatado. Persuadido, finalmente, como dicen siempre los que escriben libros, más de mi propio deseo que de mis amigos, en más breve tratado escribí este *Laurel de Apolo*, que tenía prometido á las musas de la patria. El ánimo dirá su discurso : alabanzas son de todos ; ninguna mayor mía que haberlos alabado. Lástima sería que por alguno que no conociese ó se me hubiese pasado de la memoria en los de mi patria (que en las otras sólo celebro pocos, por no causar fastidio), me sucediese ganar enemigos, donde la ignorancia no puede ser malicia, ni el defecto de la memoria culpa grave. Pero, por no salir del propósito de admirarme, san Agustín dijo que la cosa más admirable en la naturaleza era amar los enemigos, y esto pienso hacer yo, por hacer alguna cosa admirable. En lo más ó menos alabados tampoco soy digno de reprehensión, porque me guiaba lo que se me ofrecía, y no había tomado medida tan puntual á todos; que un oficial yerra un vestido, un arquitecto un edificio, y un pintor un retrato; y es diferente simetría el alma de los ingenios que el cuerpo y rostro de los hombres y la firmeza de los edificios.

1. Hay una errata : debiera decir *propósito, empresa,* ó cosa parecida.

LAUREL DE APOLO

SILVA PRIMERA.

Dejad las varias telas,
La púrpura y el oro,
Clarísima corona
Del monte de Helicona;
Herid las dulces cuerdas paralelas.
Gima el arco sonoro;
Bañad en indio electro
Las siempre juntas cerdas,
Ó suene al golpe el prevenido plectro,
Que vestido de grana,
Sin ofender las cuerdas,
Las toca dulcemente.
Acompañad, divinas, lira humana,
Por el dorado lazo resonando
Con recíproca voz el aire blando;
Que ya de los cristales desta fuente,
Urna de arenas de oro y de zafiros,
Como es lágrimas toda su corriente,
Nos ayudan las quejas y suspiros.
Venid, que os llama el mismo sol que os guía,
Que para no dejar sin luz el día,
Y asistir á la tierra,
Á la décima musa, dulce guerra
Del mundo, el plaustro fulgurante fía;
Que en tanto que le goza el sacro monte,
Le da las riendas de Flegón y Etonte,
Si bien teme que sea
Nereida celestial, nuevo Faetonte,
Abrasando la senda de Amaltea,
Y el mundo, incendio de sus bellos ojos,
Los amorosos rayos dilatando,
Que á Climene renueven los enojos,
Y las justas tristezas

Aumente á las Heliades llorando
El ámbar que distilan sus cortezas,
Con dura execración quejas formando
Del escorpión aleve,
Que al tierno joven espantó de suerte,
Que le mató en el cielo,
Donde jamás poder tuvo la muerte.
Finalmente su imperio substituye
Vuestra décima musa; sol de hielo,
Mientras hace las cortes del Parnaso,
Al oriente da luz, sombra al ocaso,
Términos á las horas constituye,
Alma de fuego en cristalino velo,
Salamandra de amor en llama helada,
Tórrida zona cuando más templada,
Rayo, cometa, luz, estrella, fuego,
Amor con vista, por efetos ciego,
Que así de su esplendor los polos viste,
Que no es menester sol donde ella asiste.
Vos, príncipe ilustrísimo, á quien tanto
Debéis de honor, castálides hermosas,
Un rato suspended al tierno canto
Las alas vagarosas
De graves pensamientos,
Á los negocios del Estado atentos,
Ó á divertir ausencias
(Floridas por los campos diligencias)
Del gran león de España,
Que en tantos mares las guedejas baña;
Cuya sangre tenéis limpia en el pecho
De quien vive glorioso y satisfecho,
La vuestra propagando
Por línea del católico Fernando,
Nieto de aquel Enríquez generoso,
Aquel Fadrique invicto y vitorioso,
Cuya hija dió reyes á Castilla,
Á la corona de Aragón triforme,
Y adonde baña la fecunda orilla
El mar la fértil copa
De la blanca sirena
Que despreció las flores con la pena
De la robada Europa;

Heroína conforme
Á sus progenitores,
Mayores para ser vuestros mayores.
Oid pues el *Laurel* que justamente
Fuera debido á vuestra heroica frente,
Pues tanto honráis las letras y las musas;
Veréis cómo difusas
Los ingenios laurean
Que las cumbres difíciles pasean
De Pimpla y de Bibetro,
Que se propone el siempre verde cetro
De Dafnes, aun ingrata en tierna rama,
Á quien España Proto-Apolo llama;
Materia digna de mayor sujeto,
Y de la envidia más heroico objeto;
Que no quisiera ver monarca alguno,
Sino que todo cuanto España oyera
Poesistocracia fuera;
Añadiréis á vuestros libros uno,
Y á vuestra gloria inumerables sumas
De historias, de laureles y de plumas,
Si bien vuestros antiguos coroneles
Del más alto laurel serán laureles.
Ya la fama sonora,
Saliendo por las puertas de la aurora,
El velo transparente
Bordaba con el oro de la frente
Del tierno sol infante,
Y al eterno instrumento de diamante
Tantas almas canoras infundía,
Cuantos su boca alientos dividía,
Publicando las cortes españolas.
Ya se encrespaban de la mar las olas,
Asomando sus ninfas las cabezas,
Que ceñían marítimos hinojos,
Corales verdes con señal de rojos;
Quejándose el cristal rompido á piezas,
Por donde el sol hirió las vítreas salas,
Saliendo tantas juntas,
Que le mojaban las rizadas puntas
De las veloces alas,
Que tira el agua en competencia balas,

Y formando de hielo sus centellas,
Que hay espumas que intentan ser estrellas.
Ya por los bosques verdes hamadriadas,
Oreadas y driadas,
Los cabellos tendidos,
De trepadoras hiedras guarnecidos,
Atentas escuchaban;
Hasta las aves en silencio estaban,
Sin escucharse por la selva amena
Trágica filomena,
Alternando las flores,
Para vestir los campos, las colores.
Las abiertas las hojas extendían,
Y las inclusas el botón abrían,
Sin que lirio se viese
Que no le dividiese
Línea de oro sutil lo azul escuro,
Ni rosa el nácar puro
De los unidos átomos dorados;
Y de suerte callaron en los prados
Los limpios arroyuelos,
Que de verlos parados,
Pensaron las arenas que eran hielos;
Y suspendió la máquina divina
La celestial pretina,
Y del carro del sol las altas ruedas
Pisaron las espléndidas veredas,
Sin aquella armonía
Que compone de números el día,
Ni distinguir las horas
Cuando las rosas dividió sonoras,
Diciendo que mandaba el claro Apolo
Que todos los ingenios deste polo,
Ó aunque fuese en el mar de Trapobana,
Como se hablase lengua castellana,
Sin eceptar persona,
Viniesen á los valles de Helicona,
Substituyendo su poder los muertos,
Pues en la fama viven inmortales,
De sus méritos ciertos,
En vida y muerte iguales,
Para dar el laurel al que por votos

De amor, de envidia y de interés remotos,
Partes tuviese y méritos mayores,
Con que á la gloria del laurel llegase,
Pues era cosa injusta que faltase
Divino archipoeta
Dignísimo á los délficos honores,
Que nacido en los brazos de las musas,
Después tuviese erudición perfeta;
Que hay pocos, raros, cuando son infusas,
Habiendo de repúblicas menores
Príncipes laureados.
Pero porque los muchos convocados
Del uno y otro hespérico horizonte
Serían para huéspedes de un monte
Multitud insufrible
Y de ingenios equívocos terrible,
Mandó que no pudiese al gran teatro
Venir más copia que de solos cuatro,
Pues cuatro eran bastantes
De los más conocidos y importantes;
Cosa que no causó pena ni agravio,
Porque en esta materia de poesía
¿Quién hay que no se tenga por más sabio?
Natural filaucía.
¿Quién hay que no presuma
Que es del fénix arábico su pluma,
Y como si bebiera,
Ó Títiro ó Sincero, en la ribera
Del Arno, el Mincio, el Tibre,
Escriba libros de que Dios nos libre?
¿Quién hay versificante que se vea
En el líquido espejo de Narciso
(Si el propio amor las ondas lisonjea),
Ciego á la claridad, sordo al aviso,
Que ya con los coturnos ó los zuecos
No se enamore de sus mismos ecos?
¿Quién hay que no perfile sus estancias
De un trilingüe escuadrón de extravagancias,
Y como Merlinice,
No responda que Góngora lo dice.
Capítulo tercero de la esparza,
Donde pintó la garza?

Como si más que basa fuese basis,
Y hurtar las voces imitar las frasis;
Como si aquel ingenio soberano,
Que frisó con el nombre de divino,
El griego y el latino,
El francés y el toscano,
Pudiese traducirle ajena mano.
  Los ríos españoles,
Haciendo visos, repitiendo soles
Hasta salir las élices nocturnas,
Dejaron brevemente
Por la orilla aromática las urnas,
Y apartando las ovas de la frente,
Sus ninfas convocaron,
Que juntas admiraron
El caso nunca oído,
Y el laurel confirieron prometido.
  En un carro salió triunfante el Duero,
Más portugués allí que castellano,
Cerúleo el cuerpo y el cabello cano,
La voz quebrada y el mirar severo;
Tirábanle dos cisnes, que podían
(Tal esplendor y candidez tenían)
Ser celestes figuras;
Hirió las aguas puras
Con el tridente, y dellas
Salieron juntas cuatro ninfas bellas,
Que si después que del troyano fuego
Por el atrida griego
Huyó el troyano sucesor de Anquises,
Fundó á Lisboa el elocuente Ulises,
Bien pudiera tenerlas por sirenas;
Estamparon la playa, y las arenas
En aljófar volvieron,
Y al claro Duero atentamente oyeron
Lo que de la alta fama refería.
  En tanto el Betis á mirar salía
La novedad extraña,
Y contemplando la ciudad que baña,
En quien el claro sol principio hacía
En cada vidro de su templo al día,
Más laureles se finge y más trofeo

Que produce Pangeo
Mejillas del aurora,
Si así llama las rosas que colora.
Por otra parte mira
La ciudad en el agua transparente,
De edificios portátiles fundada,
Y de mirar se admira
La máquina eminente
Cuyas velas trujeron desvelada
Tanta envidia holandesa;
Y codicioso de tan alta empresa,
También sus ninfas llama,
Que descubriendo por la verde lama
Coronadas de oliva las cabezas,
Mostraron sus riquezas
En los velos de perlas de Cubagua,
Que en nácar cría el sol cuajando el agua;
Y por su hijo llora,
Hasta que viene el sol, la blanca aurora.
No menos del dorado Tajo al viento,
Luego que al claro acento
De la fama solícita escucharon,
Las cabezas espléndidas sacaron,
Crespos tendiendo, para más decoro,
Por campos de marfil cabellos de oro,
Cimodoce, Dïamene y Climene,
Y la que igual no tiene,
Que en tiempo del divino Garcilaso
(¡ Oh injusta piedra! ¡ Oh lamentable caso!)
Le escuchaban cantar los dos pastores,
Cuyos dulces amores
Estaban las ovejas escuchando,
De pacer olvidadas, y él cantando
« Aquella voluntad honesta y pura ».
El río por la bárbara espesura
De juncia y espadañas,
Debajo del dosel de verdes cañas
Los tiempos refería
En que apenas había
Flor, peña, margen, rama
Ni lugar eminente
Que como en Grecia no tuviese fama,

Donde árbol, monte, peña, lago ó fuente
Jamás quedó sin nombre por sus plumas.
Con esto á los presentes
Nombró, si bien con partes diferentes,
Y fugitivo se vistió de espumas.
Porque nombrar un príncipe poeta
No es dado á la opinión de un hombre solo,
Que es la elección perfeta
El aplauso común de polo á polo,
Y es ignorancia y arrogante caso
Hacerse palatino del Parnaso.
Aquí, si nuestro intento
Fuera pasar á la primera Hesperia,
Que del antiguo Atlante el nombre toma,
¿Con qué purpúreo espléndido ornamento
Diera feliz materia
El claro espejo en que se mira Roma?
Saliera el Tibre undoso y cristalino
Que vió Virgilios y Enios,
Y tantos fertilísimos ingenios,
Por quien son sus riberas inmortales,
Y coronara por mejor latino,
Sobre los tres laureles celestiales,
Las sacras sienes del pastor divino,
Lustre inmortal del nombre barberino,
Sagrado archimandrita,
En cuya santa mano deposita
Pedro el cayado de oro
Y la llave mayor de su tesoro.
Hijo al fin de Florencia,
Cátedra universal de toda ciencia,
Donde traslada Grecia los liceos
Con mayores trofeos
Que de Homeros y escuros Licofrontes,
En Ángelos, Mirándulas, Marsilios,
Más celebres que Tulios y Virgilios.
Hoy pues, alma ciudad, los siete montes
Al gran Mafeo humilla,
Y tú la verde orilla
Excede hasta besar sus pies sagrados,
Oh siempre dulce y venerable río,
Y del afecto mío

Deja en humildes versos informados
Sus cándidos oídos, donde solo
Debiera resonar délfico Apolo,
Que leyendo sus líricos divinos,
Enmudecieran griegos y latinos;
Y más en los heroicos, donde admira
De Horacio el plectro y de Anfión la lira,
Ó el Títiro de Mantua, los pastores,
Honor del campo y gloria de las flores,
Cuando en su fértil quinta
El ocio ameno retirado pinta,
Y el descanso en que vive,
En estos versos que á Laurencio escribe.
Ya los campos las lluvias humedecen,
Tiempla el calor el aura, y el estío
Huye ligeramente,
Los prados llaman y los aires crecen.
Aquí se espacia y goza el gusto mío,
Midiendo el largo campo alegremente.
Mas ¿cómo, pluma intrépida, pudiste
Correr al sacro Febo la cortina,
Y á la musa latina
La española atreviste?
Bárbaro Apeles de Alejandro fuiste.
Vuelve á cubrir la imagen soberana
Del celestial Orfeo,
Oráculo sagrado de su pluma,
Que no puede sufrir la vista humana,
Aunque de ave de Júpiter presuma,
El puro resplandor del sol Mafeo.
Por ti, sacro pastor, por ti poseo
El honor que los ojos de la envidia
Deslumbrados fastidia,
Porque ser de tu mano
No le puede igualar mérito humano.
Alégranse los buenos
De los bienes ajenos;
Los malos se entristecen
Porque no los merecen;
Clarísimo argumento
De noble nacimiento
Enseña quien se agrada

De la virtud premiada,
Como arguye bajeza
Y envidia la tristeza.
Nunca tales extremos
En nobles almas vemos;
Si de tener honor el darle viene,
Ninguno puede dar lo que no tiene;
Á quien el deshonor público sobra,
Con darle al bueno piensa que le cobra;
Mas, como sus desdichas descubrieron,
Vuelven á sí lo que á los otros dieron.
Pero comiencen ya las nobles musas
Las justas alabanzas, sin que formen
Con la ignorancia excusas,
Cuando no con los méritos conformen;
Pues bien este discurso mereciera,
Si de uno solo, y no de tantos, fuera.
Que ya á la voz de la verbosa fama,
Que al sagrado laurel ingenios llama,
Círculos de cristal el Tajo encrespa
En rizos de oro de la arena crespa,
Y á ver los que convoca,
Trepar intenta la sublime roca,
Adonde atenta mira
Tanta de Amor y Marte docta lira,
Acudiendo el primero
El Títiro español, nuevo Sincero,
Cuya divina musa toledana
Dió poder á la lengua castellana;
Gregorio Hernández, á quien hoy le deben,
Aunque otros muchos prueben
Á querer igualar su ingenio raro,
Virgilio y Sanazaro
Hablar con elegancia, y no con vana
Pompa inútil, la lengua castellana,
Como diciendo en fácil melodía:
« ¡ Ay dulces prendas cuando Dios quería! »
Ó en el parto sagrado de la Estrella
Que cupo todo el sol del cielo en ella,
Con estilo más limpio, más hermoso,
Cándido y puro que la luz del día:
« Tú sola conducir, diva María,

Puedes mi musa á puerto de reposo;
Puedes, y tú querrás; y ansí, entro cierto
De hallar á tu divino parto puerto.»
El claro Garcilaso de la Vega,
Aunque de mil laureles coronado,
Que nadie el principado
De aquella edad le niega,
También dió su poder en causa propia
De su casa ilustrísima á los Arcos,
Heroico descendiente,
Tan libre de Zoílos y Aristarcos,
Que parece oponerle cosa impropia;
Pero dice la fama que se intente,
Y aunque hoy vive la fuente
« Que en medio del invierno está templada,
Y en el verano más que nieve helada »,
Pasan los siglos, y en distintas sumas,
Naciendo vidas, se renuevan plumas,
Águilas y fenices,
Aunque en la estimación menos felices;
Si bien más justo fuera
Que al Hércules ninguno compitiera.
Luego, y tan justamente
Laureada la frente
De Angélica suave,
Flor tan debida á quien imita al ave,
Cantando con dulcísima armonía,
Al alba santa que nos trujo el día,
Con mil votos de exceso
Se opuso Valdivieso,
Por quien ahora el arpa betleemita
Los tiples celestiales resucita,
Y el divino Josef de nuevo alcanza
La gloria accidental de su alabanza.
Mas ya las santas musas apercibe
Aquel que muerto en mi memoria vive,
Y siempre vivirá con dolor tanto,
Que me deshace el alma en tierno llanto;
Elisio Medinilla,
Á quien las verdes selvas lastimadas
Diciendo están por una y otra orilla:
« Aquí por estas peñas enramadas

Cantó la *Concepción* en alto estilo,
Mientras que yo del parto de María
La noche felicísima escribía. »
El Tajo, que á los dos nos escuchaba,
Y agora corre convertido en Nilo,
En vez de murmurar, también cantaba,
Y para más exagerar su pena,
Aun le parece que es pequeño río,
Y tristemente suena:
« Elisio, Elisio mío. »
Pero, pues no respondes,
Y á mis voces y lágrimas te escondes,
Descansa en paz, que por las verdes ramas
Deste laurel, hasta tu nombre ingrato,
Colgarán mis pastores epigramas
Á tu infeliz retrato,
Infamando la espada
De tu sangre y mis lágrimas bañada.
Servid, pimpleas, néctar y ambrosía
En una rica mesa al cintio Apolo,
Cuando llegue en Toledo al mediodía,
Que él la merece solo,
Versos también después para esta empresa
Del ingenio feliz de Blas de Mesa.
Aunque bebiendo del fecundo vaso
Aromático humor, es cierto axioma
Que el poeta discreto fuerzas toma,
Mejor está á las damas del Parnaso
Beber cristal de linfa transparente,
Pues Gaspar de la Fuente les dió fuente,
Y es Jusepe de Herrera
Florida de su monte primavera.
Á las cerdas del arco
Repasa, oh Clío, el ámbar, porque cantes
Los versos elegantes
De Isidro Xuárez y Gaspar del Barco,
Y laureados premia
Por su docta academia
Á Mata, Ovando, Paz, Bustillo y Haro;
Serrano, ingenio claro,
Marcos Rüiz, Martínez y Zurita,
Y el pretendido lauro solicita

Para Antonio de Herrera.
Tú, Minerva, también con manos largas
De Diego Bosque y de Gaspar de Vargas
Ciñe las frentes de la verde esfera
Debida á los ingnios toledanos,
De espada y pluma césares romanos.
Si por claros varones
Soberbio presumiste
Laurear la cabeza,
Oh rey de ríos, venerable Tajo,
Agora es más razón que la corones
Por una insigne y celestial belleza.
Y si del alto alcázar pretendiste
Tus ondas igualar al fundamento,
Contra la calidad de tu elemento,
Desde las urnas de tu centro bajo,
Con más razón por las escalas sube,
Bebiendo de ti mismo como nube,
Á dar cristal deshecho al edificio,
El cuyo frontispicio
Pueden bañar las aves alemanas
Las negras alas en las ondas canas,
Glorioso de mirar la bizarría
De doña Ana de Ayala,
Cuya hermosura y gala
Ser alma de las musas merecía.
Por ella tu ribera
Es siempre primavera;
Della aprenden las aves
Números dulces que trinar süavès;
Y si miras atento
Á su hermosura igual su entendimiento,
Admira que juntó naturaleza
Á ingenio tan sutil tanta belleza.
Entre la insigne y prodigiosa escuela
De damas toledanas,
Que en discreción son únicas fenices,
De Barrionuevo doña Clara vuela,
Pasando, celestial, líneas humanas,
Con las plumas de versos tan felices,
Colores de retóricos matices,
Á la esfera del sol, donde las dora

Entre los cercos de la blanca aurora.
Si de Rivadeneyra
Doña Isabel escribe,
¿Cómo la fama vive
De cuantas laureó Roma ni Atenas?
Porque sus rimas, de conceptos llenas,
Exceden las de Laura Terraquina,
Cuanto fué la toscana
Divinamente humana,
Y ésta siempre divina.
Oh musas, esparcid cándidas flores,
Que canta al Dios de amor versos de amores,
Y si el cordero por canceles mira,
Dios habla, el cielo escucha, amor suspira.
La fama, que contenta discurría
Por la montaña de edificios altos,
Nunca de nobles ni de ingenios faltos,
Dos halló menos, que estimar solía.
Estaba Febo en la mitad del día,
Cuando, no sin enojos,
Volvió las luces de los claros ojos,
Con que penetra, como lince eterno,
Del solio de la luna al lago Averno,
Y por el golfo de León á Italia,
Dejando á un lado la facunda Galia,
Y halló en la bella Nápoles regente
Á Gregorio de Angulo,
Al español Tibulo.
Al toledano Horacio, al elocuente
Y dulce Anacreonte,
Mandándole que luego parta al monte;
Pero excusóse, que sirviendo estaba,
Y puesto que la fama porfiaba,
No fué posible que de allí saliese;
Porque aprobó la envidia que no fuese.
Alzó las alas bellas
El pájaro inmortal de eterno pico
Á la reina del mar Mediterráneo,
Que está como la luna en las estrellas,
Y fertiliza aquel terreno rico
Copiosa Ceres de abundante grano;
Mas discurrió desde Sicilia en vano

El Peloro, Pachino y Lilibeo,
Donde gimen Encélado y Tifeo,
Y un mármol sólo halló, que así decía:
» Aquí yace Gaspar de Barrionuevo;
» Respeta, oh huésped, la ceniza fría.
» Murió la luz de Febo,
» Murió con la humildad la cortesía,
» El donaire, la gracia, la dulzura;
» Así la sombra de las almas dura. »
Pero en sazón de pena tan notable,
Las justas suspender lágrimas pudo
De frey Miguel Cejudo,
El ingenio admirable
En una y otra lira,
Pues con latina y castellana aspira
Á que por Valdepeñas Calatrava,
Si bien en la región del aire estaba,
Sea el délfico monte
Del alado Pegaso, que le debe
Por pizarras de plata el cristal puro,
Que en conchas de oro bebe;
Aquel por quien llegó Belerofonte
Hasta el celeste muro.
Vive, ingenio feliz, vive seguro
Que á su templo te llama
El soplo en oro de la eterna fama,
Para que Guadiana en lauros vuelva
Las neas, cuyas islas le hacen selva.
Pero permita, pues se precia tanto
De galán de las musas,
Que se celebre aquel heroico espanto
De nuestro patrio ibero,
Pitagórico espíritu de Homero;
Pues todas nueve infusas
Pusieron en sus labios
La dulce elocución, que á tantos sabios
Tuvo suspenso el grave entendimiento.
Aquel dulce portento,
Doña Laurencia de Zurita, ilustre
Admiración del mundo,
Ingenio tan profundo,
Que la fama, la suya, para lustro

De sí misma la pide,
Escribió sacros hinos
En versos tan divinos,
Que con el mismo sol dímetros mide;
Que no era ya plautina
La lengua facundísima latina ;
Laurencia se llamaba.
Con tanta erudición la profesaba,
Añadiendo á su ingenio la hermosura
De la virtud, que eternamente dura.
Tomás Gracián, que fué su digno esposo,
De las cifras de Apolo secretario,
Como del gran Felipe,
Yace también en inmortal reposo;
Pero el olvido á toda luz contrario
No puede ser, que su valor disipe.
Del laurel pretendido participe,
Como su heroico padre, celebrado
Por tantas lenguas y por tantas ciencias.
Su siglo fué dorado,
Que todo le vivió, sus hijos viendo,
De santos y de sabios coronado.
¡ Oh milagro estupendo!
Que alcance un hombre á ver todos discretos
Sus hijos caros y sus dulces nietos.
Pero volviendo aquel lugar dichoso
Qué fué de frey Miguel patria florida,
La fama con el vuelo vagaroso
En los tornos del aire sostenida,
Cual suele en la estendida
Tierra mirar el águila la presa,
Miró para esta empresa
Á doña Ana de Castro, y no la hallaba,
Porque en la corte de Felipe estaba.
Oh tú, nueva Corina,
Que olvidas la del griego Archelodoro,
Á quien Dafne se inclina
Y el cisne más canoro,
¿ De quién mejor pudiera
Fiar Apolo los coturnos de oro,
Si Píndaro viviera,
Para laurel de tanto desafío?

¡Oh ninfa ya de nuestro patrio río!
Pretende el lauro verde,
Que nunca al hielo la esmeralda pierde;
Y pues das á Felipe eternidades,
Reserva para ti siglos de edades.
Gloria de Cuenca, Baltasar Porreno,
En el verso latino y castellano
De tanta erudición su muestra lleno,
Cuanta puede alcanzar límite humano,
Tulio español, Demóstenes cristiano.
Fray Alonso Ramón, puesto que olvida
Las musas por la historia,
Cuenca le ofrezca duplicada gloria,
Á sus letras debida,
Pues le ha dado más frutos, más tesoro,
Si los libros son más que plata y oro,
Entrando mas por ti, dichoso Júcar,
Que á España por la barra de Sanlúcar.
Álábese Buendía
De los muchos que ha dado á la poesía,
Juan Izquierdo de Piña, á quien coronan
Las musas, que su ingenio perficionan,
Que en llegando á las musas,
Todas parece que las tiene infusas;
Pero alabarle es vano pensamiento,
Que sus libros dirán su entendimiento.
Linares, arrogante justamente,
Á la voz de la fama alzó la frente
Por Pedro de Padilla,
Padilla, de aquel siglo maravilla,
En que las musas, aunque hermosas damas,
Andaban en los brazos de sus amas.
Pero la sierra, que en la verde orilla
Del claro mar de España
El pie de mármol baña,
Adonde yace Ronda,
Querrá tiembién que Apolo corresponda
Á lo que debe al inventor süave
De la cuerda, que fué de las vigüelas
Silencio menos grave,
Y las dulces sonoras espinelas,
No décimas del número de verso,

Que impropiamente puso
El vulgo vil, y califica el uso,
Ó los que fueron á su fama adversos;
Pues de Espinel es justo que se llamen
Y que su nombre eternamente aclamen.
Las rimas españolas
Fueron entonces en su acento solas,
Cuando cantaba, en dulce amor deshecho:
« Rompe las venas del ardiente pecho; »
Y sus himnos divinos,
Iguales á los griegos y latinos
De aquellos falsos dioses.
Tú pues eternamente en paz reposes,
¡Oh padre de las musas, docto Orfeo,
De músicos y cisnes corifeo,
Que con las cuerdas nuevas
Hoy pudieras haber fundado á Tebas!
Honraste á Manzanares,
Que venera en humilde sepultura
Lo que el Tajo envidió, Tormes y Henares;
Mas tu memoria eternamente dura.
Noventa años viviste;
Nadie te dió favor, poco escribiste.
Sea la tierra leve
Á quien Apolo tantas glorias debe.

SILVA II.

La colonia inmortal de los romanos,
De todas las naciones admirada,
En el estrecho Atlántico sentada,
Á quien la ninfa Antártica en las manos
Está siempre ofreciendo plata y oro,
Dorando sendas por montañas de agua,
Margaritas Cubagua,
La China lo mejor de su tesoro,
Formando con esmaltes de colores
En campos de oro pabellón de flores,
Y las aves de vista tan hermosa,
Que viéndolas parece
Que fué naturaleza fabulosa,

Y que es mentira cuanto canta y crece;
Finalmente Sevilla,
Sola por todas siete maravilla,
Por el sinestro lado baña el muro
En el espejo puro
De las ondas del Betis,
Por cuya puerta coronada Tetis
De coral vergonzoso,
Todo curso de Febo luminoso
En caballos marinos la enriquece,
La que en piedad florece
En letras, armas y en ingenios raros.
Nobleza ilustre de ascendientes claros,
La rica y populosa
Del mar de España esposa,
Como en todas acciones
Tuvo siempre científicos varones,
No quiso en ésta que faltar pudiese
Ingenio que las hojas mereciese
Desde el primer desdén de Dafne altivas,
Y ansí, tener pensaba
Tantos verdes laureles como olivas,
Si el premio de justicia se le daba.
  La fama, en fin, con dilatado vuelo,
No sólo por la parte de su cielo,
Pero por todas las demás ciudades
Del distrito andaluz corrió ligera,
Provocando diversas facultades,
Y á todas, dulcemente lisonjera,
Los délficos laureles prometía;
Y como pretendía
Que adonde nuestra lengua propia fuese
La gloria del laurel se conociese,
Partióse con el sol por el ocaso,
Y para referir el nuevo caso
Prestóle al vago viento
Las alas de su presto movimiento,
Viendo que de volar se divertía,
Jugando con los velos,
Que trasladaban luces á los cielos.
Mas viendo que salía
De los confines de la noche el día,

En un yerto peñasco,
Sobre la mar pendiente,
Los pies en agua y en el sol la frente,
Alborotó las musas de Cairasco,
Que esdrujular el mundo
Amenazaron con rigor profundo.
Pero dejando aparte las Terceras,
Que vieron rebeladas las banderas
Del gran marqués de Santa Cruz famoso,
Bazán, Aquiles siempre vitorioso,
Por Paria y por Cumana
Dejó en un semicírculo á Cripana,
Cubagua y Margarita,
Desde donde las alas solicita
Para ver las penínsulas australes,
Y cortando arreboles celestiales,
Y olvidando Floridas y Españolas,
Pasó veloz las mejicanas olas.
Finalmente, en el polo de Calixto
Del pájaro no visto
Las estrellas antárticas temblaron,
Y los diamantes de temor guardaron.
Que el mar Septentrional su trompa oyera
En la última Tile,
El aire navegando vagarosa,
Si propia á Escocia nuestra lengua fuera,
Pues que por serlo en la remota Chile,
Con fuerza sonorosa
Las musas despertó de Pedro de Oña,
No con ruda zampoña,
Sino con lira grave,
Poema heroico, armónico y suave
Del patriarca Ignacio de Loyola,
Entre los cisnes de las Indias sola.
Las Indias, en ingenios mundo nuevo,
Que en ellas puso más cuidado Febo
Que en el oro que cría;
Testigo la sagrada teología
Con que fray Lucas de Mendoza honora
El púlpito, por quien la blanca aurora
Viene de España con más presto paso
Á despertar las sombras del ocaso;

Y Apolo, de mirar que en verso admira,
Mas ¿qué se admira, si le dió su lira?
  Al doctor Juan de Arámbulo pudiera,
Grave jurisconsulto,
Dar la fama el laurel de aquella esfera,
Por no dejarle á nuestro polo oculto ;
Pero, pues es retórico süave,
Parte forzosa á profesión tan grave,
Como á su culta musa,
Ella podrá difusa
Dilatar á dos mundos su alabanza;
Que, como el sol del uno al otro alcanza,
Podrán los versos de su clara idea.
  Y siempre dulce tu memoria sea,
Generoso prelado,
Doctísimo Bernardo de Valbuena.
Tenías tu el cayado
De Puerto Rico cuando el fiero Enrique,
Holandés rebelado,
Robó tu librería,
Pero tu ingenio no, que no podía,
Aunque las fuerzas del olvido aplique.
¡Qué bien cantaste al español *Bernardo!*
Qué bien al *Siglo de oro!*
Tú fuiste su prelado y su tesoro,
Y tesoro tan rico en Puerto Rico,
Que nunca Puerto Rico fué tan rico.
  Cristóbal de la O, letra perfeta,
Como á ninguna intersección sujeta,
Que sin principio y fin, nos muestra clara
La eternidad, no menos se prometa
Su heroica y dulce pluma,
Que por única y rara
Ser inmortal presuma.
Ya nuestro polo tanto ingenio estima;
Porque mal se ocultara,
Pues que la fama fué por él á Lima,
Y de la O, donde su nombre acaba,
Sacó la admiración con que le alaba.
  Aquí con alta pluma don Rodrigo
De Carvajal y Robles, describiendo
La famosa *Conquista de Antequera,*

Halló la fama y la llevó consigo.
Tantas regiones penetrando y viendo,
Que del Betis le trujo á la ribera;
Y haciendo por su hijo
Festivo regocijo,
Las bellas ninfas el laurel partieron;
Y como ya sus dulces musas vieron
Restituídas á su patria amada,
Tomó la pluma Amor, Marte la espada.
Si á Juan Rodríguez de León no hubiera
Dado con larga mano
El cielo otro León, que fué su hermano,
¿Quién con león tan bravo compitiera?
Éste en la sacra esfera
Del sol del Evangelio resplandece
Con tan heroica acción, que el mundo admira,
Y aquél con vivo espíritu engrandece
Cuanto en el polo de Calixto mira
Febo, que de oro y plata le enriquece,
Y más qne el sol los dos con tantas leyes
Del cielo y del consejo de los reyes.
En Méjico la fama,
Que como el sol, descubre cuanto mira,
Á don Juan de Alarcón halló, que aspira
Con dulce ingenio á la divina rama,
La máxima cumplida
De lo que puede la virtud unida.
Santa Fe de Bogotá bien quisiera
Que su Amarilis el laurel ganara,
Como su fénix rara,
Y que el mejor de España le perdiera;
Mas dice en medio el mar que se contente
De que la llame sol el occidente,
Porque estar en dos mundos no podía,
Sin ser el uno noche, el otra día.
Parece que se opone á competencia
En Quito aquella Safo, aquella Erina,
Que si doña Jerónima *divina*
Se mereció llamar por excelencia,
¿Qué ingenio, qué cultura, qué elocuencia
Podrá oponerse á perfecciones tales,
Que sustancias imitan celestiales?

Pues ya sus manos bellas
Estampan el Velasco en las estrellas.
Del otro polo, Pola de Argentaria,
Y viene bien á erudición tan varia,
Pues que don Luis Ladrón, su esposo, es llano
Que mejor de Lucano
Se pudiera llamar que de Guevara,
Y más con prenda tan perfecta y rara.
¡Dichoso quien hurtó tan linda joya
Sin el peligro de perderse Troya!
Pero dióselo el cielo, aunque recelo
Que puede la virtud robar el cielo,
  Con esto, á varias partes divertida,
Ya la miraba la mar y ya la tierra
La voladora fama,
Ya ribera antártica extendida,
Por donde el paso del tridente cierra,
Y al margen sale el ámbar puro en lama.
Ya la primera guerra
En su clara memoria revolvía;
Que miraba á Colón le parecía,
Y del bravo Cortés la heroica mano,
Español Josüé, David cristiano,
Y aquel que fué el más rico de los hombres,
Digno de eternos y de ilustres nombres,
Aquel marqués Pizarro,
Hasta en morir bizarro,
Trocándole una letra:
Luego los Andes bárbaros penetra,
Descubriendo las barcas
De un solo tronco abierto,
Que se atreven al golfo como al puerto;
Y luego en la provincia de las Charcas,
Aquel famoso Porco,
Que tiene tantas almas en el Orco,
Monte preñado de inexhaustas minas;
El Cuzco en diecisiete australes grados,
Y cubriendo ceniza las marinas
Volcanes, que á los orbes estrellados
Infestan con centellas,
Y fugitiva dellas
Rompió las nubes como blanca espuma

Al Paraguay y al reino de Tucuma.
Aquí Luis Pardo estuvo,
Ingenio felicísimo, si diera
Más á la pluma y menos á la espada;
Mas la contienda que en su pecho tuvo
El Dios sangriento de la quinta esfera,
Siempre la vista de diamante armada,
Con el docto Cilenio,
Fué causa que inclinase más su ingenio
Al estruendo marcial; si bien tenía
Á Venus, que de trino le miraba,
Con que templar este rigor solía,
Y deponiendo la fiereza amaba.
Pues olvidando á Flandes,
Donde tuviera por hazañas grandes
Los cargos más honrosos de la guerra,
Amigos, ocio, amor y propia tierra,
Le dieron Lotos; y una Circe hermosa
(No de otra suerte que detuvo al griego
Después de aquel fatal troyano fuego),
Dulcemente engañosa,
Rémora fué de nuestro gran poeta;
Mas siendo más hermosa que discreta,
Daba lugar á un hombre poderoso
Que la hablaba de noche de secreto.
El poeta celoso,
No armado de satírico soneto
Ni de prólogos fríos,
Con tantos ignorantes desvaríos,
Sino de su valor y de su queja,
Quitó los embozados de la reja,
De suerte que de cuatro, dos se fueron;
Que los dos que esperaron, no pudieron.
Con esto fué forzosa diligencia
Embarcarse á las Indias con la flota.
La dama lamentó su injusta ausencia,
Porque la vida rota
Adora en los amores criminales;
Pero al fin de seis meses, que tenía
Nuevas de que vivía
Entre los argentados minerales
Del reino de Tucuma,

La noche del mayor de los nacidos,
Para ver una huerta prevenidos
El arraez y el barco,
Que estaba media legua de Sevilla,
Rompió del Betis la nevada espuma,
Siendo piloto amor, y el remo el arco.
Llegados á la orilla,
Cortó el arraez ramos, renovando
Los que estaban marchitos, y durmiendo,
Lisonjeado del susurro blando
Del agua y viento, poco más de un hora,
Despertó con los rayos de la aurora;
Y á la ciudad volviendo,
Se fué la dama, y él quedó pagado
Del vïaje y del sueño.
Estaba por la tarde con su dueño
Á la orilla del agua el barco atado,
Cuando algunos indianos, viendo el leño
De mil árboles indios enramado,
Bejucos de guaquimos,
Camaironas de arroba los racimos,
Aguacates, mageyes, achiotes,
Quitayas, guamas, tunas y zapotes,
Preguntaban de dónde había traído
Árboles que en la India habían nacido,
Tan frescos á Sevilla.
El arraez juraba
Que los cortó de la primera huerta,
Que cerca de la orilla
Del Betis claro á media legua estaba;
Dejando los marchitos, que llevaba,
Sin ver la gente ó descubrir la puerta;
De donde se entendió por cosa cierta,
Y porque declaró que había tenido
Un sueño, que le tuvo en tanto olvido,
Que aun despertando le turbó la vista,
Que fué y vino la noche del Bautista,
Pues no hay otra razón que se presuma,
Desde Sevilla al reino de Tucuma.
Pero dejando el contrapuesto polo
La clara fama con el mismo Apolo,
Amaneció en España, y el fecundo

Betis dulce miró, Tibre segundo,
En la patria de Séneca famosa,
Por tantas excelencias gloriosa.
Allí con alta voz despierta el río,
Que con gallardo brío
Á Góngora previene,
Que estaba en los cristales de Hipocrene
Escribiendo á las cándidas auroras,
«Éstas que me dictó rimas sonoras.»
Y corriendo, de juncos guarnecido,
Como él dijo dormido,
Bien enseñado de la misma fama,
Cristal por las dos márgenes derrama,
Hasta llegar á verse en los palacios,
De donde toma el sol rubios topacios,
Y excediendo la orilla,
Despertó los ingenios de Sevilla,
Y en su triunfo, en su honor, corona y gloria,
Del marqués de Tarifa la memoria,
Porque con ella honrado
Tuviese tal opuesto el principado;
Á cuya frente fuera
Breve, aunque digna, esfera
Todo el laurel; mas ya por hojas bellas
Adonde nace el sol sirven estrellas,
Que como más triunfantes,
Trocó las esmeraldas en diamantes,
Dejándonos la copia
De su genio ilustrísimo tan propia,
Que en la efigie con alma resplandece
Del duque de Alcalá, donde parece
Que trasladó el ingenio con la vida;
Príncipe cuya fama esclarecida
Por virtudes y letras será eterna
En cuanto el sol su eclíptica gobierna,
Pues advirtiendo á tantas facultades,
Se ven en una edad tantas edades.
Mas bien sé yo quién fuera
Digno á este siglo de inmortal corona,
Y al Betis olivífero trujera
Los laureles, del monte de Helicona;
Porque naciendo por su verde orilla

Laureles, coronaran á Sevilla,
Y los laureles y olivares fueran
La paz, con que las letras florecieran;
Que no fué de los cielos sin auxilio
Que naciese otra vez Guzmán Virgilio
En la sagrada Roma,
De donde el nombre y la influencia toma
Para igualar después el suyo eterno;
Mas reservado al español gobierno,
Y á tan altos cuidados ofrecido,
Sin poner los estudios en olvido,
Que un tiempo hicieron tan glorioso al Tormes,
Y á los principios de su edad conformes,
Rasgó los versos, que en sus tiernos años
Pintaron del amor dulces engaños,
Con grave sentimiento de las musas,
Que no quisieron admitir excusas.
Lloró el Amor, que fué de aquel efeto
Causa esencial; sintiólo el claro objeto,
Perdiendo tanta gloria su hermosura,
Y otra fuente más pura
Formaron las parnásides deidades
De su llanto en las verdes soledades
Del monte donde habitan,
Y buscar los fragmentos solicitan.
Que, como por su edad versos de amores
Donde cayeron se volvieron flores,
Las hojas esperanza en verdes velos,
Claveles el favor, lirios los celos.
Pero después del justo sentimiento,
Que fuera darle igual atrevimiento,
El docto Herrera vino,
Llamado en aquel evo
No menos que *divino*,
Atributo de Apolo á España nuevo;
Herrera, que al Petrarca desafía,
Cuando en sus rimas comenzó diciendo:
«Osé y temí, más pudo la osadía.»
Con este gran ingenio previniendo
Musas latinas, griegas y españolas,
Con arrogancia entumeció las olas,
Y á los muros arroja

Pedazos de cristal, como que llama
Al célebre Francisco de Rioja;
Pero luego sabiendo que desama
La inquietud de las cortes y el bullicio,
No quiso perturbarle,
Porque fuese dejarle
De su respeto indicio;
Y despertar en su lugar le agrada
La memoria llorosa
De aquel joven don Diego de Quijada,
Que la muerte envidiosa,
Transformada en arado,
Cortó sin tiempo, como flor en prado,
Ó como suele en siesta calurosa
Rendir la dormidera
De sus labores la nevada esfera
Al rayo, que pirámide la mira.
Y remitióme su poder tan cierto,
Que vive en mí la fe de aquel amigo
Por quien mi musa trágica suspira
Como cuando vivió después de muerto,
Y morirá conmigo,
Si bien el alma llevará en celestes
Eternos giros otro nuevo Orestes.
Aquí don Juan de Arguijo,
Del sacro Apolo y de las musas hijo,
¿Qué lugar no tuviera si viviera?
Mas si viviera, ¿quién lugar tuviera?
Pero con sustituto
Bien es que goce de su ingenio el fruto,
Y que de aquel varón insigne sea
Eterna la memoria ilustre en cuanto
Merece día por la luz febea.
Mas interrompa de su muerte el llanto
La virtud, el estudio y la nobleza,
Que de don Juan de Jáuregui se admira,
Si en el pincel la singular destreza,
Si en la pluma el ingenio, si en la lira
La mano, que permite solamente
(Cuando su propia estimación lo intente)
Dudosa competencia de sí mismo,
Que en musas y pinceles no le hubiera

Si él proprio de sí mismo no lo fuera.
Y no sufriendo sondas el abismo
De ciencias en su espíritu difusas,
Término mudo soy; silencio, musas,
Que cuando pluma os pida
Para una línea del pincel valiente,
¿Qué pensamiento habrá que la divida?
Y cuando retratar la pluma intente,
¿Con qué pincel teñido en oro y grana,
Dándome sus colores
La tabla celestial de la mañana?
Mas, pues que sus virtudes son mayores
Que plumas y pinceles,
Divida su laurel en dos laureles.
¿Qué elogio no será distinto y breve,
Si la pluma se atreve
Á tantas obras y tan bien escritas
De don Diego Jiménez, cuyo Inciso
Pequeño inciso hiciera
El término más alto,
Castigando la pluma, porque quiso
Proporcionar distancias infinitas,
Que á tanto sol de tan ilustre esfera
El ingenio mayor quedara falto.
Luego ¿no será justo que presuma
Por ver los rayos abrasar la pluma?
De Francisco Pacheco los pinceles
Y la pluma famosa
Igualen con la tabla verso y prosa.
Sea bético Apeles,
Y como rayo de su misma esfera
Sea el planeta con que nazca *Herrera*,
Que viniendo con él y dentro della,
Adonde Herrera es sol, Pacheco estrella.
¿Á qué región, á qué desierta parte,
Á qué remota orilla,
Oh Pedro de Medina Medinilla,
Llevó tu pluma el envidioso Marte?
¿Qué bárbaro horizonte,
Poeta celebérrimo de España,
Qué indiano mar, qué monte,
Tu lira infelicísima acompaña?

Pero ¿cómo, si fuiste nuestro Apolo,
No acabas de volver á nuestro polo?
Mas, pues tu sol del indio mar no viene,
¡Ay Dios, si noche eterna te detiene!
Traslade la deidad que reina en Delos,
Aunque con justos celos,
Rodrigo de Ribera, á tu florida
Margen la verde ninfa, que ofrecida
Tiene á tu digna frente;
Que más difícilmente
Se alcanzará el laurel, que te corona
De ti que de la cumbre de Helicona,
Cuando ingenio mortal llegar presuma
Al palio ilustre de tu docta pluma,
Quedando para ser del sol esfera,
Más alta que su monte la ribera.
Á Fernando de Soria
Llamaba el Betis, por tener segura
Del pretendido premio la victoria,
Que tanto ingenio y letras le asegura;
Mas viéndole asimismo retirado,
Dijo á sus ninfas: «En mayor cuidado
Debe de estar atento,
No perturbéis su claro entendimiento.»
De la provincia bética en los fines,
Mirando al occidente,
Cádiz de peñas coronó la frente,
Á quien respetan focas y delfines
Por el alto blasón de Carlos Quinto,
De las puertas del África distinto;
Aquí Gabriel Airolo
Es de las musas celebrado Apolo,
Porque de las colunas de su genio
No ha pasado jamás mortal ingenio.
Mas ya por la extendida Andalucía
Ríos de menos fama nos previenen,
Que ilustres hijos tienen,
Y se opone con lírica poesía
Doña Cristobalina, tan segura
Como de su hermosnra,
De su pluma famosa,
Sibila de Antequera,

Que quien la escucha sabia y mira hermosa,
Allí piensa que fué de amor la esfera.
  Doctísimo Tejada,
Narváez de la pluma,
Como sus caballeros por la espada,
Ninguno con más títulos presuma;
  Y la frente espaciosa
Ceñida de laurel tenga Espinosa,
Cómo méritos, justa confianza.
  Y en la misma ciudad Aguilar sea
Su fama y su esperanza,
Y sin haberlo visto nadie crea
Que sin manos escribe.
Escribe, ingenio, y vive;
Estorbos fueran vanos,
Pues el ingenio te sirvió de manos.
  Ya de su fértil y abundosa esfera
Jerez de la Frontera,
Por donde el mar el Calpe insigne baña
Coluna al cielo y término de España,
Como si ahora en las escuelas fuera,
Que no hay sin flores dulce primavera,
Á fray Alonso de Trujillo opone,
Porque sus muros el laurel corone,
Siendo felice tránsito pasarse
Las musas desde humanas á divinas;
Porque, si cuando humanas fueron dinas
De ser divinas, ¿qué podrá llamarse
Cuando divinas son con la excelencia
De aquella celestial cándida ciencia?
Que no implica á su amor, antes le aumenta,
El celebrarle en números sagrados;
Y si fuere objeción que sus cuidados
Del Tibre por la margen alimenta,
Dilatando su dulce monarquía,
Tan alta vive en Roma la poesía,
Que no hay desde ella un paso
Á la cumbre más alta del Parnaso.
  Arte divino, ¿quién decir pudiera
Aquí tus altos loores,
Si de mi intento el fundamento fuera?
Dejando sus divinos profesores

En las letras sagradas,
Y tantos escritores,
Plumas de tantas plumas celebradas,
Honrara yo mi patria justamente
Con Dámaso divino,
Apolo de su cielo cristalino,
Á quien los rayos de la docta frente
Sobre el laurel pontifical decoro
Cubrió de tres sagrados cercos de oro,
Con el santo Oriencio,
Y el poeta de mártires Prudencio
Á toda España honrara.
¡Oh Virgen! Tú, que la diadema clara
Ceñiste de laurel, y á quien se humilla
Como á patrona heroica de Castilla,
¿Qué versos no escribiste
Cuando de amor estática bebiste
Más luz que las seráficas esferas?
Y tú, famoso rey, que el lauro esperas
Accidental de la romana silla,
Alfonso santo, ¿qué divinos loores
No dijiste á la reina de Sevilla,
De reyes y de amores?
   Pero volviendo al punto
De nuestro panegírico y asunto,
No se olvidó Baeza
De llamar á Bonilla
Octava en el Parnaso maravilla,
Honrando su cabeza
Los laureles sagrados
Á las divinas musas dedicados.
   Ni en Écija dejara
El florido Luis Vélez de Guevara
De ser su nuevo Apolo,
Que pudo darle solo,
Y sólo en sus escritos,
Con flores de conceptos inauditos,
Lo que los tres que faltan;
Así sus versos de oro
Con blando estilo la materia esmaltan.
   Mas ya quejoso el celo y el decoro
Del cristalino Dauro,

Quiere que tenga oposición el lauro,
Que bastará el doctísimo Berrío,
Jurisconsulto insigne,
Que á no temer que tanta envidia indigne,
Siendo tan lejos del intento mío,
Le antepusiera á cuantos
Ilustran becas y ennoblecen mantos;
Y más cuando decía
Por tus loores, celestial María,
La lira, que fué luz de nuestro polo,
En lágrimas bañada:
« Al árbol de victoria está colgada
El arpa de David, que no de Apolo.»
¡Oh musas! recebid al doctor Mira,
Que con tanta justicia al lauro aspira,
Si la inexhausta vena,
De hermosos versos y conceptos llena,
Enriqueció vuestras sagradas minas
En materias humanas y divinas;
Que el antiguo Silvestre
Basta que solo muestre
El gran nombre que tuvo
Cuando en la cumbre del Parnaso estuvo.
Y viva en los dos Sotos,
Mejor que en los de Ténedos remotos
Faselis y Tegira,
Apolo, por la lira
Del médico excedente,
Que en las minas de oro
Escribió la ventura de Medoro.
Y aquel Pedro, teólogo eminente,
Que escribiendo de amor los desengaños,
Hizo á su fénix de su pecho oriente,
Mejor contra la fuerza de los años,
Que en aromas sabeos,
En sus versos de amor y en sus deseos.
Al siempre claro Turia
Hiciera Apolo injuria,
Si no ciñera de oro justamente
Del canónigo Tárraga la frente,
Que ya con su memoria alarga el paso
Para subir al palio y al Parnaso

Con Gaspar Aguilar, que competía
Con él en la dramática poesía.
Oh tú, don Luis Ferrer, ¿cómo no templas
La dulcísima lira,
Pues tu sonoro canto el mundo admira,
Si la ocasión contemplas
En que puedes honrar tu patria hermosa
De ingenios, que produce como flores,
Pues tienes voz y mano milagrosa?
Entre los cuales, paladín de amores
Y gentilezas de armas nunca oídas,
El conde de Buñol al lauro ofrece
Espadas bien cortadas
Y plumas bien regidas
De generosa mano gobernadas,
Que en Marte y en Apolo resplandece
Su acero con su lira,
Que cuanto el uno vence, el otro admira,
De Vicente Gascón el nombre solo
Anticipada la victoria lleva,
Porque á su pluma nuevas alas deba
La que volando va de polo á polo.
Ninfas del sacro Turia, ya Pactolo,
Tejed verdes guirnaldas
De flores de oro y hojas de esmeraldas;
Que son las de Helicona
Á tanto vencedor breve corona.
Pero sea desmayo
De los opositores
En armas y en amores
El vivo ingenio, el rayo,
El espíritu ardiente
De don Guillén de Castro,
Á quien de su ascendente
Fué tan feliz el astro,
Que despreciando jaspe y alabastro,
Piden sus versos oro y bronce eterno,
Ya se enoje Marcial ó endulce tierno.
Y si cualquiera de los que hay propuestos
En la ocasión faltara,
Izquierdo, como digno de altos puestos
La mano de su nombre acompañara;

Mas Castilla repara
En ver que escribe tan prudente y cuerdo,
Que no pensaron que era Apolo Izquierdo.
  Parece que esperando el claro Segre
En la puerta de España, Barcelona,
Y el Rubricato alegre,
Adonde el mar corona
La playa de corales,
Á don Francisco Tamarid me ofrecen,
Ausias de los doctos provenzales
Y de los catalanes generosos,
Marciales y estudiosos
(Que no implica á las ciencias ser marciales),
Que en una y otra lengua la enriquecen.
  ¡Oh, cuánto la ennoblecen,
Don Diego Rocaberti, vuestras musas,
De erudición tan rara circunfusas!
Histórico poeta,
Que pone á las colunas españolas
Floridas laureolas
En dorada tarjeta,
Con el blasón ilustre
De su ingenio y su sangre eterno lustre.
  ¡Oh Juliana Morella, oh gran constancia,
Con quien fuera plebeya la arrogancia
Hoy de Argentaria Pola,
Aunque fué como tú docta española!
Porque mejor por ti, que has hecho cuatro
Las gracias, y las musas diez, pudiera,
Que por Safo, Antipatro
Decir aquella hipérbole, que fuera
Más ajustada á un ángel, pues lo ha sido
La que todas las ciencias ha leído
Públicamente en cátedras y escuelas;
Con que ya las Casandras y Marcelas
Pierden la fama, y á tu frente hermosa
Rinden en paz la rama victoriosa;
Que en tus sienes heroicas y divinas
Las del laurel son hojas sibilinas,
Haciéndoles en toda competencia
Ventaja tus virtudes y tu ciencia.
  Ebro famoso en la ciudad augusta,

Que los cesáreos muros encadenas,
¿Quién con causa más justa
Ingenios puede dar para Mecenas
De cuantos hoy escriben?
Dime pues si aperciben
Las plumas al laurel los dos Lupercios,
Españoles Horacios y Propercios;
Aquel cuya memoria le descubre
Tan heroico, diciendo:
«Llevó tras sí los pámpanos octubre.»
Bien sabes que por él le está pidiendo
Para corona de su eterno mármol,
Ó que se parta entre los dos el árbol;
Porque el docto Leonardo de Argensola,
Pluma argentada como fénix sola,
Si no fuera su hermano,
Todo lo merecía,
Mayormente escribiendo
Aquel conflicto horrendo
En la primera aurora
Del balbuciente día,
Pues que contar las horas no sabía,
Cuando la luz traidora
Osó decir hermosa y arrogante,
Teniendo á las demás por inferiores:
«Y las estrellas, que hizo Dios mayores,
Con pompa digna pisaré arrogante.»
Aquella parte que del Ebro mira
Á las nevadas cumbres de Moncayo
Formó de estrellas un ingenio rayo,
Que Apolo al mundo tira;
Entre las glorias de Aragón admira
Don Francisco de Zayas,
Oh envidia, si de rayos te desmayas.
Este es de los mayores
Que los aires vistió de resplandores;
Pero á su patria, de esperanzas lleno
En el zafiro elementar sereno,
Favonio alegra, que produce flores,
Las nubes purpurando;
Por quien las musas, que el acento blando
De sus hermosos versos consideran,

A Horacio tienen y á Virgilio esperan.
Juan Bautista Felices en su nombre
Ya tienen la victoria declarada.
No el Ebro solo, el mundo todo asombre
El arco de su lira, coronada
De tantas varias flores,
Cuantos son los amores
Que cantaba en sus versos á la Reina,
Para cuyas divinas plantas bellas
Su planta celestial la luna peina.
¡Dichoso aquel pilar que es cielo en ellas!
Si don Martín Carrillo el premio intenta,
Ingenio universal, corona y gloria
De su dichosa patria, ¿cuál ingenio
Presume en tanto mar correr tormenta?
Si al verso, si á la historia
Corre su erudición con igual genio,
¡Oh Livio! ¡Oh mitridático Partenio!
¡Oh ilustre aragonés! Á tu memoria
Ofrecen para bronces inscripciones
Cuantos claros varones
Celebra España por sujetos graves;
Y si te han de alabar por lo que sabes,
¿Quién puede haber que intrépido presuma
En los rayos del sol mirar tu pluma?
Para que el Ebro eternamente vea
Que ilustremente vive
Don Martín de Bolea
En la inmortal trompeta de la fama,
Cuyo sonoro círculo le llama,
Hoy en altos pirámides le escribe,
Haciendo á los dorados capiteles
Trofeo de armas, y armas de laureles.
Y al capitán Artieda,
Aunque Valencia lamentarse pueda,
Pondrá en sus cuatro Zaragoza el día
Que de la numerosa monarquía
Apolo nombre un senador supremo,
Que como aquel celeste Polifemo,
Único dé su luz á los dos polos,
Pues no es un siglo para dos Apolos.
Preciada de las musas Oropesa,

Dijo que en el Parnaso graduado
Don Francisco de Herrera Maldonado,
Había de ser el héroe de esta empresa;
Porque si España de alabar no cesa
Sus versos y su prosa,
Ellos dulces y graves y ella hermosa,
Á ninguno mejor le competía;
Concedieron la historia y la poesía,
Y á la envidia cruel, que no se excusa,
Mostraron el espejo de Medusa.
Mas ya Mérida antigua, siempre ilustre,
Las dulces Hipocrénides provoca,
Para que eternamente las ilustre
El conde de la Roca;
Roca en el mar fundada,
Del viento y de las olas respetada,
Si á la envidia permite competencia
Su nobleza, virtud, ingenio y ciencia;
Porque cualquiera rasgo de su pluma
Será rayo mortal que la consuma.
Y siempre el nombre de don Juana de Vera,
Inmortal del Parnaso primavera,
Pensil, Tempe, Pangeo,
Y florífero Hibleo,
Ó cante historias ó lamente amores,
Será su Vera anticipada en flores.

SILVA III.

Tendida en las riberas
Del mar de España dulcemente yace
La célebre Lisboa,
De las tierras iberas
La más ilustre y de más alta loa,
Que mira cuando nace
La luz pitonicida,
Alma del mundo y de los hombres vida.
Miño la lisonjea,
El Tajo la ennoblece,
El Duero la divide,
Mondego la pasea,

Toda nación la vive ó la desea,
La India la enriquece,
Y el mar la trae cuanto quiere y pide.
  Su gente belicosa
Pasó la Trapobana
Con impulso divino y fuerza humana,
Sujetando su mano poderosa
Los etíopes rudos y abrasados,
Y viendo los remotos horizontes
De los cafres pintados,
Bárbaros lotofagos arrogantes,
Mares desnudos y vestidos montes,
Teatro infausto de los dos amantes,
Bellísima Leonor, Manuel de Sosa,
Que hoy llora su tragedia lastimosa
El mar, arrepentido
De haberlos á su playa conducido,
Cuando abrazada con dos niños bellos
Bebió sus almas, y ellos
La suya al mismo tiempo, cuyas vidas
De lágrimas, de fe, de amor nacidas,
Pagó su esposo con perder el seso,
Que no se debe más á un mal suceso.
  Aquellos, finalmente,
Que cargaron de bélicos trofeos,
De moros y indios, naves y deseos
Por los remotos mares del Oriente,
Y en sus triunfos marciales
Pusieron entre varios animales
Yertos rinocerontes,
Como animados montes,
Que no los vió jamás en su teatro
Roma, que sujetó las partes cuatro
Que componen el orbe,
Por más que el mar impletüoso estorbe
Sus naves y sus pechos,
Más armados de honor que de pertrechos.
  Pues si dejando á Marte,
Mira la fama de Minerva el arte,
Con tu nombre, ilustrísimo Rodrigo,
Primero archipastor de Lusitania,
Real Acuña, cuyos rayos sigo,

Dulce Mecenas de mi ruda Urania,
Sin Amadores, sin Osorios, fuera
Tu ingenio sol y Portugal su esfera.
Si yo tuviera aquí tu voz süave,
Francisco de Macedo,
Tu retórica dulce y amorosa,
Ó tu lira latina culta y grave,
Perdiera á tanta empresa el justo miedo;
Pero si como fué dificultosa
Fuera imposible, amor imaginara
Dédalo que conmigo al sol volara.
Llegando pues la fama
Á la mayor ciudad que España aclama,
Por justas causas despertar no quiso,
Y fué discreto aviso,
Al gran Saa de Miranda
Que le deje Melpómene le manda;
Y al divino Camoes
En indianos aloes
Que riega el Ganges y produce Hidaspes,
Durmiendo en bronce, pórfidos y jaspes
(Fortuna extraña, que al ingenio aplico
La vida pobre y el sepulcro rico);
Porque si despertaran,
Y á las cortes parnásides llevaran,
Docto Corte Real, tu nombre solo,
Aun no quedara con el suyo Apolo,
Como lo muestran hoy vuestras *Lusiadas*,
Postrando *Eneidas* y venciendo *Iliadas*.
¡Qué triste suerte, qué notables penas,
Acabada la vida hallar Mecenas!
Mas no por eso puede
Dejar de ser gloriosa vuestra fama;
Si bien, claro Lüis, la tuya excede
Por cuanta luz derrama
El farol didimeo,
Y mas cuando te veo
Bañar pluma de fénix tinta de oro,
Diciendo con decoro
Y majestad sonora
Por la lealtad, que nunca el tiempo olvida,
Que mais anos servira, se naon fora

Para tan largo amor tan curta a vida.
Pero no se atreviendo con respeto
Á tu divina lira
El Tajo lusitano,
Ilustrísimo Nuño de Mendoza,
Haciendo igual conceto
De la que Mantua admira
Y Parténope goza,
De la que tiempla tu gallarda mano
En honra del idioma castellano,
Á Bernáldez ofrece,
Y dice que ser príncipe merece,
Cantando Alcido un dia ao son das agoas;
Y con sus rimas tripodas á Pavoas,
Que honró la lengua castellana tanto,
Y el ara del Cordero sacrosanto,
Cantando en voz cual la materia triste:
« Sobre el suelo qne leda flor no viste,
Hórrido toldo la arboleda extiende. »
Y á Lobo, que defiende
Á corderillos nuevos,
Que presumen de Febos,
La entrada del Parnaso,
Y con razón, pues tiene al primer paso
Y en las riberas del ameno río
Aquellas dos floridas primaveras,
Que nunca las podrá vencer estío,
Ni fuera justo que profanen fieras
Las flores que se miran con respeto,
Igual propuso de su gran conceto.
Cuando Montemayor con su *Diana*
Ennobleció la lengua castellana,
Lugar noble tuviera ;
Mas ya pasó la edad en que pudiera
Llamarse el mayor monte de Partenio,
Si le ayudaran letras, el ingenio
Con que escribió su *Píramo* divino,
Hurtado ó traducido del Marino.
Pero ¿ por dónde fué sin esta guía
Quien tuvo tan dulcísima Talía ?
Aquí confuso el Tajo
Á imaginar se puso

Con voz quejosa, aunque en acento bajo,
Porque de Antonio López se interpuso
La grave filomena;
Y la considerada y rica vena
Que del doctor Silveira le conduce
Adonde el sol con menos rayos luce
Desde que de oro puro á Etonte enfrena
Y viendo tales plumas,
Que cada cual pudiera
Por tres veces heroicas graves sumas
Ser de la fama, si otro mundo hubiera,
Volando por las cortes de Castilla,
Aunque de entrambos reinos maravilla,
Quejoso de que al fin le desamparan,
Él y sus ninfas cándidas declaran
Que no vayan los dos ni sean opuestos;
Y entre muchos científicos supuestos
Eligen á Faría,
Que en historia y poesía
Saben que no pudiera
Darle mayor la lusitana esfera.
Aunque de tantos con razón se precia,
Que pueden envidiar Italia y Grecia,
Como lo muestran hoy tantos escritos
Vestidos de conceptos inauditos,
Elocuciones, frasis y colores,
Frutos de letras y de versos flores.
Entre los cuales, si favor me diera
La décima divina moradora
De aquella fuente, que al nacer la aurora,
En sus ondas de plata reverbera,
Don Vicente Noguera
Tuviera asiento entre latinos grave,
Laurel entre toscanos,
Palma entre castellanos,
Por la dulzura del hablar süave,
Y entre franceses y alemanes fuera
Florida primavera,
Que como ella de tantas diferencias
De alegres flores se compone y viste,
Así de varias lenguas y de ciencias,
En que la docta erudición consiste.

¿Qué libro se escribió que no le viese?
¿Qué ingenio floreció que no le honrase?
¿En qué lengua se habló que no supiese?
¿Qué ciencia se inventó que no alcanzase?
Oh musas castellanas y latinas,
Francesas, alemanas y toscanas,
Coronad las riberas lusitanas,
De lirios, arrayanes y boninas;
No quede en vuestras fuentes cristalinas
Laurel que en ellas su hermosura mire,
Donde Dafne amorosa no suspire,
Por no bajar á coronar la frente
Deste, de todos vencedor, Vicente.
  Si pudiera tener la fama aumento
Y gloria lusitana,
Doña Bernarda de Ferreira fuera,
Á cuyo portugués entendimiento
Y pluma castellana
La *España libertada* España debe;
Porque sola pudiera
Partir entre los reinos esta gloria:
Tan poderosa inteligencia mueve
Estos dos orbes con su dulce historia,
Con tanta erudición, con tanto lustre,
Que ella queda inmortal y España ilustre.
Cuando en tu lira, lusitano Orfeo,
Manuel Gallegos, las batallas cantes
De Encélado y Tifeo,
No admire el alto premio tu deseo;
Que alcanzarán con versos elegantes
Estrellas por laureles tus gigantes.
  Pero dejando el reino ilustre aparte,
Á quien Apolo y Marte
Dieron con beneplácito divino
El nombre lusitano y el latino,
Ya la real Plasencia
De don Antonio de Monroy blasona,
De cuyo ingenio y conocida ciencia
Sus timbres arma y su blasón corona.
  Al sol de la nobleza y la poesía,
Don Micael Solís, que el pecho esmalta
La blanca insignia, embajador de Malta,

Propone para hacer mayor el día,
Y pretende con gala y valentía
Don Fernando Bermúdez que la fama
Las esmeraldas de la verde rama
Á su gallardo entendimiento ofrezca,
Para que se ennoblezca
El uno al otro de quedar honrado,
Tanto el laurel como el que fué premiado.
Mas ya la gran montaña, en quien guardada
La fe, la sangre y la lealtad estuvo,
Que limpia, y no manchada,
Más pura que su nieve la mantuvo
(Primera patria mía),
Á don Antonio de Mendoza envía,
Aquel famoso Hurtado
De las musas, que al monte de Helicona,
De las montañas trasladó el cuidado,
Que tan vivos espíritus corona.
Á quien Apolo délfico previene
Tantos laureles como letras tiene
Todo discurso que su mano escribe,
De las altas ideas que concibe.
Bizarro ingenio, dulcemente grave,
Raro maestro del hablar süave,
Gallardo en prosa y verso,
Conceptüoso, fácil, puro y terso,
Que con la *Vida de la Virgen* bella,
Al lado de su sol parece estrella.
Navarro la corona merecida
Pide que tenga de justicia y gracia,
Como si fuera el músico de Tracia,
Sebastián de Alvarado, en su *Heroída*,
Á quien tan obligados
Estarán los ingenios españoles,
Pues de su pluma honrados,
Todos parecen en su espejo soles.
¡Qué segura que pide la Rioja
Para el famoso Zárate, su hijo,
Con justo de las musas regocijo,
Todo un laurel, sin que le falte hoja!
Tan bien debido, cuanto dulce suena
La pastoril avena,

Que Erato entre bucólicas alaba,
Cuando Silvio cantaba
En los bosques sombríos:
« Árboles, compañeros destos ríos.»
  Aspire luego de Pegaso al monte
El dulce traductor de *Anacreonte*,
Cuyos estudios con perpetua gloria
Libraron del olvido su memoria;
Aunque dijo que todos se escondiesen
Cuando los rayos de su ingenio viesen.
  Galicia, nunca fértil de poetas,
Mas sí de casas nobles,
Ilustres capitanes y letrados,
Por no dejar sus partes imperfetas,
Cual blanca palma entre robustos robles
Por donde los cabellos coronados
De mirto y de verbena,
El Sil anciano blandamente suena,
Un príncipe llamaba
De Lemos y del monte de Helicona,
Porque juntar pensaba
Al coronel de perlas
Del árbol de las musas la corona,
Y de un círculo solo componerlas;
Que perlas y laureles juntamente
Adornan bien de un gran señor la frente.
Mas como ya pisaba las estrellas,
Ó le besaban ya las plantas ellas
Con manto militar y insignia verde,
El claro y siempre amado señor mío
Las esperanzas pierde,
Y volviéndose mar, se anega el río,
Que entrándose en el llanto de sí mismo,
De río se hizo mar, de mar abismo,
Y todos juntos, río, mar y enojos,
No pueden igualarse con mis ojos.
  Supla tan gran lugar, pues le merece,
De don Alonso Ordóñez la eminencia,
Pues con tanta virtud, nobleza y ciencia
Las castellanas musas enriquece;
Y tu filosofía
Abraza en sus estudios la poesía,

Probando que sin ella
No es pluma la que escribe, sino estrella.
El dulce cristalífero Pisuerga,
Que, como centro del sagrado Apolo,
Tantos ingenios délficos alberga,
Á aquel en lo dramático tan solo,
Que no ha tenido igual desde aquel punto
Que el coturno dorado fué su asunto,
Miguel Sánchez, que ha sido
El primero maestro que han tenido
Las musas de Terencio,
Propuso, aunque con trágico silencio.
Matóle el sol de la inclemente Vera,
Porque le anticipó la primavera,
Y con la variedad de las colores,
Pensó que los conceptos eran flores.
Don Gabriel del Corral, cuya famosa
Cintia al laurel aspira,
Desde Italia suspira,
Y valido de dama tan hermosa,
Verde laurel procura,
Como por su valor, por su hermosura.
Y Fernando, manojo de la corte,
Y manojo de espigas sazonadas,
Con diamantes atadas,
Que no envidian el círculo del norte,
En la mano legífera de Astrea,
Mejores que en la copia de Amaltea,
Las presenta á los reyes,
Que es manojo de versos y de leyes.
Pero ¿cómo, Pisuerga, no le pides
A don Francisco Gómez que presuma
Con divino pincel y docta pluma
Ser de las musas invencible Alcides ?
Dile que el apellido de Reguera
Es de los cuadros del jardín de Euterpe,
Que como arroyo ó cristalina sierpe
Fertiliza su margen lisonjera ;
Y pues el premio justamente espera,
Dile que en sus medallas se retrate,
Y que él mismo se escriba,
Si quiere que su nombre se dilate

Y que en los paralelos del sol viva.
  El fénix, que lloró Pisuerga tanto,
Y que mató Plasencia,
En don Gabriel de Enao hoy resucita.
Venid, musas, venid al dulce canto;
Que á sus letras, virtudes y prudencia,
La fama eterno bronce solicita;
Decid que se permita
Á nuestro humilde estilo su alabanza;
Llegue el amor donde el poder no alcanza;
Que donde no alcanzó el entendimiento,
Por lo menos llegó el atrevimiento;
Que llegar á atreverse,
Ya fué saber, pues fué saber perderse.
  Medina, en cuyo campo solamente
Pudo hallarse la cueva del Parnaso,
Ofrece diligente
Á Baldo en el espíritu de Lasso,
Al docto don Francisco de la Cueva,
Que los versos de Píndaro renueva;
Tan gran ingenio, que con triste suerte
La más sangrienta ley lloró su muerte;
Que deben con razón llorar las leyes
Los que honran patrias y engrandecen reyes.
  ¡Qué triste de su pluma nos advierte,
Si bien en verde edad primero fruto,
Porcia, después que del famoso Bruto
Supo y creyó la miserable suerte!
Llorad pues juntas, de su muerte ciertas,
Musas y leyes, si no sois las muertas;
Y yo también por las que obligan tanto,
De la eterna amistad vínculo santo,
Diciendo á su divino entendimiento
Con triste musa en lamentable acento:
  « Paulo, jurisconsulto soberano,
Que del César de eterna monarquía,
Y el supremo Pontífice tenía
Todo el digesto en la divina mano;
  » El que al hebreo, al griego y al romano,
La instituta católica escribía,
En una decisión dijo que había
De morir una vez el hombre humano. »

¡ Oh ilustre don Francisco, oh siempre clara
Luz de las letras! si la muerte oyera,
Y tu divino ingenio la informara,
Á la ley del morir réplica hubiera;
Que tu divina voz la dilatara,
Si menos que de Dios sentencia fuera.
Tormes, de blancos álamos ceñido,
Que le sirven de sombra, y él á ellos
De espejo claro y puro,
Sobre pizarras frágiles tendido,
Corriéndole cristales los cabellos
Con que de Salamanca ilustra el muro,
(Cuyas islas de arena
Canté, llorando mi amorosa pena;
Que tanto me costó buscar su olvido,
Estudiante de amor en sus riberas,
Mas que de sus escuelas celebradas,
Flores del tiempo, en nieves transformadas,
Invierno ya de verdes primaveras;
Pues del tiempo perdido
Sólo queda quedar arrepentido):
Tormes, en fin, á Céspedes propone,
Cuyos céspedes eran fundamento
Que á propagar dispone
El fértil elemento
Para el laurel tan digno de su frente.
Y á Sánchez, el retórico eminente,
Mercurio de las ciencias,
Sintaxis de sus muchas diferencias,
Á quien debe el poeta Juan de Mena
Exposición de varias letras llena,
Y Garcilaso el tiento
Que á su docto comento
Intentaron retóricos malsines
En tiendas de poetas florentines,
Poniéndole sin causa en mala fama
« El prendedero de oro de su dama ».
No habiéndose quejado, como es claro,
Siendo parte, y aun todo, Sanazaro,
Disfrazábase el hurto, y ya es de modo,
Que al propio dueño se lo venden todo.
Escalan libros, manuscritos tientan,

Unos trasladan mal, y otros inventan ;
Que no hay, ó sea público ó secreto,
Seguro verso, frasi ni conceto,
Y aciertan bien, porque de aquí á veinte años
Ni los propios sabrán ni los extraños
Si fué, cuando el concepto ó verso espante,
Primero el inventor que el trasladante.
¡Qué alegre propusiera el claro Tormes
Con votos uniformes
Un estudiante rico y generoso,
Y no menos gallardo que estudioso,
De quien dijo la fama
Que se volvió por unos celos dama,
Si supiera la parte
Donde se fué á estudiar de Ovidio el arte
La bella Feliciana, que hoy requiebra,
Y entre pizarras y álamos celebra,
Quebrando en ellos vidrios fugitivos,
Y la llamara con acentos vivos !
Pues mintiendo su nombre,
Y transformada en hombre,
Oyó fisolofía,
Y por curiosidad astrologia ;
Aunque si se rebela, como suele,
No hay verdad que revele,
Y de aquella científica academia
Mereció los laureles con que premia ;
No de otra suerte que á Platón divino
Aquella celebrada mantinea
Que en forma de varón á Grecia vino.
Mas, como amor pasión del alma sea,
Y natural pensión de los discretos,
Y como la experiencia y los efectos
Nos muestran que jamás ha sido ingrato
Á la amistad y al trato,
Si no le mira mal alguna estrella,
Puso los ojos Feliciana bella
En un ilustre mozo
Que apenas el rubí del labio el bozo
Con el oro ofendía,
Descubriendo en un día
Cuanto la honestidad calló tres años,

Logrando sus engaños
Los dos firmes amantes,
De sus mismas pasiones estudiantes,
Hasta que Feliciana tuvo celos,
Y con lágrimas, voces y desvelos
Dijeron de mil modos
Lo que ella á solo amor, celos á todos.
Con esto fué forzoso que el ausencia
Saliese por fiadora á la imprudencia
De haberse declarado,
Mas ¿cuándo amor calló desesperado?
Don Félix se quedó, fuése la dama,
Que *nueva Safo* Salamanca llama,
Escribiendo á sus celos pesadumbres,
Luego que penetró las altas cumbres
Del cano eternamente Guadarrama;
Porque, ¿cómo podía
Vivir, siendo mujer, donde tenía
Hábito y nombre de hombre,
Tan bizarro galán y gentilhombre,
Que con notable gracia entretenía
Damas, que con amores y desvelos
Á unas daba favores y á otras celos,
Haciendo que muriesen en la fuente
Que de Narciso, por su error, se nombra,
De su mismo accidente,
Enamoradas de su propia sombra?
Milagro fué de amor que al nuevo Orfeo,
Cuando no le matase ajeno empleo,
No le matasen ellas,
Para que colocara en las estrellas
Febo más dulce lira
Que la que al cisne admira,
Corriendo por el Tormes su cabeza,
Como la que cantando su tristeza
Entre las ondas de Estrimón suspira.
Mas de los versos que en igual destreza
Componía y cantaba,
Que á la pluma la voz acompañaba,
Estos solos llegaron á mis manos,
Llamados, de su nombre, *felicianos.*
Dijo el Amor, sentado en las orillas

» De un arroyuelo puro, manso y lento :
Silencio, florecillas,
No retocéis con el lascivo viento;
Que duerme Galatea, y si despierta,
Tened por cosa cierta
Que no habéis de ser flores,
En viendo sus colores,
Ni yo de hoy más Amor si ella me mira :
¡ Tan dulces flechas de sus ojos tira! »
  Humíllense las cumbres del Parnaso
Al divino Francisco de la Torre,
Celebrado del mismo Garcilaso,
Á cuyo lado dignamente corre.
Mas ya Febo socorre
Su lira que llevaba, como á Orfeo
La suya el Estrimón, ésta el Leteo;
Porque pueden las musas castellanas
Salir hermosas sin teñir las canas.
  Honren el claro Tormes dos Gonzalos,
Delicias y regalos,
Ambrosia de las musas,
Y néctares difusas,
Ilustres vates del dorado Apolo :
Monroy el uno, de Anfión traslado,
Y Rodríguez el otro, celebrado
Por luz de nuestro polo
Al boreal Arturo.
  Pero dejando el muro
Que ciñe con laureles inmortales
La madre de las ciencias,
Las alas levantó de sus cristales
Por altas eminencias,
Aquella que naciendo
En los soplos más débiles del aura
Indivisible instante,
Tales fuerzas restaura
En el vulgar estruendo,
Que de pigmeo en hórrido gigante
Discurre convertida,
Tan fácil y atrevida,
Que mezclando mentiras y verdades
De palacios, de reinos, de ciudades,

Atravesando mares y desiertos,
Es viva voz de oráculos inciertos.

SILVA IV.

Con divinos pinceles
Y extremados colores,
Como latino Apeles,
Y de los más insignes inventores,
Pintó la casa de la fama Ovidio ;
Su estudio, su invención, su ingenio envidio.
Pero, puesto que fué digna pintura,
Para ocupar el más ilustre espacio
De la inmortalidad en el palacio,
Faltóle al cuadro la mejor figura,
Pues debiera tener el que debía
La dulce fiosófica poesía,
Que ilustres capitanes celebrando,
Sus hazañas cantando,
O ingénios claros y sus doctas sumas,
Colocaron sus armas y sus plumas
En los archivos de la eterna fama.
Hoy á las puertas de su templo llama
Una justa memoria,
Digna de honor y gloria,
Antes que pase el alto Guadarrama,
Que mi maestro Córdoba me ofrece,
Y las musas latinas me dan voces,
Pues con tan justa causa la merece.
¡ Oh ilustre ingenio ! muchos siglos goces
El premio de tu nombre esclarecido,
Rebelde á las injurias del olvido;
Y el dignísimo padre Salablanca,
Elevado poeta,
Divina imitación del Real Profeta,
Señale piedra blanca
Aquel ilustre día
Que á los dos nos leyó filosofía,
Con los demás discípulos que ahora
Laurel ó mitra las cabezas dora;
¡ Con qué versos dulcísimos, sutiles,

Tocaste los perfiles
De los rayos seráficos hermosos
Con los labios fogosos,
Cuando tierno decías
Tales versos á Dios, que parecías,
De amores abrasado,
El carro ardiente de tu padrel Elías!
Adonde transformado
Eras, divino Orfeo,
De tu Elisa Eliseo,
Siguiendo la alta empresa
De tu madre santísima, Teresa,
Que así cantaba amores,
Que á desmayos de amor sirven de flores;
Que son de amores tiernas circunstancias
Quejarse el alma en dulces consonancias.
¿Quién tuvo amor que fuese
Sin alma racional como las fieras?
¿Quién pudo amar de veras
Que versos no emprendiese?
Las acciones primeras
De amor es lamentarse en armonía,
Porque la fantasía
Elige luego hipérboles que puedan
Significar las penas ó las glorias
Que al sentimiento, si es problema, excedan;
Pintar discursos, describir historias,
Que tiene amor sus guerras y victorias,
Y las quiere leer, aunque está ciego,
Porque son sus carácteres de fuego;
Y más siendo el amor amor divino,
Que amor que no es de Dios es desatino.
¡Qué bien que conociste
El amor soberano,
Augustino León, fray Luis divino,
Oh dulce analogía de Augustino!
¡Con qué verdad nos diste
Al rey profeta en verso castellano,
Que con tanta elegancia traduciste!
¡Oh cuánto le debiste,
Como en tus mismas obras encareces,
Á la envidia cruel, por quien mereces

Laureles inmortales!
Tu prosa y verso iguales
Conservarán la gloria de tu nombre,
Y los *Nombres de Cristo* soberano
Te le darán eterno, porque asombre
La dulce pluma de tu heroica mano
De tu persecución la causa injusta.
Tú fuiste gloria de Augustino augusta,
Tú el honor de la lengua castellana,
Que deseaste introducir escrita,
Viendo que á la romana tanto imita,
Que puede competir con la romana.
Si en esta edad vivieras
Fuerte león en su defensa fueras.
Mas ya previene el alto Guadarrama,
Convertido en intrépido Briareo,
Ó el Cáucaso, que oprime á Prometeo,
Presumiendo el laurel del sol la llama,
Precipitarse á tan profundo abismo,
Gigante de sí mismo
Y con sombra ó con nieve
Á la alta puente de Hércules se atreve.
Oh tú que entre peñascos, blando Eresma,
Parece que te agobia
El peso de la puente de Segovia,
Celebra el claro nombre de Ledesma,
Pues corre satisfecho
Que no fué tu cristal más que su pecho.
Y de Balbas, poeta castellano,
Tus ecos, pues lo eres,
Respondan siempre llano,
Que mientras llano fueres
No te podrás perder, como otros ríos,
Por sendas tortuosas,
Ni en tu cristal padecerás estíos.
Pero ya las canciones amorosas
De tu pastor Pesquera,
Que del amor lo era,
Te piden que te acuerdes
Que fué el honor de tus riberas verdes,
Y el que daba bucólicos cantares
Á Felipe Roger y á Palomares ;

Roger, honor de Flandes, gloria y lustre,
Y Palomares de Sevilla ilustre ;
Entrambos en la flor de sus deseos
Para lograrse mal dulces Orfeos.
Al docto Colmenares, donde habitan,
Como en sus dulces cárceles inclusas,
Que al aurora los prados solicitan,
Ejércitos de letras y de musas,
Pues sus estudios en el fruto imitan
Partos de tantas flores,
Estímele su patria y rinda honores,
Porque la copia que en sus versos veo,
No la tuvo jamás el campo ibleo.
Y tú, ciudad famosa,
Gloria del timbre del blasón de España,
Ávila, por tus méritos dichosa
En cuanto Febo mira y Tetis baña,
Madre de tantos Héctores y Aquiles,
Que han hecho al mundo las hazañas viles
De griegos y romanos,
Las plumas y las armas en las manos,
Con influencia igual, con igual parte
De Apolo que de Marte,
Al heroico Verdugo al premio envía,
Porque lo sea de la envidia fiera,
Cuya dulce armonía,
Imitación de la celeste esfera
Donde su dulce lira considero,
Sin admitir primero
Ni permitir segundo,
Cantó la gloria de Teresa al mundo.
Pero ¿ quién se levanta revestido
De álamo blanco, y de laurel ceñido ?
Parece al claro Henares caudaloso.
¡ Oh río venturoso !
Padre de ingenios célebres al mundo,
Que laurear solías
Tus doctos hijos los felices días
Del siglo que jamás tendrá segundo ;
Cierto será que llega
Á la voz de la fama sonorosa
Aquel ingenio, universal, profundo,

El docto Marco Antonio de la Vega,
Ilustre en verso y erudito en prosa,
Cuya pluma quejosa
Parece que hoy escribe en los cuidados,
De su estilo amoroso :
« Éstos, y bien serán pasos contados,
Cual no los dió jamás pie doloroso. »
En el doctor Garay hallarás luego
Oposiciones al latino y griego,
Felicísimo río,
Cuando en aplauso de la docta Clío
Le viste coronar méritamente ;
Y él dijo en sus canciones :
« Tengo una honrada frente,
De laurel coronada. »
¡ Felice edad pasada,
Que honrabas los científicos varones !
¿ Cuándo será que premies y repares
La gloria de tus hijos, sacro Henares ?
En la lengua sagrada
Mira también la musa celebrada
De Alonso Sánchez, cuyo ingenio incluye,
Entre otras ciencias, tal destreza en verso,
Que de David el arpa sustituye,
Sonora por el ámbito universo ;
En dorado metal, en mármol terso
Fabrícale coluna en tu ribera,
Que á los siglos refiera
Las alabanzas que mi amor oculta ;
Tales, que siendo amor, las dificulta.
Mas ¿ cómo tu academia
No propone al divino Figueroa,
Si con verde laurel sus hijos premia?
Pero dirás que el atributo loa
Cuanto decir pudiste.
Dichoso río, que decir le oíste
Con tan suave acento y armonía,
Que los nobles espíritus eleva :
« De paso en paso injusto amor me lleva,
Cuando dejarme descansar debía. »
Ciudades compitieron por Homero,
Y por Liñán ahora, pues le goza

Castilla y le pretende Zaragoza
Y el Ebro claro, á quien vivió primero;
Ingenio raro y dulce, aunque severo,
Que jamás halló cosa que no fuese
U sentencia, ó donaire;
Que nunca fué desaire
La gravedad mezclada con el gusto.
  Pero también es justo
Que Pedro de Mendoza,
Que otros laureles inmortales goza,
Tenga el glorioso nombre que le dieron,
Para que vivan siglos infinitos
Sus heroicos escritos,
Que el laurel de aquel siglo merecieron.
  Y que viva en el templo de la fama,
Aunque muerto en la puente de Sicilia,
Aquel *Pastor de Fílida* famoso,
Gálvez Montalvo, que la envidia aclama
Por uno de la délfica familia,
Dignísimo del árbol victorioso,
Mayormente cantando,
En lágrimas deshechos:
« Ojos á gloria de mis ojos hechos. »
  Y aunque tanto dolor me está excusando,
¿Qué laurel no le deben
Las musas castellanas,
Que con letras humanas
Rayos divinos beben,
Á aquel mancebo ilustre y desdichado,
Don Luis de Vargas, que las ondas fieras
Del mar Tirreno tienen sepultado?
Llorad, ninfas, llorad en sus riberas,
No perlas ya, sino corales rojos,
Porque parezca sangre el triste llanto.
Pero ¿dónde entre tanto
Estaban vuestros ojos?
¿Muriendo por amor no le ayudastes?
De envidia de su dama le dejastes,
Como á Leandro, entre las ondas ciego,
Beber la muerte, y no matar el fuego.
Séale el agua leve,
Pues á la tierra aun tierra no le debe.

Don Alonso de Ercilla
Tan ricas Indias en su ingenio tiene,
Que desde Chile viene
Á enriquecer las musas de Castilla,
Pues del opuesto polo
Trujo el oro en la frente, como Apolo;
Porque después del grave Garcilaso
Fué Colón de las Indias del Parnaso,
Y más cuando en el lírico instrumento
Cantaba, en tiernos años lastimado:
« Que ya mis desventuras han hallado
El término que tiene el sufrimiento. »
Efectos de mi genio y mi fortuna,
Que me enseñastes versos en la cuna,
Dulce memoria del principio amado
Del ser que tengo, á quien la vida debo,
En este panegírico me llama
Ingrato y olvidado;
Pero, si no me atrevo,
No fué falta de amor, sino de fama,
Que obligación me fuerza, amor me inflama.
Mas si Félix de Vega no la tuvo,
Basta saber que en el Parnaso estuvo,
Habiendo hallado yo sus borradores,
Versos eran á Dios llenos de amores;
Y aunque en el tiempo que escribió los versos
No eran tan crespos como ahora y tersos,
Ni las musas tenían tantos bríos,
Mejores me parecen que los míos.
En la hermosa ciudad que baña el Turia
Esta memoria fúnebre y gloriosa
Al capitán Virués hiciera injuria.
¡Oh ingenio singular! en paz reposa,
Á quien las musas cómicas debieron
Los mejores principios que tuvieron.
Celebradas tragedias escribiste,
Sacro Parnaso á *Monserrate* hiciste,
Escribiendo en la guerra aquella suma:
« Tomando ya la espada, ya la pluma. »
Vaya también la fama,
Amante Apolo de la verde rama,
El nombre dilatando

Por cuanto cielo el sol los polos mide,
De Pedro de Láinez celebrando
La pura estrella, que á la noche impide
El paso original, que maldecía
El que esperaba tras la noche el día.
En cuyo tiempo el ínclito don Diego
De Mendoza tenía
Del Parnaso de amor la monarquía
Con tan justo y pacífico sosiego,
Que la misma de Apolo preeminencia
Pusiera en contingencia;
Mas fué, cuanto discreto, desdichado
En bien hurtado, como mal impreso;
Mas no fué mucho exceso
Que, pues era Mendoza, fuese Hurtado.
Don Fernando de Acuña ilustremente
Bebió en la margen de la sacra fuente,
Cuando escribió para mayor trofeo
De la dificultad de su deseo:
« Que el más seguro golpe de acertarse,
Por darse con más fuerza, suele errarse. »
En ella doctamente halló á Museo
Aquel gentil Boscán, que en el Parnaso
Trocó la voluntad con Gracilaso,
Pintando el joven, cuya ardiente llama
Pasó por tantas aguas á su dama
Entre sirenas y marinos peces,
Viéndole muchas veces
Más gálan sin vestido;
Que no es el alma el exterior sentido.
Memoria se le debe á Castillejo,
Aunque hablaba tan mal del verso largo,
Porque le pareció que era extranjero,
Haciendo entonces, sin tomar consejo,
Á Garcilaso cargo,
Que fué su dulce traductor primero,
De que á España traía
Contra el arte mayor nueva poesía,
Como si Safo castellana fuera,
Pues el arte mayor le imita y sigue,
Y ella fué la primera.
Pero porque es razón que el verso obligue,

Fama, detén el vuelo,
Pues gozas en el aire, tierra y cielo.
Como reliquia fué de los romanos
Nuestra lengua y dialecto,
Que ya corre imperfecto;
Tomaron los antiguos castellanos
La medida del verso á los latinos,
Como se ve en Horacio al grande Augusto,
Ó en los sagrados hinos,
De quien también hacer memoria es justo,
Pues los tiene la Iglesia en tanto precio;
De Elpis, dulce poetisa,
En los versos fenisa,
Y mujer de Boecio;
Que algunas hay de ingenios tan seráficos,
Que como las sibilas son proféticos.
Destos endecasílabos y sáficos,
Pentámetros también y acataléticos,
Los del arte mayor son imitados,
Dulces en el poeta Juan de Mena,
Y ya desestimados:
Así las canas nuestra edad condena.
Aunque parece más asclepiadeo
Este verso mayor, que medir veo
Mezclado con glicónico,
Cuyo sonido armónico
Tiene el que canta el alba al pan divino
Por el doctor angélico de Aquino.
Como también usó los consonantes
En el himno más célebre del mundo,
Que nuestro verso corto imita en todo,
Pues no tenemos antes
Otro ejemplar primero ni segundo;
Aunque es admiración que el verso, el modo
No le imitase Italia, sino España,
Pues era más extraña
De su sacro inventor la patria nuestra.
En las endechas muestra
Ser también imitado del latino
El verso castellano,
Como se ve en el hino
(Si bien sin los esdrújulos más llano)

Que se canta el Adviento
En dímetros y yámbicos sonoros,
Versos de Ambrosio santo ;
Y aunque para adornar un pensamiento
Con figuras, colores y decoros
No se levantan nuestras coplas tanto,
Que perfectos poemas
Se puedan escribir en ellas solas,
Para las sutilezas españolas
Y altísimos conceptos son supremas
Á cuantos versos hoy Italia tiene,
Pues en tan poco espacio á decir viene
Lo que en todo un soneto,
Que de la conclusión forma el conceto.
En fin el verso largo, que trujeron
Boscán y Garcilaso,
« Que á Tansilo, á Miturno, al culto Tasso »
Dicen que le debieron,
Es en España ya lo que solía
Ser el arte mayor, á quien hicieron
Príncipe del Parnaso,
Dándole con razón la monarquía
De la heroica poesía,
Por ser su exornación inaccessible,
Á que no se levantan, ni es posible,
Las coplas castellanas ;
Si bien, después de ser puras y llanas,
Son de naturaleza tan süave,
Que exceden en dulzura al verso grave,
En quien con descansado entendimiento
Se goza el pensamiento,
Y llegan al oído
Juntos los consonantes y el sentido,
Haciendo en su lección claros efetos,
Sin que se dificulten los concetos.
Así Montemayor las escribía,
Así Gálvez Montalvo dulcemente,
Así Liñán, y ahora los modernos ;
Que como ésta nos es propia poesía,
Como las más heroica y excelente,
Ingenios españoles hace eternos,
No le negando la grandeza justa

Al verso largo, cuando dulce admira,
Y con la docta claridad se ajusta;
Que cuando de lo claro se retira
Al limbo de sí mismo,
No está lejos de dar en barbarismo.
Al verso larga en fin principio dieron
Con estancias de á seis los sicilianos,
Á quien después dos versos añadieron
Los poetas toscanos,
En que cantaron moros africanos
Y hazañas de franceses paladines,
Ferrareses y doctos florentines;
Que la insigne Florencia
Es madre universal de toda ciencia,
Y España esperar puede,
Pues en número excede,
Poemas singulares,
Pues dan voces los campos y los mares
Del Nuevo Mundo á los ingenios grandes;
Que no son hechos de los doce pares
Los de españoles en Italia y Flandes.
Mas ya la clara fama
Á proseguir sus pretendientes llama
Con la marcial trompeta desde lejos,
Sin perdonar que de la impuesta culpa
Ha sido este paréntesis disculpa.
Guadalajara, donde dan reflejos
De las ciencias de Henares tantos soles,
Aunque vuelve los mismos tornasoles
Que suelen al del cielo los espejos,
Dice que al cielo sus ingenios debe,
Que no á la esfera que tan cerca vive;
Y para que lo pruebe,
El de don Juan Enríquez apercibe,
Aquel que osó pintar de amor la vista;
Porque si ciego no hay quien le resista,
¿Qué hará con ella amor? Mas tema luego
No se arrepienta de no verle ciego,
Que por el mismo estilo
Su mismo ingenio castigó á Perilo;
Y amor, si no corrige el pensamiento,
Volveráse tirano de Agrigento;

Pero quien supo hallar á amor con vista,
También tendrá virtud que le resista.
  Don Jacinto de Torres, cuyas rimas
Pueden al instrumento
Prestar de Apolo más sutiles primas,
Que aquel á cuyo son estaba atento
El rápido estrimón parado en hielo,
Seguramente puede
Pedir que el lauro entre los dos se quede,
Sin que tal amistad tenga recelo
De partir el imperio, si fué justo
Dividirle entre Júpiter y Augusto.
  De hoy más, porque la envidia no se atreva,
Pues Jiménez Patón enseña y prueba
Que están en su retórica difusas,
Llámese *Villanueva* de las musas,
Y no de los Infantes Villanueva.
Las figuras confusas
Antes de su elocuencia,
Con el sol de su ingenio y de su ciencia
Tan claros manifiestan sus secretos,
Que le deben colores y concetos
Cuantas plumas escriben
Y en la docta región de Apolo viven.
La elocuencia española,
Que fluctüaba entre una y otra ola,
Puerto agradezca á su valiente pluma,
Pues en cualquiera suma
Del que no sabe le hallará la nave,
Y para saber más el que más sabe.
  Tiene por don Fernando Ballesteros
Seguro Villanueva el lauro verde,
Como la voz al instrumento acuerde,
Que no mella la pluma los aceros.
Esmalte de los nobles caballeros
Es la virtud, que con la ciencia enlaza
La gloria y fama que á las dos abraza.
  Ya por los altos montes que mirando
Están las claras aguas de Segura,
Que la ciudad leal de Murcia baña,
Y de Guadalutín, que despertando
Del sueño, que le lleva en linfa pura,

Se espanta de mirarse mar de España,
La voladora fama desengaña
A los ingenios de mayor decoro
En el verso y la historia;
Que pretende Cascales
Con justa presunción las hojas de oro,
Haciendo memorial de su memoria,
Sin los estudios, á su nombre iguales
En tantas facultades generales,
El arte de escribir versos, que arguye
Que quien perfectamente constituye
Cómo ha de ser un célebre poeta,
El mismo será el arte más perfeta.
No menos atención puso mirando
Cuán amorosamente que ceñía
Lo desdeñoso del pastor de Anfriso
La frente de Ferrer, asegurando
Que con sus doctos líricos tenía
De las musas del monte cierto aviso
Que darle el premio quiso
El sacro Apolo algunos años antes;
Mas como siempre hay votos repugnantes,
Quedóse por su gusto
Dafne en su fuente, porque no era justo
Que si ella le quería,
Fuese la competencia de aquel día
Dudosa contingencia;
Que no quiere quien ama competencia.
Mas ya de Manzanares la ribera
Con su siempre florida primavera
De ingenios felicísimos me llama,
Señor excelentísimo, y la fama
Allá despliega el pabellón de plumas,
Y miran en las cándidas espumas
La sombra de sus galas
Las ninfas, que en estrados
De transparentes salas,
De arenas de oro y conchas relevados,
Tejiendo están alfombras de colores
Para el fruto de flores,
Que traiga presto á luz Lucina diestra,
De Isabel de Borbón, señora nuestra.

SILVA V.

Antes que viese en medio de la tierra
Su eterna paz el mundo,
Y Marte formidable y iracundo
Cerrase más humilde que arrogante
El templo de la guerra,
Resonando las puertas de diamante,
Y los puros intérpretes divinos
Cantasen dulces hinos
Á la venida del Cordero santo,
Que al hielo, y hielo tanto,
En pobre diversorio
Celebró su divino desposorio
Con la naturaleza nuestra humana,
Había ya mil veces
Corrido el sol del Aries á los Peces
Por sendas de oro en círculos de grana,
Cuando el hijo famoso de Tiberio,
Gran rey de los latinos,
Después de discurrir reinos extraños,
Fundó á Madrid, primero que el imperio
Del mundo sujetase el cuello á Roma,
Casí doscientos años;
De Manto el nombre toma
De Mantua, y por Viserio
Viseria del Dragón, blasón que tuvo,
Aunque después que estuvo
En duro cautiverio
Del árabe cruel el suelo hesperio,
Mudó su nombre en el que tiene ahora.
El cielo al fin para real señora
La destinó desde su tierna infancia,
Como por la distancia
De sus fértiles llanos
Sus carros carpetanos,
Para serlo del sol que en ella vive.
Materia que la diera á quien escribe
Hoy sus ingenios claros,
Si con ostentación y diligencia
No estuviera tratada

De historiadores únicos y raros,
Cuya pluma dorada
Se quitó de las alas de la eterna
Fama, que el mundo con el sol gobierna,
Que la que de Madrid en él se mueve,
Á Gil González de Ávila se debe,
Honor de la nobleza castellana,
Y á Jerónimo ilustre de Quintana,
Á cuyas letras y virtud iguales
Debe la patria elogios inmortales;
Como á aquella Latina,
Que apenas nuestra vista determina
Si fué mujer ó inteligencia pura,
Docta con hermosura,
Y santa en lo difícil de la corte;
Mas ¿qué no hará quien tiene á Dios por norte?
Pero ya porque el día
De las cortes se acerca,
Y el principado, por quien hoy se alterca,
La remisión acusa de la mía,
Oid, gloria de Enríquez y Cabrera,
La que deste laurel Parnaso espera.
Oyendo Manzanares
En su tejida cama
De juncos y ovas sobre verde lama
Los ecos de las trompas militares
De tanto pretendiente,
Aparta los cabellos de la frente,
Los lirios y espadañas,
Y el cristal que le dieron las montañas,
De donde toma el nombre, esparce, y deja
La cerúlea madeja
Enjuta al claro viento,
De donde van saltando ciento á ciento
Pececillos dormidos,
Que estaban en las hebras escondidos,
Pareciendo, argentados,
Escarcha del aurora por los prados;
Y caminando al soto
Más frondoso y remoto,
De los pies escamosos le corrían
Dos fuentes, que en la hierba discurrían,

Dejando un largo rastro
Desde el soto á las urnas de alabastro,
Como eminente, aunque pequeño río;
Y recostado por lo más sombrío
En una verde alfombra de mastrantos,
Que bordaban penachos de amarantos,
Con franjas de encarnadas margaritas
Salpicadas de nieve,
Y campanillas de morado escritas,
De hermosa vista, aunque de vida breve,
Que nunca la hermosura
Más largo espacio que las flores dura,
Llamó con ronca voz, si bien sonora,
Las ninfas de sus nítidas arenas,
Que por doseles de cristal le dora
El claro sol por esparcidas venas.
Luego de filopéndolas y murtas
Aparecieron todas coronadas;
Las verdes selvas, que callaban surtas,
Alegres resonaron,
Y las humanas voces imataron
Los ecos por las cuevas enramadas.
Cubrieron las labores comenzadas
En telas de vistosas primaveras
Faunos de las riberas,
Y en la hierba arrojadas
Las sedas de colores,
Á falta de las flores, fueron flores;
Que destas que tal vez dejan esquivas
Á sátiros amantes fugitivas,
Como el oro y las sedas arrojaron,
Las flores de oro y seda se inventaron.
« Ninfas de Manzanares, dijo el río,
Apolo llama los ingenios raros
Á las cortes del monte de Helicona;
Yo pues, que tanto de mis hijos fío,
Quiero que me digáis los más preclaros
Que puedan ascender á su corona,
Si bien en diferentes facultades,
Pues ríos y ciudades
De toda España envían
Los que sus doctas academias crían;

Que no importa que sean diferentes
En profesión, pues creo
Que todos los ingenios eminentes,
Por tener, como veis, distinto empleo,
No escriben en poética armonía;
Que no por ignorar que es la poesía
Un arte que, constando de preceptos,
Se viste de figuras y conceptos;
Que quien apenas tiene
Noticia de las ciencias,
Como se ve por tantas experiencias,
Á ser milagro raras veces viene.
Decid pues, ninfas mías
(Pues veis que al decretado
Término fijo con precisos días
No es bien que falte, á quien el cielo ha dado
Con manos liberales
Propercios, Juvenales y Marciales,
Claudianos y Prudencios,
Aristófanes, Plautos y Terencios),
¿Quién será digno del honor que espero?
Que, como padre soy, todos los quiero.»
Dijo el anciano Manzanares, dando
Con la vista agradable dulces señas
Que se moviese el viento, que callando
Se fué desde los olmos á las peñas,
Volviendo á ser risueñas
Las fuentes, que pudieron, vueltas hielos,
Matar de pura sed los arroyuelos.
Y como suele hacer confusamente
Al respirar la luz por el oriente
Ledo susurro á la vecina aurora
Por los campos de Flora,
Dejando el corcho, el escuadrón de abejas,
Y repetir el aire dulces quejas;
Así las ninfas bellas, confiriendo
De la proposición del grave asunto,
El coro hermoso junto,
Estaban la respuesta previniendo.
La cándida Amaltea
Á la discreta Cloris provocaba,
Que humilde se excusaba,

Y á la rubia Finea
Con agradable risa,
Partida entre los ojos y los labios,
Decía que eran de su ingenio agravios,
Y Florida y Leonisa
Á Fílida obligaban.
Mas cuando alegres compitiendo estaban,
Mandó el río que hablase Laura hermosa.
Ella, bañada la azucena en rosa,
Que aun por el velo de cendal se vía
Que el pecho de claveles descubría,
Dijo, parando el viento,
Que hurtaba flores á su dulce aliento
Para echar en la mar, de que se cría
El ámbar, que ninguno lo sabía
De todos los filósofos, y es aura
Que lleva azares del clavel de Laura :
« Aunque es verdad, oh padre de las selvas
Y rey destas arenas cristalinas,
Sobre cuyos aljófares reclinas
El cuerpo fatigado,
Y sobre quien descanses cuando vuelvas
Del elemento donde estás parado
Más siglos que su número infinito,
Que de los que han escrito
Y pueden escribir memoria tengo,
Con miedo á referir sus nombres vengo,
Así por no guardar orden ninguna,
Como porque podría
Faltar en muchos la memoria mía,
Ó no tener también noticia alguna.
Pero, porque no sobre de importuna
Lo que faltare en lo demás, repara
En los alumnos de tu fuente clara ;
Verás que sin envidia vivir puedes,
Pues con breve cristal mares excedes.
Y pues en esta parte no se entiende
Lo que oración retórica pretende,
Ni mover ni enseñar ni deleitaros
Debo, mas referir ingenios raros,
Donde la relación no se divide ;
Si bien lo dignidad ornato pide,

Y serán los hipérboles forzosos.
Oid, selvas, oid, álamos bellos ;
No peine el viento, no, vuestros cabellos ;
Tácitas escuchad, fuentes, en tanto
Que á honor de Apolo doy principio al canto.
Pero primero que refiera, oh claro
Y siempre ilustre río,
Los insignes ingenios, los poetas
Que constituyan este fénix raro,
Para tu intento y confirmar el mío,
De las obras más serias y seletas
De alguno dellos, referirte quiero,
La que tengo más pronta,
Mientras el claro sol no se trasmonta
Y previniendo el cándido lucero,
En púrpura se tiñe,
Y con rojo esplendor las nubes ciñe
En el bordado ocaso,
Arrebolando el turquesado raso.
Después diré los nombres
Como sus rayos duren,
Y las ninfas la fábula censuren,
No habiendo el dueño visto
Que por ser de Calisto,
Aunque él la llama el baño de Diana,
Como si lo estuviera la mañana
De aljófar y de rosas,
Se esconderán las estrelladas Osas.

EL BAÑO DE DIANA.

Después que en el Erídano Faetonte
Halló mortal sosiego,
Precipitado del celeste monte,
De su soberbia más que de su fuego,
Y seco todo el líbico horizonte,
Negro luto cubrió los que habitaban
Sus desiertas arenas,
Siendo como su número sus penas;
Cuyos caballos por el aire andaban
Entre rayos y truenos,
Sembrando riendas y escupiendo frenos,

Vueltas al cielo las fogosas bocas,
Por espumas furor, llamas por crines,
Huyendo con los músicos delfines
Las escamosas focas
Al centro de la mar medio abrasadas,
Cuyo fondo se iguala con la altura
De las soberbias sierras empinadas,
Ciudades que fundó la nieve pura;
Júpiter á las quejas
De la tierra abrasada, en partes rota,
Cual dejan surcos labradoras rejas,
Viendo que la cadena se alborota
De los cuatro elementos,
Y que trocando asientos,
La tierra es agua toda, el aire es fuego,
Trató de reducirlos á sosiego,
Y proponiendo que á Faetón castiga,
Á su respeto obediencial los liga;
Y como si de nuevo
Entonces los criara,
El edificio universal repara,
Rogando humilde al enojado Febo
Vuelva á dar luz al retirado día
Que la noche en sus cárceles tenía.
Á los ríos ordena
Que las islas, de arena
Y juncos fabricadas,
De la adustión en medio relevadas,
Cubriesen dilatados,
Y á las venas los lazos desatados
Por sus antiguas márgenes corriesen,
Hasta que de uno en otro á Tetis fuesen,
Donde á perder su antiguo nombre entrasen.
Á las fuentes mandó que murmurasen,
Y obedecieron luego, sin ser justo,
Que el murmurar no es fuerza, sino gusto;
Mandó á la tierra que llevase colmos
De rubio trigo, y que los verdes olmos,
De hiedra revestidos,
Volviesen á los pájaros sus nidos;
Mandó á los campos que brotasen flores,
Repartiendo colores;

Salieron lirios, rosas y azucenas,
Que de oro puro guarneció las venas.
Volvió la tierra al fin de los desmayos
De tanto ardor de fulminados rayos;
Abrazáronse el fuego, el mar, los vientos,
Y quedaron en paz los elementos
De la sangrienta contención paladia.
En este tiempo hallándose en Arcadia
Júpiter, que la nueva primavera
Gozaba de Erimanto en la ribera,
Vió venir una ninfa de Diana,
Que, como resplandece la mañana
En los campos del cielo,
Daba á las sombras sol, flores al suelo,
Ecos al agua, céfiros al aire,
Moviendo con donaire
Al son del talle el paso diligente,
Y el arco, en la nevada mano ocioso,
Si los azules de su rostro hermoso,
Como mataban hombres dulcemente,
Matar pudieran fieras.
En medio de las dos medias esferas
Una flecha de plumas coronada,
La flor de lis de acero enherbolada;
La aljaba á las espaldas,
La caja de oro, el cuento de esmeraldas
Con diez flechas que juntas
Las plumas enredaban en las puntas
De los crespos cabellos,
Por saber si eran ellas ó eran ellos
Los que prender podían,
Y siendo todos flechas competían.
Cubría el blanco pie ligero y breve,
Que no dejó llamar blanca á la nieve,
Tejida azul sandalia;
Así de amor quejosa iba Accidalia
Buscando al joven cuyo tierno pecho
Con daga de marfil pasó la fiera,
Que como lirio cárdeno deshecho,
Del pie villano marchitó la esfera
Que bañaba las hojas de zafiros.
Júpiter, viendo la beldad primera

Que honró las soledades de Partenio,
Remitiendo á los brazos los suspiros,
Trocó la majestad con el ingenio,
Y en la casta Diana transformado,
No blanco toro ya, no cisne alado,
Cubriéndose del tronco de un abeto,
Pensó del mismo cielo estar secreto,
Que aun á su mismo autor no encubre nada
Calisto, fatigada
Del ejercicio y del calor estivo,
Pidióle un corto ramo á un verde olivo,
Que al espejo del agua se miraba,
Y suspendió la aljaba,
Permitiendo que el sueño
Fuese dichoso de sus ojos dueño,
Cuyo calor á las mejillas rojas
Sembró el coral que suelen las congojas.
  Cupido acaso por la selva andaba,
Cansado de cazar amados grillos,
Tirando á los pintados pajarillos,
Y como vió la aljaba
Con los penachos blancos y amarillos,
Que el céfiro movía,
Ave la imaginó sobre la rama,
Que ve poco el amor si se desvía;
Y poniendo del plomo que desama
Una flecha á la cuerda, diestramente
Tiró, y cayó deshecha,
Tantas teniendo, al golpe de una flecha,
Cual suele suceder al maldiciente,
Que con el pecho de veneno lleno,
Cae flechado de menor veneno.
  Llegó el Amor, y hallándose burlado,
Tomó las flechas por mayor tesoro,
Y por una de plomo tantas de oro,
Probando la primera en el cuidado
De Júpiter, huyendo por el prado
Al rüido sonoro
La ninfa, imaginando alguna fiera
Fácil al miedo y al correr ligera.
Previno el arco y fué á buscar su aljaba;
Pero el amante, que escondido estaba,

Llegó, fingiendo que la casta diosa
Se alegraba de verla tan hermosa.
Calisto, su señora presumiendo,
La mano le besó, y el Dios, fingiendo
Mil quejas de su ausencia,
Sentáronse los dos, y á la inocencia
El adúltero amante
Inventando, más dulce que elegante,
Amorosos cariños,
En risa artificial los ojos baña;
Que cuando tierno engaña,
Imita amor la lengua de los niños.
Calisto, que no alcanza
La causa del engaño,
Atribuyó el amor á la privanza;
Pero en llegando luego el desengaño,
En los brazos de Júpiter se mira,
No sé si agradeciendo la mentira;
Que aunque la resistencia
La castidad esfuerza en la violencia,
Como los brazos nunca son discretos,
Más pueden que la fuerza los efetos.
Y como sigue el arrepentimiento
Á las ejecuciones de los vicios,
Partióse luego el robador violento,
Y descortés, de su desprecio indicios,
Dió la espalda á la ninfa, el pecho al viento.
Triste Calisto, como siempre queda
Quien siente más la injuria que los daños,
Á llorar se metió por la arboleda,
No ya de un hombre, mas de un dios engaños.
Formaba ocultos baños
Una fuente, cayéndose de un risco,
Entre pardas pizarras,
Donde una verde margen de lentisco,
Puesta á la sombra de silvestres parras,
El agua despeñada recogía.
Aquí Diana un día,
Después de algunos meses,
Cansada de seguir fieras monteses,
Bañarse quiso y descansar en tanto
Que templaba la fuente

Su rubio hermano ardiente.
Cubrió pálido espanto
La mísera Calisto,
Porque no fuese visto
El delito que tímida encubría,
Si toda ninfa el cuerpo descubría;
Y así le sucedió, porque la Diosa
Las mandó desnudar en confianza,
Que para penetrar la selva umbrosa
Apenas lince el sol licencia alcanza.
Fílida entonces, sin pedir prestadas
Rosas á la vergüenza,
Á desprender la túnica comienza,
Las joyas por los céspedes sembradas;
Y arrogante de sí, tanta belleza
Puso como la dió naturaleza
Á las manos del arte,
Pareciendo la estatua de Anaxarte,
Como si entre sus varios
Tersos mármoles parios,
Á quien fingieron vida sus cinceles,
La tuviera en su estudio Praxiteles.
Nise, que se escondía
Con casto sentimiento,
Las hebras de oro dilatando al viento,
Con el marfil la nieve desafía.
Y Clarinda, trigueña,
Á la sombra se puso de una peña;
Que aun para lo que fué naturaleza
Quiere buscar disculpas la belleza,
Como si relevase la figura
Sin los claros y sombras la pintura.
Vergonzosa Rosela
Delante de Clavela,
Tan cristalina estaba,
Que verse las demás imaginaba.
Así la castidad el sacro coro
De la enemiga del amor amaba,
Y desprendiendo del cabello el oro,
Vistió como de rayos celestiales
De las minas de Tíbar los cristales.
Á la casta Amaltea

La castísima Dórida rogaba
Se pusiese delante,
Sin cosa que la luz notase fea,
Aunque la verde selva sola estaba;
Pero viendo el semblante
De Diana severo,
Las aguas dividió cisne ligero,
Y con manso rüido
Le sirvieron las aguas de vestido,
Haciendo por las hondas de sus lazos
Cándidas alas los nevados brazos.
Tenía la castísima Diana
En este tiempo sobre pura nieve
Solo el collar y las manillas de oro.
La diferencia humana
Le daba la obediencia que le debe,
Que era divina, y era humano el coro.
La fuente rica de tan gran tesoro
Las arenas en perlas convertía,
Las guijas en zafiros,
Y Calisto con íntimos suspiros
La indignación de la deidad temía,
Exhalando con lágrimas el pecho
(Porque quien no le tiene satisfecho
Siempre la cara esconde),
Llamándola, responde
Que está mirando atenta
Si algún sátiro viene :
Tales disculpas la vergüenza tiene.
Diana, mal contenta
De aquella novedad, que, aunque era diosa,
No todo lo sabía
(Y hay hombres que lo quieren saber todo
Con ciencia fabulosa
Que la ignorancia cría,
Perdiendo la opinión por bajo modo,
Alabándose necios
De aquello que no saben ni es posible,
Pues siendo lo que dicen imposible,
Ellos mismos escriben sus desprecios;
Que es la ignorancia suma
Fingir la ajena y ser la propia pluma);

Finalmente Diana
Mandó que Flora, Cloris y Silvana
Por fuerza le quitasen hasta el velo.
Nunca con tanta pena y desconsuelo
Reo se desnudó para el suplicio
Del grave perpetrado maleficio
Como Calisto en la presencia casta,
Donde por pena la vergüenza basta.
Apenas descubrió la triste ninfa,
Que procuraba entre la blanda linfa
De la fuente encogerse y encubrirse,
Ya que no era posible desasirse
Aquel túmulo vivo,
Depósito del hombre nueve meses,
Sepulcro entonces de alabastro puro,
Cuando el casto rigor juzgó lascivo
El pecho, que afrentaron descorteses,
Incasto, infame, indigno, injusto, impuro.
Diana entonces, por tener seguro
Del mal ejemplo el coro, el rostro airado
Con mil execraciones,
Sin escuchar disculpas ni razones,
Que en esto aun no es dichoso un desdichado,
La apartó de su casta compañía.
Si alguna la envidió, rigor fingía;
Que hay quien la tenga en los ajenos males,
Cuando parecen al deleite iguales,
Como si la violencia fuera vicio.
¡ Oh cuántas que cubrió falso artificio
Mostraran frágil la belleza humana
Si vinieran al baño de Diana !
Mas como á errar sujeta
Puede estar engañada
La necia y la discreta,
Tuviera, de sí misma acompañada,
Siempre la casta diosa
Quietas las aguas y la fuente ociosa.
Calisto, huyendo por incierta vía,
La dura tierra en lágrimas bañaba,
Y el cielo con lamentos obligaba,
Cuyo culpado autor no se dolía.
« ¡ Ay mísera ! decía,

Vagando por incultas soledades,
Si falta la piedad en las deidades,
¿Qué espera la inocencia? »
Y como lo más fuerte
Quebranta la paciencia,
Al pie de un árbol esperó la muerte.
Condolida Lucina,
Cuando el tremendo punto se avecina
En que el parto comienza por dolores,
Indicio que en vivir los hay mayores,
Favoreció su soledad sacando,
Un niño á luz, que la pagó llorando.
Entonces Juno del celeste imperio
Miró del adulterio
El fruto miserable,
Y del monstro admirable
Que cien ojos perdió con una noche
Puso al dorado coche
Los pintados pavones
Con riendas de oro, y luego
Cual breve línea de exhalante fuego
Cortando las dïáfanas regiones,
Bajó á la selva airada,
Viendo funestamente acompañada
Del niño, entre los brazos defendido,
La ninfa pellicer[1] de su marido;
Que así con propiedad llama el latino
Lo que llama combleza el castellano,
Habiendo sido Júpiter tirano
De su inocencia con poder divino.
¡Oh Marcial español, en paz reposes!
¿Qué dijeras si un hombre te contara
Que descendía de los altos dioses,
Y de tan gran mentira se alabara?
¿Qué epígramas gozáramos ahora?
Mas pase en tanto que Calisto llora
La inhumana crueldad, que no adivina,
De Juno, que matarla determina;
Pues sin mover su pecho el tierno lloro
Del bello infante y de la madre triste,

1. Quizá *pelliçen*. En latin es *pelliv*, *ieis*, y breve.

Asida del cabello que resiste,
Siembra en la tierra las guedejas de oro.
Tanto pierden los celos el decoro
Á las mismas deidades de los cielos,
Que aun son infiernos en los cielos celos.
  Con lágrimas pedía
Piedad Calisto á Juno,
Cuando al ruego importuno,
Que vencerla porfía,
Correspondió más fiera tiranía:
Pues para que á ninguno
Ser pudiese agradable,
Y viviese en estado miserable,
En osa la convierte,
Mayor crueldad que si la diere muerte.
  Huye la ninfa por el bosque y deja
Con lamentable queja
El niño, que se espanta de la boca
Cuando con ansias últimas le toca,
Y cuando se la imprime,
El alma dentro de las pieles gime,
Que al toro de Perilo se parece.
El infante se encoge y estremece,
Y forma injusta queja
De quien le dió la vida que le deja;
Viendo los miembros yertos,
De espesas cerdas rígidas cubiertos,
De cuyas pieles vienen
Los animales, que hoy su nombre tienen;
¡Oh fábula, oh moral filosofía!
Tanta fué de los osos la osadía,
Aunque por Licaón, según escriben,
Siempre con miedo de los lobos viven;
No por la boca, á su temor escura,
Mas por la aguda vista,
Que no hay tiniebla que su luz resista
Ni piel de oveja de su voz segura.
  Las oreas piadosas,
Viendo el niño en la hierba
(Así naturaleza en prodigiosas
Fortunas lo más tímido reserva),
Criáronle con bárbaro sustento

De algunos animales:
Tal fué su entendimiento,
Que siempre son á su principio iguales;
Pues no todos aquellos que nacieron
De la injuria lasciva de sus madres,
Y con inciertos padres
Vanagloria tuvieron
Entre las pieles y los paños viles,
Maestro hallaron el Chirón de Aquiles:
Gran ventura de un hombre, en propio suelo
Nacer á gusto y bendición del cielo.
Á Telefo le culpa
Ovidio la dureza,
Que no admite la cierva por disculpa;
Silio de Polifemo la aspereza,
Á quien crió una loba siciliana;
Al bello Paris, destruición troyana,
Una osa feroz como Calisto;
Dióle una cabra á Egisto
El primero sustento,
De donde es argumento
(Perdone Roma si otro ejemplo tiene)
Que quien de fieras viene,
Es máxima infalible y verdadera
Que ha de tener alguna cosa fiera;
Y más si del honor que solicita
Piensa tener el que á los otros quita;
Y así, cuando sus obras más se alaben,
Á osa, á cabra, á loba, á cierva saben.
Quince veces el sol corrido había
La eclíptica dorada
Y la fiera montaña en que vivía,
Con el arco y la espada,
Valiente cazador, temido y visto,
De tres lustros el hijo de Calisto,
Cuando en la caza de silvestres fieras
Halló del Erimanto en las riberas
Su propia madre, en osa convertida.
Ella, de impulso natural movida,
Paróse, y el mancebo,
Como si fuera en el Fitón de Febo,
Quiso quitarla á quien le dió la vida,

Aunque á la ejecución del inhumano
Caso el alma tembló (justo recelo),
Y entre el golpe y la mano
Las venas ocupó frígido hielo.
  Júpiter, ya piadoso,
Bajó del cielo, y su presencia opuso
Al golpe riguroso,
Que ya formaba el ánimo confuso;
Y alzándolos al cielo luminoso,
Por estrellas los puso
Cerca del polo boreal que forman,
De la Osa menor poco distantes
El Plaustro, á cuyas ruedas son diamantes,
Donde vive seguro,
Aunque tan cerca del dragón, Arturo.
Allí se ven ahora iluminados
Del sol occidental ó imaginados,
Como los figuró la astrología,
De Júpiter indigna valentía,
Que á tantos puso en el celeste velo.
Mas era dios gentil, fingióse cielo,
Poniendo en él figuras que en la tierra
Fueron personas viles,
Que influyen hoy violencia, sangre y guerra,
Traición y hurtos sutiles.
¡ Oh qué hermosos delirios,
Ladrar los canes sirios!
Colocar á Mercurio fué insolencia,
Porque su padre Argemifao vendía
En una caja al cuello mercería,
Y ahora se hace el dios de la elocuencia.
Graciosa filautía,
Que salga de improviso
Tersitss con guedejas de Narciso.
  Aquí Laura llegaba,
Cuando, porque bajaba
La noche temerosa
Y se mostró la rutilante Osa
Vestida de diamantes,
Se fueron por las sombras circunstantes,
Para volver cuando la blanca aurora
Pintase alfombras en el prado á Flora;

Aunque alabar ingenios superiores
Produce versos que parecen flores.

SILVA VI.

Ya la clara mañana
Recamaba de telas de colores
El cielo, el aire, el mar, y de oro y grana
Sembraba por la tierra varias flores;
Filomena cantaba los amores
Del tracio rey Tereo,
Tragedia de su bárbaro deseo,
Cuando el río y las ninfas, prevenidos
A Laura los oídos,
Escuchaban los inclitos varones,
Que el premio pretendía;
Y ella, sin prevenir sus atenciones,
De los labios la púrpura movía.
Si pena Prometeo en alto risco
Porque intrépido hurtó del sol la llama,
¿Qué debe quien á Homero nombre y fama,
Oh claro don Francisco,
Príncipe de Esquilache y del Parnaso,
Nuevo en España Tasso,
Ilustrísimo Borja,
Para quien ya laureles de oro forja,
Que los verdes admiten desengaños
De que los pueden marchitar los años?
¿Qué temes, si con él al premio aspiras,
Manzanares dichoso?
Que fuera injusta ofensa estar dudoso,
Si el grave honor que ha dado á España miras,
Y á la quejosa castellana lengua,
Que tantos ponen en afrenta y mengua,
Pensando que la adornan,
Pues á lo antiguo bárbaro la tornan.
Mira qué bien acuerda
La lira, cuando dice lastimado,
Poniendo al arco tan divina cerda,
De aquella Catalina,
Que la lloró mortal, siendo divina,

Y el lazo de oro de dolor bañado :
« Si lágrimas de amor, si dulces quejas. »
Y si la envidia satisfecha dejas,
Mira qué dulce y grave
El marqués de Alenquer honrarte puede,
Cuando tierno y suave
Á sí mismo se excede,
Diciendo á quien tan alto loor merece :
« Alábeos el callar, que no enmudezco ;
Y así, lo mismo en alabanza ofrezco,
Pues callando le alabo, y no enmudece. »
Que cuando en su alabanza hablar quisiera,
Más mudo que callado pareciera.
Cubra ciprés funesto
Sobre mármoles paros
Las reliquias heroicas, la memoria
Del Mendoza ilustrísimo, que ha puesto
Sobre el monte del sol sus montes claros
Para perpetua vida de su gloria;
Á la fúnebre historia
Del tránsito fatal con triste canto
Lloren las musas siempre que se cuente,
Y versos de varón tan excelente,
Que con su nombre las honraba tanto,
Escríbanse con oro en bronce eterno.
Vos, destierro florido del ivierno,
Hermosa primavera,
No vistáis de colores
De aquel prado las flores,
Adonde le buscó la muerte fiera.
Siente su ausencia, Manzanares, siente
Por cuanto, dilatando tu corriente,
Pisas dulce y sonoro
Con plantas de cristal arenas de oro.
Desde el gigante ó rígido peñasco,
Verde mozo en abril, cano en diciembre,
Lágrimas tristes, Manzanares, siembre
Tu corriente fecunda,
Y el mármol blanco, donde yace, inunda,
El célebre Velasco,
Hijo del condestable de Castilla,
Marqués de Auñón, que tanto honró tu orilla

Con su lira famosa,
Tan docta y amorosa,
Que los versos que hoy viven de su mano,
En idioma latino ó castellano,
Muestran su erudición y su prudencia,
Y que el arte es el alma desta ciencia.
Tenga lugar el capitán Aldana
Entre tantos científicos señores;
Que bien merece aquí tales honores
Tal pluma y tal espada castellana.
¡Oh nunca á la africana
Margen del Mutaceno,
Más que de cuerpos, de desdichas lleno,
El lusitano Sebastián pasara!
Que entre la sangre noble, ilustre y clara
Que allí quedó vertida,
Fué la primera que murió su vida.
En viendo su consejo despreciado
(Que el rey no quiso de tan gran soldado),
Muriendo satisfizo su conceto,
Faltando de sus versos el efeto,
Cuando dijo: « Guardaos que ya tira
Jove español el rayo de su ira. »
Pero mira también qué diestramente
Puso los labios en la sacra fuente
Tarsis cuando pintó la bella Europa,
Y á Júpiter por alma de aquel toro,
Barco de amor, que la llevaba en popa
Con tierno llanto del fenicio coro,
Que arrojaba las flores á la espuma.
Pues ¿qué laurel pretender á la pluma
Del duque excelentísimo de Lerma,
Que en la parte más frigida y más yerma
De tu principio no los ponga iguales
Á los de Apolo délfico inmortales,
Más libres del olvido entre sus hielos,
Que en Beocia Tegira y Cintio en Delos?
Si el claro entendimiento
Del marqués generoso de Alcañices
El tuyo advierte y mira
Á tanto sol atento,
Tus verdes selvas llamarás felices,

Donde su dulce lira,
Ya con los graves números admira,
Ya con la suavidad suspende y calma,
Cuanto por los oídos goza el alma,
Sin otras gentilezas, que ninguna
Hubiera menester á la fortuna.
Pues ¿qué no te asegura
La erudición, la gracia y la dulzura
Del conde de Coruña, en quien hallaras
Letras ocultas y virtudes claras?
Que los ríos famosos
Van más callados cuanto más copiosos.
Pero si en cifra quieres el Parnaso,
Porque su más difícil cumbre allanes,
Al héroe mira, al estudioso Eraso;
Mira al conde de Humanes,
Verás qué consonancia
Hacen la erudición y la elegancia,
Y qué correspondencia
Tienen la gentileza y la prudencia.
Estima tus riberas finalmente,
Primera cuna de su noble oriente;
Que las patrias no son más celebradas
De cuanto al mundo dan plumas ó espadas.
No pudieras hallar para el intento
Que del laurel propuesto te devesla,
Apolo como el conde de Siruela,
De más alto valor y entendimiento.
Con este sacre penetrando el viento,
Vuela por tus riberas
La garza de la fama, que si acaso
Lleva el laurel que esperas
Á las doradas cumbres del Parnaso,
Ninguno le traerá más velozmente
Desde el cerco del sol hasta tu frente;
Y para que gozarte más contento
Puedas de un celestial entendimiento,
Que en las letras humanas y divinas
Corre á todas las ciencias las cortinas;
Librería de Apolo,
Que pueden en él solo
Estudiarlas seguros cuantos nacen

De que todas las dudas satisfacen.
Mira en Madera imágenes hermosas,
Las celestiales diosas,
Las leyes y las musas soberanas,
Porque divinas ya las más humanas
En sujeto tan raro y milagroso,
Madera ilustre es Angelín precioso;
Que si del paraíso al Gange viene,
Tendrás el nombre y el valor que tiene.
Tú pues ilustre, aunque pequeño, río,
Padre de sabios, príncipes y santos,
Que por islas de juncos y mastrantos
Corres á tu albedrío;
Tú, que en la primavera y el estío,
Humilde entre violetas y alhelíes,
Por labios de coral cristales ríes,
Mira al doctor Solórzano, que el Tormes,
Lloroso por pizarras desconformes,
Á la lengua del agua, en las sonoras
Ondas murmuradoras
Llama, para que tú con menos ondas
Á sus quejas respondas,
Como si tú le hurtaras,
Naciendo en tus riberas,
Ya por su nombre claras;
Ó si del otro polo le trujeras,
De quien tan altamente escribe y mira
Que entre severas leyes
De los sacros consejos de los reyes
Al verde lauro aspira,
Cuando á la cuna de Felipe dice:
« Para que tanto bien España espere,
Que nace al mundo cuando Cristo muere. »
Pronóstico felice
De quien tan alto vaticinio infiere.
Pero apresura más la nieve pura
Que baja en ti del alto Guadarrama,
Canos cabellos de la inmensa altura,
Con que las nubes como Olimpo excede,
Y en tantas venas de cristal derrama,
Y de un castillo á las almenas llama,
Que defenderte puede,

Para que el lauro de la frente quede
De don Juan del Castillo, vinculado,
Por mayorazgo tuyo, al principado
De la inmortal corona que deseas;
Y cuando los volúmenes poseas
De tantas leyes, goza el municipio,
Que te dió la humildad de tu principio.
  Pintaron los antiguos á la fama
Con alas de marfil, lengua de bronce,
Porque, como derrama
Á las esferas de los cielos once
Sus eternos acentos,
Después de persuadir los elementos,
No pudiese cansarse,
Ni en el hablar ni en el volar pararse.
Ésta tener quisiera,
Porque alabar pudiera
Dos ínclitos varones,
Dos prados, dos hermanos, dos Catones,
Á cuya integridad, genio y doctrina
Rendir laureles pueden;
Su gloria antigua ceden
Lengua griega y latina,
Que don Lorenzo y don Alonso exceden
Sus plumas celebradas,
De las canas del tiempo respetadas.
Tú pues hasta las playas españolas
Crece tus ondas á soberbias olas,
Levanta tus cristales,
Á los del Tibre iguales;
Entumece tus cándidas arenas,
De granos de oro y de esmeraldas llenas,
Por estos dos ingenios singulares,
Y diles, Manzanares,
Á griegos y latinos
Que vengan peregrinos
Á rendir á su templo,
Con tan raros escritos por ejemplo,
Leyes, versos, anales, oraciones,
Baldos, Tácitos, Livios, Cicerones,
Que en sus prados contemplo
Fertilidad de ricos atributos,

Flores de honor y de virtudes frutos.
Don Lorenzo Vander también pudiera
Pedir este laurel por la memoria
Que ha dado á España con tan docta historia,
Y la que darle espera;
La casa de Austria, aquel glorioso nido
De las águilas negras que en España
Se volvieron leones,
De tanta erudición enriquecido,
Con una y otra hazaña
Celebra en tan heroicas ocasiones,
Que ellos le deberán eternamente
La copia de su espíritu elocuente,
Y tú el haberte dado tantas glorias,
Cuantas líneas componen sus historias;
Y estima los retratos
De los sagrados hijos de tu orilla,
Que Apolo pasará sin los ingratos,
Y el coro de las musas sin capilla;
Que cantar en secreto
Arguye menos ciencia que defeto.
Llegó la Muerte en un funesto coche,
Que el túmulo de Febo parecía,
Á una venta una noche,
Donde el Amor, al expirar el día,
Llegado alegre había.
Durmieron juntos, ¡qué infelice suerte,
Dormir amor y despertar la muerte!
Al fin, cuando á la cándida mañana
Despertaba la fresca tramontana,
Perdidas las sospechas,
Trocaron los efectos y las flechas,
Sin acertar ninguna.
La muerte por matar enamoraba,
Y por enamorar amor mataba;
Y entre mozos hermosos, ¡qué fortuna!
Por este concierto,
Fué don Fernando de la Serna muerto;
Que si viviera, ¿qué laurel pidieras
Que con su ingenio celestial perdieras?
Don Gabriel de Moncada ¿á quién no admira,
Tan digno del consejo de los reyes,

Si descansando el arco de las leyes,
Templa las cuerdas á la dulce lira?
¿Qué musa no suspira,
Enamorada del hablar süave,
Retórico, galán, discreto y grave?
Lo mismo que de Cino,
Aquel universal jurisconsulto,
Pues haberle excedido dificulto,
Se dirá deste ingenio peregrino,
Que la jurisprudencia
Á las musas juntó tanta elocuencia,
   Ríos de España, encaneced de pena
Las ondas cristalinas,
Cabellos de las aguas bulliciosas;
Ni vuestras ninfas coronéis de rosas,
Mientras el Tibre á vuestra blanda arena
Usurpa las estampas peregrinas
Del español don Diego
De Sayavedra, vuestro alumno amado;
Ni halléis en vuestras márgenes sosiego,
Ni lleve el valle flor, ni yerba el prado;
No quede álamo en blanco, en cuyo tronco
No escriban los pastores *Sayavedra*,
Á pesar de los círculos de hiedra;
Con estrépito ronco
Suba el Tajo á mirar desde las ruedas,
Por escalas de platas siempre ledas,
Si viene aquel ingenio, en quien estriba
Que de su patria la memoria viva.
Musas latinas, que principio distes
Á nuestras españolas,
Francesas y toscanas,
Pues siempre honradas fuistes;
Como fénices solas,
Perdonen las pindáricas tebanas
Del doctísimo Antonio de Laredo;
Solícitas venid á su alabanza,
Que la nuestra á sus méritos no alcanza.
   Veréis como del tiempo virgiliano
Han quedado vestigios;
Veréis en un gallardo cortesano
Grandes estudios para ser prodigios;

Que cuando reducir queráis á nueve
Los ingenios famosos,
Ser uno se le debe
Por ciencias y por versos numerosos;
Que ya, para que tenga el que merece,
Vuestro laurel hasta su frente crece;
Y es mucho que tan alto subir pueda,
Si no es que Apolo ramos le conceda;
Que sólo puede el sol ser su corona
Porque está sobre el monte de Helicona.
Hay en el cielo un sino,
Autor de la Florida primavera,
Donde con seis estrellas reverbera;
Carnero cuyo ilustre vellocino
Dió la invención de la primera nave
De aquellos argonautas;
Que para el oro no hay defensas cautas.
Y en tus riberas cándido y süave,
En cisne convertido, dulce y grave,
Don Antonio Carnero,
Es el signo primero,
En quien también Apolo reverbera
Al producir la infante primavera;
Y como con su aliento,
Por su calor y el húmedo elemento,
En los campos, vestidos de colores,
Los céfiros espiran tiernas flores,
Así, de dulces versos revestido,
Es de tus campos céfiro florido.
Mas mira como Dafnes fugitiva
Firma la estampa breve,
Y el tronco de alma priva,
Que piensa que la sigue, y no se mueve,
Juan de Quiñones, más gallardo Apolo,
Porque á su ingenio solo
Los brazos de las ramas apercibe,
Que en los laureles de su frente vive
Mejor que en el Parnaso,
Porque este quiere, y los demás acaso.
Aquí llegaba Laura con aplauso
Del senado amoroso,
Cuando un corro de sátiros celoso,

Gorilo, Julio, Persio, Armindo y Lauso,
Pasaron con estruendo bullicioso,
Tañendo flautas y zampoñas rudas,
De cañas mal formadas que juntaron,
Por quien las selvas, que callaban mudas,
Las lenguas de las hojas informaron;
Que bastaba ser acto de poesía,
Para que de la envidia y la ignorancia
Procediese tan vil descortesía,
De la virtud precisa repugnancia,
Que no puede sufrir la fama y gloria,
Alabanza y memoria
De los claros ingenios singulares.
Enojóse el anciano Manzanares,
Y severo mandó que los prendiesen;
Y como los trujesen,
No halló, con ofrecerle tanta copia,
Mayor castigo que su envidia propia.
  Mas la divina Floris, admirada
De que sufriese el río
Tan loco desvarío,
Así le dijo, en púrpura bañada,
Deseando estudiosa,
Y del honor poético celosa,
Que fuese Apolo para cada fauno
Una flecha del monte acrocerauno:
  « No dejes sin castigo,
Pues has sido testigo
De tanto atrevimiento en tu presencia,
Estos sátiros feos,
Preciados de soberbios semideos,
Sin virtud, sin valor, sin luz, sin ciencia,
Que siempre nos persiguen,
Y por las selvas atrevidos siguen;
Tanto, que si de algunas claras fuentes,
Cuando de ti salimos,
No fuesen nuestro asilo sus corrientes,
Ó con espesas hojas y racimos
Estas hiedras que enlazan
Los altos olmos que trepando abrazan,
O laureles seríamos ceñidas
De ramas desdeñosas,

Ó entre sus fieras manos rigurosas
Débiles cañas, descubriendo á Midas
Las encubiertas menguas;
Que el suelo más leal produce lenguas.
» Tañía Palas en el cielo un día
Una sonora flauta,
Pero la diosa incauta,
Atenta á su dulzura y melodía,
No reparaba en la fealdad que hacía,
Como muchos que cantan,
Que porque no se miran no se espantan.
» La boca descompuesta,
Con que los convidados á la fiesta
Á risa provocaba;
Porque el rostro, que á Bóreas imitaba,
Y los ojos hacían
Las diferencias mismas, que surtían
De los inquietos dedos, á quien dierón
Principio los martillos, que pusieron
Á Jubal en cuidado,
Si dellos el diatónico fué hallado,
Y fué Tubalcaín á quien se debe.
Corrida Palas de pensar que mueve
La risa de los dioses, baja aprisa,
Y en el cristal de un río,
Que no reconoció feudo al estío,
Vió la materia de la justa risa
Por lo más sosegado de las olas,
Sonrojando la fuerza las mejillas
Del color que del trigo en las orillas
Nacen las amapolas,
Grosero afeite al rostro de la tierra,
Á quien tan presto el sol las hojas cierra;
Y con aquel disgusto arroja airada
La dulce flauta, que después hallada
De un sátiro que música sabía,
Soberbio al mismo Apolo desafía,
Cual vemos con la lira de Felicio
Al ignorante sátiro Salicio,
Salicio rudo y feo
De gótico preciado semideo,
Que dice que concibe

Los dulces partos que Felicio escribe;
Pensando, como algunos, que en la espada
De lindo corte y guarnición dorada
Está la valentía,
Siendo del brazo que la rige y guía.
Apolo, aunque era dios, y Marsias hombre,
Que aqueste fué su nombre,
Aceptó por vengarse el desafío,
Siendo palestra el límite de un río,
Que en dos se dividía
Y una graciosa isla permitía,
Por vestirse de verde á la ribera,
Lisonja de la hermosa primavera,
Que dentro de él jurisdición tenía.
Aquí ya no las aves ni los peces,
Sino los dioses, músicos jüeces,
Previnieron el gusto y los oídos,
Y alegres y vestidos
De ricas telas de la China y Persia,
Sentáronse á escuchar la controversia,
Igual la confianza y la destreza,
Adonde el arte fué naturaleza.
El sátiro tocó la flauta, haciendo
Que el sonoroso estruendo
De ríos y de fuentes se parase,
Y el céfiro solícito llevase,
Ya partido, ya junto,
De la varia infusión del soplo al punto,
Los ecos por la selva al monte opuesto;
Febo, á tañer dispuesto,
Mezclando diestramente
La música enarmónica y cromática,
Mostró con la teórica en la prática
Aquel alma eminente,
Pues en el arte la verdad consiste.
Pero, como la envidia
Escucha siempre triste,
Y de la ajena gloria se fastidia,
El sátiro de Febo murmuraba,
Y arrogante mostraba
Que la justicia estaba de su parte;
Que pocas veces reconoce al arte

La soberbia ignorancia de la ciencia.
Febo la competencia
Desigual proseguía;
La selva respondía;
El eco dilataba
Las quejas que formaba
Con los dedos sonoros,
Y los soplos süaves
Repetidos á coros
De las pintadas aves,
Las fuentes que corrían
Hurtar las consonancias presumían,
Y por octavas entonar mayores,
Saltaban las arenas á las flores.
Los árboles amenos,
De oyentes dulces llenos,
Que al teatro asistían,
Y á las plantas movían,
Como en el tiempo que cantaba Orfeo,
Que el aplauso es principio de trofeo,
Y las copas altivas,
Almas vegetativas
De sus antiguos troncos arrugados,
Bajaban á los prados
Para mezclar las hojas con las flores,
Lo verde y las colores,
Y coronar al victorioso Febo.
Y como el loco sátiro de nuevo
Tañer quisiese, fuéle respondido
Que estaba ya vencido,
Y sin ser escuchado,
Febo fué laureado.
Dafne apacible enrama,
No en selvas ninfa ni en palacios dama,
Que siempre es la vejez más amorosa,
Le coronó la frente victoriosa.
» Era concierto desta competencia
Que del vencido el vencedor hiciese
Lo que su gusto fuese;
¡Rigurosa sentencia!
Porque si solo el sátiro tenía
La casa de pellejos que vivía,

De quien godo señor se intitulaba,
Y apolo celestial se la quitaba,
¿Qué la importara Caxelor, su padre,
Ni Torabina, su salvaje madre,
Para que no muriese?
Y así, porque ninguuo se atreviese
Hombre mortal con arrogancia vana
Á poner á la ciencia soberana
De las altas deidades celestiales,
Siendo tan desiguales,
En tales desafíos,
Le mandó desollar atado á un tronco,
Por más que conoció sus desvaríos,
Mortal de quejas y de ruegos ronco.
Lloráronle las ninfas de los ríos,
Á quien para sus coros ayudaba,
Cuando vieron que ya sin piel estaba,
Que nunca falta quien al muerto alabe,
Y interprete á virtud faltas que sabe;
Que los aborrecidos y enojosos
Cuando fueron dichosos,
Vienen á ser amados
Cuando son desdichados.»
Esto decía Floris, pero en vano;
Que dejando los sátiros el llano,
Con descompuesta risa haciendo señas,
Treparon por los árboles y peñas,
Como suele en el África arenosa
Por la palma frondosa,
Porque el desnudo bárbaro se asombre,
El animal que más imita al hombre.

SILVA VII.

Callaron todos con aplauso atento,
Vencido el alboroto
Quo los fieros semícapros hacían;
Volvió otra vez á suspenderse el viento,
Y callando las aves en el soto,
Se pararon las aguas que corrían;

Las almas que vivían
En las hermosas flores
Encendieron más vivas sus colores,
Y al fin, dispuesta á proseguir el canto
Laura gentil, echando al hombro el manto
Sobre el crespo cabello, dividido
En mil anillos de oro,
Mirando blandamente el dulce coro,
Abrió las hojas del clavel partido :
« Cuando vuelvo los ojos
Á tus famosos hijos, Manzanares,
Á quien tantos despojos
Deben el Tormes y el sagrado Henares,
Tan alta vengo á ver mi confianza,
Que aun miro verde el sol con mi esperanza;
Porque si ingenios de tus hijos miras,
Y no solo al laurel de Apolo aspiras,
Aunque te da cuidado y sentimiento,
Por ser honor tan relevante agora,
Que nunca más atento
El laurígero Apolo,
Todo piramidal á nuestro polo,
Sus esmeraldas dora;
Mira al doctor Francisco Sánchez, mira
Cómo en la sacra lira
Del Rey Profeta canta
Versos divinos en la cumbre santa
Del celestial Parnaso ;
Pues dando el primer paso
Por su dulce Talía,
Subió á la esfera de la acción suprema,
Y á la vista del sol las alas quema,
En cuyo mediodía
Arden los serafines.
Cortad, ninfas, cortad castos jazmines,
La arzobispal guirnalda coronando
Al gran pastor de Taranto, adorando
La sandalia cruzada
Que honró la patria, que dejó esmaltada
De tantas bellas flores
(¡ Oh nunca sus colores,
Ligero tiempo, mudes !);

¡Cuántas fueron sus letras y virtudes!
» Si fué don Gabriel Gómez de Sanabria,
Aquel cuya sonora lira oíste
En el prólogo tierno de sus años,
Aquel cuya nobleza honró á Cantabria,
Aunque la cierta en la virtud consiste,
¿Qué importa que por mares tan extraños
Agora viva senador de Lima,
Para que tú le olvides,
Y él deje de ser tuyo si le pides
Favor en esta empresa;
Que ser tu hijo estima,
Y las musas profesa
Con tal cuidado y tan atenta mano,
Que habla por él Marcial en castellano?
Y si por español poco parece,
Quien lo dice se engaña:
Grande alabanza don Gabriel merece,
Porque Marcial, si fácil se imagina,
Ha mucho tiempo que salió de España,
Y su lengua olvidó por la latina,
Y es volvérsela á dar acción divina.
» Pues para más honor tuyo, obligado
Del mucho que te han dado,
Ofrece á la elocuencia eternos hinos
Del docto Gerion, de tres divinos
Insignes oradores,
Del cielo estrellas, de la tierra flores;
Triángulo y firmeza soberana
De la nave católica romana,
Celestes filomenas,
Honra de tus riberas siempre amenas
De pirámides altos y colunas,
Que á las oposiciones importunas
Del engañado error pongan el hombro;
Con que sabrás que nombro
Al padre Herrera, Vélez y Montoya,
En quien parece que la piedra apoya
Fundamental del edificio eterno.
¡Que consonancia, qué divino terno!
Herrera, el gran Cirilo,
Vélez Bernardo en dulce y claro estilo,

Y Montoya, sagrado coronista,
Que al sol de su gran padre alzó la vista.
» Para loar á Márquez dignamente
Sus obras mismas son la voz más clara;
Tormes su eterna ausencia
Llora con turbia frente,
Y á su piedra inmortal las ondas para
En feudo de respeto y reverencia;
Que varones tan claros
No los reiteran siglos, ó son raros.
» Pero ya de mi amor las justas quejas
(Fama, si tú las alabanzas dejas
por infinita suma,
Que no querrás fiarlas de otra pluma)
Al padre Hortensio Félix me proponen;
Los laureles perdonen
De Grecia y Roma en ocasión tan justa;
Que el cerco de oro de su frente augusta
Jnzgo á pequeño premio, y le consagro
Estos versos por único milagro;
Porque, como él lo es, también lo fuera
Si amor, y no la pluma, los hiciera.
» Si Dios no hiciera flores, primavera
Fuera tu ingenio celestial florido;
Y si frutos no hubiera producido,
Tu ingenio frutos celestiales diera.
» Si el sol de nuestro polo se escondiera,
Tu ingenio sol de España hubiera sido,
Y donde Dios no fuera conocido,
Por tu ingenio sutil se conociera.
» El ingenio del ángel reservado,
Porque al ángel bastó que le imitaras,
En lo mortal ninguno te ha igualado;
» Que si en ideas puramente claras
Dios te mostrara cuantos ha criado,
Solo el ingenio que te dió tomaras. —
» Mas mira en tiernos años,
Admiración de propios y de extraños,
Aquel Ávila, ó águila, que vuela
En la mejor del mundo compañía
Con tal doctrina, con tal alta escuela
Á los celajes donde nace el día,

Que con nombre de Juan, que le provoca,
Ser Ávila, ser águila le toca.
» Y darle para siempre se te acuerde
Verde laurel al padre Villaverde,
En cuya boca, como ambrosia pura,
Ángeles fabricaron la dulzura,
En vez de las abejas, pues vinieron,
Y la ambrosía de Ambrosio le infundieron.
Pero permite en diferente altura
Que un apóstrofe sea
Paréntesis dichoso de tu idea.
» Pues canta Apolo en estos dulces hinos,
Oradores divinos
Del evangelio universal de Cristo,
Aunque vivas el polo de Calisto,
Aquí permite que tu voz retrate,
Dulce sagrado vate,
Doctísimo Fernando de Avendaño,
Ave del cielo, y del infierno daño;
Pues de las Indias sacas
El ángel fiero, que los habla en guacas,
Insigne en la palabra y en la vida,
Tanto, que puede darte,
Evangélico Marte,
Nombre de Idolicida,
Luz en el monte Antártico encendida,
Filósofo y teólogo tan raro,
Que constituye en ti la Iglesia un faro,
Que alumbre en el Perú, segundo Apolo;
Y no te admire ver que á nuestro polo
Llegue tu nombre, que el opuesto aclama,
Pues el doctor León sirve de fama,
Que tus hechos publica,
Y de tan gran predicador predica
Lo que dijeras tú si déi hablaras,
Letras insignes y virtudes raras.
» No fué contra retóricos precetos
Aquí, sagrado río,
La intervención del pensamiento mío;
Que varones tan graves y perfetos
En el divino fundo,
Que resuene su voz por todo el mundo.

» ¡Quién tuviera, Niseno,
Justa de mi temor desconfianza,
Tu ingenio celestial para alabarte!
Pero es corto mi seno
Para el golfo del mar de tu alabanza
Y reducir lo inmenso á breve parte;
Leerte y escucharte
Es oir á tu padre el gran Basilio;
¡Oh si me dieras, para ser Virgilio,
Tu pluma y lengua de oro!
Tus escritos adoro,
Tu virtud reverencio;
Donde es fuerza el callar, hable el silencio.
» Vestido al cielo de virtudes santas,
Que nunca fueron sus estrellas tantas,
Aunque descalzo al suelo,
Fray Pedro de los Reyes,
Apolo de sayal, musa del cielo,
Que con humildes leyes
Y amorosos preceptos
Dulces escribes al amor conceptos;
Amado padre mío,
Corona ilustre de tu patrio río,
El célebre Jarama;
Amor fué tu laurel, gloria tu fama,
Y tu sandalia nube,
Que en pedazos de cielo al sol te sube,
Y con tanto decoro,
Que con reliquias de la tela de oro
De tu sayal, más rico que su esfera,
Le puedes remendar si se rompiera.
¡Oh qué bien que escribías
Aquellos tiernos penitentes días
En tu sagrado canto:
—Loco debo de ser, pues no soy santo!—
» Con mil laureles en la sacra frente,
Por estilo tan puro y elocuente
Con que tus rimas y tu patria honraste,
Dulce Camargo, á Nicolás cantaste,
Después de haber cantado en verso triste
La sagrada elegía,
Muerte de Dios y llanto de María,

Que de tu nombre fuiste
Dulcísima ironía.
» Segura insigne, bien irá seguro
Con más alegre, aunque difícil paso,
Al monte santo, al celestial Parnaso,
Que tiene de oro y de diamante el muro.
¡ Qué casto, dulce, sonoroso y puro
Benito, transformado en carmelita,
La vida de Teresa resucita!
¡ Qué bien pone á la lira el arco santo
En el sagrado canto!
Qué bien las cuerdas, cuando dijo, toca
Contra el fiero enemigo :
— Aquí veréis lo que podéis conmigo,
Ó lo que puede Dios en vuestra boca!—
» Porque tu fama del laurel presuma,
Que merecer por tus alumnos sueles,
Volveránse los céspedes laureles,
Tu arena en oro, y en cristal tu espuma;
» Si Maximiliano con su pluma,
Nuevo Caleno y Garcilaso nuevo,
En la palestra compitiere á Febo,
Para que estéis conformes
En darle el premio que le ha dado Tormes.
» Si elegir un galán entendimiento
Propusieran las musas, donde inspira
Apolo universal conocimiento,
Que á don Juan de Valdés le dió su lira
El mismo confesara,
Si por dicha envidioso no repara
En que, atento al estudio de las leyes,
Le ocupan los consejos de los reyes;
Que, como son las musas
Damas, no quieren admitir excusas,
Sino que siempre su galán asista:
Tanto estiman la vista
De ingenios de tan altas calidades,
Que tienen celos de otras facultades.
» Marcelo Díaz la feliz fortuna
De Endimión dejó á la fama escrita,
Con que tantos laureles solicita,
Que si por el pastor la blanca luna

Puso los pies de plata vez alguna
En el Latmo, pudiera
Por Marcelo mejor dejar su esfera;
Pues no la contempló la astrología
Con tanta mitológica armonía,
Porque fuese Marcelo
Mar de elocuencia y de planetas cielo.
» Si cuando á fray Gabriel Téllez mereces,
Estás, oh Manzanares, temeroso,
Ingrato me pareces
Al cielo de tu fama cuidadoso,
Pues te ha dado tan docto como culto
Un Terencio español y un Tirso oculto.
» Si no tienes laurel, de álamo blanco
Honra las doctas sienes,
Ilustre río, del maestro Franco,
Pues que por él á tanta gloria vienes;
Pero si no le tienes,
Presto dellos verás tu campo lleno,
Si el nuevo Nacianceno
Concuerda con sus letras peregrinas
Al arpa de David musas divinas.
» ¡Oh feliz Manzanares!
Si quieres exceder los pretendientes
Del Tajo, el Betis, el Jenil y Henares,
Conduce de sus púlpitos y altares
Aquellos dos hermanos eminentes
Que merecieran mármoles romanos,
Don Pedro de la Hoz y el maestro Fuentes:
Hoz para el trigo de los cielos hecha,
De tanta erudición fértil cosecha;
Fuentes para los mares soberanos,
Como en la sangre, en el ingenio hermanos;
Y sangre de antiquísima nobleza,
Á no ser la virtud mayor riqueza;
Mas mira fuentes, hoces laureadas,
Y verás abrazadas,
Si su humildad para el laurel impetras,
Como justicia y paz, virtud y letras.
» Oye la dulce voz que en tiernos años
Es de la corte música y sirena,
El doctor Montalván, de cuya vena

Ya corre un mar de ciencia á los extraños,
Ya pintando de amor los desengaños
En docta prosa y en sonoro verso,
Ya en estilo diverso
De su sagrada profesión decoro,
Patricios dignos de diamantes y oro,
Reloj despertador del sueño incauto;
Ya con las musas de Terencio y Plauto,
De su estudio paréntesis suaves,
Ejemplos dulces y sentencias graves.
» Ya del doctor Francisco de Quintana
Te propone la palma victoriosa
El dulce verso y prosa;
Pero más en la ciencia soberana
La sacra teología;
Que como suele ser de la mañana,
En cuyos tiernos brazos nace el día,
El lucero preludio,
Así la luz de su incesable estudio
Resplandece en las dudas
De escuros argumentos,
Y la noche se va con plantas mudas,
Desatada en las alas de los vientos.
Y porque no lo estén tus pensamientos,
De Josef de Villena
Yo te aseguro, venturoso río,
Por dulce filomena,
Todo el laurel que de su ingenio fío;
Ninguno en tu ribera ó tu montaña
De más virtud las letras acompaña.
» Pues mira al doctor Porta,
Para cuya científica Talía
Toda alabanza es corta.
Con él á pretender el lauro envía;
Verás cómo su frente en Helicona
De verdes esmeraldas se corona.
» Don Sebastián Francisco de Medrano,
Ilustre en nacimiento y en ingenio,
Con diferente genio
Devoto deja el escribir profano.
Ornad, musas divinas,
Las dos sienes sagradas

De cedro y clavellinas
Del oloroso Líbano cortadas;
Que quien al monte del amor penetra,
Tales coronas á su frente impetra.
» Y queden laureadas,
Felipe del Castillo, justamente
Las dignas sienes de tan docta frente;
Porque se rendirán Virgilio y Enio
Á tanta erudición, á tanto ingenio.
» La roja insignia del patrón de España
Adorna dos Herreras,
Florida emulación de tus riberas,
Dignos entrambos de tan alta hazaña;
Si á don Rodrigo tienes,
Á ser más propiamente Mantua vienes;
Pues tendrás á Virgilio tan perfeto,
Que te podrás llamar Mincio ó Sebeto;
Y si tienes también á don Antonio,
Serás el Tibre, y el tu dulce Ausonio.
» Al docto don Francisco de Quevedo
Llama por luz de tu ribera hermosa,
Lipsio de España en prosa
Y Juvenal en verso,
Con quien las Musas no tuvieran miedo
De cuanto ingenio ilustra el universo,
Ni en competencia á Píndaro y Petronio,
Como dan sus escritos testimonio;
Espíritu agudísimo y suave,
Dulce en las burlas y en las veras grave;
Príncipe de los líricos, que él solo
Pudiera serlo si faltara Apolo.
¡Oh musas! dadme versos, dadme flores,
Que, á falta de conceptos y colores,
Amar su ingenio, y no alabarle, supe,
Y nazcan mundos que su fama ocupe.
» Pero si vuelves los dichosos ojos
Á la escuela de Apolo, pretendiendo
Ricos laureles, de tu honor despojos,
Mira en prosa y en verso describiendo
Su mismo ingenio don Tomás Tamayo.
Que solo su discurso sabe el rayo,
Porque es incomprehensible á nuestra vista.

Con él la gloria del laurel conquista,
Y á Toledo le di que te perdone,
Aunque de sus estudios se corone,
Pues dieron tus riberas
Á su cuna floridas primaveras;
Que en este fértil suelo
Fué su dichoso horóscopo y la parte
Que le cupo del cielo
De suerte, que del arte
Reconoce la patria que le debe
Lo mismo que á la historia
Le deberá de España la memoria,
Que al tiempo más voraz la pluma atreve,
Haciendo las más largas de su pluma
Quien alabar sus méritos presuma.
» Y si tienes deseo
De ver un grande y virtuoso empleo,
Que puede enriquecerte,
En don Francisco de Aguilar advierte
Tan varia erudición, tan grave estudio
Porque dando libelo de repudio
Á cuantas ocasiones
Divierten á los ínclitos varones,
En su rico museo,
Hermoso laberinto del deseo,
Sobre los libros yace
Desde que el fénix sol muriendo nace,
Pintando con solícito cuidado
La historia del pirámide sagrado.
» Juan Antonio de Herrera
Apenas de tres lustros se adornaba,
Cuando las cuerdas líricas templaba
Con majestad latina, que pudiera
Ser de Virgilio, pero ya depuesto
Aquel estilo á que nació dispuesto,
Te deja con mil leyes por excusas
Á ti sin premio y sin laurel las musas.
» Del mismo nombre honor, don Juan de España
Con vivo ingenio y con pulidas letras
La dorada región del sol penetras,
Donde en vez de laurel diamantes baña
A tanto atleta, celestial campaña;

Porque si cierra España, no se debe
Ni al nombre ni al valor término breve. »
Parece que la ninfa suspendía
La clara voz en el marfil nevado
De la garganta hermosa,
Y reiterar quería
Algún ingenio ilustre, que olvidado,
Le bañó de corrida el rostro en rosa,
Y prosiguió diciendo : « El verso y prosa
Del doctor Milián, sin competencia,
Tendrán en su favor justa sentencia,
Y más si con sus leyes la defiende ;
Que si el laurel su erudición pretende,
Y humanas letras son esmalte en oro,
¿ Quién le puede igualar ? ¿ Quién tan sonoro,
Dulce, blando, científico y prudente
Llegó los labios á la sacra fuente ?
Pues andan entre sí con él celosas
Las musas castellanas y latinas,
Con ser hermanas y igualmente hermosas.
¡ Oh Apolo ! de las dos ¿ á cuál te inclinas?
Parece que responden en el monte,
Cuyo cristal formó Belerofonte
Las sirenas del agua fugitiva ;
Mil años Milián, mil años viva.
» La exterior gentileza,
La fuerza y valentía,
Las letras y la espada,
La singular destreza,
La música armonía
En tantos instrumentos celebrada,
Que tuvo el mundo atento,
Igualó con el claro entendimiento
Y el arte de escribir don Félix Arias,
Y también igualó fortunas varias ;
Que no se dan en vano
Celestes dones al ingenio humano.
» Cuando á prueba reciba
Apolo soberano
La dulce condición clara y festiva,
Ingenio sutilísimo y urbano
De don Alonso Pusmarín, y lea

La gala con que pule y hermosea
Su verso doctamente castellano,
Admirando las musas, sin ambages
De forasteros trajes,
Con tal copia de altísimos concetos,
Ajustando la pluma á los sujetos,
Verá que no llegó jamás ninguna
Á dar mayor envidia á la fortuna.
» Don Antonio de Huerta, sacro Apolo,
Pues fueron tus pensiles
Las flores de sus líricos sutiles,
Aspire al premio sólo
Con arte y gracia infusa;
Aquí, pues olvidar al monte sueles,
Mejor que en Pindo nacerán laureles;
La huerta de Medusa
Esta será, Piérides;
Aquí guardad auríferas Hespérides.
» Con decirte las señas,
Aunque callase el nombre celebrado,
Desde las tuyas á las altas peñas
Del alto Pindo, del licor bañado,
Á cuya orilla los ingenios nacen
Que las doctas vigilias satisfacen,
Que era don Pedro Calderón dirías;
Verdades son, que no lisonjas mías;
Que en estilo poético y dulzura
Sube del monte á la suprema altura.
» Y si su vivo ardor te satisfizo
Deste ilustre mancebo,
En el retrato de Juan Pablo Rizo
Mira la imagen del dorado Febo,
De quien, sin las escritas,
Te ofrezco maravillas inauditas.
» Para pintar las partes de Anastasio
Será corto pincel el de Parrasio;
Y pues ya tienes dél tantas premisas,
Más vale que se queden indecisas;
Apresuró sus días mal contento
De que no ejecutó su entendimiento.
» Dos Céspedes hermanos se te ofrecen,
Que como las estrellas resplandecen,

Á quien Júpiter dió partes divinas,
Y Leda las humanas;
Sus fortunas han sido peregrinas,
Pero todas tuvieron fuerzas vanas
Contra su nombre; que sus luces bellas
No temen las estrellas, siendo estrellas.
» Si á Salas Barbadillo se atreviera
Mi indigna voz, que por tu gusto canta,
Ó la sonora cándida garganta
De los cisnes tuviera
Que el verde margen que el Caistro bebe
Cubren de pura nieve,
Yo te pintara un hombre
Que ha puesto con su nombre
Temor á las estrellas,
Á quien quitaron ellas
Que no pudiese oir sus alabanzas:
Tales son de los tiempos las mudanzas;
Porque si las oyera,
No fuera humilde cuando más lo fuera.
¡Oh fortuna de ingenios, breve llama!
Pues no le dais Mecenas, dalde fama.
» Abstracto de las musas,
Primero estudio de sus verdes años,
Á Plinio nos ha dado en nuestro idioma
Jerónimo de Huerta, y las confusas
Enigmas con tan claros desengaños,
Que con admiración los tomos toma
Docto médico Febo.
Y dice: — Hoy vuelven á nacer de nuevo:
Tanto puede alcanzar industria humana,
Flores de Plinio en huerta castellana. —
» Mostróse el cielo franco
En darle erudición maravillosa
Á don Francisco Gómez de Vivanco,
Cuya pluma estudiosa,
Si tuvo igual, fué de su verso y prosa;
Porque cualquiera dellas que escribiera,
Única perla de Cleopatra fuera.
» Miró Venus festiva
Al niño Amor, y dijo:
— Dolor alegre de los cielos, hijo,

¿Adónde están las gracias, que ninguna
De todas tres parece? —
Y el niño respondió, como ya crece:
— Madre, no busque ya de tantas una:
Porque sepa que están, y justamente,
Todas juntas en Luis de Benavente. —
» Ilustre río, que del pie del alto
Alcázar de Madrid la planta besas,
Dorado ya por títulos tan graves,
Qne no porque tal vez te dejen falto
Las nieves de quien naces, pues profesas
Carrozas conducir, que no altas naves,
Dejan tus labios de llegar süaves,
Pues besando cristal, resultas oro,
Con que eres ya dorado Manzanares,
Del Tajo enojo, emulación de Henares;
Llama las ninfas de tu sacro coro,
Y de Vicente Mariner laurea
La sacra frente, pues á honrarte vino
Con el verso dulcísimo latino,
Porque inmortal en tus riberas sea;
Y provocando el dórico liceo,
La musas griegas le darán trofeo.
Honre la tierra extraña
Á quien nunca premió su madre España.
» Y á Cristóbal de Mesa,
Trípoda de las musas y las gracias,
¡Oh letras, pocas veces sin desgracias!
Llama para ganar tan alta empresa;
Que cuando mires tanta copia impresa,
Y tan alta virtud sin premio mires,
Imposible será que no suspires;
Que sigue pocas veces, ó ninguna,
Á la virtud la próspera fortuna.

SILVA VIII.

» La queja universal de los que llegan
Á la difícil cumbre de Helicona
No consiste en el tiempo ni el olvido,
Pues éstos nunca niegan

Á sus estudios la inmortal corona
Ni el premio dignamente merecido,
Sino de haber tenido
Tan poca estimación mientras vivieron ;
No porque todos fueron
Por quien Petrarca sin razón decía:
Povera e nuda vai, philosophia.
» Su rigurosa estrella
Á cada cual le sigue,
Ó letras ó armas sean ;
Mecenas vive en ella,
Por ella se consigue
El premio que desean.
» O buena ó mala suerte
Á los genios se aplica,
Que no siempre la muerte
Las obras califica;
También la vida suele
Dar alas á la fama con que vuele.
» Sin estrella Virgilio
Del César no tuviera tanto auxilio,
Dejando en su tesoro
Ciento y cincuenta mil coronas de oro ;
Pues no fué Homero menos celebrado,
Y fué tan desdichado,
Que cantando sus versos sustentaba
La miserable vida que pasaba. »
Aliento daba el aura
Del süave contacto de las flores
Á la discreta Laura,
Que interrumpieron ninfas y pastores,
Que pasaban con varios instrumentos
Á ver los campos del divino Isidro ;
Pero volviendo á suspender los vientos,
Y la corriente el cristalino vidro,
Que guarnece de flores Amaltea,
Diciendo prosiguió : « Puesto que sea
Usurparle la gloria al sacro Turia,
La estimación no puede ser injuria,
Pues pisa tus riberas
El conde del Real, de quien pudieras
Honrarte justamente :

Así concibe dulce y elocuente
Tan altos pensamientos y concetos
Que son de amor y de su ingenio efetos.
Suba gallardo el Conde al sacro monte,
Pues que Tulio llamó de Anacreonte
Amante bizarría la poesía ;
Que no siempre es amor filosofía.
» Pero vuelve los ojos,
Á aquella isla que á Calabria junta
Pintaba Heleno á Eneas,
Tanto los tiempos mudan, y en despojos
Se lleva el mar, que por aquella punta
Las playas sicileas
Del continente dividió de Italia ;
Aquella que expugnaron de Tesalia
Las naves tantas veces con los griegos,
Antes que viesen los troyanos fuegos,
Y allí verás un príncipe famoso,
Virrey y capitán, que el glorïoso
Timbre de sus mayores
Vistió de soberanos resplandores ;
Un duque de Alburquerque,
Que, por más que les polos dore y cerque
El padre de Faetonte,
No podrá hallar para el laurel del monte
Ingenio más divino.
» Como Virgilio al canto se previno,
Las sicélides musas invocando,
Pudiera quien cantara
Las excelencias de su sangre clara,
Sus virtudes, sus letras y su estilo,
Que pudiera inundar fecundo Nilo
Con sus heroicos versos el Parnaso.
Pero detén, atrevimiento, el paso ;
Que los gobernadores y virreyes
Tienen de Marte diferentes leyes
Y los puestos repúblicos son puestos
Á las musas opuestos ;
Que como el genio al ocio no permiten,
Desde la tierna edad no las repiten.
» Aquel, aunque Serrano,
Ingenio siempre ilustre,

Corona, gloria y lustre
Del pirámide insigne toledano,
Digno del mismo ceptro soberano,
Don Diego, que escribía
Versos que el Tajo repetir solía
Con lengua de cristal en su ribera,
De sus años la verde primavera,
¿Qué Laurel no alcanzara,
Divino Polifemo,
Si ahora no juzgara
En tribunal supremo
Las causas de la fe? Pero permite
Que por él solicite
Aquella fama y gloria
Que entonces diera aplauso á su victoria,
Que por los campos de Elis nunca Apolo
Fué tan galán serrano,
Ni tuvo nuestro polo
Más dulce lira ni más diestra mano.
» Mira después los campos revestidos
De más ingenios que producen flores,
Y entre tantos esmaltes y colores,
Que truecan y confunden los sentidos,
Al mejor de los lirios de tu orilla,
Don Juan de Larramendi y Andosilla,
Mancebo de tan nobles esperanzas,
Que aunque en brazos del Tajo al mar alcanzas,
Y el mar hasta el Oriente se derrama,
Los dos no llegaréis donde su fama,
Con ir siempre las ondas dilatando,
Á quien irán los siglos imitando,
Porque de la virtud la fama y gloria
Es el alma inmortal de la memoria.
Divino Garcilaso,
Con quien parte las hojas del Parnaso,
Cuya musa latina y castellana
Igualmente florece.
Musas, si así comienza su mañana,
¿Qué hará en el mediodía?
Feliz el mar que tales perlas cría.
» Pues mira qué laureles no merece
De don Gabriel Bocángel su atributo.

Goza de tal ingenio el dulce fruto,
Y advierte que á su heroica melodía
En su dialecto propio el gran museo
Sustituye á *Leandro*,
Poema para el arca de Alejandro,
Don primitivo á la esperanza mía.
Mira con qué dulcísima armonía
Comienza blandamente :
— Oh tú, que la madeja inobediente. —
No lo serán las musas;
Todas vendrán infusas,
Mostrando á su conceto
Intempestivo afeto,
Que en abriendo la boca,
Ángel parece que los labios toca.
» Juan Montero Vallejo,
Que su ascendencia en las montañas tiene,
Nacido en tus riberas,
Que, de las musas cristalino espejo,
Bebió, las claras aguas de Hipocrene,
Dará á tu soto eternas primaveras,
Y por él te aseguro
Que te prometen en aljófar puro
Tributo, que fiar tan lejos puedo,
Los arroyos del valle de Carriedo.
» Don Nicolás y don Andrés de Prada,
Cástor y Pólux sean,
Que mejor que los Géminis posean
Del fértil mayo la estación dorada;
Allí tendrán laurel, allí victoria,
Su fama honor y su virtud memoria;
Que el nombre eterno, donde no hay mudanza,
Piérdele el ocio, y la virtud le alcanza.
» De don Juan de Vidarte
El natural y el arte
Con ambidestra pluma
Dos coronas presuma;
Defienda lo que escriba;
Corte la rama altiva
Para su digna frente
De aquel árbol helado, á Febo ardiente,
Que tan bien merecido,

No temerá les hielos del olvido.
» Las musas castellanas y latinas,
Humanas y divinas
Tierno galán requiebre,
Y con igual espíritu celebre
Juan Francisco de Prado,
De dísticos floridos
Y de espinelas dulces adornado;
Porque, cubiertos de perpetuo olvido,
Marchiten los hibleos
De sus cultos jardines los trofeos,
Y á las que tiene á todas superiores
Los prados del Parnaso humillen flores.
» Bien puede don Antonio Cuello el suyo
Levantar al celeste pavimento,
No ya como el intrépido gigante,
Sino por gloria suya y honor tuyo,
Poner el hombro, al peso eterno atento
Que científico puso el viejo Atlante,
Pues con los versos de su propia idea
De imágenes más bellas le hermosea.
» Don Alejandro y don Tomás, hermanos,
Que honrando de Valdés el apellido,
Como su padre el mismo Apolo ha sido,
Nacieron con las liras en las manos.
¿Cuándo oyeron los cónsules romanos
Tal oración en verso,
Como la que en estilo dulce y terso
Oró Tomás á la sin par María?
Que aunque Tomás, creyó lo que debía.
» Si de la edad de don Josef Estrata,
Por quien tus ondas son perlas y plata,
Escribiera Virgilio,
Estacio, Claudiano, Horacio y Silio,
Mayores fueran que se ven agora,
Que de su tierna edad la dulce aurora,
Como celajes ya de su horizonte,
Muestran que aspira de Helicona al monte
Con tan gallardo espíritu, que alcanza
Juntas la posesión y la esperanza.
» Don Jerónimo al orbe de Diana
(Faetonte de la luna,

Pues en su plata no hay temer fortuna,
Si tanto puede ver águila humana)
Levante de su pluma los trofeos,
Donde apenas se admiten los deseos,
Porque de Villaizán el apellido
No le pueda borrar tiempo ni olvido;
Que porque viva en él firme y constante,
Clavo será su pluma de diamante;
Y aunque sirvan las leyes de disculpa,
En papel celestial versos esculpa,
Porque los ojos que tan alto vean,
Con sus luces erráticas las lean;
Que bien merecen méritos iguales
La lumbre de los orbes celestiales.
» Si se perdiera el arte
Lírico, no lo dudes que se hallara,
Ó todo ó la más parte,
En la mélica lira, dulce y clara,
Que no hay número fácil que no exceda,
Del docto Valmaseda,
Cuyo nombre repiten,
Si dudosas compiten,
Las musas, porque tienen experiencia
Que natural y ciencia
En él se depositan,
Y el laurel solicitan
Para sus dulces versos, que han honrado
El patrio Tajo, por su voz dorado.
» Y si de justas esperanzas rica
Quisieres ver una fecunda vena,
Una tierna y canora filomena,
Don Diego de Moxica
Al sagrado laurel la frente aplica.
» Ya don Jusepe Pellicer de Salas
Con cinco lustros solos sube al monte,
Ya nuevo Anacreonte,
Fénix extiende las doradas alas,
Que el sol inmortalice,
Y pues él mismo dice
Que tantas lenguas sabe,
Busque entre tantas una que le alabe.
» Pero si quieres ver del nombre mismo

Un noble y elocuente caballero,
Honor de los laureles de tu orilla,
Sucesor á los condes de Castilla,
Profundo á todas letras, docto abismo,
Su viva imagen enseñarte quiero;
Mira de Horacio el singular retrato,
Y con él, para firme testimonio,
Un docto suplemento de Petronio,
Que al sueño, al ocio ingrato,
Muestra de sus vigilias el efeto;
Esta es su luz, su norte,
Estudiante en la corte,
Y en su trato filósofo discreto.
» Si la corona ilustre á los atletas
Y latinos poetas,
En tan alta ocasión competidores,
Os parece pequeña,
Murtas, laureles, mirtos, hiedras, flores,
Oh musas, prevenid al doctor Peña,
Que á vuestro monte sube,
Peña tan alta que parece nube.
» Don Gabriel del Corral, en quien hallaron
Dulzura, prontitud, gracia, agudeza,
Lustre para igualar á su nobleza,
Por español propercio le aclamaron.
Musas, dadle el laurel; que no ha nacido
Ingenio en nuestra patria más florido.
» Si de don Jorge de Tobar admiras
La dulce voz con que cantó á *Narciso*,
Con justa causa al verde honor aspiras,
Gloriosa pena del pastor de Anfriso.
Con tan discreto aviso,
Con tal primor y erudicion tan rara
Pintó su historia á honor de tu ribera,
Que si en sus mismos versos se mirara,
Más peligro corriera
Que el tierno joven en la fuente clara,
Cuanta es más alta y pura
Del alma que del cuerpo la hermosura.
» Y si mirar deseas
La docta escuridad, cuanto elegante,
Del andaluz gigante,

Escarmiento de esquivas Galateas,
Hoy quedarán tus ojos satisfechos,
Los círculos platónicos deshechos,
Y el intrincado nudo gordïano,
Hablando *Polifemo* en castellano;
Que don García Coronel ha sido
Tan diferente Ulises, que le ha dado
La vista que el de Grecia le ha quitado;
Y estando de tinieblas ofendido,
Es sol resplandeciente,
Humillando su frente
Á que tan alto coronel llegase
Y aquel monte de enigmas coronase,
Que Góngora también, porque pudiese
Quedar á quien le viese,
Como docto süave,
De sus secretos le dejó la llave.
» Las gracias en la cuna
De su dichosa infancia
Tan risueñas vinieron,
Que á don Alonso del Castillo dieron
Más gracia que fortuna,
Y que premio elegancia;
Que tiene repugnancia
Tal vez con la virtud; pero si miras
Sus libros, sus papeles, superiores
Á cuantos hoy de aquel estilo admiras,
Llenos de tantas elegantes flores,
Como la copia de su fértil genio
Con prodigioso ingenio
Por el mundo derrama,
No le quieras más premio que su fama,
Ni laureles mayores
Ni más ricos favores
Que de su pluma la dorada copia,
Pues la virtud es premio de sí propia.
» Tú, que presumes siempre ingrato olvido,
Que escureces y borras
La fama de los ínclitos varones,
Por más siglos que corras,
De tí mismo olvidado y divertido,
Eterno vivirá Matías de Porras,

Conquistador de tantas aficiones
Cuantas fueron sus letras y virtudes,
Pues la gracia igualó con las saludes.
» Juntáronse del polo contrapuesto
Las musas con las nuestras, consultando
Cómo en el uno el claro Apolo puesto,
Y el otro iluminando,
Sin faltar á los dos asistiría,
Calificando música y poesía;
De suerte que la noche no supiese
Dónde serlo pudiese,
Y tocándose ya con rizos de oro
Al espejo del ártico tesoro,
Vistiese sol y despreciase estrellas;
Y entre las ninfas bellas
De tus riberas nobles, Manzanares,
Que fueron al nacer sus patrios lares,
Hallaron á doña Ana de Zuazo,
Donde con tierno abrazo
Se juntaron las gracias y las musas
En copias tan difusas,
Que como suele la rosada aurora
Cuando con áurea boca el campo dora,
Vertiendo esmaltes en sus verdes velos,
Hablaba flores y cantaba cielos,
Dando á las aves que despierta el día
Materia de armonía,
Y á los hombres científicos sujeto
De admiración y celestial conceto.
» En don Francisco y don Martín de Urbina,
De nuestra esfera polos,
Dignos de ser deste laurel Apolos,
Fundar tan alta empresa determina,
Á su nobleza y su virtud inclina
Tu pensamiento ó la atención recoge.
» Y para que despoje
Cuanto verde laurel al sol desdeña,
Mira de don Fernando de Ludeña
El cuerdo ingenio y el decir süave,
Lo apacible y lo grave
En los versos y el trato,
Y verás con las gracias el recato,

La honestidad con el donaire iguales,
Y con la autoridad musas marciales.
» En tanto que á las cumbres de Helicona
Diere sacro laurel verde corona,
Y la envidia siguiere en competencia
La virtud y la ciencia,
Y fuerte tu cristal líquida nieve,
Que el campo de Madrid sediento bebe,
Con dulce emulación de Garcilaso,
Será de las deidades del Parnaso,
Por conceptos sutiles,
Don Gaspar Bonifaz valiente Aquiles.
» Si quieres ver la dulce cortesía
Por firme basa á un grave entendimiento,
Que donde luce el alma todo es día,
Al doctor Gabriel López mira atento,
Pluma gentil de heroico fundamento,
Á cuya urbanidad y letras deben
Musas latinas, griegas y francesas,
Más altas, más diffíciles empresas;
Pues juntas no se atreven
Á su alabanza, viendo que no alcanza
La hipérbole mayor á su alabanza;
Pues ¿qué podrán á tanto ingenio solas
Cifrar las españolas?
Que quedan siempre faltos
Breves elogios para ingenios altos;
Y así decreta Apolo que le alabe
Cada lengua por sí de las que sabe.
» Don Rodrigo de Herrera, lusitano
(Fatal es este nombre á los poetas,
Como lo muestra Herrera sevillano,
Y los dos que con rimas tan perfetas,
De tus riberas, son corona y gloria),
Merece consagrar á su memoria
Este laurel que intentas,
Pues tiene tan atentas
Las musas castellanas.
» Pero venid, parnásides hermanas,
Y adornad de un Jerónimo la frente,
Que con tan claro ingenio y tan fecundo
Pintó la infancia al mundo,

De nuestra vida prólogo eminente,
Que de cuantos corona
Febo en la sacra fuente de Helicona,
Ninguno se llamó más propiamente
El apellido de la misma fuente;
Porque si á Persio por un libro solo
Ciñe la frente de laurel Apolo,
Quien describió el principio, en dulce verso,
De todo el universo,
Y por frente primera se corona,
Bien merece ser fuente de Helicona.
» De Juan Delgado con razón asombre
El no estar declarado
Si habemos de llamarle Juan Delgado
Por el entendimiento ó por el nombre.
No implica el ser galán y gentil hombre;
Que aunque digan algunos que el cuidado
De los estudios no permite aseo,
Del gusto de las musas no lo creo,
Que, como damas son, galanes aman,
Y el desaseo y la fealdad desaman.
» Si de Francisco Murcia de la Llana,
Hijo de aquel varón tan eminente
Que duplicó laureles á su frente
En la lengua latina y castellana,
Divina quieres ver la lira humana,
Sus fúnebres canciones oye atento;
Verás que la dulzura de su acento
Templó en el polo Antártico la muerte
Del joven de Cantabria heroico y fuerte,
Que de veinte y dos años, cosa extraña,
Murió, dejando un nuevo reino á España.
» Si adviertes en las célebres canciones
De don Diego de Vera,
Dirás que amor pudiera
Sus flechas remitir á sus razones,
Y si á mirar te pones
La erudición, dirás que Horacio vive,
Que Homero canta y que Virgilio escribe.
» Tejed á Luis Tribaldos de Toledo,
Musas griegas, latinas y españolas,
Tres verdes laureolas;

Que aseguraros puedo
Que de ninguno más gloriosamente
Ciñan la docta frente;
Severo en el Parnaso,
Para todo difícil, grave caso,
Árbitro de las musas tiene asiento;
Sus letras celebrad, su entendimiento,
Su condición amable y generosa,
Su dulce verso y su fecunda prosa.
» Cortó, como si fuera inexorable
Parca, la inevitable
Á todo ingenio desigual fortuna
De don Juan de Quiroga la esperanza,
Pues cuando pudo merecer alguna,
Hizo de sus estudios tal mudanza;
Mas no podrá su nombre y su alabanza,
Porque, graves ó tiernos,
Serán sus versos mármoles eternos.
» En la batalla donde el rayo austrino,
Hijo inmortal del águila famosa,
Ganó las hojas del laurel divino
Al rey del Asia en la campaña undosa,
La fortuna insidiosa
Hirió la mano de Miguel Cervantes;
Pero su ingenio en versos de diamantes
Los del plomo volvió con tanta gloria,
Que por dulces, sonoros y elegantes
Dieron eternidad á su memoria,
Porque se diga que una mano herida
Pudo dar á su dueño eterna vida.
» Aunque este nombre por el sol le han dado,
No siempre Apolo es rubio ni dorado,
Como lo prueba con su ingenio solo
Miguel Moreno que es moreno Apolo;
Porque, escribiendo de conceptos lleno,
La pluma es la dorada y él moreno.
» Ya pone en su registro
La ingeniosa dramática poesía
Las musas del doctor Pedro García,
Y Apolo entre los cisnes del Caístro;
Ya es nuevo Fracastoro dulce y grave,
Médico grave y escritor suave.

» Pedro de Vargas, apellido noble
De aquel Machuca, ilustre caballero,
Que roto en partes el sangriento acero,
Quitando el brazo á un roble,
Hizo en los moros tan cruel estrago,
Que el Betis fué por él sangriento lago;
Con la pluma valiente
No dejará laurel que no derribe
En envidiosa frente,
Tan circunspecto y erudito escribe;
Ni ha pretendido premio en competencia,
Que no tuviese en su favor sentencia;
Pues cuando á su valor faltaran ellos,
No pudiera faltar el merecellos,
Siendo en esta porfía
Suyo el laurel y la esperanza mía.
» Cuando culpar don Agustín Collado
Del Hierro, que en loarle cometiera,
Mi ignorancia quisiera,
Quedaba disculpado,
No de haber intentado lo imposible,
Que nadie puede lo que no es posible,
Pero del justo amor que me disculpa,
Que nunca ha sido la alabanza culpa.
» Hermosa *Clariquea*,
Más debéis á su pluma que á Heliodoro,
Ó permitid que sea
Su verso en vuestra prosa esmalte en oro;
Que más vuestro galán favorecido
Collado que Teágenes ha sido,
Pues siendo tan antigua, os ha quitado
Los años con haberos remozado;
Que no hay tales servicios ni placeres
Como qnitar la edad á las mujeres.
» Si á Jusepe de Vargas,
Verdadero poeta castellano,
El verde lauro encargas,
Por el aire le tienes en la mano;
Que fuera de sus versos y concetos
Cándidos, puros y en rigor perfetos
No dudes que hasta ver el fin del caso
Alborote las musas y el Parnaso;

Pero si va de paz y llega solo,
El casará las musas con Apolo.
» Pudiera Gaspar de Ávila, si fuera
Embajador deste laurel al monte,
Mejor que el que bajó de Flegetonte
Por Euridice bella á la ribera,
Orar en verso, y persuadir que diera
Este laurel á la dichosa tuya;
Y si de letra suya
Escribieras á Apolo,
Eso bastara solo,
Porque son sus carácteres tan bellos,
Que él solo pudo estar por alma en ellos;
Pues que puede decir que entre infinitos,
Ningunos se han de ver tan bien escritos.
» ¡Oh pimpollo del árbol del Parnaso!
¡Oh Manuel López! con principios tales
Fácil será que iguales
Los partos felicísimos del Tasso.
Alarga al monte el paso;
Que Apolo con los rayos de su lumbre
Tu ingenio llama á la difícil cumbre,
Pues en tu tierna edad intempestiva
Tanta gracia del cielo se deriva,
Que á cuanto presumir las musas pueden,
Las esperanzas de tu pluma exceden;
Pero ¿qué mucho, si tu padre Eugenio
Quiso en el suyo retratar su ingenio?
» ¡Oh dulces hipocrénides hermosas!
Los espinos pangeos
Aprisa desnudad, y de las rosas
Tejed ricas guirnaldas y trofeos
Á la inmortal doña María de Zayas,
Que sin pasar á Lesbos ni á las playas
Del vasto mar Egeo,
Que hoy llora el negro velo de Teseo,
Á Safo gozará Mitilenea
Quien ver milagros de mujer desea;
Porque su ingenio, vivamente claro,
Es tan único y raro,
Que ella sola pudiera,
No sólo pretender la verde rama,

Pero sola ser sol de tu ribera,
Y tú por ella conseguir más fama
Que Nápoles por Claudia, por Cornelia
La sacra Roma, y Tebas por Targelia.
» Mas ya Lope de Vega humilde llega,
Que aunque de su fortuna
Fué tu ribera su primera cuna,
Le dieron las montañas otra vega;
En tanto pues que el escuadrón navega
De tantos pretendientes,
Elige cuatro que con dignas frentes
Merezcan el laurel que se propone;
Si alguno se ha quedado por oculto,
Ó porque nombre y patria dificulto,
Mi ignorancia perdone.
Ó escriba y salga á luz; que mejor suena
En propias bocas la alabanza ajena. »
Calló Laura gentil, llevando el viento
A los jazmines de un jardín florido
Los ecos de su aliento,
El silencio en aplauso convertido
Por últimas reliquias de su acento;
Cual suele el blando céfiro en las ramas
Hacer manso rüido,
Ó el seco monte al discurrir las llamas,
De los dos elementos combatido.
Finalmente, por votos
De los ingenios eligieron cuatro,
Que me mandan que calle,
Aplauso general de todo el valle,
Y por ventura de los más remotos;
Y el florido teatro
Dejando agradecido
Quedó el prado florífero dormido
En brazos de la noche, que bajaba
Por donde el sol le daba
Licencia, hasta volver del otro polo,
Y el río enmudeció viéndose solo.

SILVA IX

Ya por la inmensa cumbre titonea,
Ilustrísimo príncipe, esmaltaba
Entre las mismas perlas que lloraba,
Despierta el alba de la luz febea,
La palestra florida,
La copia tan unida
De distintas colores,
Que era sola una flor todas las flores;
Y los claros atletas,
Haciendo de las naves las jaretas,
Celosías al padre de Faetonte,
Miraban cerca del alegre puerto
Los celajes del monte,
Y las voces con breve desconcierto
En ronco son le consagraban salva,
Trocando resplandores con el alba
Los tiros que escupían plomo ardiente;
Las espumas del húmido tridente
Las orillas peinaban
De las erradas proas impelidas,
Y de la quilla asidas,
Y invisibles también por las entenas
Las naves por la mar aligeraban
Las músicas sirenas,
Que ya, como sin miedo, sin estorbo
Alzando el diente corvo,
Querían que ligeras
Mordiesen las riberas;
Que como ya las ondas las bañaban,
Parecen que á las naves se acercaban
Con el flujo y reflujo las arenas,
Si bien el peso apenas
Atlante el mar en su cerviz sentía,
Que siempre fué ligera la poesía,
Y navegando el húmido elemento,
Dicen que nunca le ha faltado el viento,
Pues con ser los poetas en exceso,
Más se quejó del viento que del peso;
Amainando las velas,

De los caballos de la mar espuelas,
Tomaron tierra en lanchas,
Y discurriendo las riberas anchas,
Del monte hallaron la difícil senda,
Que á tantos que engañaron sus consejos
Piensan que la han hallado, y van muy lejos.
Comenzóse entre todos la contienda,
Como si en el subir ó tarde ó presto
Estuviese del palio el fin propuesto.
  Febo de la alta cumbre el codicioso
Ejército de ingenios contemplaba,
Y alguno que solícito trepaba
Los difíciles riscos, estudioso
De llegar á la cumbre de la fama;
Á cuál burlaba mal asida rama,
Que le precipitaba de las peñas;
Á cual las falsas señas
De alguna dueña de las bellas musas,
Porque también las musas tienen dueñas;
Que como las visitas son confusas,
Y las musas doncellas
De tanta honestidad, con ser tan bellas
(Porque es un ignorante el que replica
Que la virtud á la hermosura implica);
Aunque es igual á todos la esperanza,
El que no alcanza musa, dueña alcanza;
Y así, las diferencias tienen señas
Del que escribe con musas ó con dueñas.
  No suele el alta parra, que los brazos
Afirma en olmo con diversos lazos,
Vestirse de más hojas y racimos
En el setiembre y el octubre opimos,
Puesto en olvido el labrador que tarda,
Que como no le teme, no le aguarda,
Como el monte se vía,
Colgando por sarmientos de poesía
Diferencias de grumos pertinaces,
Unos maduros y otros en agraces;
Mas donde soldadesca veterana
Iba poniendo pasos bien fundados,
Era palma africana,
Enramada de dátiles dorados.

Subieron pues los nobles pretendientes
Por sendas y peñascos diferentes,
Y hallaron en la cumbre,
Sobre la siempre verde pesadumbre,
Los asientos en torno del teatro ;
Que nunca en el romano anfiteatro,
Donde corrieron fieras,
No perdonando scíticas riberas,
Se vió mayor grandeza ;
Pues siendo dueño el sol de aquellas cortes,
Si hubiera mil ocasos, si mil nortes,
De todos despojara la riqueza.
Los ministros de Apolo se admiraban
De ver que solos se pidieron cuatro,
Y desde Tile á Batro
Debieron de venir cuantos pensaban
Que el premio merecían ;
Otros por los amigos que tenían,
Que no hay poeta que no tenga alguno
En defender sus cosas importuno,
Y colocarle en orbe cristalino,
Conociéndole apenas su vecino ;
Otros á ver venían solamente
Á qué dichosa frente
Laureaban por única en España.
Mas ¿qué mucho que toda la montaña
Estuviese tan llena
De gente propia ó de nación ajena ?
Pues no hay hombre de seso
(No hablo de los muchos en exceso)
Que no haya hecho versos,
Ó castos ó perversos,
Allá en la tierna edad de los amores ;
Que son hijos de amor versos y flores.
Dos cosas son al hombre naturales,
Ó pintar ó escribir en tiernos años,
Que plumas y pinceles son iguales ;
Después con desengaños,
Ó por ocupaciones y accidentes,
Emprenden facultades diferentes ;
Que no ha faltado en suma
Á la infancia jamás carbón y pluma.

No faltaron con ellos los pintores,
Arte divino, y estimado en tanto
De reyes y señores,
Admiración y espanto
De la naturaleza
Misma, que ve copiada su belleza,
Con viva emulación de sus colores,
Los retratos con alma,
Y que ponen los pájaros en calma,
Las espigas, las frutas y las flores.
Pintó un caballo el griego,
Y como le quitasen los antojos
Al retratado, luego
Con erizada crin y abiertos ojos
Relinchando quería
Hacer dudar cuál era el que vivía,
Ó que lo preguntaba ;
Que como quedo estaba,
Y no le respondía,
En eso solo bestia parecía.
El Mudo insigne, muerto conocido,
Desdicha que las artes han tenido,
Y que oponer España á Italia pudo,
Ningún rostro pintó que fuese mudo ;
Hasta la envidia habló, mas era cierto,
Pero también habló después de muerto.
Y el español Protógenes famoso,
El noble Alonso Sánchez, que envidioso
Dejará al más antiguo y celebrado,
De quien hoy han quedado,
Honrando su memoria,
Eternos cuadros de divina historia.
¡ Oh generoso Urbina, si vivieras,
Y á retratar el gran Parnaso fueras !
¡ Qué lienzo tan hermoso y de tan raras
Figuras que dejaras
Al sol del mundo, al inmortal Filipe !
Pero porque es razón que participe
Del laurel la pintura generosa,
Juntos llegaron á la cumbre hermosa,
Surcanda varios mares,
Vicencio, Eugenio Núñez y Lanchares,

Cuyos raros pinceles
Temiera Zeuxis y envidiara Apeles,
Cárdenas, Vanderamen, á quien Flora
Sustituyó el oficio de la aurora;
Y con pincel divino
Juan Bautista Maíno,
Á quien el arte debe
Aquella acción que las figuras mueve.
Todo el monte se ardía
En confusión de música y poesía.
Trataban de que hubiese en estas fiestas
Comedias, que compuestas
De ingeniosos autores,
Con sucesos de reyes y de amores
Honestamente recitadas fuesen,
Que hasta llegar el acto cntretuviesen;
Pero enfadado Apolo justamente
De ver que no haya libro impertinente
Que no les dé su azote,
No quiso que el concurso se alborote,
Viendo que aquellos mismos
Que las están oyendo
Las quieren sepultar en los abismos.
Yo, en fin, no las defiendo;
Mas como veo juegos y blasfemias
Y de otros vicios viles academias,
Ni por malas ni buenas las señalo,
Ni apruebo ni condeno;
Tendré por bueno lo que fuere bueno,
Tendré por malo lo que fuere malo.
Llegada pues la hora,
Principio dió la música sonora
De varios instrumentos,
Los ecos encontrándose en los vientos,
Confundiendo las voces
Suaves en los orlos, y feroces
En las siempre belísonas trompetas,
Para los aires rígidas saetas:
Pero todos de blanco y encarnado,
Selva de plumas y de flores prado.
Los primeros venían
Los que, procuradores de los muertos,

Su memoria y poder sustituían ;
Luego de rayos como el sol cubiertos,
Y vestidos de césares triunfantes,
Que de perlas, recamos y diamantes
Orientes de sí mismos parecían,
Los poetas venían
De todas las naciones,
Títulos, potentados y varones.
  Allí de Francia el célebre Ronsardo,
Bartrás, Pernón, Malerbe, Espín, Roseto,
Juan Aurato, Lingendes y el gallardo
Bertrán, Montín, Borgeto.
  Allí de Italia el Dante,
Bembo y Gaetano, insignes cardenales,
Y imprimiendo sus versos celestiales
De Juan Bautista Ciampoli en diamante
La eternidad, ingenio florentino;
Acción humana para ser divino.
  La divina marquesa de Pescara
Con Laura Terracina,
Y por mujer tan rara
Isabela Andreína,
El Petrarca, Ariosto y los dos Tassos,
Y el Marino siguiéndoles los pasos.
  Tansilo, Curcio, y con su Fido amante,
Feliz en sus pastores, el Guarini,
El Molza, El Dolce, el Pansa, el Bracolini,
El Alemani, el Anguilara, el Fiama,
El Preti, que merece eterna fama,
Cuya temprana muerte á llanto mueve.
Estillani, á quien tanto España debe,
Describiendo la antártica conquista
Del orbe nuevo indiano,
Angelo Grillo, el docto Policiano.
  Después, en fin, de tan alegre vista,
Los grandes iban del monarca Apolo,
Que fueron dignos deste nombre solo :
Virgilio, Homero, Séneca, Lucano,
Enio, Ausonio, Lucrecio, Claudiano,
Marcial, Petronio, Archíloco, Prudencio,
Ovidio, Estacio, Andrónico, Terencio,
Pomponio, Horacio, Juvenal, Tibulo,

Propercio, Mauro, Itálico y Catulo.
Á los grandes seguían
Las musas, que venían
Cantando alegres hinos
Á los dioses divinos,
Aunque invisibles, al suceso atentos.
Caliope, de todas la primera,
Al sol del mismo Apolo reverbera;
Ella le da su espejo y él sus rayos,
Que á un águila pudiera dar desmayos,
Si como ella los pájaros del nido,
Probara amor sus altos pensamientos.
Bordado en tela azul era el vestido,
De varios imitados instrumentos,
Hechos de aljófar y oro;
El velo de los hombros, detenido
Por lazos de coturno con decoro,
Mostraba de relieve
Breves fragmentos de su blanca nieve.
Airosa viene la dispuesta Clío,
Manifestando con el paso el brío,
Vestida del pajizo
Que tiene el alhelí cuando comienza,
Todo el cabello rizo
Remitido á la espalda en una trenza ;
Y como significa alegres glorias,
El vestido sembrado de memorias.
Erato, que de amor tan dulce canta,
Desde el nevado cuello hasta la planta
De nácar una túnica traía,
Que apenas las sandalias descubría,
Á no ser tan parleros los diamantes,
Porque suelen tener lenguas brillantes,
Y mostrarse en las manos escondidas
Bor celosías de ámbar mal rompidas.
Turquí velo de plata
Á los hombros remata
Por uno y otro espacio,
Tan fúlgido un topacio,
Que parece que al sol en el solsticio,
Venus, su estrella, para ser más clara
Se le pudo tomar, con ser tan breve

El punto en que se para.
Mostróse luego con lascivo indicio
Del nombre á quien amor sus lances debe,
La amorosa Talía,
Vestida con gallarda bizarría
De verde lama, en que sacó bordadas
Dos manos enlazadas,
Honesto testimonio,
Cuando son de la fe del matrimonio,
De la lealtad que juran,
Con que la paz prolífica aseguran;
Terciado el manto al pecho,
Todo de perlas y granates hecho
En hilo de oro puro,
Y el coturno galán de azul escuro,
Porque por los espacios más lucidos
Saliesen los jazmines atrevidos.
Urania de color celeste clara
El vestido bordó de esferas de oro,
Que su ciencia estelífera declara,
Por cuyas orlas el Cordero, el Toro,
Los Géminis hermosos abrazados,
Y todos los demás resplandecían,
Con las piedras y perlas que tenían;
Como si la bordada fimbria fuera
Rico tahalí de la celeste esfera;
Banda de guerra de color rosada,
De polo á polo en sus cristales puros
La mostraba imitada;
Trópicos, paralelos y coluros,
Los climas y las bellas
Imágenes que forman las estrellas,
Porque sirviese la celeste capa
De manto al hombro y á la mar de mapa.
Melpómene süave,
De carmesí vestida,
Las sibilas egipcias imitaba,
Y con el rostro grave,
La nativa color sola encendida,
Majestad filosófica mostraba;
Los dorados coturnos enlazaba
Con rosas de oro y perlas.

No quiso las quedejas componerlas,
Porque en el ser de su llaneza pura
Fué siempre más acepta la hermosura.
Pendiente al hombro un rico rebociño,
Con una rosa de diamantes hecha,
Tan grandes, que el valor diera sospecha,
Y el forro en blanco armiño,
De aquel color que tienen las naranjas
Cuando el azahar segundo en pura nieve
Mira lo que ha de ser si á fruto llega,
De aljófar y oro las tejidas franjas,
Que á ser del sol se atreve,
Cuando la clara eclíptica navega;
Así majestüosa se atrevía
Á detener con tanta luz el día.
Polimnia, como suele abrir al rayo
De Febo sus pimpollos la azucena,
Cándida veste, de diamantes llena,
Más pura que la nieve de Moncayo,
Á competencia trujo de la aurora.
Pinta con menos diferencias Flora
Cuadros de Aranjüez, Hibla de España,
Que el campo de su manto en flores baña;
Los diamantes nocturnos,
Los lazos de sus fúlgidos coturnos
Pudieran envidiar, porque ninguna
Los vió mejores á la blanca luna,
Cuando del primer cielo desasida,
Buscaba en Latmo á Endimïón perdida.
Terpsícore vistió color dorado,
Y el manto blanco de escarchada tela
Con plumas, si es verdad, en el tocado
Del pájaro inmortal que muere y vuela;
Sandalia de oro cubre el pie nevado:
Así de los deseos se recela
Porque á la honestidad le causa enojos
Que busque nieve el fuego de los ojos;
Mas, por lo mismo que salió encubierta,
Era la vista en sus coturnos cierta;
Que para ser una mujer mirada,
No hay mayor invención que andar tapada.
Euterpe, cuya voz, dulce concento

Siempre mostró con extensión süave,
En morado mostró su pensamiento,
Cuerpo gentil, bizarro, honesto y grave;
Si bien dejó la plata
Poco lugar al campo del vestido,
De tantas diferencias guarnecido,
Y á los jazmines de sus pies ingrata,
Aun la estampa no quiso que se viese,
Pesándole que el viento descubriese
Por el sutil y delicado velo
Las rubias nubes de su breve cielo;
Pues quien el rostro apenas descubría,
¿Qué lugar á los pies permitiría?
Y cual suele, mostrándose importuna,
De las siete Dodónides la una,
Ó las hijas de Eletra,
Sobre zafiros de diamantes letra.
  Las gracias, que pudieran
Ser escultura de Lisipo griego
Si blanco mármol fueran
Triángulo de amor, vinieron luego,
En tan estrecho vínculo abrazadas
Con la flexible nieve
De los ebúrneos brazos,
Amorosas lazadas
Que el recíproco amor al amor debe,
Indisolubles lazos
Que el Laocón de Virgilio parecieran;
Transparentes cubrían
Los blancos velos con las fimbrias de oro,
La gracia y la belleza
Del uniforme coro,
Que despacio estudió naturaleza;
Porque fuese su cándida figura
Gerión de hermosura,
Siendo una misma idea
Eufrosine, Talía y Pasitea.
  Quien destas gracias finalmente ha sido
Galán favorecido
Escriba versos cómicos y imite
La varia locución de las figuras,
Ó si ha de orar también, porque remite

Á la acción la elocuencia,
El persuadir y el deleitar suave,
Que palabras escuras
No son estilo grave,
Ejemplo la experiencia,
Ni solicitan fríos movimientos
Los oyentes benévolos y atentos.
Las gracias pues procure
Quien quiere que el aplauso le asegure ;
Que á retóricos tropos y colores
Siempre son las acciones superiores.
Aquí, después de varios instrumentos,
Que enloquecían los ambientes aires,
Lascivos respondiendo á sus acentos,
Mostraban su destreza y sus donaires
En danzas concertadas
Las más hermosas ninfas
Á las perenes linfas
Del oráculo délfico sagradas,
Vestidas de colores diferentes,
Moviéndose los árboles y fuentes
Al son alborotado
Del abierto marfil al dedo atado.
Luego con resplandor tan encendido,
Que á Dafnes desdeñosa
Matar pudiera Apolo, si amorosa
Como Semele fuera,
De púrpura vestido,
La frente coronada
Del círculo más alto de su esfera,
Que forma el mediodía,
Con majestad venía,
La vista blandamente mesurada ;
Pero templó los rayos fulgurantes
En viendo humana gente,
Que la abrasaran con el rayo ardiente
Que fulminó los sículos gigantes.
Traía los diamantes,
El rico ceptro de oro,
Que adornan por abril la frente al Toro.
Mercurio convidado
Con él también venía,

Como quien tiene parte en la poesía;
Y la luz, que si estando al sol propinco
Moviera su epiciclo y orbes cinco,
Aunque siempre le vemos rebozado,
Porque la vecindad del sol le encubre;
El que mirando á Júpiter descubre
Ingenio claro y puro,
Y con Saturno y Marte mal seguro.
Luego con él venía,
Como precisa luz de la poesía,
La Lógica, su firme fundamento;
Que si es conocimiento
Del silogismo que el ejemplo enseña,
¿Cómo sabrá quien á escribir se empeña,
Por más que el natural ingenio precie,
Ignorante del género la especie?
Sin lógica confiesa Apolo mismo
Que no puede saber el silogismo;
Luego sin ella nadie se prometa
Que puede ser científico poeta.
El vestido era todo de colores,
Tan sutil, que aun apenas
Se vía de las flores
El oro de las venas.
Así mostraba en diferentes velos
Que sus velos sutiles son desvelos,
Porque cuando los viesen tan heroicos,
Se enamorasen della los estoicos.
Detrás últimamente, y de librea
De colores hurtadas,
Con poca guarnición diferenciadas,
Como pajes venían
Los que á escribir comienzan, y en su idea
De la espalda de Apolo presumían
Embriones concetos,
Que salen imperfetos
Porque al amigo bárbaro los fían;
Pajes al fin del soberano Apolo,
Ceros, cuyo valor se queda solo
Si el número guarismo
No va delante de su dueño mismo.
No de otra suerte en Banda,

Neyra, Rosolarguín, Guanapa y Mira,
Islas de aquella banda
Que el claro sol las Filipinas mira,
La diferencia admira
Del árbol macis, de olorosas nueces,
Verde y morado á veces,
Que otra parte del mundo no le cría,
Al tiempo que las flores,
Como rosas silvestres de colores,
Arroja fértil, con que al aire envía
Indecible fragrancia,
Que esparce por el mar larga distancia.
Para gozar el fruto que produce
De hermosos papagayos,
Amarillos y rojos guacamayos,
Tan esmaltado ejército conduce,
Que como el fruto la color varía,
Verde, nácar, turquí, blanco y dorado,
Y las diversas plumas de las aves
Hacen tan varia y dísona armonía
En las ramas del fruto sazonado,
Si bien para los ojos tan süaves,
Que el iris que el sol forma,
De las aguas que informa,
Ni el vidrio triangular, sobre los ojos
Tan admirable variedad ofrecen,
Cuando purpuran, doran y enrojecen
Árboles, nubes, torres y ciudades,
Como estaban las ínclitas deidabes
Y la diversidad de los oyentes,
De colores y plumas diferentes,
Sobre la crencha del cabello yerto
De la cabeza del dorado monte,
De tanta luz y variedad cubierto,
Que resultaba á todo su horizonte.
Andaba la Esperanza lisonjera,
Vestida de la verde primavera,
Sembrando ramas con diversas flores
De almendro, que á morir tan loco nace,
De poeta en poeta,
Dando menos aliento á los mejores ;
Que nunca, aunque la obra sea perfeta,

Al dueño, cuando es sabio, satisface.
¡ Oh dulcísima Erato !
Si nunca he sido á tu influencia ingrato,
Pasa atra vez las cerdas,
Porque mejor resbalen por las cuerdas.
En alto asiento, sobre ricas gradas
De brocados persianos,
Para escuchar mejor á los hispanos
Cisnes, de plumas blancas y doradas,
Estaba el sacro Apolo,
Compás del cielo y de los tiempos solo.
Debajo de un dosel que guarnecían,
Aunque menos lucían,
Los signos y planetas,
Sosegó la inquietud de los poetas,
Notificando señas, el Silencio.
Aquí no diferencio,
Aunque suele faltar á opositores,
La más callada noche al gran senado,
Cuando apenas el céfiro templado
Despierta ramas de dormidas flores.
Entonces el rey de armas más antiguo
Cuya nación apenas averiguo,
Con maza de oro y cota de brocado,
Y en medio un jeroglífico bordado,
Que la celeste lira retrataba,
Y por alma del cuerpo que animaba,
Decía : « Eterna vive »
(Aunque no quiera el Jovio, cuando escribe,
Que no ha de ser la empresa en lengua propia,
Sino de Albania, Francia ó Etiopia).
Dijo en voz alta ; « Oid, oid tres veces,
Atletas y jüeces,
Lo que en aquestas cortes decretado
Tiene el divino Apolo, presidente
Del día y de la ciencia. »
Entonces con modesta diligencia
Un secretario, á todos eminente,
Que no le conocí, si bien poeta,
Porque jamás hallé cosa secreta,
Leyó un largo papel, en que decía
Que Apolo proponía

Al ingenio mayor de toda España
La imperial monarquía,
Sin exceder su margen á la extraña.
Y el laurel que delante,
Aforradas las hojas de oro fino,
Por darle calidades de divino,
Estaba en una mesa,
En una fuente de diamantes toda.
No os enfade, Señor, tanto diamante;
Que, como verisímiles profesa,
Á lo más excelente se acomoda
La liberal poesía,
Porque suele un poeta en solo un día
Dar más plata y más oro
Que dió Alejandro, que del indio al moro
Fué conquistando, dando más que obrando;
Que reinos y almas se conquistan dando.
Dijo, entre varias cosas, que el poeta
Satírico se fuese de su corte,
Llevando siempre el bien hablar por norte,
Que el bien hablar á nadie se sujeta;
Ó que por justo premio se prometa
El que Nicolo Franco en Roma tuvo,
Pues que pendiente de una reja estuvo
Por el cuello blasfemo;
Infame y loco extremo
De algunos atrevidos,
Que afectan á ser hombres conocidos
Á costa del honor ajeno, y vienen
Á perder el que tienen, si le tienen;
Que por este camino
Se desentierra todo,
Haciendo deste modo
Para lo más oculto un Calepino,
Temiendo que el agravio beneficie
Del rostro alguna vez la superficie,
Porque sobre cabeza deslenguada
De un cabello sutil cuelga la espada;
Que lengua que las honras atropella
Pocas veces se vió morir con ella;
Y es la razón que el dueño aun no la quiere
Tener consigo cuando ve que muere.

Pues ¿cómo saldrá bien de tal empeño
Lengua que aun no la quiere el mismo dueño,
Sino es para alabarse con mentiras?
  Pelícano, que escribes y deliras,
No te rompas los pechos imperfetos,
Si sangre quieres dar á tus concetos,
Que sacarás de eterna infamia sumas,
Haciendo el pico peine de tus plumas;
Que quien los ha vendido, es fuerte caso
Las montañas de Jaca hacer Parnaso,
Y cuando error tan atrevido reine,
Canten las musas con papel y peine.
  Y dijo que la pluma que ofendía,
En lengua de mujer se convertía,
Y entiéndese mujer de bajo modo,
Que son varones las demás en todo;
Y que aunque calla el ofendido y tarda,
Cuando finge amistad, venganza aguarda
Y que no admitiría á los que escriben
Extravagancias de la lengua propia,
Porque de la verdad tan lejos viven
Como está la Biarmia de la Etiopia;
Que no hacen á los versos el rüido,
Sino el sutil conceto,
De posibles metáforas vestido,
Dulce, sonoro, fácil, erudito;
Que esto lo hará perfeto,
Y no sobre elefantes un mosquito,
Que aunque los hincha, no los hace tersos
El bálago del rumbo de los versos,
Que son como las velas de las naves,
Que porque llevan viento van muy graves.
  Añadió que el laurel merecería
Quien con su pura y cándida poesía
Venciese los demás, no en versos duros,
Que ponen la excelencia en ser escuros,
Pues se admiran de ver los que bien sienten
Que á quien escribió ayer, hoy le comenten;
Y que no propusiesen alabanzas
En censuras fingidas,
Con falsas esperanzas
De que serán creídas,

No sin risa escuchadas,
En su soberbia y vanidad fundadas.
  Que no serían versos admitidos
De legos atrevidos,
Ni los expositores,
Arrïeros de cáfilas de autores,
Que siendo su tabaco polianteas,
Estornudan lugares,
Y con la historia de los doce pares
Especies de platónicas ideas.
  Y que á ningún cuadriculante ingenio
Ayudase de Sócrates el genio,
Porque hay pavones con ajena rueda;
Sino que fuese el embrión de Leda
Del propio cisne, y no de extrañas aves.
  Y mandó, con intento
De honrar á todo grave entendimiento,
Que estuviesen más cerca los más graves.
  Y porque entre científicas personas,
Diamantes, plumas, púrpura y coronas
Suele mezclarse vulgo descompuesto,
Á toda acción de libertad dispuesto,
Dijo que Apolo había decretado
Por votos del poético senado,
Asistiese jüez que sosegase
Cualquiera alteración que se causase
De la porfía y afición de algunos
En defender amigos importunos,
Y en querer aprobar versos indinos,
Diciendo y sustentando desatinos,
Dando laureles, mereciendo robles;
Y así, entre muchos nobles
Clarísimos varones,
Nombraban con aplauso las divinas
Deidades de las fuentes cristalinas
Á don Juan de Quiñones,
Al ingenio feliz para las leyes
Y para los gobiernos de los reyes,
Cuyas letras humanas y divinas
En musas castellanas y latinas,
Ejercitadas en sus verdes años,
Luciesen tan conformes

Como el aplauso celebró del Tormes,
Y porque su presencia,
Arbitro desta ciencia,
Temiendo propios y admirando extraños,
Remediase los daños
Que resultar podrían,
Con que todos pacíficas tendrían
Las varias opiniones,
Que remiten á espadas las razones.
Esto dijo de parte
Del sacro Apolo, aunque á pesar de Marte,
Y que dejando escuros laberintos,
Fuesen en sus liciones tan sucintos,
Que no excediese el término del día;
Y no porque imposible parecía,
Que, como estaba el mismo sol parado,
Sentóse el Tiempo, de correr cansado.

SILVA X.

¿Cuál hombre, aunque le hubiese producido
Sin natural sentido
Aquella parte que del sol se priva,
Si es posible que viva
Nación en tanta mengua,
Que apenas pueda articular la lengua;
Cuál morador inculto
Del monte de la luna,
Sin ley, sin rey, sin culto,
De monstros cueva y de venenos cuna;
Cuál helado Arimaspe
De la Scitia europea,
Monóculo de jaspe,
Como animal con natural librea,
Hubiera conocido de la fama
La contienda sanguínea
De la rama apolínea,
Que saber no quisiera á quién aclama
Por el mayor ingenio entre españoles,
Que fuese solo el sol de tantos soles,
Y el laurel prometido

Al ingenio de todos más florido,
Y á la pluma de todas más valiente,
Si en caso tan dudoso están atentos
Hombres, planetas, cielos y elementos?
Que si un poeta cada siglo tiene,
Á tal felicidad España viene,
Que tiene muchos siglos de poetas
En una sola edad, con tan perfetas
Plumas, que su censura
De Italia y Grecia el crédito aventura.
Cuanto más quien nació donde se trata
Y conoce los méritos de todos,
Que en esto no será la patria ingrata;
Y ¿quién discreto por diversos modos
No juzga, no sentencia, no retrata
El mejor en su idea,
Y su misma censura lisonjea?
¿Cuál amigo no dice que su amigo
Justa ó injustamente le merece,
Y depone testigo
De las obras y partes que encarece?
¿Cuál hombre no se ofrece
Á sustentar con pluma y con espada
El que mejor le agrada,
Aunque ignore la esencia á la poesía,
Y rebelde en su amor y en su porfía,
No esté dentro de sí dando mil voces?
Que hay hombres tan feroces
Si su opinión sustentan,
Que á Tersites hacer Narciso intentan,
Y á Briseida Filene,
Con que al amigo dan mil enemigos
Por loar sin modestia los amigos;
Pues ¿quién duda que tiene
El propio amor aquí también su parte?
Que es milagro que aparte
Un hombre de sí mismo su amor mismo;
Ni se tiene querer por barbarismo
Un padre lo que engendra,
Siendo por fealdad ó por belleza
Fuerza que disculpó naturaleza;
Que cuando la humildad el oro acendra

Y conoce la piedra los quilates,
La oposición obliga á disparates,
Y entre malos y buenos,
Todos supieron más, ninguno menos;
Pues si naturaleza á amar enseña
Los partos exteriores,
Y en tan dulces amores
Honra, vida, salud y aun alma empeña,
Lo que nace del propio entendimiento
Mayor fuerza tendrá, más sentimiento;
Que al amor, al honor y á los deseos
Es imposible que parezcan feos.
Por palabras de afrenta
Riñe un hombre con otro, siendo á cuenta
Del cuerpo aquel disgusto;
Luego será más justo
Reñir por un desprecio
De tenerle por necio;
Que quien partes del alma no defiende,
Del verdadero honor muy poco entiende.
Hijos y versos siempre son hermosos,
Que en partos naturales ó estudiosos
Pocos hay tan discretos,
Que nieguen al amor estos efetos.
Conoce cualquier hombre
Que hay otro más galán, más gentil hombre,
Más rico y bien nacido,
Más dichoso, más bravo y más querido;
Pero en llegando á que confiese y diga
(Tanto del alma aquella parte obliga)
Que otro tiene mejor entendimiento,
Las riendas perderá del sufrimiento;
No hay hombre que por otro le trocase,
Aunque el mismo Platón resucitase,
Porque el honor del alma es diferente,
Y es parte de alma lo que un hombre siente.
Desto vemos ejemplos espantosos
De hombres que para todo son discretos,
Y en llegando á pensar en sus concetos,
Son necios, arrogantes y ambiciosos.
Alábense á sí mismos, que aun no saben
Que han de aguardar á que otros los alaben.

En versos y en retratos no es cordura
Preguntar al que mira, ¿qué os parece ?
Que cuando la alabanza se merece,
En el que escucha y mira está segura ;
No es menester buscarla,
Que ella sale por sí, sin ayudarla ;
Porque muy descortés envidia alcanza
Quien niega á lo que es bueno su alabanza.
Disculpa tienes, dulce entendimiento,
Engañado del propio sentimiento;
Ama tus partos, ama tiernamente,
Pues ama un animal que apenas siente ;
Que los intelectivos
Son de más alta sangre;
Pelícano has de ser, que te desangre
Por ellos el amor los pechos vivos;
Que, como son del alma naturales,
Imitan las sustancias celestiales.
El gracioso animal que nos imita,
Cuando lo tiene en brazos,
Que no tiene el amor más dulce cama,
Tanto los quiere y ama,
Con ser, cual son, á su fiereza iguales,
Y con amores tales
Los junta, los aprieta, y donde habita
El corazón con tan estrechos lazos
Introducir los hijos solicita,
Que la vida los quita ;
Y lo mismo parecen los pedazos
De los versos queridos,
Bien apretados, pero mal rompidos.
Ya, generoso príncipe, sujeto
Digno á tanto varón ; ya, clara imagen,
Ilustre imitación de vuestro padre,
Es justo que se dé glorioso afeto
Al acto heroico, y que las musas bajen
Á premiar el más docto, el más perfeto,
Que al rey Apolo justamente cuadre.
La numerosidad de pretendientes
Asombro pone al mismo, y ser tan dinas
Del sagrado laurel sus doctas frentes ;
Atónitas las delias heroínas

Del coro pegaseo
Están de ver el célebre museo,
Que no le aventajara
Aquel griego liceo,
Si á su favor la estimación llegara;
Y de la inmensa variedad confusas,
Apenas procedían
Á conseguir el fin que pretendían.
Mas, con licencia de las sacras musas,
Proseguirá la mal templada lira,
Puesto que el grave atrevimiento admira;
Pues oye tal Mecenas,
Bajando á las arenas
De la docta palestra,
Que el rojo palio desde lejos muestra
La veneranda copia
De ingenios claros en la lengua propia;
Que el fin de mis intentos
Ha sido dedicar á la memoria,
Á honor de nuestra patria, lauro y gloria,
Tanta fecundidad de entendimientos,
Tantas letras y estudios,
Provectos unos ya, y otros preludios
Para futuras esperanzas graves.
Volad, cándidas aves,
Volad, cisnes sonoros,
Cantad, cantad á coros
De la casa de Enriquez alabanzas,
Si tales esperanzas
Es justo que prometan lo imposible
Pero ¿cómo es posible,
Señor excelentísimo, pintaros
Los versos, los papeles manuscritos,
Que en estilo de amor inaccesible,
Ó en heroicos poemas, todos raros,
Pues fueron infinitos,
Leyeron por el orden que los daban
Bedeles, que el concurso gobernaban?
  En pie se puso entonces
(Cesando el aire en los sonoros bronces,
Y el golpe en los templados pergaminos,
Que animaba los cóncavos vecinos,

Y en los pálidos bojes la armonía,
Que á la marcial seguía)
Uno de los más graves,
Y con ojos süaves
Y dulce lengua dijo:
« ¡ Oh tú, divino hijo
De Júpiter tonante,
Escucha, si permites que yo cante
Algunos versos dulces y amorosos,
No con trompa arrogante
Soberbios y pomposos,
Sino con dulce lira,
Á honor de los desdenes de Filira,
Ninfa que, si de sí no se enamora,
Desconfíe de hallar en cuanto mira
Sol que merezca su divina aurora;
Si bien trocando el tiempo el oro en plata,
Puede morir del mismo mal que mata. »

EL NARCISO.

Cefiso por los valles
De Beocia sereno
Las fatídicas aguas dilataba,
Abriendo en verdes prados rubias calles,
De arenas de oro lleno,
Cuando vió que Liriope bañaba
En uno de sus brazos,
Del sol espejo y de la yerba lazos,
El pie de pura nieve.
El agua, que se atreve
En tales ocasiones,
Sin remitir respetos á razones,
Halló lugar, tirana
De su casta belleza,
Para vencer su esquiva fortaleza;
Que no hay segura resistencia humana.
Nació destos amores cristalinos
Narciso, que lo fué, como la parte
Más clara de los círculos divinos,
Mirando á Venus iracundo Marte,
Si no se engaña en la desdicha el arte.

Éste, después que el sol flores y frutos,
De la madre frugífera tributos,
Permitió que los árboles inoven,
Pasando veinte veces
Del Aries colco á los australes peces,
Hermoso adolescente, ilustre joven,
Para que no le roben
Las damas la hermosura
(Que no hay, tratada, flor de color pura),
Los montes habitaba;
Pero allí le buscaba
El vivo afecto de las ninfas bellas,
Si bien el joven se burlaba dellas;
Porque de un parto y de una pena dura
Nacieron la arrogancia y la hermosura.
Eco, otro tiempo ninfa, y por traidora
Á Juno, su señora,
Que con vana retórica.
(Que tiene amor teórica,
Para encubrir amantes),
Á pesar de los olmos circunstantes
Y la lengua del agua, que corría,
De un risco más aprisa que solía,
Por murmurar los hurtos,
Que el aura, el campo, el mar, callaban surtos,
Mudóla en voz, que tímida responde
Del cóncavo lugar donde se esconde,
Los últimos acentos
Por la vocal arteria repetidos,
Reflexión de los vientos
En apartados términos heridos,
Así de sus oídos
La margen sola de la voz volvía.
Ésta, á Narciso contemplando un día,
Que estaba entre unos álamos sentado,
No de otra suerte que Cupido alado,
Las flechas por los céspedes, que luego
Sienten el dulce fuego,
Y se abrazan las ramas y las flores,
Como pudo, intentó decirle amores;
Mas, como articulada no salía,
Lo mismo que escuchaba repetía;

Y en suspiros ocultos
Cortaba entre los labios los singultos.
¿Á quién pudiera igual tormento darse,
Como querer y no poder quejarse?
  Miraba, dulcemente transformada
La boca de encarnados alhelíes,
Como suele madura la granada
Reirse por diamantes y rubíes,
Los ojos que engastaba un verde velo,
Por quien azul turquí trocara el cielo;
Los cabellos espesos,
Que porque estaban de sortijas presos,
Del hombro no bajaban,
Los unos de los otros se colgaban,
De sí mismos suspensos,
De copiosos y densos,
Y las manos con hoyos tan sutiles,
Que enterraban deseos en marfiles;
Y pensando requiebros,
Eran de ajena voz contrarios quiebros.
  Sentábase Narciso
Riberas de su padre,
El corriente Cefiso,
Traidor cristal de su inocente madre;
Y la ninfa amorosa,
Sin conocer su mengua,
Hablando por su lengua,
Codiciaba la rosa
De sus hermosos labios;
¡Oh terribles agravios!
¡Morirse los afectos en la boca!
  De amor en fin, no de esperanza loca,
Remitió las palabras á los brazos,
Cual suele con enigmas de sus lazos
Hiedra en olmo tejer verdes amores;
Mas, como por las márgenes estivas,
Con rúbricas lascivas
La fácil nueza, reventando flores,
Al encañado del jardín asida,
Tiene muerte veloz y hermosa vida;
Así la ninfa asida y despreciada
Se vió contenta y se volvió turbada.

« ¡ Ay!dice el mozo hermoso
(Rayo de puro hielo,
Que de nevado risco descendía,
Y enero riguroso
Á la vista del líquido arroyuelo
Detuvo el paso con la mano fría),
¿ Tú, deshonesta arpía,
Sombra de las que Troya dejó muertas
En las islas Estrófades desiertas
Del Jonio mar, te atreves á mis brazos
Con lascivos abrazos?
Primero se verá firme la luna,
Parado el sol, constante la fortuna,
Y yo sin alma, que á mi cuerpo toques
Y á escuchar tus regalos me provoques;
Vete, loca mujer, vete, infelice. »
Eco, por las escuras
Sombras de aquellas verdes espesuras
También huyendo, dice:
« Vete, loca mujer, vete, infelice. »
Hermosa llora y despreciada muere;
¡Ay del amor que despreciado quiere!
Mas como al occidente del verano
La verde balsamina
Los tiernos lazos dejativa inclina
Y en el sutil humor se esfuerza en vano;
Así se fué secando, así turbada
Trocó las rosas á la nieve helada,
Y lo mortal perdiendo de la vida,
Quedóle el alma á breve voz asida,
Para ser inmortal el sentimiento.
Seguíale su espíritu, y el viento
Le prestaba la voz con que la hablaba;
Pero no porque el alma interpretaba,
Pues eran diferentes los concetos,
Siendo de ajena voz breves efetos,
Como puntos de cláusula acabada,
Que dicen que acabó, no siendo nada;
Pero dentro de sí quejosa, al cielo
El castigo pedía
De aquel rayo de amor, en que vivía
Alma de puro hielo.

Oyéronla los dioses celestiales,
Y por votos iguales,
Siendo el amor testigo,
Así trazaron su fatal castigo.
Hallaba un arroyuelo, fatigado
De bajar por un risco despeñado,
Á sus discursos cándidos y puros
Descanso en una balsa que de arena
Formaba cuadriláteros los muros
Coronados de lirios y verbena,
Como se mira espejo que guarnece
Africano marfil, ébano indiano;
En ella el sol tan vivo resplandece,
Que él mismo apenas sufre sus reflejos.
Aquí por los extremos del verano,
Que acechaba el invierno desde lejos,
Cansado de seguir silvestres fieras,
Que nadando burlaban las riberas
Donde él las esperaba,
Narciso descansaba;
El venablo, que huyó tímida cierva,
Tendido por la cama de la hierba,
Cuando con el deseo
De refrescar el rostro, que encendía
Febo envidioso, dilatando el día,
Por ver que fuera en competencia feo
Su querido Jacinto,
Miróse en el cristal, no tan distinto,
Que el líquido elemento trasparente
No le mostrase la divina cara.
La ninfa de la fuente,
Présaga del suceso, enturbiar quiso
La superficie clara;
Mas Júpiter en tanto la detuvo,
Que el mísero Narciso
Enamorado estuvo
De su belleza propia;
Así pintora el agua el rostro copia,
Que le costó la vida,
Haciendo amor equívoca la herida,
Y volviendo tirano
La flecha al pecho de la propia mano;

Pues á tanto llegó su filautía,
Que fuera de sí mismo y en sí mismo
Buscaba la hermosura que tenía.
¡Oh ciego barbarismo,
De tantos heredado! mayormente
De los que beben de Helicón la fuente,
Donde la identidad de los sujetos
Burló ignorantes, retiró discretos.
¡Oh Filira cruel, plega á los cielos
Que de tu propio amor te abrasen celos;
Y que el traidor espejo
Te dé tan mal consejo,
Para que mueras loca y disculpada,
De tu propia belleza enamorada!
Esto dijo el poeta,
Á cuyo aplauso y últimos acentos
La envidia despertara, si durmiera;
Y cesando los dulces instrumentos,
Alegre prosiguió la docta esfera.
¡Oh cuán ricos sonetos
De erudición y estilo! ¡Con qué llave
Cerraban sus concetos!
¡Qué conclusión, qué admiración, qué grave!
Porque no es epigrama
El que por varias sendas se derrama,
Ó que la conclusión tiene tan fría,
Que burla al que la espera, y desconfía
Ó ha de acabar con verso
Tan dulce, hermoso y terso,
Que deleite y admire su armonía
El gusto y el oído,
Que también se deleita en el sonido.
Y así fué prosiguiendo
El que la lista á la palestra llama,
En alta voz diciendo
Dos epigramas á una hermosa dama,
Qne no siendo piadosa,
Lo fué con una simple mariposa:

« La escura ausencia murmuraba el día
La risa de la llama de una vela,
Cuando la noche, que su luz recela,

Del cielo apenas su temor confía;
» Con justa causa, aunque mortal porfía,
Cándida mariposa se desvela,
Ícaro breve, enamorada vuela
Al sol fingido que en la cera ardía.
» Hermosa mano con piadoso intento
Quitóla de la luz que la enamora;
Y yo, que estaba á su imposible atento,
» Dejadla, dije, y no penséis, Señora,
Que debe más un alto pensamiento
Que dejarse abrasar del sol que adora. »

Puesto aplaudido fin á este epigrama,
Dijo el segundo, en forma de su dama :

« La mano al ave cándida replica,
Que ella se huyó y ardió la vela luego;
Que aunque ciega, el amor también es ciego,
Cuyo fuego la vela significa.
» Ni desviarla de la vela implica
Tener el pensamiento en más sosiego;
Que primero á sí mismo quema el fuego
Que abrase la materia á quien se aplica.
» Y cuando ardiera el ave vagorosa
(Pues la vela gastó la cera extrema
Que alimentaba el alma en llama hermosa),
» ¿Qué más venganza de su dulce tema?
Pues si se quema en él la mariposa,
Y es vela el sol, también el sol se quema. »

Con esto dió lugar que celebrase
Otro poeta aquella cerda hermosa,
Por quien estuvo el niño Amor atado
Y á quien vengó lo muerte rigurosa,
En acento, aunque dulce, lastimado :

« Vengó la muerte, hermosa Catalina,
Tanto fuego de amor con tanto hielo;
Faltó la luz del cristalino velo,
Que en materia mortal ardió divina.
» Tú sola de las almas peregrina,
Y de los ojos inmortal desvelo,
Trasladas libre tu hermosura al cielo,
Que sol te aclama, serafín destina.

» De hoy más, oh muerte, vivirás gloriosa,
Viendo tu noche de su luz vestida,
Y tu fiereza entre su nieve y rosa;
» Que aquel espacio breve que atrevida
Entraste por sus ojos fuiste hermosa,
Y siendo muerte, apareciste vida. »

Siguió el tercero aquel alegre día
Que el sol Felipe y Isabel Diana
Una tarde en el prado
Hicieron su crepúsculo dorado:

« Suspenso por las márgenes estivas,
El celeste león al de Austria espera:
El prado reiteró la primavera,
Paráronse las aguas fugitivas;
» Sembraron de pacíficas olivas
Tiernos Cupidos la terrestre esfera,
Y á los caducos olmos la ribera
Reverdeció las esmeraldas vivas.
» Entre las fuentes, que lloraban risa,
Formaba cuadros invisibles Flora,
Vestida de jazmín y manutisa;
» Cuando Felino, sol que España adora,
Entró en el prado, y le siguió Belisa;
¿ Quién vió después del sol venir la aurora ? »

Luego se dió lugar á las estancias,
Y comenzó un poeta
Una historia de amor, si no secreta,
Dulcísima, de claras consonancias:

« Riberas del humilde Manzanares
Apacentaba una pastora hermosa,
Que trasladada del famoso Henares,
Honraba su corriente sonorosa:
Donde con voces tiernas y dispares
Se queja Filomena lastimosa
Hay una fuente cristalina y fría,
En cuyo espejo el sol comienza el día.
» Tirano de su gusto y hermosura,
Un rústico pastor era su dueño,
Que toda la aspereza y espesura

Del bosque inculto retrató su ceño ;
Al rayo de su luz hermosa y pura
Desvelado Lisardo, pierde el sueño,
Celebrando su nombre en versos graves,
Como al salir el sol cantan las aves.
» ¡ Oh más hermosa, pastorcilla mía,
Que entre claveles cándida azucena !
Abre las hojas al nacer el día,
De granos de oro y de cristales llena.
¿ Qué fuerza, qué rigor, qué tiranía
Á tanta desventura te condena ?
Mas ¿ cuándo á tantas gracias, importuna,
No fué madrastra la cruel fortuna ?
» Vistes por dicha, ninfas, la belleza
En este valle de sus verdes cielos,
Sí aquel alma de roble y su aspereza,
Esta licencia permitió á sus celos ?
— Aquí vimos, responden, su tristeza,
Murmurada de tantos arroyuelos,
Que á las aguas, las plantas y las flores
Dió vida, dió esperanzas, dió colores.
» En esta fuente, cuya margen pisa
Tal vez con breve estampa el pie de nieve,
En la del agua retrató la risa,
Y con sus rosas su hermosura bebe ;
Tuviera el valle nueva flor Narcisa,
Pues á mirarse Fílida se atreve ;
Pero turbó el cristal, llorando enojos,
El claro aljófar de sus verdes ojos. —
» No pudiendo Lisardo resistirse
Á tanto amor, y por ventura amado,
Con dulces ansias intentó morirse
Sobre las hierbas del florido prado ;
Que imaginando un ángel consumirse,
Que debiera vivir bien empleado,
Por lo menos gozándola un discreto,
Su desesperación puso en efeto,
» Las ninfas y pastores, que le oyeron,
Viendo que su pastor se les moría,
Bajaron á llgrarle, y le cubrieron
De cuantas flores en el campo había ;
Y en el papel de un álamo escribieron

Para memoria de aquel triste día :
— Ninfas de Manzanares y pastores,
Ya no hay amor ; que aquí murió de amores. —
» Oyó las quejas la serrana hermosa,
Y llegando al lugar aeonde estaba,
Al frío labio le aplicó la rosa
Que los divinos suyos animaba;
Y fué aquella virtud tan poderosa,
Que le dió vida al tiempo que expiraba;
Y desde entonces ninfas y pastores
Á desmayos de amor aplican flores.
» Allí con tono modulante luego
Este discurso de un amante ciego
Poeta lince dijo en voz tan grave,
Que mostraba que siente lo que sabe,
Tan quejosa de ausente,
Que dijo cuanto sabe y cuanto siente :
»—Mi estrella, si hay estrellas,
Dulce enemiga mía,
Donde tan altos méritos sin ellas
Obligan á quererte,
Me trujo á verte el venturoso día;
Que fué principio de mi vida el verte,
Pues no he vivido mientras no te vía;
Que puesto que llevaste
Atada de un cabello
El alma, que del pecho me robaste,
Cadena de oro en mi dichoso cuello ;
La imagen invisible que dejaste
Por alma en su lugar, hermosa y pura,
Fué vida por quien vivo,
De cuya luz recibo
El movimiento que mi ser informa.
Pero donde es angélica la forma,
Materia el alma fuera,
Si después de mirarte la tuviera.
» De mí te dieron nuevas los que vieron
Tal mudanza en mi rostro y en mis ojos,
Que como nueva, en mí la conocieron ;
¿Quién dijera que amor causaba enojos?
Si no es que él mismo abona
Que amor ningún amado amar perdona.

» Licencia de servirte
Me diste al fin, yo la tomé de amarte
Mi amor supe decirte,
Mas no supe obligarte;
Que, como sabes, á rigor tan fuerte
Ni pudieron la vida ni la muerte;
Que muchas que tuviera aventurara,
Si con alguna dellas te obligara.
» Pocos años me lleva,
Sin los primeros siete,
Aquel amante que imitar deseo;
Pues dime tú, ¿qué prueba
Mayor el tiempo de mi amor promete,
Si con el mismo que te vi te veo?
En tu rigor empleo
Aquella fe que tu rigor conquista,
Satisfecho del premio de tu vista;
Que si favor me hicieras,
Y tan piadosa como ingrata fueras,
¿Pué mereciera yo? Pues desa suerte
Fuera dicha, y no méritos, quererte;
Y ¿quién no te quisiera,
Si más premio que verte mereciera?
» Años ha que deseo
Cantar, Señora, en versos tu hermosura,
Y llorar mis enojos;
Pero como pintor, cuando te veo
En los claveles de tu nieve pura,
Suspendo los pinceles y los ojos;
Que mal puede, Señora, mi deseo
Copiar el cielo que en los tuyos veo.
Mas ya que me dijiste que esto solo
En verso celebrase,
Seré en amor, y no en la lira, Apolo;
Que cuando tu hermosura retratase,
Pues imitas á Dafne, justamente
De tu desdén coronarás mi frente.
» Porque ¿cómo pudiera yo pintarte,
Divino desdén mío,
Pues que faltando á la materia el arte,
Castigara tu sol mi desvarío?
Pues fuera grande en larga ó breve suma,

Aunque tomara el mismo Amor la pluma,
Emprender escribir tu entendimiento,
En cuya luz el cielo tuvo atento
Poco menos el arte poderoso,
Que en aquellas substancias celestiales,
Los dones naturales
De la gracia y donaire y la excelencia,
Que el buen gusto casó con la prudencia,
El brío y el despejo,
Fuera poner al sol tu mismo espejo.
Pues ¿qué cosa más baja que al tesoro
De tu cabello comparar el oro,
Y para la color de nieve pura
De tu divina cara
Pedir á los jazmines la blancura,
Que los cándidos cisnes afrentara,
Y para tus mejillas y tus labios
Pedirles á las rosas y claveles
Las colores que tú prestarles sueles,
Envidia suya y de tu rostro agravios?
¿Qué nácar de encarnada manutisa
Abre las hojas como tú, vertiendo
Aquella de tus perlas dulce risa?
Sabe quien las miró que las ofendo.
Mas ¿quién, cuando tan cerca al sol tuviera,
Á la risa del alba se atreviera?
Pues en llegando á contemplar tus ojos,
Adonde amor dormido
Sólo despierta para darme enojos
¿Quién hurtará sus luces atrevido?
Pues á sol duplicado
Más que Faetonte quedará culpado.
» Oh tú, divina mano,
Liberal de tu fuego,
Pero no de tu nieve,
¿Para qué imitas al desdén tirano,
En que me matas y te escondes luego?
¿Por qué me dejas que muriendo ausente
En tierra ajena mis desdichas cuente?
» No me ausenté, Señora,
Por mi gusto de ti; que en tu servício
Hice este sacrificio

De cuanto el alma que te pierde llora.
Mas, pues dices que tengo amables partes,
No puede ser que apartes
Con rigor tan violento
De mí tu pensamiento;
Si estoy en él, ¿por qué razón, ingrata,
Á ti y á mí tu amor tan mal nos trata?
Porque eres tú divina,
Así mi amor te mira y te imagina,
Y tú sueles decir que eres humana:
Gran discreción, pues fuera cosa llana
Que, á no decirlo tú, Flérida mía,
Ya fuera mi locura idolatría. »

Con esto, excelso príncipe, no es justo
Referirlos á todos, porque fuera
Las flores de la verde primavera,
Y no es igual la inclinación y el gusto.
Estancias se leyeron,
Que á las cultas del Tasso se igualaron
Y á las del Ariosto se atrevieron:
Tanto en estilo dulce se fundaron.
Corrientes, castas, fáciles, iguales,
Con ricos paralelos por finales.
Fueron las espinelas
De artificio estudioso,
Para el laurel alegres esperanzas.,
¡Oh Apolo, que revelas
Géneros tan hermosos,
Tenga Espinel debidas alabanzas!
¡Qué bien el consonante
Responde al verso quinto!
¡Qué breve laberinto!
¡Qué dulce y elegante
Para todo conceto!
Tal fué su autor perfeto
En música y poesía,
Porque toda consiste en armonía.
Los famosos tercetos no envidiaron
Los triunfos del Petrarca,
Que cualquiera, pues muchos le igualaron,
Pudiera de tercetos ser tetrarca.

Aquí las redondillas, admiradas
De Italia, nuestra lengua ennoblecieron.
Que, como castellanas, no sufrieron
Ser de frasi extranjera adulteradas;
Éstas, como doncellas recatadas,
Huyen culteranismos,
Porque sólo permiten hispanismos,
Y acabar por contrarios,
Si bien términos varios,
Como vemos que suena,
Bien, mal, amor, olvido, gloria y pena.
Las reinas de la lírica poesía,
Las graves y dulcísonascanciones
Mostraron majestad y gallardía,
Volando por altísimas regiones.
En fin, en todo verso corifeos
Buscaron el extremo á sus deseos
Con nuevas locuciones,
Hurtos y imitaciones
Del griego, del toscano y del latino,
Y á veces del amigo y del vecino,
Y más si es voz pomposa y frasi nueva.
¡Oh conceto brillante!
Pues que basta mudar el consonante;
Que, como compra el libro el que le lleva,
Dice que ya su autor acción no tiene,
Pues á perderla por la venta viene;
Y que lo puede hacer seguro infiero
De saber que le cuesta su dinero.
El libro hace ganado
De conceptos preñado,
Y por la ley condena
El parto, aunque engendrado en casa ajena;
Que como á casa de otro dueño pasa,
Dice que es suyo porque fué en su casa.
Tal hubo finalmente que salía
Por los resquicios de las altas peñas,
Y haciendo alegres señas,
Licencia á Apolo para hablar pedía,
Y tal como retrógrado cangrejo
Ó como lapa asido,
Hablaba desde allí con sobrecejo

De que no fuese atentamente oído.
No suele en verdes colmos
De copas altas de arrogantes olmos
Ser más la confusión sobre los nidos
De pájaros etíopes en siesta,
Que el labrador más rústico molesta,
Que por leer causaba á los oídos
El afectado estrépito
De poetas indinos,
Cuanto gusto causaban los divinos;
Mas el senado joven y el decrépito,
Que estimaba los buenos,
De ciencia, de humildad, de estudios llenos,
Con quien Apolo votos consultaba,
Ya daba indicios que el ingenio hallaba,
Ó por lo menos presumir quería
Á quien el verde lauro competía,
Desterrando los sátiros de Aglauros,
Siempre enemigos de los verdes lauros,
Que como las culebras huyen dellos,
Aunque vertiendo su ponzoña en ellos;
Cuando suspenso Apolo,
Y el senado confuso,
El concurso gravísimo esperando
Quien fuese el fénix desta Arabia solo,
Al remedio más próximo dispuso
El arte y el poder, que murmurando
Estaban los indignos, que decían
Que los rayos de Apolo no tenían
La grave acción que á un príncipe tan alto,
Tan sacro, tan augusto,
Era forzoso y justo;
Antes en todos sus discursos falto,
Pues andaba en verano y en invierno
Errado con nosotros el gobierno,
Cuando fuera razón, criando minas,
Y que en España nunca,
Sino en la más antártica espelunca,
Con que excusara gastos y rüinas,
Mares y embarcaciones,
Por quien hoy nos persiguen mil naciones,
Las Indias infestando,

Que fueron de Isabel y de Fernando,
Por su celo católico,
Nombre propio de España, y no hiperbólico.
Decían que al apóstata Juliano
Habían de quemar, porque escribía
Del sol la natural filosofía;
Pue no era Polifemo soberano,
Ques formaban dos ojos sol y luna,
Y luego de Mercurio la fortuna,
Juntándose con Marte y con Saturno,
Infamaron las alas del coturno,
Y el estupro de Venus le dijeron,
De que nació su monstro hermafrodito,
Sin olvidar el de su madre Maya.
Hermes, por mercader griego, le hicieron
Que desde el negro Egito
Naves llevaba á Acaya,
Vendiendo drogas en la misma playa;
Correo le llamaron
Y postillón de Júpiter supremo.
Luego las nueve musas infamaron,
Diciendo que eran de tan bajo extremo,
Que á cualquiera escritor favorecían,
Y que luego en llamándolas venían,
Que era la piedra magnes
Para ellas cualquiera ofrecimiento,
Y que las puso la sutil Aragnes
De perder el honor en detrimento.
Cuál poeta enojado
De los del primer gremio,
Si no le dan el premio
Libros promete al cónclave sagrado,
Sin ver que los que ha escrito no se venden,
Libros que aun ellos mismos no se entienden;
Si bien el no venderse no es defeto,
Pues muchos se han vendido
Por lo mucho de vulgo que han tenido.
Pues como Apolo imaginó discreto
Que era imposible hazaña
Juzgar de los ingenios que en España
Profesan esta ciencia,
Ni saber la verdad ni dar sentencia;

Porque si los señores contemplaba,
Dignísimos del árbol los hallaba,
Que á Virgilio quitársele pudieran,
Porque muchos mejor le merecieran,
Y más si entre ellos viera quien atento
Á un alto pensamiento
Rasgó los versos que en sus verdes años
Pintaron con ingenio sus engaños,
Porque estaba guardado
Para un dichoso estado;
Si á los que con insignias de colores
Miraba los testigos en la frente,
Juzgaba superiores
Á los de la primera jerarquía;
Y si destos alguno proponía,
Hallaba que eran dignos justamente,
Á cuál por dulce, á cuál por elocuente,
Á cuál por grave, cándido y sonoro,
Á cuál por la pureza y el decoro,
Justo respeto del materno idioma;
Ya deja el verde lauro, ya le toma,
Ya se promete el mérito, las hojas
Que fueron hebras de la ninfa ingrata;
Ya por las ramas ata
Cintas blancas y rojas,
Que está un pecho remiso,
Mientras más avisado, sin aviso.
No de otra suerte que después del fuego
De Troya estuvo el griego
Con la espada de Aquiles
Confuso, oyendo á Ulises los sutiles
Colores del retórico elocuente,
Y la oración de Telamón valiente,
Que como dividirse no podía
La hoja de metal resplandeciente,
Así ni aquestas hojas que debía
Dar á un ingenio solo.
Pero si á mí me consultara Apolo,
Bien le dijera yo; mas no dijera,
Que por ventura la pasión pudiera
Fácilmente engañarme,
Y no supiera yo determinarme,

Puesto que así lo digo,
Ni aventurar dos mil por un amigo;
Y ¿quién descortés fuera,
Si como Paris la manzana diera
Á alguna de las diosas,
Siendo tan beneméritas y hermosas,
Si bien más a Minerva
Este laurel que á Venus se reserva?
En este tiempo, abriéndose una nube,
Como cuando del sol bañado en oro
Por los hombros del aire se desata,
Ella baja á la tierra, el vapor sube,
Que ya bebió de su terrestre poro,
Y en fantásticas formas se dilata,
Bajó de azul y plata
Desde los cielos Iris,
Como en la forma que la gran Tomiris
Cuando en hábito corto discurría
Por la ardiente batalla que regía,
Ó como por el monte
Cuyas márgenes baña el Termodonte,
La veloz amazona, el pecho armado
Del círculo partido de la flecha,
Para el coturno alado,
Y á Apolo encaminándose derecha,
Le dió del alto Júpiter supremo
Un recado al oído,
Que de Apolo entendido,
Le dió el laurel; y levantando el vuelo
Las regiones del aire superiores,
Escribió de renglones de colores
Con las fenicias plumas,
Retratando su sombra las espumas
De nuestro mar de España.
Con esto los ingenios desengaña,
Y al gran Felipe, emperador indiano
Y sacro rey hispano,
Un apacible día
Que el hipodromo alegre entretenía,
De los caballos militar escuela,
Mirándole la angélica Isabela
Por una celosía,

Isabela, divina
Perla, que de la aurora la cortina
Dió á España por tesoro,
Y antes al nácar de los lirios de oro,
El laurel le ofreció, porque él le diese
Al que mejor ingenio presumiese,
Fiando de tan grave competencia
Del suyo celestial la gran sentencia,
Pues en la edad de Salomón vivía,
Y no con menos luz resplandecía,
Juzgando que ninguno,
Cuando determinase darle á alguno,
Podía estar quejoso.
Entonces el concurso generoso
Aprobó con aplauso acción tan justa;
Ninguno se disgusta,
Ninguno se lamenta,
La música en el aire se aposenta;
Suenan los instrumentos,
La mar llama á los vientos,
Los vientos los poetas,
Los poetas las ninfas más discretas,
Las ninfas á Neptuno.
Neptuno al dios Eolo,
Eolo manda que Favonio solo
Mueva las altas velas,
Y á las aferravelas
Atando pardas lonas,
Rechinan por motones y coronas,
Quejándose las jarcias
Al ronco son de las trompetas marcias,
Y haciendo el marinaje
Que se suba á la entena ó que se baje.
La multitud confusa
Á la playa difusa
Bajó del monte y se embarcó en las naves,
Que con soplos süaves
El viento conducía, sin que dellos
El mar supiese cuál á cual llevase,
Los poetas á él, ó el viento á ellos,
Aunque enojados suelen ser pesados.
En fin, como llegase

Cada cual á su patria venturosa,
Previniendo papel, á verso ó prosa
Del honor y la fama los cuidados,
Para probar los méritos que tuvo,
Tomó la pluma, y en silencio estuvo,
Si bien suelen promesas de altas plumas
Nacer montañas y morir espumas.

ARTE NUEVO DE HACER COMEDIAS

EN ESTE TIEMPO

DIRIGIDO Á LA ACADEMIA DE MADRID

Mándanme, ingenios nobles, flor de España,
Que en esta junta y academia insigne
En breve tiempo excederéis no sólo
Á las de Italia, que envidiando á Grecia,
Ilustró Cicerón del mismo nombre,
Junto al Averno lago, si no á Atenas,
Adonde en su platónico liceo
Se vió tan alta junta de filósofos;
Que un arte de comedias os escriba,
Que al estilo del vulgo se reciba.
Fácil parece este sujeto, y fácil
Fuera para cualquiera de vosotros,
Que ha escrito menos dellas, y más sabe
Del arte de escribirlas y de todo;
Que lo que á mí me daña en esta parte
Es haberlas escrito sin el arte.
No porque yo ignorase los preceptos,
Gracias á Dios, que ya tirón gramático
Pasé los libros que trataban desto,
Antes que hubiese visto al sol diez veces
Discurrir desde el Aries á los Peces;
Mas porque, en fin, hallé que las comedi
Estaban en España en aquel tiempo,
No como sus primeros inventores
Pensaron que en el mundo se escribieran,
Mas como las trataron muchos bárbaros,
Que enseñaron el vulgo á sus rudezas;

Y así se introdujeron de tal modo,
Que quien con arte ahora las escribe,
Muere sin fama y galardón; que puede
Entre los que carecen de su lumbre,
Más que razón y fuerza, la costumbre.
  Verdad es que yo he escrito algunas veces
Siguiendo el arte que conocen pocos;
Mas luego que salir por otra parte
Veo los monstros de apariencias llenos,
Adonde acude el vulgo y las mujeres,
Que este triste ejercicio canonizan,
Á aquel hábito barbaro me vuelvo;
Y cuando he de escribir una comedia,
Encierro los preceptos con seis llaves;
Saco á Terencio y Plauto de mi estudio,
Para que no me den voces; que suele
Dar gritos la verdad en libros mudos;
Y escribo por el arte que inventaron
Los que el vulgar aplauso pretendieron;
Porque, como las paga el vulgo, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.
  Ya tiene la comedia verdadera
Su fin propuesto, como todo género
De poema ó poesis, y éste ha sido
Imitar las acciones de los hombres
Y pintar de aquel siglo las costumbres.
También cualquiera imitación poética
Se hace de tres cosas, que son plática,
Verso dulce, armonía, ó sea la música,
Que en esto fué común con la tragedia;
Sólo diferenciándola en que trata
Las acciones humildes y plebeyas,
Y la tragedia las rëales y altas.
Mirad si hay en las nuestras pocas faltas.
  Acto fueron llamadas, porque imitan
Las vulgares acciones y negocios.
Lope de Rueda fué en España ejemplo
Destos preceptos, y hoy se ven impresas
Sus comedias de prosa tan vulgares,
Que introduce mecánicos oficios
Y el amor de una hija de un herrero;
De donde se ha quedado la costumbre

De llamar entremeses las comedias
Antiguas, donde está en su fuerza el arte,
Siendo una acción y entre plebeya gente,
Porque entremés de rey jamás se ha visto.
Y aquí se ve que el arte por bajeza
De estilo vino á estar en tal desprecio,
Y el rey en la comedia para el necio.
 Aristóteles pinta en su *Poética*
(Puesto que escuramente su principio)
La contienda de Atenas y Megara
Sobre cuál dellos fué inventor primero ;
Los megarenses dicen que Epicarmo
Aunque Atenas quisiera que Magnetes.
Elio Donato dice que tuvieron
Principio en los antiguos sacrificios.
Da por autor de la tragedia á Tespis,
Siguiendo á Horacio, que lo mismo afirma,
Como de las comedias á Aristófanes.
Homero á imitación de la comedia
La *Odisea* compuso, más la *Iliada*
De la tragedia fué famoso ejemplo,
Á cuya imitación llamé epopeya
Á mi *Jerusalén*, y añadí trágica ;
Y así á su infierno, purgatorio y cielo,
Del célebre poeta Dante Alígero
Llaman comedia todos comunmente,
Y el Maneti en su prólogo lo siente.
 Ya todos saben qué silencio tuvo
Por sospechosa un tiempo la comedia,
Y que de allí nació también la sátira,
Que siendo más crüel, cesó más presto,
Y dió licencia á la comedia nueva.
Los coros fueron los primeros luego ;
De las figuras se introdujo el número ;
Pero Menandro, á quien siguió Terencio,
Por enfadosos despreció los coros ;
Terencio fué más visto en los preceptos,
Pues que jamás alzó el estilo cómico
Á la grandeza trágica, que tantos
Reprehendieron por vicioso en Plauto,
Porque en esto Terencio fué más cauto.
 Por argumento la tragedia tiene

La historia, y la comedia el fingimiento;
Por eso fué llamada planipedia,
Del argumento humilde, pues la hacía
Sin coturno y teatro el recitante.
Hubo comedias palïatas, mimos,
Togatas, atilanas, tabernarias,
Que también eran, como agora, varias.
Con ática elegancia los de Atenas
Reprehendían vicios y costumbres
Con las comedias, y á los dos autores
Del verso y de la acción daban sus premios.
Por eso Tulio los llamaba espejo
De las costumbres y una viva imagen
De la verdad, altísimo atributo,
En que corre parejas con la historia.
Mirad si es digna de corona y gloria.
Pero ya me parece estáis diciendo
Que es traducir los libros y cansaros
Pintaros esta máquina confusa.
Creed que ha sido fuerza que os trujese
Á la memoria algunas cosas destas,
Porque veáis que me pedis que escriba
Arte de hacer comedias en España,
Donde cuanto se escribe es contra el arte;
Y que decir cómo serán ahora
Contra el antiguo, y que en razón se funda,
Es pedir parecer á mi experiencia,
No el arte, porque el arte verdad dice,
Que el ignorante vulgo contradice.
Si pedís arte, yo os suplico, ingenios,
Que leáis al doctisimo Utinense
Robortelo, y veréis sobre Aristóteles,
Y aparte en lo que escribe de comedia,
Cuanto por muchos libros hay difuso;
Oue todo lo de agora está confuso,
Si pedís parecer de los que ahora
Están en posesión, y que es forzoso
Que el vulgo con sus leyes establezca
La vil quimera deste monstro cómico,
Diré el que tengo, y perdonad, pues debo
Obedecer á quien mandarme puede,
Que dorando el error del vulgo quiero

Deciros de qué modo las querría,
Ya que seguir el arte no hay remedio,
En estos dos extremos dando un medio.
Elíjase el sujeto, y no se mire
(Perdonen los preceptos) si es de reyes,
Aunque por esto entiendo que el prudente
Filipo, rey de España y señor nuestro
En viendo un rey en ellas se enfadaba,
Ó fuese el ver que el arte contradice,
Ó que la autoridad rëal no debe
Andar fingida entre la humilde plebe.
Esto es volver á la comedia antigua,
Donde vemos que Plauto puso dioses,
Como en su Anfitrïon lo muestra Júpiter.
Sabe Dios que me pesa de aprobarlo,
Porque Plutarco, hablando de Menandro,
No siente bien de la comedia antigua.
Mas pues del arte vamos tan remotos,
Y en España le hacemos mil agravios,
Cierren los doctos esta vez los labios.
Lo trágico y lo cómico mezclado,
Y Terencio con Séneca, aunque sea
Como otro minotauro de Pasífae,
Harán grave una parte, otra ridícula;
Que aquesta variedad deleita mucho.
Buen ejemplo nos da naturaleza,
Que por tal variedad tiene belleza.
Adviértase que solo este sujeto
Tenga una acción, mirando que la fábula
De ninguna manera sea episódica,
Quiero decir, inserta de otras cosas
Que del primer intento se desvíen;
Ni que della se pueda quitar miembro,
Que del contexto no derribe el todo.
No hay que advertir que pase en el período
De un sol, aunque es consejo de Aristóteles,
Porque ya le perdimos el respeto
Cuando mezclamos la sentencia trágica
Á la humildad de la bajeza cómica.
Pase en el menos tiempo que ser pueda,
Sino es cuando el poeta escriba historia,
En que hayan de pasar algunos años,

Que esto podrá poner en las distancias
De los dos actos, ó si fuere fuerza
Hacer algún camino una figura,
Cosa que tanto ofende á quien lo entiende;
Pero no vaya á verlas quien se ofende.
¡Oh! ¡cuántos deste tiempo se hacen cruces
De ver que han de pasar años en cosa
Que un día artificial tuvo de término!
Que aun no quisieron darle el matemático;
Porque considerando que la cólera
De un español sentado no se templa
Si no le representan en dos horas
Hasta el final jüicio desde el Génesis;
Yo hallo que si allí se ha de dar gusto,
Con lo que se consigue es lo más justo.
El sujeto elegido escriba en prosa,
Y en tres actos de tiempo le reparta,
Procurando, si puede, en cada uno
No interrumpir el término del día.
El capitán Virués, insigne ingenio,
Puso en tres actos la comedia, que antes
Andaba en cuatro, como pies de niño,
Que eran entonces niñas las comedias;
Y yo las escribí, de once y doce años,
De á cuatro actos y de á cuatro pliegos,
Porque cada acto un pliego contenía;
Y era que entonces en las tres distancias
Se hacían tres pequeños entremeses,
Y ahora apenas uno, y luego un baile,
Aunque el baile lo es tanto en la comedia,
Que le aprueba Aristóteles, y tratan
Ateneo, Platón y Jenofonte,
Puesto que reprehende el deshonesto;
Y por esto se enfada de Calípides,
Con que parece imita al coro antiguo.
Dividido en dos partes el asunto,
Ponga la conexión desde el principio,
Hasta que vaya declinando el paso;
Pero la solución no la permita,
Hasta que llegue la postrera escena;
Porque en sabiendo el vulgo el fin que tiene,
Vuelve el rostro á la puerta, y las espaldas

Al que esperó tres horas cara á cara ;
Que no hay más que saber que en lo que para.
  Quede muy pocas veces el teatro
Sin persona que hable, porque el vulgo
En aquellas distancias se inquïeta
Y gran rato la fábula se alarga ;
Que, fuera de ser esto un grande vicio,
Aumenta mayor gracia y artificio.
  Comience pues, y con lenguaje casto
No gaste pensamientos ni conceptos
En las cosas domésticas, que sólo
Ha de imitar de dos ó tres la plática.
Mas cuando la persona que introduce,
Persüade, aconseja ó disüade,
Allí ha de haber sentencias y conceptos,
Porque se imita la verdad sin duda,
Pues habla un hombre en diferente estilo
Del que tiene vulgar, cuando aconseja,
Persüade ó aparta alguna cosa.
Diónos ejemplo Arístides retórico,
Porque quiere que el cómico lenguaje
Sea puro, claro, fácil, y aun añade
Que se tome del uso de la gente,
Haciendo diferencia al que es político ;
Porque serán entonces las dicciones
Espléndidas, sonoras y adornadas.
No traya la escritura, ni el lenguaje
Ofenda con vocablos exquisitos,
Porque si ha de imitar á los que hablan,
No ha de ser por pancayas, por metauros,
Hipocrifos, semones y centauros.
  Si hablare el rey, imite cuanto pueda
La gravedad real ; si el viejo hablare.
Procure una modestia sentenciosa;
Describa los amantes con afectos
Que muevan con extremo á quien escucha ;
Los soliloquios pinte de manera
Que se transforme todo el recitante,
Y con mudarse á sí mude al oyente.
Pregúntese y respóndase á sí mismo ;
Y si formare quejas, siempre guarde
El debido decoro á las mujeres.

Las damas no desdigan de su nombre ;
Y si mudaren traje, sea de modo
Que pueda perdonarse, porque suele
El disfraz varonil agradar mucho.
Guárdense de imposibles, porque es máxima
Que sólo ha de imitar lo verisímil.
El lacayo no trate cosas altas,
Ni diga los conceptos que hemos visto
En algunas comedias extranjeras.
Y de ninguna suerte la figura
Se contradiga en lo que tiene dicho ;
Quiero decir, se olvide, como en Sófocles
Se reprehende no acordarse Edipo
Del haber muerto por su mano á Layo.
Remátense las scenas con sentencia,
Con donaire, con versos elegantes,
De suerte que al entrarse el que recita,
No deje con disgusto al auditorio.
En el acto primero ponga el caso,
En el segundo enlace los sucesos,
De suerte que hasta medio del tercero
Apenas juzgue nadie en lo que para.
Engañe siempre el gusto, donde vea
Que se deja entender alguna cosa
De muy lejos de aquello que promete.
Acomode los versos con prudencia
A los sujetos de que va tratando.
Las décimas son buenas pâra quejas ;
El soneto está bien en los que aguardan ;
Las relaciones piden los romances,
Aunque en octavas lucen por extremo.
Son los tercetos para cosas graves,
Y para las de amor las redondillas,
Las figuras retóricas importan,
Como repetición ó anadiplosis ;
Y en el principio de los mismos versos
Aquellas relaciones de la anáfora,
Las ironías y adubitaciones,
Apóstrofes también y exclamaciones.
  El engañar con la verdad es cosa
Que ha parecido bien, como lo usaba
En todas sus comedias Miguel Sánchez,

Digno por la invención desta memoria.
Siempre el hablar equívoco ha tenido
Y aquella incertidumbre anfibológica
Gran lugar en el vulgo, porque piensa
Que él solo entiendo lo que el otro dice,
Los casos de la honra son mejores,
Porque mueven con fuerza á toda gente,
Con ellos las acciones virtuosas,
Que la virtud es donde quiera amada;
Pues que vemos, si acaso un recitante
Hace un traidor, es tan odioso á todos,
Que lo que va á comprar no se le vende,
Y huye el vulgo dél cuando le encuentra;
Y si es leal le prestan y convidan,
Y hasta los principales le honran y aman,
Le buscan, le regalan y le aclaman.
  Tenga cada acto cuatro pliegos solos,
Que doce están medidos con el tiempo
Y la paciencia del que está escuchando;
En la parte satirica no sea
Claro ni descubierto, pues que sabe
Que por ley se vedaron las comedias
Por esta causa en Grecia y en Italia;
Pique sin odio, que si acaso infama,
Ni espere aplauso ni pretenda fama.
  Estos podéis tener por aforismos
Los que del arte no tratáis antiguo,
Que no da más lugar agora el tiempo,
Pues lo que les compete á los tres géneros
Del aparato que Vitruvio dice,
Toca al autor, como Valerio Máximo
Pedro Crinito, Horacio en sus epístolas,
Y otros los pintan con sus tiempos y árboles
Cabañas, casas y fingidos mármoles.
  Los trajes nos dijera Julio Pólux,
Si fuera necesario, que en España
Es de las cosas bárbaras que tiene
La comedia presente recibidas,
Sacar un turco un cuello de cristiano,
Y calzas atacadas un romano.
  Mas ninguno de todos llamar puedo
Más bárbaro que yo, pues contra el arte

Me atrevo á dar preceptos, y me dejo
Llevar de la vulgar corriente, adonde
Me llamen ignorante Italia y Francia.
Pero ¿qué puedo hacer si tengo escritas,
Con una que he acabado esta semana,
Cuatrocientas y ochenta y tres comedias ?
Porque, fuera de seis, las demás todas
Pecaron contra el arte gravemente.
Sustento, en fin, lo que escribí, y conozco
Que aunque fueran mejor, de otra manera
No tuvieran el gusto que han tenido,
Porque á veces lo que es contra lo justo
Por la misma razón deleita el gusto.

Humanae cur sit speculum comoedia vitae,
Quaeve ferat juveni commoda, quaeve seni;
Quid graeter lepidosque sales, excultaque verba,
Et genus eloquii purius inde petas;
Quae gravia in mediis occurrant lusibus. et quae
Jucundis passim seria mixta jocis;
Quam sint fallaces servi, et quam improba semper
Fraudeque et omnigenis faemina plena dolis;
Quam miser infelix stultus, et ineptus amator.
Quam vix succedant, quae benè coepta putes.

Oye atento, y del arte no disputes;
Que en la comedia se hallará de modo,
Que oyéndola se pueda saber todo.

ROMANCES

ROMANCILLOS, GLOSAS, ETC.

ROMANCE

Á mis soledades voy,
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.
¡No sé qué tiene la aldea
Donde vivo y donde muero,
Que con venir de mí mismo
No puedo venir más lejos!
Ni estoy bien ni mal conmigo;
Mas dice mi entendimiento,
Que un hombre que todo es alma
Está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
Y solamente no entiendo
Cómo se sufre á sí mismo
Un ignorante soberbio.
De cuantas cosas me cansan,
Fácilmente me defiendo;
Pero no puedo guardarme
De los peligros de un necio.
Él dirá que yo lo soy,
Pero con falso argumento;
Que humildad y necedad
No caben en un sujeto.
La diferencia conozco,

Porque en él y en mí contemplo,
Su locura en su arrogancia,
Mi humildad en su desprecio.
Ó sabe naturaleza
Más que supo en otro tiempo,
Ó tantos que nacen sabios
Es porque lo dicen ellos.
Sólo sé que no sé nada,
Dijo un filósofo, haciendo
La cuenta con su humildad,
Adonde lo más es menos.
No me precio de entendido,
De desdichado me precio;
Que los que no son dichosos,
¿Cómo pueden ser discretos?
No puede durar el mundo,
Porque dicen, y lo creo,
Que suena á vidrio quebrado,
Y que ha de romperse presto.
Señales son del jüicio
Ver que todos le perdemos,
Unos por carta de más,
Otros por carta de menos.
Dijeron que antiguamente
Se fué la verdad al cielo:
¡Tal la pusieron los hombres,
Que desde entonces no ha vuelto!
En dos edades vivimos
Los propios y los ajenos,
La de plata los extraños,
Y la de cobre los nuestros.
¿Á quién no dará cuidado,
Si es español verdadero,
Ver los hombres á lo antiguo
Y el valor á lo moderno?
Dijo Dios, que comería
Su pan el hombre primero
Con el sudor de su cara,
Por quebrar su mandamiento;
Y algunos inobedientes
Á la vergüenza y al miedo,
Con las prendas de su honor

Han trocado los efectos.
Virtud y filosofía
Peregrinan como ciegos :
El uno se lleva al otro,
Llorando van y pidiendo.
Dos polos tiene la tierra,
Universal movimiento,
La mejor vida el favor,
La mejor sangre el dinero.
Oigo tañer las campanas,
Y no me espanto, aunque puedo,
Que en lugar de tantas cruces
Haya tantos hombres muertos.
Mirando estoy los sepulcros
Cuyos mármoles eternos
Están diciendo sin lengua,
Que no lo fueron sus dueños.
¡Oh bien haya quien los hizo,
Porque solamente en ellos
De los poderosos grandes
Se vengaron los pequeños!
Fea pintan á la envidia;
Yo confieso que la tengo
De unos hombres que no saben
Quién vive pared en medio,
Sin libros y sin papeles,
Sin tratos, cuentas ni cuentos :
Cuando quieren escribir
Piden prestado el tintero.
Sin ser pobres ni ser ricos
Tienen chimenea y huerto;
No los despiertan cuidados,
Ni pretensiones, ni pleitos,
Ni murmuraron del grande,
Ni ofendieron al pequeño;
Nunca, como yo, firmaron
Parabién, ni pascua dieron.
Con esta envidia que digo,
Y lo que paso en silencio,
A mis soledades voy,
De mis soledades vengo.

ROMANCILLOS

LA BARQUILLA.

I

¡Pobre barquilla mía,
Entre peñascos rota,
Sin velas desvelada,
Y entre las olas sola!
¿Adónde vas, perdida?
¿Adónde, di, te engolfas?
Que no hay deseos cuerdos
Con esperanzas locas.
Como las altas naves
Te apartas animosa
De la vecina tierra,
Y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
Mayor en las congojas,
Pequeña en las defensas,
Incitas á las ondas.
Advierte que te llevan
Á dar entre las rocas
De la soberbia envidia,
Naufragio de las honras.
Cuando por las riberas
Andabas costa á costa,
Nunca del mar temiste
Las iras procelosas.
Segura navegabas,
Que por la tierra propia
Nunca el peligro es mucho
Adonde el agua es poca.
Verdad es que en la patria
No es la virtud dichosa,
Ni se estima la perla
Hasta dejar la concha.

Dirás que muchas barcas
Con el favor en popa,
Saliendo desdichadas,
Volvieron venturosas.
No mires los ejemplos
De las que van y tornan;
Que á muchas ha perdido
La dicha de las otras.
Para los altos mares
No llevas cautelosa,
Ni velas de mentiras,
Ni remos de lisonjas.
¿Quién te engañó, barquilla?
Vuelve, vuelve la proa;
Que presumir de nave
Fortunas ocasiona.
¿Qué jarcias te entretejen?
¿Qué ricas banderolas
Azote son del viento
Y de las aguas sombra?
¿En qué gavia descubres
Del árbol alta copa,
La tierra en perspectiva
Del mar incultas orlas?
¿En qué celajes fundas
Que es bien echar la sonda,
Cuando, perdido el rumbo,
Erraste la derrota?
Si te sepulta arena,
¿Qué sirve fama heroica?
Que nunca desdichados
Sus pensamientos logran.
¿Qué importa que te ciñan
Ramas verdes ó rojas,
Que en selvas de corales
Salado césped brota?
Laureles de la orilla
Solamente coronan
Navíos de alto bordo
Que jarcias de oro adornan.
No quieras que yo sea,
Por tu soberbia pompa,

Faetonte de barqueros
Que los laureles lloran.
Pasaron ya los tiempos,
Cuando lamiendo rosas
El céfiro bullía
Y suspiraba aromas.
Ya fieros huracanes
Tan arrogantes soplan,
Que salpicando estrellas,
Del sol la frente mojan;
Ya los valientes rayos
De la vulcana forja,
En vez de torres altas,
Abrasan pobres chozas.
Contenta con tus redes,
Á la playa arenosa
Mojado me sacabas;
Pero vivo, ¿qué importa?
Cuando de rojo nácar
Se afeitaba la aurora,
Más peces te llevaba
Que ella lloraba aljófar.
Al bello sol que adoro,
Enjuta ya la ropa,
Nos daba una cabaña
La cama de sus hojas.
Esposo me llamaba,
Yo la llamaba esposa,
Parándose de envidia
La celestial antorcha.
Sin pleito, sin disgusto,
La muerte nos divorcia:
¡Ay de la pobre barca
Que en lágrimas se ahoga!
Quedad sobre la arena,
Inútiles escotas,
Que no ha menester velas
Quien á su bien no torna.
Si con eternas plantas
Las fijas luces doras,
¡Oh dueño de mi barca!
Y en dulce paz reposas,

Merezca que le pidas
Al bien que eterno gozas,
Que adonde estás, me lleve,
Más pura y más hermosa.
Mi honesto amor te obligue;
Que no es digna victoria
Para quejas humanas
Ser las deidades sordas.
¡ Mas ay que no me escuchas !
Pero la vida es corta:
Viviendo, todo falta;
Muriendo, todo sobra.

II

Para que no te vayas,
Pobre barquilla, á pique,
Lastremos de desdichas
Tu fundamento triste.
Pero tan grave peso
¿ Cómo podrás sufrirle ?
¡ Si fuera de esperanzas,
No fuera tan difícil !
Del viento fueron todas,
Para que no te fíes
De grandes oceanos
Que las bonanzas fingen.
Halagan las orillas
Con ondas apacibles,
Peinando las arenas
Con círculos sutiles:
Serenas de semblante
Engañan los esquifes,
Jugando con los remos
Porque no los avisen;
Pero en llegando al golfo,
No hay monte que se empine
Al cielo, más gigante,
Adonde tantos gimen.
Traidoras son las aguas;
Ninguno se confíe
De condición tan fácil,

Que á todos vientos sirve.
Tan presto ver el cielo
Á las gavias permite,
Como que los abismos
Las rotas quillas pisen.
Ya, pobre leño mío,
Que tantos años fuiste
Desprecio de las ondas
Por Scilas y Caribdis,
Es justo que descanses,
Y en este tronco firme
Atado como loco,
Del agua te retires.
Ne inventes nuevas tablas
Ni al viento desafíes;
Que rüinas del tiempo,
Ninguna enmienda admiten.
Mientras te cuelgo al templo,
Victorioso apercibe
Rara injustos agravios
Paciencias invencibles.
En la deshecha popa
Desengañado escribe:
« Ninguna fuerza humana
Al tiempo se resiste. »
No te anuncien las aves
Tempestades terribles,
Ni el ver que entre las ramas
Airado el viento silbe;
No admires los que salen,
Ni barco nuevo envidies,
Porque le adornen jarcias
Y velas le entapicen;
Á climas diferentes
La errada proa inclinen
Las poderosas naves
De Césares Felipes:
Antárticos tesoros
Alegres soliciten,
Diamantes orientales,
Zafiros y amatistes;
Las armas de las popas

Con generosos timbres
Los montes de agua espanten,
La tierra opuesta admiren;
Y tú, de solo el cielo
Cubierta, no porfíes
Á volver á las ondas,
De quien saliste libre.
Huye abrasadas Troyas
Siendo al furor de Aquiles,
Eneas el silencio,
Y la virtud Anquises.
Cuando tú, dueño mío,
En esta orilla viste,
Saliendo de las aguas,
Salir á recibirme,
Aun no mostraba el alba
Sus cándidos perfiles,
Riendo en azucenas,
Llorando en alelíes.
Cuando á buscar regalos
Eras pomposo cisne
Por las ocultas sendas
Del reino de Anfitrite,
No temías tormentas
Ni encantadoras Circes;
Que ya para sirenas
Era mi amor Ulises;
Y aun me vieron á veces
Sus cristalinas sirtes,
Búzano de las perlas
Y de los peces lince.
¿Qué pesca no le truje
Cuando la noche viste
De sombras estos montes
Que con mi amor compiten?
Y no en luciente plata,
Sino en tejidas mimbres;
Que donde vienen almas
Son las riquezas viles.
No hay cosa entre dos pechos
Que más el alma estime,
Que verdades discretas

En apariencias simples.
Ya la temida parca,
Que con igual pie mide
Los edificios altos
Y las chozas humildes,
Se la robó á la tierra,
Y con eterno eclipse
Cubrió sus verdes ojos;
Ya de los cielos iris,
Aquellas esmeraldas
Que con el sol dividen
La luz y la hermosura,
En otro cielo asisten.
Aquellos que tuvieron,
Riéndose apacibles,
La honestidad por alma,
Que no el despejo libre,
Ya de su voz no tienen,
Que dulcemente imiten
Los arroyos pasajes,
Los ruiseñores tiples.
No sé cuál fué de entrambos,
Bellísima Amarilis,
Ni quién murió primero,
Ni quién agora vive.
Presumo que trocamos
Las almas al partirte;
Que pienso que es la tuya
Ésta que en mí reside.
Tendido en esta arena,
Con lágrimas repite
Mi voz tan dulce nombre
Porque mi pena alivie.
Las ondas me acompañan,
Que en los opuestos fines
Con tristes ecos suenan,
Y lo que digo dicen.
No hay roca tan soberbia,
Que de verme y oirme
No se deshaga en agua,
Se rompa y se lastime.
Levantan las cabezas

Las focas y delfines,
Á las amargas voces
De mis acentos tristes,
No os admiréis, les digo,
Que llore y que suspire
Aquel barquero pobre
Que alegre conocisteis.
Aquel que coronaban
Laureles por insigne,
Si no miente la fama
Que á los estudios sigue,
Ya por desdichas tantas
Que le humillan y oprimen,
De lúgubres cipreses
La humilde frente ciñe.
Ya todo el bien que tuve
De verle, me despide:
Su muerte es esta vida
Que me gobierna y rige.
Ya mi amado instrumento,
Que hazañas invencibles
Cantó por admirables,
Lloró por infelices,
En estos verdes sauces
Ayer pedazos hice.
Supiéronlo barqueros,
Enojados me riñen:
Cuál toma los fragmentos
Y á unirlos se apercibe;
Pero difunto el dueño,
¿Las cuerdas de qué sirven?
Cuál le compone versos;
Cuál, porque no le pisen,
Le cuelga de las ramas,
Trasformación de Tisbe.
Mas yo, que no hallo engaño
Que tu hermosura olvide,
Á cuanto me dijeron
Llorando satisfice.
Primero que me alegre
Será posible unirse
Este mar al de Italia

Y el Tajo con el Tibre.
Con los corderos mansos
Retozarán los tigres,
Y faltará á la ciencia
La envidia que la sigue;
Que quiero yo que el alma
Llorando se destile,
Hasta que con la suya
Esta unidad duplique;
Que puesto que mi llanto
Hasta morir porfíe,
Tan dulces pensamientos
Serán después fenices.
En bronce sus memorias
Con eternos buriles
Amor, que no con plomo,
Blando papel imprime.
¡Oh luz que me dejaste!
¿Cuándo será posible
Que vuelva á verte el alma,
Y que esta vida animes?
Mis soledades siente;
¡Mas ay! que donde vives,
De mis deseos locos
En dulce paz te ríes.

III

¡Ay soledades tristes
De mi querida prenda,
Donde me escuchan solas
Las ondas y las fieras!
Las unas que espumosas
Nieve en las peñas siembran,
Porque parezcan blandas
Con mi dolor las peñas;
Las otras que bramando
Ya tiemblan la fiereza,
Y en sus entrañas hallan
El eco de mis quejas.
¿Cómo sin alma vivo
En esta seca arena,

Ó cómo espero el día
Si está mi aurora muerta?
¿Ó pediré llorando
La noche de su ausencia,
Que, pues ya viven juntas,
Entrambas amanezcan?
Pero saldrán las suyas,
Y no saldrá mi estrella;
Que aunque de noche salen,
Padece noche eterna.
Alma Venus divina,
Que día y noche muestras
La senda de la aurora
Y del mayor planeta,
Por esta noche sola
Le da la presidencia,
Pues sabes que te iguala
Su luz y su pureza.
Cubra funesto luto,
Barquilla pobre y yerma,
De la proa á la popa
Tus jarcias y tus velas:
No ya cendal te vista,
Ni te coronen fiestas
Marítimos hinojos,
Mas venenosa adelfa.
Las juncias y espadañas
Que de aquestas riberas
Con sus dorados lirios
Tejidas orlas eran,
Y los laureles verdes,
Secos tarayes sean;
Lo inútil de sus hojas
Mis esperanzas tengan,
Y rómpaste de suerte
Que parezcas deshecha
Cabaña despreciada
Que los pastores dejan;
No ya por la mesana
Tus flámulas parezcan
Sierpes de seda al viento,
De tafetán cometas;

No de alegres colores,
Sino de sombras negras,
Las palas de tus remos
Las ondas encanezcan;
No las desnudas ninfas,
Cuando la vela tiendas,
Á la embreada quilla
Arrimen las cabezas:
Deshechos huracanes
Te saquen y te vuelvan,
Pues ya la mar de España
Les concedió licencia.
Vosotros, ¡oh barqueros!
Que en aquestas aldeas
Dejáis vuestras esposas
Hermosas y discretas,
Si obligan amistades,
Á mis tristes endechas,
En tanto que las olas
Por estas rocas trepan,
Pues viven retiradas
Las barcas y las pescas,
Ayudad con suspiros
Mis lastimadas quejas.
El que á la mar saliere,
Para que presto vuelva,
Embárquese en mis ojos,
Y la tendrá más cerca.
El que estuviere alegre,
Ni venga ni me vea;
Que volverá de verme
Con inmortal tristeza.
Cortad ciprés funesto,
Y acompañad mi pena
Con versos infelices
De míseras elegías.
Y el que mejores rimas
Hiciere á las exequias
De mi querida esposa,
Tal premio se prometa.
Aquí tengo dos vasos,
Donde esculpidas tenga

La desdeñosa Dafne
Y la amorosa Leda :
Aquélla verde lauro,
Y con las plumas, ésta,
Del cisne, por quien Troya
Llamó su fuego á Elena ;
Y dos redes tan juntas,
Que si sus nudos cuenta,
Podrá suspiros míos,
Y yo del mar la arena.
Sacarán las Nayades,
Las Dríadas y Oreas,
Aquéllas de las ondas,
Las otras de las selvas,
Las frentes que coronan
Corales y verbenas,
Para que doble el llanto
Tan mísera tragedia.
Ya es muerta, decid todos,
Ya cubre poca tierra
La divina Amarilis,
Honor y gloria nuestra :
Aquella, cuyos ojos
Verdes, de amor centellas,
Músicos celestiales,
Orfeos del alma eran;
Cuyas hermosas niñas
Tenían como reinas
Doseles de su frente
Con armas de sus cejas;
Aquella cuya boca
Daba lección risueña,
Al mar, de hacer corales,
Al alba, de hacer perlas;
Aquella que nos dijo
Palabras extranjeras
De la virtud humilde,
De la verdad honesta;
Aquella cuyas manos,
De vivo azahar compuestas,
Eran nieve en blancura,
Cristal en trasparencia;

Cuyos pies parecían
Dos ramos de azucenas,
Si para ser más lindas
Nacieran tan pequeñas;
La que en la voz divina
Desafió sirenas,
Para quien nunca Ulises
Pudiera hallar cautela;
La que añadió al Parnaso
La musa más perfecta,
La virtud, el ingenio,
La gracia y la belleza:
Matóla su hermosura,
Porque ya no pudiera
La envidia oir su fama
Ni ver su gentileza.
Venid á consolarme
Si puede ser que sea;
Mas no vengáis, barqueros,
Que no quiero perderla;
Que si mi vida dura
Es sólo porque sienta
Más muerte con la vida,
Más vida que sin ella.
Ya roto el instrumento,
Los lazos y las cuerdas,
Lo que la voz solía
Las lágrimas celebran.
Su dulce nombre llamo;
¡ Mas poco me aprovecha;
Que el eco que me burla,
Con mis acentos suena!
Mi propia voz me engaña,
Y como voy tras ella,
Cuanto la sigo y llamo,
Tanto de mí se aleja.
En este dulce engaño,
Pensando que me espera,
Salen del alma sombras
Á fabricar ideas.
Delante se me ponen,
Y yo con ansia extrema

Lo que imagino, abrazo,
Por ver si afecto engendra ;
Pero en desdicha tanta
Y en tanta diferencia,
Los brazos que engañaba
Desengañados quedan.
¡ Qué alegre respondía,
Dividiendo risueña
Aquel clavel honesto
En dos esferas medias !
Y yo, su esposo triste,
Al desatar la lengua,
Cogía de sus hojas
La risa con las perlas.
Mas ya no me responde
Mi dulce amada prenda ;
Que en el silencio eterno
Á nadie dan respuesta.
De suerte sus memorias
En soledad me dejan,
Que busco sus estampas
Por esta arena seca.
Y donde tantas miro
(¡ Qué locura tan nueva !)
Escojo las menores,
Y digo que son ellas.
No hay árbol donde tuvo
Alguna vez la siesta,
Que no le abrace y pida
La sombra que me niega ;
Y entre estas soledades
Con ansias tan estrechas
No miro su retrato,
Y muérome por verla ;
Que no pueden los ojos
Sufrir que muerta sea
La que tan lindo talle
Pintada representa.
Lo que deseo huyo,
Porque de ver me pesa
Que dure más el arte
Que la naturaleza.

Sin esto, porque creo,
Como me mira atenta,
Que pues que no me habla,
No debe de ser ella.
Pintóla Francelise,
De las paredes cuelga
De mi cabaña pobre;
¡Mas qué mayor riqueza!
Si alguna vez acaso
Levanto el rostro á verla,
Las lágrimas la miran,
Porque los ojos ciegan.
Mas no podrá quejarse
De que otra cosa vean,
Aunque mirase flores
Sin parecerme feas.
Tan triste vida paso,
Que todo me atormenta:
La muerte, porque huye,
La vida, porque espera.
Cuando barqueros miro,
Cuyas esposas muertas,
Que tanto amaron vivas,
Olvidan y se alegran,
Huyo de hablar con ellos,
Por no pensar que puedan
Hacer en mí los tiempos
Á su memoria ofensa;
Porque si alguna cosa,
Aun suya, me consuela,
Ya pienso que la agravio,
Y dejo de tenerla.
Así lloraba Fabio
Del mar en las riberas,
La vida de Amarilis,
La muerte de su ausencia,
Cuando atajaron juntas
Con desmayada fuerza
El corazón las ansias,
Las lágrimas la lengua.
Amor, que le escuchaba,
Dijo: — La edad es esta

De Píramo y Leandro,
De Porcia, Julia y Fedra;
Que no son de estos siglos
Amores tan de veras,
Que ni el morir los cura
Ni el tiempo los remedia.

IV

Gigante cristalino,
Al cielo se oponía
El mar con blancas torres
De espumas fugitivas,
Cuando de un tronco inútil,
Cuyas ramas solían
Hacer dosel á un prado
Que fué de un rayo envidia,
Tenía Fabio atada
Su mísera barquilla,
Los remos en la arena,
La red al sol tendida.
Ya no repara en nada;
Que quien de sí se olvida,
Grandes memorias tiene,
Que á tanto mal le obligan.
Baja fortuna corre,
Poco la vida estima,
Quien todo la desprecia
Y á todo se retira;
Que despreciarlo todo
Es humildad altiva,
Acción desesperada,
Que no filosofía.
« Mas tanto pueden tristezàs
De pasadas alegrías,
Que obligan y porfían
Á no estimar la muerte ni la vida. »
Las atrevidas ondas
Que á conquistar subían
Por escalas de vidrio
Las almenas divinas,
Abrieron una nave

Desde el tope á la quilla,
Sembrando por las aguas
Velas, jarcias y vidas;
Y dijo : — Si estuvieras
Atada á las orillas
Como mi barca pobre,
Vivieras largos días.
Dichoso yo, que puedo
Gozar pobreza rica,
Sin que del puerto amado
Me aparte le codicia.
La soledad me mata
De un bien que yo tenía;
No los palacios altos
Ni el oro de las Indias.
Cuando anegarse veo
Las naves y desdichas,
Consuelo halla en las aguas
La pena de las mías.
« Mas tanto pueden, etc. »
  Memorias solamente
Mi muerte solicitan;
Que las memorias hacen
Mayores las desdichas.
Para regalo tuyo,
Amarilis divina,
Cuando el aurora rayos,
Redes al mar tendía,
Sacaba yo corales,
Que como se corrían
De verse con tus labios,
Más finos parecían.
Á tus hermosas manos
Llevar también solía
Los peces y las perlas
En una concha misma.
De mi humilde cabaña
Las paredes suspiran,
Adonde yo gozaba
Su dulce compañía;
Y en tantos desconsuelos
Quiere el amor que sirvan

En esperanzas muertas
Estas memorias vivas.
« Mas tanto pueden, etc. »
Tan vivo está en mi alma
De tu partida el día,
Que vive ya mi muerte,
No vive ya mi vida.
Nunca del pensamiento
Un átomo se quitan
Las luces eclipsadas
De tu postrera vista.
Así las azucenas
Por la calor estiva,
Entre las hojas verdes
Las cándidas marchitan :
Así la pura rosa
Que vió la dulce risa
Del alba, con la noche
La púrpura retira.
Trocado muerte habemos,
Siendo en mis ansias vivas,
Tú la vida que muere,
Mi alma la que expira.
Intento consolarme
Con ver que, fugitiva,
Parece que me llamas
Y que á partir me animas.
« Mas tanto pueden desdichas,
Que obligan, si porfían,
Á no estimar la muerte ni la vida. »

GLOSAS

Sin cruz no hay gloria ninguna,
Ni con cruz eterno llanto;
Santidad y cruz es una;
No hay cruz que no tenga santo,
Ni santo sin cruz alguna.

Pablo su gloria tenía

En la cruz, y confesaba
Que sin cruz no la quería;
Á Cristo en cruz predicaba,
De Cristo en cruz escribía.
En esta vida importuna
Dos cruces hay; de estas dos,
Alma, procurad alguna,
Porque en el reino de Dios
Sin cruz no hay gloria ninguna.

Cruz buscad, cruz os convino,
Ó interior ó material;
Que este Capitán divino
Puso su cruz por señal,
Para no errar el camino.
Si vais á su reino santo,
Que no tendréis os avisa
Cristo, que la estima tanto,
Ni sin cruz eterna risa
Ni con cruz eterno llanto.

Como hace resistencia
Al peso la fuerte palma,
Da victoria á la paciencia,
Porque á la quietud del alma
No impide la penitencia;
Que á ser santos no repugna
Lo que los cuerpos padecen
Por aspereza ninguna;
Que aunque dos cosas parecen
Santidad y cruz, es una.

No hay perfecto en tal estado
De que no pueda caer,
Aunque suba al mayor grado;
Y así, es menester hacer
Que sienta el cuerpo el cuidado.
Santo y cruz, pues se aman tanto,
No implican contradición;
Cruces no han de dar espanto,
Que aunque diferentes son,
No hay cruz que no tenga santo.

Con trabajos y aflicciones
Este instrumento se templa,
Que no disminuye acciones

Al que más alto contempla
Mortificar las pasiones;
Senda y patria es Dios, y es una,
Y vemos por experiencia
Pocas veces ó ninguna,
Perfecto sin penitencia
Ni santo sin cruz alguna.

Ven, muerte, tan escondida,
Que no te sienta venir,
Porque el placer del morir
No me vuelva á dar la vida.

Muerte, si mi esposo muerto,
No eres muerte, sino muerta,
Abrevia tu paso incierto,
Pues de su gloria eres puerta
Y de mi vida eres puerto.
Descubriendo tu venida,
Y encubriendo el rigor fuerte,
Como quien viene á dar vida,
Aunque disfrazada en muerte,
Ven, muerte, tan escondida.

En Cristo mi vida veo,
Y mi muerte en su tardanza;
Ya desatarme deseo,
Y de la fe y esperanza
Hacer el último empleo;
Si hay en mí para morir
Algo natural, ¡ oh muerte !
Difícil de dividir,
Entra por mi amor de suerte
Que no te sienta venir.

Y si preguntarme quieres,
Muerte perezosa y larga,
Por qué para mí lo eres,
Pues con tu memoria amarga
Tantos disgustos adquieres,
Ven presto, que con venir
El por qué podrás saber,
Y vendra á ser al partir,

Pues el morir es placer,
Por qué el placer del morir.
Y es este placer de suerte,
Que temo, muerte, que allí
Le alargue otra vida el verte,
Porque serás muerte en mí,
Si eres vida por ser muerte;
Mas, mi Dios, si desasida
Vuelo destos lazos fuertes,
Ver la esperanza cumplida
Vuélvame á dar muchas muertes,
No me vuelva á dar la vida.

CANCIÓN Á LA VIDA DEL CAMPO

¡Oh libertad preciosa,
No comprada al oro,
Ni al bien mayor de la espaciosa tierra :
Más rica y más gozosa
Que el precioso tesoro
Que el mar del Sur entre su nácar cierra,
Con armas, sangre y guerra,
Con las vidas y famas,
Conquistado en el mundo,
Paz dulce, amor profundo,
Que el mal apartas y á tu bien nos llamas!
En ti solo se anida
Oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida.

Cuando de las humanas
Tinieblas vi del cielo
La luz, principio de mis dulces días,
Aquellas tres hermanas,
Que nuestro humano velo
Tejiendo llevan por inciertas vias,
Las duras penas mías
Trocaron en la gloria,
Que en libertad poseo
Con siempre igual deseo;
Donde verá por mi dichosa historia,

Quien más leyere en ella,
Que es dulce libertad lo menos della.

Yo, pues, señor exento
De esta montaña y prado,
Gozo la gloria y libertad que tengo ;
Soberbio pensamiento
Jamás ha derribado
La vida humilde y pobre que entretengo,
Cuando á las manos vengo
Con el muchacho ciego,
Haciendo rostro embisto,
Venzo, triunfo y resisto
La flecha, el arco, la ponzoña, el fuego,
Y con libre albedrío
Lloro el ajeno mal, y canto el mío.

Cuando la aurora baña
Con helado rocío
De aljófar celestial el monte y prado,
Salgo de mi cabaña
Riberas deste río
Á dar el nuevo pasto á mi ganado :
Y cuando el sol dorado
Muestra sus fuerzas graves,
Al sueño el pecho inclino
Debajo un sauce ó pino,
Oyendo el son de las parleras aves,
Ó ya gozando el aura
Donde el perdido aliento se restaura.

Cuando la noche escura
Con su estrellado manto
El claro día en su tiniebla encierra,
Y suena en la espesura
El tenebroso canto
De los nocturnos hijos de la tierra,
Al pie de aquesta sierra
Con rústicas palabras
Mi ganadillo cuento ;
Y el corazón contento
Del gobierno de ovejas y de cabras,

La temerosa cuenta
Del cuidadoso rey me representa.

Aquí la verde pera
Con la manzana hermosa
De gualda y roja sangre matizada,
Y de color de cera
La cermeña olorosa
Tengo, y la endrina de color morada :
Aquí de la enramada
Parra que el olmo enlaza,
Melosas uvas cojo,
Y en cantidad recojo,
Al tiempo que las ramas desenlaza
El caluroso estío,
Membrillos que coronan este río.

No me da descontento
El hábito costoso
Que de lascivo el pecho noble infama ;
Es mi dulce sustento
Del campo generoso
Estas silvestres frutas que derrama ;
Mi regalada cama
De blandas pieles y hojas,
Que algún rey la envidiara :
Y de ti, fuente clara,
Que bullendo el arena y agua arrojas,
Estos cristales puros ;
¡ Sustentos pobres pero bien seguros !

Estése el cortesano
Procurando á su gusto
La blanda cama y el mejor sustento,
Bese la ingrata mano
Del poderoso injusto,
Formando torres de esperanza al viento :
Viva y muera sediento
Por el honroso oficio,
Y goce yo del suelo,
Al aire, al sol, a hielo,
Ocupado en mi rústico ejercicio :

Que más vale pobreza
En paz, que en guerra mísera riqueza.

Ni temo al poderoso,
Ni al rico lisonjeo,
Ni soy camaleón del que gobierna :
Ni me tiene envidioso
La ambición y deseo
De ajena gloria, ni de fama eterna :
Carne sabrosa y tierna,
Vino aromatizado,
Pan blanco de aquel día,
En prado, en fuente fría,
Halla un pastor con hambre fatigado
Que el grande y el pequeño
Somos iguales lo que dura el sueño.

SONETOS

Así en las olas de la mar feroces,
Betis, mil siglos tu cristal escondas,
Y otra tanta ciudad sobre tus ondas
De mil navales edificios goces ;
Así tus cuevas no interrompan voces,
Ni quillas toquen, ni permitan sondas,
Y en tus campos tan fértil correspondas,
Que rompa el trigo las agudas hoces ;
Así en tu arena el indio margen rinda,
Y al avariento corazón descubras
Más barras que en ti mira el cielo estrellas;
Que si pusiere en ti sus pies Lucinda,
No por besallos sus estampas cubras ;
Que estoy celoso, y voy leyendo en ellas.

Sentado Endimïón al pie de Atlante,
Enamorado de la luna hermosa,
Dijo con triste voz y alma celosa:
« En tus mudanzas ¿ quién será constante ?

» Ya creces en mi fe, ya estás menguante,
Ya sales, ya te escondes desdeñosa,
Ya te muestras serena, ya llorosa,
Ya tu epiciclo ocupas arrogante;
» Ya los opuestos indios enamoras;
Y me dejas muriendo todo el día,
Ó me vienes á ver con luz escasa. »
Oyóle Clicie, y dijo: « ¿ Por qué lloras ?
Pues amas á la luna, que te enfría,
¡ Ay de quien ama al sol, que solo abrasa ! »

Rompa con dulces números el canto
De alguno al son de la confusa guerra,
Entre el rumor del escuadrón que cierra
El silencio á la voz y á Juno el manto.
Cante las armas de Fernando santo,
Ó el de Aragón en la nevada sierra,
Del duque Albano en la flamenca tierra,
Y del hijo de Carlos en Lepanto.
Otro cante á Cortés, que por España
Levanta las banderas sobre el polo,
Que cuando nace el sol de sombras baña;
Que yo, Lucinda, si me ayuda Apolo,
Aunque vencerme tú fué humilde hazaña,
Nací para cantar tu nombre solo.

Daba sustento á un pajarillo un día
Lucinda, y por los hierros del portillo
Fuésele de la jaula el pajarillo
Al libre viento, en que vivir solía.
Con un suspiro á la ocasión tardía
Tendió la mano, y no pudiendo asillo,
Dijo (y de las mejillas amarillo
Volvió el clavel, que entre su nieve ardía):
« ¿ Adónde vas, por despreciar el nido,
Al peligro de ligas y de balas,
Y el dueño huyes, que tu pico adora ? »
Oyóla el pajarillo enternecido,

Y á la antigua prisión volvió las alas;
Que tanto puede una mujer que llora.

EPÍSTOLAS

Á DON FRANCISCO DE HERRERA MALDONADO.

Las quejas que de mí tendréis por justas,
Honor del Tajo y del Parnaso gloria,
Y que mi justo amor las llama injustas,
Francisco, á quien respeta mi memoria,
Que intenta á vuestro claro entendimiento,
Si no bronce inmortal, eterna historia;
Aunque os pueden mover á sentimiento,
Con otro nombre ocupación las llama
Mi fe, mi voluntad, mi rendimiento.
De mal correspondiente me dan fama;
Porque, como el ausencia causa olvido,
No ha de olvidarse de escribir quien ama.
No ha sido ingratitud, desdicha ha sido;
Que nunca á mí me falta alguna pena
Entre las pajas de mi pobre nido.
Bien es verdad que la fortuna ajena
Suele hacer infeliz la propia mía,
Que á menores cuidados me condena.
Mas yo quiero pagaros en un día
Deuda de un año, que intentarlo agora
Más tiene de humildad que de osadía.
Así las dulces musas al aurora
De ambrosía os bañen los sonoros labios,
Donde Apolo sus joyas atesora,
Que perdonéis, Francisco, los agravios
De tanta dilación, si ha sido exceso,
Con la modestia de los hombres sabios.
Tal vez de eterno estudio el grave peso,
Sin las obligaciones del oficio,
Cuyo cuidado como vos profeso,
Sin tener otro gusto ni ejercicio,
Me conducen al campo, que á la vida
Fué siempre saludable beneficio.

Allí la parte superior rendida
De la contemplación de tanta idea,
Descansa, por las flores divertida,
Ó ya en la fértil copia de Amaltea,
Ó cuando en la mitad deste horizonte
Febo por alta nieve se pasea.
De suerte que mirar vestido un monte
De plata helada, ó ver un campo verde,
Por donde el pensamiento se remonte,
Sin que de tantas penas se le acuerde,
Para volver con ánimo á las musas,
Parte del tiempo justamente pierde.
Y no penséis que califico excusas;
Que han menester el ocio, aunque pequeño,
Para volver en sí las más infusas.
Dió la naturaleza al hombre el sueño
Para descanso al cuerpo fatigado,
Que de la nutrición también es dueño;
Y como entonces vive sin cuidado
Que impidan las virtudes animales,
De que es su entendimiento molestado,
Lo que suelen obrar las naturales
Recibe en el descanso justo aumento,
Aunque las obras son tan desiguales.
No menos el humano entendimiento
Tiene por sueño el ocio, en que repara
Lo que perdió por el estudio atento.
Y desto viene á ser máxima clara
Enflaquecer los hombres estudiosos,
Cuya animal virtud tan poco para.
Así me suelen dar ratos ociosos
Algún descanso, pero no sin pena,
Pues los amigos han de estar quejosos.
Pero advertid de qué manera ordena
El discurso del tiemp que ha pasado
La obligación, de ocupaciones llena.
Marcela, de mi amor primer cuidado,
Se trató de casar, y libremente
Una noche me dijo el desposado.
Yo, viendo que era término prudente
Examinar mejor su pensamiento,
Que hay cosas que gobierna el accidente

Hice mis diligencias, siempre atento
Á no quitarla el gusto, si tenía
En la verdad del alma fundamento;
Mas creciendo sus ansias cada día,
Determinéme á dársela á su esposo,
Que con tan grande amor la pretendía.
Era galán, discreto, rico, hermoso,
Altamente nacido, y con un padre
Que no es menos que todopoderoso.
Yo os juro que por parte de su madre
Toca en sangre real, y que es tan buena,
Que no hay gloria y virtud que no le cuadre.
Es madre de tan altas gracias llena,
Que las dispensa Dios por ella al mundo;
Lirio, rosa, ciprés, palma, azucena.
Con esto yo (si bien rigor profundo
Apartarla es de mí) las escrituras
Tierno concierto y concertado fundo.
Las esposas de Dios, las almas puras,
Que aquí llaman descalzas trinitarias,
Que andan descalzas, pero van seguras,
Advertidas las cosas necesarias,
Y adornando su templo mi cuidado
De ricas telas, de riquezas varias,
Previenen á la boda el desposado,
Supuesto que él estaba prevenido,
Si bien las hace siempre disfrazado.
Visten un niño, que de sol vestido
(No digo bien, que él viste al sol), y luego
Se suena en voz alegre que ha venido.
Sale Marcela, y perdonad os ruego
Si el amor se adelanta; que quien ama,
Juzga de las colores como ciego.
No vi en mi vida tan hermosa dama,
Tal cara, tal caballo y gallardía;
Mayor pareció á todos que su fama.
Ayuda á la hermosura la alegría,
Al talle el brío, al cuerpo, que estrenaba
Los primeros chapines aquel día.
Madrina, de la mano la llevaba
La señora marquesa de la Tela,
Que pues no la deshizo, hermosa estaba.

No pudo encareceros á Marcela
Hipérbole mayor que su hermosura,
Si á la envidia deslumbra, al sol desvela.
Aunque iba nuestra novia tan segura,
El marqués de Povar fué con la guarda
Honrando su modestia y compostura ;
Pero mejor el Ángel de la Guarda,
Que la llevaba á su divino esposo,
Para quien años deciséis la guarda.
Iba el duque de Sesa generoso,
Y otros señores, de quien siempre he sido
Honrado, no por bueno, por dichoso.
Cantó las letras tierno y bien oído
El canario del cielo, de su canto
Dulce traslado, Florïan florido,
Ponce y Valdés; que encareceros cuanto
Extremaron sus gracias, fuera agora
Contar las luces al celeste manto.
Sonaba el arpa de Anfión sonora
Entre mis versos, dulces por llorados,
Que no por ayudados del aurora.
Estaba de la puerta en los sagrados
Umbrales el esposo, que tenía
Una niña en los brazos regalados.
Niño el esposo y niña le traía;
Que gusta Dios, para tratar de amores,
De disfrazarse en tanta niñería;
Y como si ella le pidiera flores,
Cubierto dellas el divino Infante,
Á desmayos de amor le dió favores.
Aquel descalzo templo militante
Estaba con las velas encendidas,
Y los velos del tálamo delante.
Marcela, las dos rosas encendidas,
Y bañada la boca en risa honesta,
Miróme á mi para apartar dos vidas;
Y el alma, á tanta vocación dispuesta,
Con una reverencia dió la espalda
Á cuanto el mundo llama aplauso y fiesta;
Y ofreciéndole al niño la guirnalda
De casta virgen, abrazó su esposo,
Besándole los ojos de esmeralda.

Cerró la puerta el cielo á mi piadoso
Pecho, y llevóme el alma que tenía;
De que no fueron mil estoy quejoso.
Bañóme en tierno llanto de alegría,
Que mis pocas palabras y turbadas
Con sentimiento natural rompía.
Volvimos á la Iglesia, y despojadas
Las galas de la novia, piedras y oro,
Las en sayales toscos transformadas,
Cortados los cabellos, que el decoro
Tienen de la hermosura, sin cabellos,
Testigo de las vírgines el coro;
Asió su esposo la ocasión por ellos,
Y se la tuvo un año por tan suya,
Que apenas nos quedó reliquia dellos.
Pidióme luego á voces que concluya
El casamiento; así con él se hallaba,
Porque el deseo del contento arguya;
Y la que yo tan tiernamente amaba,
Que, más galán que padre, en oro y seda
Su persona bellísima engastaba,
Como la rosa que marchita queda,
Cayó en sí misma al expirar el día,
Perdió la pompa la purpúrea rueda;
Sobre unas pajas ásperas dormía,
Y descalza y desnuda en podre mesa,
El alma por los ojos descubría.
Fundando el fin de tan gloriosa empresa
En darle el velo, y que á su dulce esposo
Besase los sagrados pies, profesa.
Peinaba el vellocino luminoso
Con rayos de oro el sol, y el prado en flores
Bañaba alegre el céfiro amoroso,
Cuando, por dar descanso á sus temores,
Que aun no pensaba verse en gloria tanta,
Pintó la iglesia de oro y de colores.
Lo poco que la fábrica levanta
Con varios hieroglíficos y versos
Á las máquinas altas se adelanta.
Gradas de tela, flores, vasos tersos,
Forman altar vistoso relevados,
En oro iguales y en labor diversos.

Sustentaban las piras de los lados
Los dos mejores primos, el lucero
Y el sol, del alba hermosa acompañados.
En medio estaba el cándido Cordero,
Que disfrazado al desposorio vino,
Á quien la novia recibió primero.
El dulce Hortensio, Hortensio peregrino,
Elocuente Crisóstomo segundo,
Crisólogo español, Tulio divino,
Predicó tan valiente y tan profundo,
Que nunca vi más rico al dulce esposo,
Ni con menos valor pintado el mundo.
Fué el coro de la música famoso,
Y celebró con devoción la misa
Un caballero docto y generoso.
En claveles, en gloria, en cielo, en risa
Bañado el dulce esposo, trujo el velo,
De las arras espléndidas divisa.
Allí postrada en el sagrado suelo,
Sus exequias penúltimas cantaron,
Tan triste el mundo cuanto alegre el cielo.
Todas, una por una, la abrazaron;
Fuéronse con su esposo, y á la mesa
Con el divino niño la sentaron.
Allí Marcela vive, allí profesa;
Lejos del loco mundo y sus engaños,
Del cielo sigue la divina empresa.
¡Oh santos, oh floridos desengaños,
Pues tan hermosa virgen, tierna y casta,
Consagra al Dios de amor deciséis años!
Esto, Francisco, de Marcela basta.
Lope se fué á la guerra; que la guerra
Muchos estudios fértiles contrasta.
Por eso no os le dí, que en vuestra tierra
Sirviéndoos, se criara más seguro
Que en ésta, de quien tanto se destierra.
Creciera hiedra en tan valiente muro,
Y de vuestras virtudes aprendiera
Aquel estilo vuestro, honesto y puro;
Mas, ya que Lope de Belona fiera
Quiere seguir el arte, tan distinto
De lo que yo pensé que le tuviera;

Ya que del cortesano laberinto
Salió á otro cielo, haced, Francisco, cuenta
Que halló las armas del planeta quinto.
Un Aquiles cristiano representa
El gran marqués de Santa Cruz, que el nombre
Entre los nueve de la fama intenta.
Á su sombra podrá Lope ser hombre,
Si no es que la fiereza de Minerva
Tierno le canse ó tímido le asombre.
Mas, como nace, crece y se conserva
La tierna vid al verde tronco asida,
Y por los prados fértiles la hierba,
La sombra de Bazán le dará vida,
Bazán, terror del Asia, honor de España,
La espada en sangre bárbara teñida;
Aquel valor de la marcial campaña,
Á quien su padre consagró á la guerra,
De sus victorias la mayor hazaña;
Aquel que entre sus límites encierra
Con tanto sol las fugitivas lunas,
Adonde el tracio Bósforo las cierra;
Aquel por quien están temblando algunas
Á las espaldas del numida Atlante,
Menguadas en sus prósperas fortunas;
Aquel que retratado en un diamante,
Los pórfidos ocupa de la fama,
Con el eterno bronce resonante.
¡Oh quién pudiera á su divina llama
(Puesto que fuera con humilde suma,
Que todo se recibe de quien ama)
Llegar las alas á cercar la pluma!
Mas no quiere mi suerte, que me lleva
De un orbe en otro, como breve espuma.
Esto en ejemplos fáciles se prueba
De tantas varias fábulas escritas,
Que apenas queda al mundo cosa nueva.
Ya tienen las culturas inauditas
Un castellano Horacio en una puente,
Aficionado á voces trogloditas.
Dice que quiero yo que se contente
De bajos ornamentos la poesía,
Sintiendo lo contrario quien no siente.

Yo la lengua defiendo; que en la mía
Pretendo que el poeta se levante,
No que escriba poemas de ataujía.
Con la sentencia quiero que me espante,
De dulce verso y locución vestida,
Que no con la tiniebla extravagante,
Finalmente, después de defendida
Esta nueva opinión, dice lo mismo,
Sin que otra cosa la verdad le pida.
Allí nos acusó de barbarismo
Gente ciega vulgar, y que profana
Lo que llamó Patón *culteranismo.*
Yo voy con la doctrina castellana,
Que fray Ángel Manrique me aconseja,
Por fácil senda, permitida y llana;
Y tengo para mí que quien se aleja
De la opinión de ingenio tan divino,
La luz del sol por las tinieblas deja.
Por esta senda á la alta cumbre vino
El príncipe famoso de Esquilache,
Sin envidiar el griego ni el latino.
No que en diciendo sombras de azabache
Se han de entender los negros, y las crestas
Llamándolas turbantes de alarache.
Estancias tiene el Príncipe compuestas,
Fértiles de arte y de divino ingenio,
Á cuantas hizo Italia contrapuestas.
Y ¿qué ejemplo mayor que vuestro genio,
Que así mezcláis lo dulce con lo grave,
Poeta toledano, que no armenio ?
Declárese quien sabe y quien no sabe;
No emprenda ser Merlín si no es Virgilio;
¿De qué sirven las jarcias si no hay nave?
Á mí me basta solo vuestro auxilio;
Que el honor de un varón tan eminente
Derriba todo bárbaro concilio.
Dándole en una epístola elocuente
Gracias á Cicerón Planco, su amigo,
Por la defensa de su honor, ausente,
Le dijo (y yo por vos lo mismo digo);
« Obligado he quedado á ser tan bueno,
Como he tenido la opinión contigo. »

Y pues también la ingratitud condeno
Á ser agradecido á tu alabanza,
Cuanto de merecerla estoy ajeno;
Con esto, y la segura confianza
Que tendréis de mi amor, por esta emienda,
Que desde enero hasta diciembre alcanza,
Os dejo aquí, después de la encomienda
Del huertecillo y libros, todo flores;
Que como ya perdí la mejor prenda,
No hay que esperar que las tendré mayores.

Á DON FRANCISCO DE LA CUEVA Y SILVA

Francisco, yo no pude hallar, amando,
Mejor principio que en el nombre vuestro,
Á una ley que tenéis crédito dando.
Si amaros más, como ella dice, os muestro,
Pues que primero os nombro, oid, si es justo
Que escuche á su discípulo el maestro.
Tal vez el rey al labrador robusto,
Legislador Solón al vil corebo,
Y el negro tordo al ruiseñor augusto;
Tal vez el más provecto al mozo efebo,
Las soluciones bárbaras la esfinge,
Y los conceptos de Praxila Febo,
El ejemplo declara, no restringe:
Así una ley lo enseña, yo lo creo;
Mas bien merece amor quien no le finge.
De hablaros esta vez tengo deseo
En ciertos envidiosos, laberinto
De donde sale la virtud Teseo.
Pero si dilatado ó si sucinto,
En cosa tan infame pongo el labio,
Y siendo tan vulgar, la envidia os pinto,
Pues no quedó filósofo ni sabio
Que no le diese un golpe, bien se entiende
Que vuestro celestial ingenio agravio.
Cuando no puede más la envidia, ofende
Con apariencias frívolas y frías,
Que hasta en los mismos tribunales vende.

Hay en este lugar ciertas arpías
Destas que estudian ¡oh qué ciencia rara!
Súmulas de Vilán noches y días,
Que cuando algún ingenio se prepara
Para escribir lo que estudiado tiene,
Dicen que cierto espíritu le ampara;
Dicen que á darle los conceptos viene,
Dicen que los hechiza y los perfuma,
Con cuyo engaño la opinión mantiene.
Si no es que, como Sócrates, presuma
Que tiene este hombre algún aéreo genio,
Que le sirve de espíritu á la pluma.
Pero, pues hoy á vuestro sacro ingenio
Vengo á valerme, por mayor asilo
Que Tito César al níceo Partenio,
Quiero enviar al Hípanis ó al Nilo
Este fiero animal, y más templada
La pluma en vuestro honor, mudar estilo;
Aunque primero referir me agrada
(Yo hablo en castellano, no os asombre)
La buena dicha de la edad pasada.
Á mediodía con un hacha un hombre
Buscaba aquel feroz filosofante,
Que penetraba más que dice el nombre;
Y yo, llevando el mismo sol delante,
Mállole en vos, y hablar con vos querría,
Pero no de manera que os espante.
No fué tenida en poco la poesía
Hasta que vino á España: ¡oh Castillejo!
¡Qué bien de su venida hablar solía!
Admírome de ver que el tiempo es viejo,
Y tanto de las cosas nuevas gusta,
Que parece de mozo su consejo.
No tengo su venida por injusta;
Bien numerosa nuestra lengua suena;
No es esa la razón que me disgusta.
Alternábanse el rey y Juan de Mena;
Ya vino á ser bajeza en toda España
La parte celestial de infusa vena.
Á muchos que es defecto suyo engaña,
Y es de los mismos dueños que la escriben,
Cual bueno que de malos se acompaña.

¡Oh qué contentos infinitos viven
Desto que llaman crítica censura!
¡Oh qué placer de criticar reciben!
Gente pedante, faronesca y dura
De su opinión, y que poner presumen
En el mayor poder abreviatura.
En ceros su aritmética resumen,
Y á pura detracción de ajena fama,
De envidia de los sabios se consumen.
Aspiran á la verde inmortal rama
Por reprensiones, no por propia pluma,
Que quieren tener fama porque infama.
Ya vistes la canción que en breve suma
Refirió las grandezas de Onosandro,
El mar Tirreno y la celeste espuma.
Pues hubo cierto bárbaro Anaxandro,
Pintor de tentaciones y grutescos,
Que no de los selectos de Alejandro;
Que cual si fuera remendar griguiescos
De colegial del líquido carbones,
Se puso en los chapines pedantescos.
Á sus mal entendidas opiniones
Puso nombre de crítico jüicio;
Poco muestran tener tales razones.
¿Qué importa del estudio el ejercicio,
Si falta el ente donde está fundado,
Y florece la borla con el vicio?
Cuando yo veo un hombre licenciado,
Ó sea doctor, picado de humanista,
De lego en leyes le confirmo el grado.
En siendo un escolar bufonicista,
Para sacarle solas cuatro leyes
Es menester llamar un exorcista.
Jamás á los consejos de los reyes
Llegan estos bonetes poeticidas,
Y de los libros vuelven á los bueyes.
Hombre que las estudias, no reincidas
En ofender con detracción poetas,
Si critico sus obras circuncidas.
Que aunque blasones por fingidas tretas
De que las invectivas no te ofenden,
Muchas hacen efectos de cometas.

¡Oh vos, claro Francisco, á quien pretenden
Las musas por su Apolo y su divino
Orfeo, en cuya música se encienden!
Vos, que quitastes de la frente á Dino
El primero laurel : nestóreos años
Viva ese ingenio, á cuya luz me inclino.
¡Cuán lejos destos críticos engaños
Los estudios ajenos os obligan,
Y á propias alabanzas los extraños!
¡Cuán fácilmente bárbaros castigan
Ajenas obras, porque no hay espejo
Ni desengaño que sus faltas digan!
¡Con qué sal á Labulo Marcialejo
Riñó su detracción menos airado!
Diciéndole, á manera de consejo :
Lo que Roma leyó, lo que ha buscado
El forastero, estima el caballero,
Y es del docto causídico alabado;
Tiene en su casa el senador severo,
Hurta el poeta, no es razón Labulo
Pierda por ti de su valor primero.
Así para su tiempo disimulo,
Ó vanas amenazas anticipo,
Si bien con infamallos los adulo.
Soy en secreto á muchos archetipo,
Que en público me niegan, mas no importa;
Así de Marte y Venus participo.
Tal vez el árbol vuelve al que le corta
Más verdes ramas, más hermosas puntas :
Hable Aristarco, Euterpe se conforta.
Bártulo dijo : « Si concurren juntas
Dos causas, que una daña, otra aprovecha,
Y á la que debes acudir preguntas,
» Á la que daña y da mayor sospecha. »
Y así vuelven las plumas por la fama,
Y riñe el cuerdo en la ocasión estrecha.
Mas ya vuestra alabanza mi amor llama,
Si alguna el ser yo bárbaro os promete;
Pero ¿qué no podrá quien tanto os ama?
La estimación del número de siete,
Compuesto del ternario y cuaternario,
¿Qué ciencia humana habrá que le interprete?

Porque sólo entenderse el setenario
Por el amor que de los dos precede,
Le pone en el más cándido sagrario.
Si el descanso de Dios se le concede
De aquellas obras de la gran semana,
¿Qué alabanza mayor dársele puede?
Ya del santo David el arpa humana
Siete veces también le prometía
Alabar su grandeza soberana.
Si se le opone aquel rigor del día
Para caer el justo, también tiene
Victoria el fin y gloria la porfía.
Siete príncipes ángeles contiene,
Y con siete planetas sobre Atlante
El cielo tanta máquina sostiene,
Pero ¿cómo podrá ser importante
Á tal ingenio digresión tan fría,
Aunque Augustín por superior la cante?
En siete montes Roma sostenía
Con los dos Celios la cabeza santa,
Que el mundo á sus divinos pies tenía.
Eso ¿qué importa á quien por ciencia tanta
Más naciones que vió, tiene sujetas
El sol donde se acuesta y se levanta?
Siete cosas influyen los planetas
Allá por los filósofos al alma;
En vos, si es cierto, bien se ven perfetas.
Mas no es razón que un ignorante en calma
Como los pescadores tenga á Homero.
Si bien por vuestra gloria, triunfo y palma,
De los siete milagros considero
Que al Escurial le dieron por octavo,
Que en la grandeza pudo ser primero.
Mirad donde el paréntesis acabo
Para decir que á vos, milagro al mundo,
En vez de octava maravilla alabo.
Grecia, campo de sabios tan fecundo,
Nos dió á Solón, Cleóbulo y á Tales,
Bias, Chilón y Pítaco profundo.
Periandro fué igual á sus iguales,
Después á Homero por octavo dieron,
Si no mienten corínticos anales.

Siete las musas solamente fueron :
Safo lesbia, Argentaria cordobesa,
Á Erato y á Terpsícore añadieron.
Y por la misma causa y noble empresa,
Siendo siete los nueve de la fama,
La alta virtud, que con la edad no cesa,
Dos añadió con victoriosa rama
Del árbol más ingrato y más precioso,
Que á la inmortalidad sus nombres llama.
Luego en aqueste número famoso
Bien se puede añadir el nombre vuestro,
Objeto de alabanzas milagroso.
No juzgue quien no sabe el amor nuestro
Á lisonjas tan viles alabanzas,
Si le parece que pasión os muestro;
Que si coloca iguales las balanzas
De los sabios antiguos, y á vos solo
Os pone donde están mis confianzas,
Ellos sin peso subirán al polo,
Y vos firme estaréis, aunque mostrando
Por méritos regir el carro Apolo.
La estatua de Demóstenes honrando,
Si tuvieras las fuerzas, dijo Grecia,
Como el ingenio de que están triunfando,
El macedón, que vencedor se precia,
No se alabara que á sus pies te puso,
Memoria sabia de fortuna necia.
Mejor por vos que Grecia lo compuso,
Castellano Demóstenes, España,
Estas palabras á su honor dispuso.
Pero, pues al valor que os acompaña,
Como á Demetrio, deshacer no puede
Envidia propia ni fortuna extraña,
Del más sacro laurel suspensa quede
De vuestro templo mi atrevida lira,
Hasta que voz de más valor la herede,
Si á tanto sol ingenio humano aspira.

BELARDO Á AMARILIS.

Agora creo, y en razón lo fundo,
Amarilis indiana, que estoy muerto,
Pues que vos me escribís del otro mundo.
Lo que en duda temí tendré por cierto,
Pues desde el mar del Sur, nave de pluma,
En las puertas del alma toma puerto.
¡Qué clara, qué copiosa y dulce suma!
Nunca la hermosa vida de su dueño
Voraz el tiempo consumir presuma;
Bien sé que en responder crédito empeño;
Vos, de la línea equinoccial sirena,
Me despertáis de tan profundo sueño.
¡Qué rica tela, qué abundante y llena
De cuanto al más retórico acompaña!
¡Qué bien parece que es indiana vena!
Yo no lo niego, ingenios tiene España:
Libros dirán lo que su musa luce,
Y en propia rima imitación extraña;
Mas los que el clima antártico produce
Sútiles son, notables son en todo;
Lisonja aquí ni emulación me induce.
Apenas de escribiros hallo el modo,
Si bien me le enseñáis en vuestros versos,
Á cuyo dulce estilo me acomodo.
En mares tan remotos y diversos
¿Cómo podré yo veros, ni escribiros
Mis sucesos, ó prósperos ó adversos?
Del alma que os adora sé deciros
Que es gran tercera la divina fama;
Por imposible me costáis suspiros.
Amo naturalmente á quien me ama,
Y no sé aborrecer quien me aborrece;
Que á la naturaleza el odio infama.
Yo os amo justamente, y tanto crece
Mi amor, cuanto en mi idea os imagino
Con el valor que vuestro honor merece.
Á vuestra luz mi pensamiento inclino,
De cuyo sol antípoda me veo,
Cual suele lo mortal de lo divino;

Aunque para correr libre el deseo
Es rémora pequeña el mar de España
Y todo el golfo del mayor Nereo.
El ciego, que jamás se desengaña,
Imagina mayor toda hermosura,
Y le deleita más lo que le engaña;
Así yo, penetrando la luz pura
De vuestro sin igual entendimiento,
Tendré más sol en noche más escura.
Mas ¿qué os diré de mí? Porque no siento
Que un átomo merezca de alabanza
Quien tiene presunción de su talento.
Deciros faltas es desconfianza,
Y porque yo jamás las dije ajenas,
No quiero hacer de mí tan gran mudanza;
Que no era gala de quien sirve apenas,
Pintarse con defectos á quien tiene
Aquellas obras cuales son por buenas.
Si me decís quién sois, y que previene
Un platónico amor vuestro sentido,
Que á provocaros desde España viene,
Para quereros yo licencia os pido;
Que dejaros de amar injuria fuera,
Por eso mismo que de vos lo he sido.
Pues escuchad de mi persona afuera,
Que dicen que fué buena no ha mil años;
Y donde algún aliento persevera,
Partes sin dar á la distancia engaños;
Que adonde amor es alma, el cuerpo es sombra
Y la misma alabanza desengaños.
Tiene su silla en la bordada alfombra
De Castilla el valor de la montaña
Que el valle de Carriedo España nombra.
Allí otro tiempo se cifraba España,
Allí tuve principio; mas ¿qué importa
Nacer laurel y ser humilde caña?
Falta dinero allí, la tierra es corta;
Vino mi padre del solar de Vega:
Así á los pobres la nobleza exhorta.
Siguióle hasta Madrid, de celos ciega,
Su amorosa mujer, porque él quería
Una española Elena, entonces griega.

Hicieron amistades, y aquel día
Fué piedra en mi primero fundamento
La paz de su celosa fantasía.
En fin, por celos soy, ¡qué nacimiento!
Imaginalde vos, que haber nacido
De tan inquieta causa fué portento.
Apenas supe hablar, cuando advertido
De las febeas musas, escribía
Con pluma por cortar versos del nido.
Llegó la edad y del estudio el día,
Donde sus pensamientos engañando
Lo que con vivo ingenio prometía,
De los primeros rudimentos dando
Notables esperanzas á su intento,
Las artes hice mágicas volando.
Aquí luego engañó mi pensamiento
Raimundo Lulio, labirinto grave,
Rémora de mi corto entendímiento.
Quien por sus cursos estudiar no sabe,
No se fíe de cifras, aunque alguno
De lo infuso de Adán su ingenio alabe.
Matemática oí; que ya importuno
Se me mostraba con la flor ardiente
Cualquier trabajo, y no admití ninguno.
Amor, que amor en cuanto dice miente,
Me dijo que á seguirle me inclinase;
Lo que entonces medré mi edad lo siente.
Mas como yo beldad ajena amase,
Díme á letras humanas, y con ellas
Quiso el poeta amor que me quedase.
Favorecido, en fin, de mis estrellas,
Algunas lenguas supe, y á la mía
Ricos aumentos adquirí por ellas.
Lo demás preguntad á mi poesía;
Que ella os dirá, si bien tan mal impresa,
De lo que me ayudé cuando escribía.
Dos veces me casé, de cuya empresa
Sacaréis que acerté, pues porfiaba;
Que nadie vuelve á ver lo que le pesa.
Un hijo tuve, en quien mi alma estaba:
Allá también sabréis por mi elegia
Que Carlos de mis ojos se llamaba.

Siete veces el sol retrocedía
Desde la octava parte al Cancro fiero,
Igualando la noche con el día,
Á círculos menores lisonjero,
Y el de su nacimiento me contaba,
Cuando perdió la luz mi sol primero.
Allí murió la vida que animaba
La vida de Jacinta; ¡ay muerte fiera,
La flecha erraste al componer la aljaba!
¡Cuánto fuera mejor que yo muriera
Que no que en los principios de su aurora
Carlos tan larga noche padeciera!
Lope quedó, que es el que vive agora;
¿No estudia Lope? ¿qué queréis que os diga,
Si él me dice que Marte le enamora?
Marcela con tres lustros ya me obliga
Á ofrecérsela á Dios, á quien desea,
Si él se sirviere que su intento siga.
Aquí, pues no ha de haber nadie que crea
Amor de un padre, no es decir exceso
Que no fué necia y se libró de fea.
Feliciana el dolor me muestra impreso
De su difunta madre en lengua y ojos;
De su parto murió, ¡triste suceso!
Porque tan gran virtud á sus despojos
Mis lágrimas obliga y mi memoria,
Que no curan los tiempos mis enojos.
De sus costumbres santas hice historia
Para mirarme en ellas cada día,
Envidia de su muerte y de su gloria.
Dejé las galas que seglar vestía;
Ordenéme, Amarilis, que importaba
El ordenarme á la desorden mía.
Quien piensa que yo amé cuanto miraba
Vanamente juzgó por el oído;
Engaño que aun apenas hoy se acaba.
Los dulces versos tiernamente han sido
Piadosa culpa en los primeros años;
¡Ay si los viera yo cubrir de olvido!
Bien hayan los poetas que en extraños.
Círculos enigmáticos escriben,
Pues, por ocultos, no padecen daños.

Los claros pensamientos que perciben
Sin molestia, Amarilis, los oídos,
Menos seguros de ser castos viven.
Tiernos conceptos del amor nacidos
No son para la vida imperfecciones,
Ni está sujeta el alma á los sentidos.
Matemáticas son demostraciones,
La variedad del gusto y la mudanza
Indigna de los ínclitos varones.
No pienso que á la vida parte alcanza,
Juzgando bien de la amorosa pluma,
Si el alma es posesión, la fe esperanza.
Dígalo mi salud cuando presuma
Mayor descompostura el maldiciente,
Que forma torres sobre blanda espuma.
Y así podréis amarme justamente,
Como yo os amo, pues las almas vuelan
Tan ligeras, que no hay amor ausente.
Ésta es mi vida; mis deseos anhelan
Sólo á buen fin, sin pretensiones locas,
Que por tan corta vida se desvelan.
Dijo el Petrarca con razones pocas
Que de Laura esperaba la hermosura;
¡Oh casto amor, que á lo inmortal provocas,
Después de muerta en la celeste y pura
Parte que peregrinas impresiones
No admite, como aquí la noche escura!
Mi vida son mis libros, mis acciones
Una humildad contenta, que no envidia
Las riquezas de ajenas posesiones.
La confusión á veces me fastidia,
Y aunque vivo en la corte, estoy más lejos
Que está de la Moscovia la Numidia.
Tócanme solamente los reflejos
De los grandes palacios á mis ojos,
Más solos que las hayas y los tejos.
Para dar á la tierra los despojos
Que sirvíeron al alma de cortina,
¿Quién trueca blanda paz por sus enojos?
Yo tengo una fortuna peregrina,
Que tarde la venció poder humano;
Así me destinó fuerza divina.

Tal vez la estimación me finge enano,
Tal vez gigante, y yo con igual frente
Ni pierdo triste ni contento gano.
Séneca lo enseñó divinamente,
Que el aplauso vulgar y el vituperio
Han de sentir los sabios igualmente.
El hombre que gobierna bien su imperio
Desprecia la objeción y la alabanza
Deste, aunque infame, breve cautiverio;
Porque dar el mordaz desconfianza
Al hombre ya provecto no es cordura,
Que por ventura dice lo que alcanza.
Estimo la amistad sincera y pura
De aquellos virtuosos que son sabios;
Que sin virtud no hay amistad segura.
Que de la ingratitud tal vez mis labios
Formen alguna queja, no es delito;
Que han hecho muchos necios los agravios.
De mi vida, Amarilis, os he escrito
Lo que nunca pensé; mirad si os quiero,
Pues tantas libertades me permito.
No he querido con vos ser lisonjero
Llamándoos hija del divino Apolo;
Que mayores hipérboles espero.
Pues aunque os tenga tan distinto polo,
Os podrán alcanzar mis alabanzas
Á vos, de la virtud ejemplo solo;
Que no son menester las esperanzas
Donde se ven las almas inmortales,
Ni sujetas á olvidos ni á mudanzas.
No se pondrá jamás en los umbrales
Deste horizonte el sol, aunque perciba
Anfitrite sus perlas y corales,
Sin que le diga yo que así la esquiva
Dafne sus rayos amorosa espere,
Presa en laurel la planta fugitiva;
Os diga cuanto el pensamiento os quiere,
Que os quiere el pensamiento, y no los ojos;
Que éste os ha de querer mientras no os viere
Sin ojos ¿quién amó? ¿Quién en despojos
Rindió sin vista el alma? ¡Oh gran victoria,
Amor sin pena y gloria sin enojos!

Que no hay gloria mortal, si llaman gloria
La que es mortal, como querer adonde
Se baña en paz del alma la memoria.
Aquí los celos el amor esconde,
Aunque os he dicho que nací de celos,
Y si ellos no le llaman, no responde.
Por varios mares, por distintos cielos
Muchas cosas se dicen que no tienen
Tanta verdad al descubrir los velos.
Celias de solo el cielo me entretienen;
No las temáis, que Celias de la tierra
Á ser infiernos de las almas vienen.
Si tanta tierra y mar el paso cierra
Á cielos, y no á amor imaginado,
Huya de nuestra paz tan fiera guerra.
Y pues habéis el alma consagrado
Al cándido pastor de Dorotea,
Que inclinó la cabeza en su cayado,
Cantad su vida vos, pues que se emplea
Virgen sujeto en casto pensamiento,
Para que el mundo sus grandezas vea.
Que vuestro celestial entendimiento
Le dará gloria accidental cantando
Entre las luces del empirio asiento.
Honrad la patria vuestra propagando
De tan heroicos padres la memoria,
Su valor generoso eternizando;
Pues lo que con la espada su victoria
Ganó á su sangre, vos en dulce suma,
Coronando laurel de mayor gloria
Dos mundos de Felipe vuestra pluma.

NOVELAS

DIRIGIDAS Á LA SEÑORA MARCIA LEONARDA

LAS FORTUNAS DE DIANA

No he dejado de obedecer á vuestra merced por ingratitud, sino por temor de no acertar á servirla; porque mandarme que escriba una novela, ha sido novedad para mí, que aunque es verdad que en el *Arcadia* y *Peregrino* hay alguna parte desde género y estilo, más usado de italianos y franceses que de españoles, con todo eso, es grande la diferencia y más humilde el modo. En tiempo menos discreto que el de ahora, aunque de más hombres sabios, llamaban á las novelas cuentos. Esto se sabían de memoria, y nunca, que yo me acuerde, los vi escritos; porque se reducían sus fábulas á una manera de libros que parecían historias, y se llamaban en lenguaje puro castellano *caballerías*, como si dijésemos: *Hechos grandes de caballeros valerosos*. Fueron en esto los españoles ingeniosísimos, porque en la invención, ninguna nación del mundo les ha hecho ventaja, como se ve en tantos *Esplandianes*, *Febos*, *Palmerines*, *Lisuartes*, *Florambelos*, *Esferamundos* y el celebrado *Amadís*, padre de toda esta máquina, que compuso una dama portuguesa; el Boyardo, el Ariosto y otros siguieron este género, si bien en verso; y aunque en España también se intenta, por no dejar de intentarlo todo, también hay libros de novelas, dellas traducidas de italianos, y dellas proprias, en que no faltó gracia y estilo á Miguel Cervantes. Confieso que son libros de grande

entretenimiento, y que podrían ser ejemplares, como algunas de las historias trágicas del Vandelo; pero habían de escribirlos hombres científicos, ó por lo menos grandes cortesanos, genta que halla en los desengaños notables sentencias y aforismos. Yo, que nunca pensé que el novelar entrara en mi pensamiento, me veo embarazado entre su gusto de vuestra merced y mi obediencia; pero, por no faltar á la obligación, y porque no parezca negligencia, habiendo hallado tantas invenciones para mil comedias, con su buena licencia de los que las escriben, serviré á vuestra merced con ésta, que por lo menos yo sé que no la ha oído ni es traducida de otra lengua, diciendo así:

En la insigne ciudad de Toledo, á quien llaman imperial tan justamente, y lo muestran sus armas, había no ha muchos tiempos, dos caballeros de una edad misma, grandes amigos, cual suele suceder á los primeros años, por la semejanza de las costumbres. Aquí tomaré licencia de disfrazar sus nombres, porque no será justo ofender algún respeto con los sucesos y accidentes de su fortuna: llamábase el uno Octavio y el otro Celio. Octavio era hijo de una señora viuda, que dél y de una hija que se llamaba Diana, y de quien toma nombre esta novela, estaba tan gloriosa como Latona por Apolo y la Luna. Acudía Lisena, que este fué el nombre de la madre, á las galas y entretenimiento de Octavio liberalmente, y con mano escasa y avara á su hija Diana, vistiéndola honestamente, de que á ella le pesaba mucho, porque es ansia de las doncellas lucir su primera hermosura con la riqueza de las galas; y engáñanse en esto como en otras cosas, porque á la frescura de las rosas por la mañana, basta el natural rocío, que cortadas, han menester el artificio del ramillete, donde tan poco duran como después ofenden. No erraba Lisena en componer honestamente á su hija, que una doncella en hábito extraordinario de su estado, no es mucho que desee cosas extraordinarias, y sea más mirada de lo que es justo. Diana mostraba alegría en la obediencia, y con discreción notable no excedía un átomo sus preceptos; de suerte que ni en misa ni en fiesta pública fué jamás vista de la curiosidad ociosa de tantos mozos, ni hubo en toda la ciudad quien pudiese decir lo que ahora de muchas, con no poca reprehensión del descuido de sus padres, que les parece que alabándolas y enseñándolas se han de ven-

der más presto. Celio no los tenía, y era dotado de grandes virtudes y gracias naturales ; pienso que con esto he dicho que era pobre y no muy estimado de los ricos : solo Octavio no se hallaba sin él ; era tanta su amistad, que comenzando en otros por envidia, acabó en murmuración y no poco disgusto de sus parientes, que se quejaron á Lisena de que en las conversaciones públicas los dejaba en viendo á Celio, y muchas veces sin despedirse. Lisena, ofendida del desprecio de sus deudos y del amor y estimación de Celio, riñóle un día más declaradamente que otras veces, y para daño de todos. Octavio, sintiendo el aljaba de aquellas flechas, y que con siniestra información deseaban quitársele, honestamente obediente, le dijo que si supiera qué partes tenía Celio para ser amado y estimado, de ninguna suerte le hubiera reprehendido, antes bien expresamente le mandara que no se acompañara con otro, y que habiendo conocido la deslealtad de otros amigos, la poca verdad, la inconstancia, el poco secreto y bajas costumbres, se había reducido á querer tratar y conservar el caballero más noble, más discreto, más fácil, más leal, verdadaro, secreto y de mejores costumbres que había en Toledo, y que mirase que después que andaba con él, no le había dado disgusto ni sacado la espada; porque Celio era pacífico, y tan prudente y cuerdo, que componía todos los disgustos que á los demás caballeros se ofrecían, y que con su entendimiento había solicitado tanta autoridad entre ellos, que le tenían envidia de que él le favoreciese y con tan justa razon se le inclinase. Atenta estuvo Lisena, y sin responder á Octavio, porque conoció que era verdad lo que le decía, y jamás había oído cosa en contrario; pero más lo estuvo Diana, que oyendo tantas alabanzas de Celio, sintió una alteración súbita, que blandamente le desmayaba el corazón y le esforzaba la voluntad ; quería defender á su hermano, y decir algo de lo que había oído de Celio, y por no dar conocimiento de lo que ya le parecía que requería secreto, recogió al corazón las palabras, al alma los deseos, y dijo con las colores del rostro lo que calló la lengua.

Pasados algunos días, cierta señora de título, prima suya, y algunas hermosas damas, sus amigas, se fueron á holgar y entretener, más que á visita de cumplimiento, en casa de Lisena, dándoles ocasión la paga y fianza que

Diana había hecho á su hermano, que la víspera de la fiesta de su día le habían colgado; uso notable de España, y de tiempos inmemoriales usado en ella. Rogó Octavio á Celio que se fuese con él aquella tarde á su casa, que bien podrían estar donde aquellas damas no les viesen; y así, se entraron en una recámara que había sido de su padre, pieza bien apartada de la conversación de aquellas señoras; pero no lo fué tanto como Octavio había imaginado, porque con el alboroto de los huéspedes, y el no fiarse todas la cosas de las criadas, Diana fué á sacar de un camarín algunos vidrios ó regalos que para tales ocasiones tienen tales personas; sintiendo que entraba su hermano, detuvo algo turbada el paso. Detúvose también Celio, y cuando ya Diana salía Octavio había entrado en la recámara. Quedó atrás Celio, y poniendo ella los ojos en él, sacó todos los deseos del alma á las colores del rostro, con tan grande aumento de su hermosura como flaqueza de su ánimo. Celio cuanto pudo se llegó á ella, que fué lo más que pudo con su turbado atrevimiento, y al pasar Diana le dijo: « ¡Qué deseada tenía yo esta visita! » Á quien elle respondió con agradable rostro: « No estáis engañado. » Aquí me acuerdo, señora Leonarda, de aquellas primeras palabras de la tragedia famosa de *Celestina*, cuando Calisto le dijo: « En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios. » Y ella responde: « ¿En qué, Calisto? » Porque decía un gran cortesano que si Melibea no respondiera entonces ¿en qué, Calisto? que ni había libro de *Celestina*, ni los amores de los dos pasaran adelante. Así ahora en estas dos palabras de Celio y nuestra turbada Diana se fundan tantos accidentes, tantos amores y peligros, que quisiera ser un Heliodoro para contarlos, ó el celebrado autor de la *Leucipe*, y el enamorado Clitofonte. Admirado Celio de la respuesta amorosa, donde la esperaba tan áspera, en castigo de su atrevimiento, quedó como fuera de sí entre la animosa esperanza y la grandeza de la empresa. Entró en la recámara disimulado, y habló con Octavio fingido, alabándole las armas, el deseo y cuidado con que estaban puestas las espadas de diversos maestros, cortes y guarniciones, de que tenía muchas. Hizo Celio armar de la gola al tonelete á Octavio, y el se armó de unas armas negras. Concertaron de ensayarse para un torneo. Notables invenciones tiene amor para hallar lugar

á sus esperanzas, pues con ella le tuvo para venir á su casa de Octavio muchas veces, y Diana también para verle y desearle, y para que un día dichoso al parecer de entrambos, pudiese darle un papel con una sortija de un diamante. Diana le recibió con notables muestras de agradecimiento y gusto, y después de haberse escondido de todos, le besó y leyó mil veces, que decía así:

PAPEL DE CELIO Á DÍANA

« Hermosísima Diana, no culpes mi atrevimiento, pues » todos los días ves en tu espejo mi disculpa. Yo no sé » por qué ventura mía vine á verte; pero te puedo jurar » por tus hermosos ojos, que antes de verte te ama- » ba, y que pasando por tus puertas se me turbaba el color » del rostro, y me decía el corazón que allí vivía el veneno » que había de matarme; ¿qué haré ahora, después que te vi » y que me aseguraste de que agradecías este amor, que » por ser tan justo, está á peligro de no ser agradecido? » Pero en confianza de aquellas palabras, que apenas » creen mis oídos que fueron tuyas, si no les asegurasen » los ojos de que te vieron cuando las decías, y el alma » de la novedad y ternura que sintió oyéndolas, que me » des licencia para hablarte, que no se si tengo qué de- » cirte; pero si me la concedes, sabrás que teaseguras » de tu honor y que te vengas de mi atrevimiento. »

¡Qué poco ha menester la voluntad, á quien conciertan las estrellas para corresponder á la que desea! No se puede encarecer con palabras lo que sintió de las que esta carta le dijo á los oídos del alma el enamorado Celio; y así, contenta y enternecida Diana más de la verdad y llaneza que del artificio del papel, le respondió así:

« Celio, mi hermano Octavio tuvo la culpa de amaros » con los encarecimientos de vuestra persona y partes; » perdónese á sí mismo de haberme puesto en obligación » de tanto atrevimiento. En lo más, que es amaros como » mi estado puede, yo os obedezco; en daros lugar á ha- » blarme, no es posible; porque los apesentos donde » duermo caen á los corrales de unas casillas de alguna » gente pobre, y por ninguna cosa del mundo me atreveré » á dar disgusto á mi madre y hermano, si tan desigual

»libertad de mis obligaciones llegase á sus oídos.»

No le faltó ocasión para dar este papel á Celio, ni él la tuvo en su vida de tanto gusto; porque sabía que en las casillas que le decía, vivía el ama que le había criado. Hizóle dos ó tres visitas, y la última fué rogarle que se fuese á vivir á su casa en mejores aposentos; porque se dolía que estuviese tan mal acomodada. Ella, pensando que le obligaba el amor del pecho en el conocimiento de mayores años, fué fácil de persuadir y de pasarse. Quedó Celio con la llave de aquellos aposentos, y mostrándosela á Diana, le daba á entender por señas que ya estaban por suyas, y ella segura de sus temores. Vinó la noche, y Celio fué á ver si su sol amanecía, que con no menor cuidado, en sintiendo pasos en los corrales, cuyos ecos se hacían en su alma, abrió una ventana, y luego una celosía, poniendo el rostro en el marco, lleno de amor y miedo. Reportado Celio de la primera turbación y desmayo, que le había cubierto de dulce sangre el corazón y de alegria los ojos, le dijo tan tiernas, tan suaves, tan enamoradas razones, que apenas acertaba Diana á responderle, porque oprimía la lengua la vergüenza, y la novedad escurecía el entendimiento. Allí los halló el alba, que él apenas la esperaba después del sol, y ella como desde alto le miraba. Pasaron desta suerte algunos días, sin atreverse á más que á encarecimientos de su amor y sentimientos de su soledad en su ausencia. Distaba la ventana del suelo catorce ó diez y seis pies, con cuya ocasión Celio le pidió licencia una noche para subir á ella. Diana fingió que se enojaba mucho, y no pesándole de la licencia, le preguntó que cómo había de traer una escalera á una casa en que ya no vivía nadie, sin grande escándalo. Celio respondió que, como ella le diese licencia, él subiría sin traerla. Concertáronse los dos con pacto que no había de pasar de la ventana. ¡Oh amor, qué de cosas niegas, que deseas! Bien haya quien te entiende. Sacó una escala de cuerda Celio, que algunas noches había traído para la que tuviese dicha, y alcanzando un palo, que no sin malicia estaba cerca, ató en él los cabos, y arrojándole á la ventana, después de haberla prevenido, le dijo que le atravesase en ella. Ella, toda turbada, le acomodó temblando; y apenas Celio le halló firme, cuando fiando á los pasos portátiles el cuerpo, se halló en las manos de Diana,

que con la disculpa de tenerle, para que no cayese, se las previno. Besábaselas Celio con la misma del cuidado, agradecido á su salud y vida, que es amor tan cortesano, que lo que hace por necesidad vende por agradecimiento. Miraron por todas partes cuidadosamente, temerosos de que la ventana podía ser vista, y asegurados de que era imposible, ó porque ellos deseaban que no se lo pareciese, más cerca se descubrieron las voluntades y los principios de los deseos amorosamente, cual suelen las enamoradas palomas regalar los picos y con arrullos mansos desafiarse. Algunas noches duró en estos amantes la conversación referida secretamente, porque Diana no daba lugar á lo que Celio con eficaces ruegos pretendía y con juramentos exquisitos le aseguraba. Aquí se me acuerdan las líneas del amor, escritas de Terencio en su *Andria;* ya Celio de las cinco tenía las cuatro : notablemente le atormentaba el deseo ; ¡ qué retórico se mostraba ! ¡ qué ansias fingía! ¡ qué promesas! ¡qué encarecimientos buscaba! ¡qué dulce representante de sus penas variaba la color del rostro, y se quejaba en consonancias tiernas! Pidióle, finalmente, un día tan resueltamente licencia para entrar dentro, que habiendo callado Diana, con poca resistencia de su parte estuvo en su aposento, y puesto de rodillas, le pidió con fingidas lágrimas perdón de su atrevimiento. Dígame vuestra merced, señora Leonarda : si esto saben hacer y decir los hombres, ¿ por qué después infaman la honestidad de las mujeres? Hácenlas de cera con sus engaños, y quiérenlas de piedra con sus desprecios. ¿ Qué había de hacer Diana, en este atrevimiento? ¿ Era Troya Diana, era Cartago ó Numancia? ! Qué bien dijo un poeta:

Tardóse Troya en ganar;
Pero al fin ganóse Troya!

Desmayóse la turbada doncella; Celio la recibió en sus brazos y puso con respeto y honestidad en su cama, donde sirvieron sus proprias lágrimas de agua para el desmayo y de fuego para el corazón ; porque á la manera de los que medio despiertos las noches del invierno sienten que llueve, así Diana entre el sueño del desmayo y lo despierto de la voluntad, sentía las lágrimas de Celio sobre su rostro. Vuelta de todo punto deste accidente, la volvió á

á pedir perdón, que no pudo negarle, porque ya le pesaba que se le pidiese; pero rogándole que le cumpliese la palabra que le había dado luego que entró en su aposento, de que se iría sin ofensa de su honor y de su gusto. Celio, que ya no la podía obedecer, ni creía que la resistencia sería mayor que la ocasión, dispúsose á ser Tarquino de menos fuerte Lucrecia, y entre juramentos y promesas venció su fama, quedando en justa obligación de ser su esposo. Aquí los dos confirmaron de nuevo su amor, no sucediendo á Celio lo que al forzador de la hermosa Tamar: porque creció su deseo la ejecución, y no dejó la hermosura entrar el arrepentimiento.

Luego se conoció en el alegre caballero su buena dicha, pues con su poca hacienda dió librea á sus criados, que cuando amor gana, ni es escaso del barato, ni piensa que puede volver á perder lo que una vez posee. Preguntóle á Diana Celio si su madre venía á su aposento algunas veces, y ella le dijo que no; con que tomó licencia de quedarse en él algunos días, y ella retratarle en su pecho con más espacio, de suerte que ya no pudo dejar de decírselo, y con muchas lágrimas mostraba estar arrepentida, temiendo que Lisena y su hermano conocieran por tan público efecto la infamia de la causa. Á esto se le llegaba lo que se diría en toda la ciudad de su recogimiento, y entre sus parientas y amigas, que á la hipocresía de su honestidad tenían empeñado el crédito. Celio le proponía los caminos que había para remediar el daño, que el de matar el hijo no cayó en su pensamiento; pero viendo que pedirla por mujer era enemistarse con Octavio, y que no se la había de dar, por ser tan pobre, se determinaba á pedirla por juez eclesiástico; mas ella resistía á este consejo, con parecerle que lastimaba más su honra, pues descubría amores y conciertos para este efecto. Si mirasen á este fin las doncellas nobles, no darían tan desordenados principios á sus desdichas. Dejó finalmente Celio en manos de Diana su determinación, por no faltar á la amistad de Octavio, pidiéndola por mujer, y porque ella no censentía en que la justicia interviniese á su casamiento. Mil veces se maldecía Diana por haber dado lugar á Celio en su deshonra, puesto que le amaba tiernamente, y como dice en su lenguaje el vulgo, vía luz por sus ojos. Él, entre tantas confusiones, ya en una deter-

minación, ya en otra, porque un ánimo dudoso fácilmente se muda de un consejo en otro, como lo dijo Séneca, resolvióse á decirle un día que si se resolvía á dejar la casa de su madre, que él la llevaría á las Indias y se casaría con ella: la desesperación de Diana fué tanta, que aceptó el partido, y le pidió llorando que la llevase donde no viese los extremos de su madre ni las locuras de su hermano, aunque en el primero monte la matase. Celio, por ventura no menos arrepentido, puso los ojos en el peligro, y aconsejado del temor, dió traza en la partida, porque ya se le conocía á Diana el nuevo huésped del pecho, que como era la casa propria, se iba ensanchando en ella. Tenía Celio dos hermosos caballos, que le servían de rua y de camino; el uno aderezó de brida, y en el otro hizo poner un rico sillón, y con gran cuidado dos vestidos de camino; de un color y guarnición, uno para él y otro para Diana. Estuvo Celio algunas noches con ella, diciéndole todo lo que prevenía para su partida, de que recibía notable gusto; porque imaginaba que se excusaba de tan graves pesadumbres; y considerando que no había de volver más á su casa y deudos, no quiso dejar de aprovecharse de algunas cosas, así por esto como por lo que podía sucederle, que es varia la fortuna, y pocas veces favorece á los amantes fuera de sus patrias. Tomó á Lisena las llaves y sacó de sus cofres las más ricas joyas que tenía, con alguna cantidad de escudos; y así juntos, los puso y guardó en un cofrecillo que tenía desde sus tiernos años.

Llegó la noche en que habían de partirse, y Celio se vistió aquel día muy galán, de negro, para mayor seguridad de Octavio; pero, como si le hubieran dicho su intento, no se aprató dél un punto, aunque le dijo dos ó tres veces que tenía que hacer cosas forzosas. Ya eran las nueve, y Octavio no se apartaba del lado de Celio, y queriendo por fuerza irse, con notable y extraordinaria importunación le llevó consigo; entraron en una casa de juego, destas donde acude la ociosa juventud; unos juegan, otros murmuran y otros se olvidan de los cuidados de sus casas, que con la seguridad de que no han de venir, no suelen estar solas. Celio, cercado de un temor triste, porque si le dejaba, había de enviar algún paje para saber dónde iba, y si le esperaba, había de perder la ocasión de sacar

á Diana, resolvióse á la paciencia y disposición de la fortuna, pareciéndole también que sería bastante disculpa para Diana el no haberse podido apartar de Octavio.

Diana, que no estaba descuidada de lo que había de hacer ni de lo que había de llevar, vistióse las nuevas galas, y tomando las llaves secretamente, se puso á esperar á Celio en un balcón que sobre la puerta había. Dieron las doce, hora en que siempre venía su hermano de jugar ó de otros pasatiempos juveniles, y estando llena de mortales sospechas y congojas, vió con la claridad de la luna venir un hombre de buen talle y disposición con un sombrero de tafetán de falda grande, pluma blanca y alguna cosa de oro, que como trancelín de diamantes, á su parecer resplandecía; y así en eso como en lo demás le pareció á Celio. Pasó el hombre sin advertir en nada, y ella, temerosa y ciega, le ceceó dos veces; volvió el hombre el rostro, y viendo tan buena traza de mujer y en casa tan principal, acercóse á ella sin hablarla, con miedo de lo que podía sucederle. Diana le dijo entonces: «¿Es ya hora?» y él respondió: «Cualquiera es buena.» Entonces, sin advertir en su voz, con la engañada imaginación de la que esperaba, le dió el cofre diciendo: «Aguardad á la puerta.» El hombre, conociendo que el recado no venía para él, y que la mujer aguardaba á otro, ciego de la codicia, se fué huyendo, temeroso de que si ella se desengañaba, daría voces. Diana, sin hacer ruido, llegó á la puerta, abrióla con recato, y no viendo á Celio, parecióle que por más seguridad se había ido la calle arriba, y siguiendo su engaño, salió fuera de la ciudad, donde viendo tan solos los campos y los árboles, se quiso volver mil veces; pero temiendo que ya en su casa estaría su hermano, y que con haber hallado la puerta abierta, toda sería confusión y alboroto, no creyendo que Celio, caballero tan principal, tan enamorado y tan obligado, se infamaría en la codicia de aquellas joyas, viendo que ya daban las dos de la iglesia mayor, pasó la puente de Alcántara y comenzó á caminar por la aspereza de aquellas peñas, aunque cubierta de un sudor mortal y de mil pensamientos y sospechas, apartándose lo más que podía del camino real, hasta llegar á un monte, donde mil veces estuvo por quitarse la vida, si no lo impidiera el justo temor de perder el alma. Los caballeros que

jugaban, en esto y algunos disgustos, que nunca al juego faltan, estuvieron hasta las tres de la noche divertidos. Á esta hora se fué Octavio á su casa y le acompañó Celio, procurando al despedirse que le oyese Diana, para que aquello fuese disculpa de su tardanza. Admirado Octavio de que su puerta no estuviese cerrada á tales horas, satisfizo á sus voces un criado que por agradarle y haberle sentido estaba abierta. El criado buscó las llaves, y no habiéndolas hallado, se estuvo en vela hasta que con el mismo se levantó Octavio primero que la mañana; y habiéndole hallado despierto, le respondió que el no haber tenido con qué cerrar la puerta le tenía allí; porque del lugar en que solían estar siempre, le faltaban las llaves. Receloso Octavio del criado, hizo llamar en el aposento de una dueña, mujer de virtud y confianza, y preguntándole por las llaves, y ella, medio dormida admirándose, dieron causa á que el resto de la casa se alborotase y una doncella entrase en su aposento de Diana, que no hallándola en él, y la cama compuesta, por alguna sospecha que traía, dijo llorando: «¡Ay mi señora y mi bien! ¿por qué no llevastes con vos á vuestra desdichada Florinda?» La madre y el hermano entraron á estas voces, y conociendo que faltaba Diana de su casa y de su honra, Lisena cayó en tierra, y Octavio, sin color, con turbadas razones examinaba á los criados, mirando á todas partes como loco. Florinda sólo dijo que tres ó cuatro días la había visto llorar tan tiernamente, que aunque estaba tratando de otras cosas, se le caían de los ojos las lágrimas con entrañables suspiros y congojas. Ya estaba declarado el día y el daño, cuando enviaron á dos monasterios donde tenía Diana dos religiosas tías; en todos respondieron que no sabían della, y asimismo todas las parientas y amigas, de quien en un instante toda la casa estaba llena. Deste rumor, destas voces y destas diligencias salió la fama por la ciudad, y los envidiosos amigos, si hay amigos envidiosos, comenzaron á decir que Celio se la había llevado, y aun otros á afirmar que la habían visto. Feniso, criado de Celio, oyó esto en los corrillos del Ayuntamiento y en la nave que llaman de San Cristóbal, y siendo hombre de buena opinión, osó decir que mentía cualquiera que hubiese dicho que Celio había hecho semejante traición á Octavio; y volviendo las espaldas á los murmuradores, iba diciendo: «Á las tres

de la noche se apartaron Celio y Octavio, y yo dejo á Celio durmiendo, que vendrá presto á volver por su honra.» Despertó Fenisio á Celio, que, oyendo lo que pasaba, quedó fuera de sí por largo espacio, y conociendo cuánto le convenía volver por su persona, se vistió apriesa, y con turbados pasos y descolorido rostro pasó por todas las partes donde Feniso le dijo que le culpaban, de cuya vista quedaron los que le murmuraban corridos, atribuyendo su tristeza á la amistad que tenía con Octavio, tan conocida de todos. Hallóle Celio en el portal de su casa, y mirándose los dos, estuvieron así parados sin hablarse, sintiendo cada uno su dolor, que aunque era grande en Octavio, era mayor en Celio. Esforzóse cuanto pudo, y tomándole las manos á Octavio, que le temblaban, convertidas en hielo, le dijo: «¿Qué me pudiera haber sucedido que me diera tanta pena, aunque hubiera perdido la honra? ¡Ay, Octavio, que vuestro dolor me tiene traspasada el alma!» Octavio, aunque valiente caballero, se desmayó en sus brazos, enternecido de verle con lágrimas en los ojos. Lleváronle á su aposento, donde á los sentimientos de Celio, volvió en su primero acuerdo. Aquí, fingido el culpado, le preguntaba eficazmente las diligencias que se habían hecho. Todo lo refirió Octavio por extenso, y Celio dijo que pues en la ciudad no estaba, sería bien acudir por todos los caminos á buscarla, ó que él sería el primero. Y esforzando á Octavio, le dió la palabra de no volver á Toledo sin ella ó saber que hubiese parecido, y dándole los brazos, se fué á su casa, donde, como estaba apercebido, halló fácilmente en qué partirse, y siendo ya de noche, con solo su criado Feniso salió de la ciudad, llorando y pidiendo al cielo que le guiase á la parte donde Diana estaba, con tales suspiros, enamoradas ansias y congojas, que enternecía las peñas y los árboles, y en los montes por donde corre el Tajo respondían los ecos.

Diana amaneció en un valle cortado por varias partes de un arroyo que entre juncos y espadañas mostraba pedazos de agua, como si se hubiera quebrado algún espejo; sentóse un poco, y habiendo bebido y refrescado el pecho de las congojas de tan afligida noche, mientras se descalzaba para pasarle, dijo así: «¡Ay vanos contentos, con qué verdades os pagáis de las mentiras que nos fingís! ¡Cómo engañáis con tan dulces principios, para cobrar tan breves

gustos con tan tristes fines! ¡Ay Celio! ¿quién pensara que me engañaras? Mira lo que paso por ti, pues he llegado, por haberte querido, hasta aborrecerme; pues no hay cosa ahora más cansada para mí que esta vida que tú amabas; pero bien creo que si me vieras, te lastimara el alma lo que paso por ti. Miró á este tiempo sus mismos pies, y acordándose cuán estimados eran de Celio, enternecida, no pasó el arroyo, y llorando, se quedó un rato medio dormida al son del agua y de la voz de un pastor, que no lejos de donde ella estaba cantó así:

Entre dos álamos verdes,
Que forman juntos un arco,
Por no despertar las aves,
Pasaba callando el Tajo.
Juntar los troncos querían
Los enamorados brazos,
Pero el envidioso río
No deja llegar los ramos.
Atento los mira Silvio
Desde un pintado peñasco,
Sombra de sus aguas dulces,
Torre de sus verdes campos.
Esparcidas las ovejas
En el agua y en el prado,
Unas beben, y otras pacen,
Y otras le están escuchando.
Quejoso vive el pastor
De las envidias de Lauso,
Más rico de oro que el río;
Mas necio en ser porfiado,
Así le aparta de Elisa,
Como á los olmos el Tajo,
Fuerte en dividir los cuerpos,
Mas no las almas de entrambos.
Tomó Silvio el instrumento,
Y á las quejas de su agravio,
Los ruiseñores del bosque
Le respondieron cantando:
« Juntaréis vuestras ramas,
Alamos altos,
En menguando las aguas
Del claro Tajo;
Pero si hay desdichas
Que vencen años,

Crecerán con los tiempos
Penas y agravios. »

Vuelta en sí Diana y temerosa, pareciéndole, ó que la seguía su hermano, ó que aquel que cantaba le diría por dónde iba, siguió descalza la margen del arroyo, y cuando le pareció que estaba más segura y que ya no se vía el agua, porque á la falda de un montecillo se dividía volviendo á cubrir sus pies, caminó poco á poco, sin más sustento que el agua que por la mañana le dió el arroyo, hasta que la escuridad de la noche le cerró el paso. Cayóse desmayada entre unos hinojos, y como no tenía quien la consolase ni ayudase, en el mismo desmayo se durmió y reposó algún espacio, y con más acuerdo esperó el día, atónita del temor que le causaban cerca las voces de algunos animales y el descompuesto ruido de algunas fuentes, que bajaban de aquellas peñas, siempre mayor en el silencio de la noche. Dolióse de su temor el alba, ó envidiosa de sus lágrimas, salió más presto; con lo cual, esforzando la femenil flaqueza y sólo deseando morir, caminó por donde le parecía que á un desesperado fin llegaría más presto. Ya estaba el sol en la mitad del día, cuando pareciéndole que ofendía más al cielo en dejarse morir, entre unos verdes árboles halló una fuente, y en su guarnición algunas hierbas, que comió con lágrimas, y rogada de la fuente, templó al ardor del corazón, y volvióle el agua por los ojos. Desta manera caminó tres días, al fin de los cuales, saliendo de una espesura á un campo raso, perdió las fuerzas, y arrimada á un árbol, vió lejos un mancebo pastor, que hablando con una serrana, parece que venía hacia donde ella estaba. Allí le pareció á Diana que ya todo el mundo sabía la causa por qué había dejado la casa de sus padres, y que hasta aquellos pastores venían á reñirla y afearla los amores de Celio. Dejóse caer al tronco sobre los verdes céspedes, y con mortales y traspasados ojos perdió la vista. El mancebo, que más reparaba en agradar su villana, y en pensar que no le oían en aquel sitio más que las aves, que le acompañaban, comenzó á cantar así; y vuesamerced, señora Leonarda, si tiene más deseo de saber las fortunas de Diana que de oir cantar á Fabio, podrá pasar los versos deste romance sin leerlos, ó si estuviere más despacio su entendimiento, saber qué dicen estos

pensamientos quejosos, á poco menos enamorada causa.

¡Ay verdades, que en amor
Siempre fuisteis desdichadas!
Buen ejemplo son las mías,
Pues con mentiras se pagan.
Cuando traté con engaño
Tu verdad, Filis ingrata,
¡Qué de quejas vi en tu boca,
Que de perlas en tu cara!
¡Oh cuántas noches que dije,
Cuando á mi puerta llamabas:
« En vano llama á la puerta
Quien no ha llamado en el alma! »
Mis pastores te decían:
« No está Fabio en la cabaña; »
Y estaba diciendo yo:
« ¿Para qué busca quien cansa? »
Á tus quejas solamente
Daban respuesta las aguas,
Porque murmuraban, Filis,
Que no porque te escuchaban.
Acuérdome que una noche
Me dijiste con mil ansias:
« Déjate, Fabio, querer,
Pues que no te cuesta nada. »
No quiero yo que me quieras;
Que como el amor es alma,
Nunca vi mujer discreta,
Que la quisiese forzada.
En el umbral de tu puerta
Reñíamos hasta el alba,
Tú porque había de entrar,
Yo por no entrar en tu casa.
« Castiguen, Fabio, los cielos,
Dijiste desesperada,
El fuego con que me hielas,
El hielo con que me abrasas. »
Porfiaste, hermosa Filis:
Todo el porfiar lo acaba;
Que quien piensa que no quiere,
El ser querido le engaña.
En el trato y en el tiempo
Nadie tenga confianza,
Porque pasan sin sentir,
Y se sienten cuando faltan.
Tanto te vine á querer,

Que juntos nos envidiaban,
La luna al bajar la noche,
El sol al subir el alba.
Los prados, montes y selvas,
De oirnos se enamoraban;
Verdes lazos aprendían
Las hiedras enamoradas.
Mas bajando en este tiempo
De las heladas montañas
Silvio, tu antiguo pastor,
Trajo de allá tu mudanza.
No perdiste la ocasión,
Pues cuando yo te adoraba,
De mis pasados desdenes
Quisiste tomar venganza.
Filis, yo muero por ti:
Confieso que se me pasan
En tus umbrales las noches,
Los días en tus ventanas.
No llamo, porque imagino
Que has de responder airada:
« ¿Para qué llama á la puerta
Quien no ha llamado en el alma? »
Si finjo que no te miro,
Es invención de quien ama;
Que cuando tú no me miras,
Hago espejo de tu cara.
Prendas que me dabas, Filis.
Y de que yo me enfadaba,
Ahora las visto y pongo
Sobre los ojos y el alma.
No te encarezco mis penas,
Por no dar gloria á la causa,
Hasta que yo las padezca
Sin que tú tomes venganza.
No quieras más de que son
Mis locuras de amor tantas,
Que vengo á poner la boca
Adonde los pies estampas.
Mas, con todo lo que digo,
No pienso hablarte palabra,
Que en celos que se averiguan
Las amistades se acaban.

Decía Fabio muy bien, porque después de celos averiguados, es infamia amar, con el ejemplo de tantos animales como escriben Plinio y Aristóteles, aunque hay hom-

bres que antes de los agravios no aman, sirviéndoles de apetito lo que á otros de aborrecimiento. Esto, en fin, cantaba aquel villano á la serrana referida, que no con menos gusto que soberbia le escuchaba. Á los finales destos versos se hallaron los dos entre los árboles, donde Diana estaba fuera de sí, y en su imaginación haciendo varios discursos de sus desdichas: ya culpaba á Celio, ya le parecía imposible que tan principal caballero, tan bien nacido, tan discreto y galán, hubiese faltado á sus obligaciones; ya culpaba su precipitado amor, que con tan fácil pensamiento salió á buscarle; y entre estas dudas le atormentaba más el pensar si por ventura era de Celio aborrecida, que como imaginara que estaba en su gracia, no estimara sus desdichas ni pensara que lo eran, aunque fueran mayores si era posible que lo fuesen para una mujer sola y señora, que caminaba tanta tierra por la asperaza de los montes, sin sustento y sin esperanza de hallar el fin de su amor sin el de su vida. Admirados quedaron los pastores de ver entre aquellas ramas tal prodigio de hermosura, desmayada, descalza y rendida, más á la verdad de la muerte, que al sueño, que la retrata. Llamóla dos ó tres veces la pastora, y viendo que no respondía, sentóse junto á ella, teniéndola por muerta ó que ya le quedaba poca vida. Tomóle las manos, y viéndoselas tan frías como blancas, porque tuviesen todas las calidades de la nieve, miróla al rostro, y viendo tanta belleza y hermosura en tal desmayo, púsole la cabeza sobre las faldas, desviándole los cabellos, que ya sin orden discurrían por él hasta la garganta, como libres de quien los ataba y prendía en otro dichoso tiempo; venganza de los ojos á quien habían puesto en su prisión y cárcel. Pues como la cabeza de Diana á una y otra parte se dejase caer tan fácilmente, comenzó la pastora un tierno y lastimoso llanto, creyéndola por muerta. Á esta descompostura y el sentimiento del labrador, que amaba á lo cortesano, despertó Diana de todo punto, y aunque no dándoles esperanzas de su vida, les sosegó las quejas y suspendió las lágrimas, si bien con un ay tan doloroso, que poniéndose las manos sobre el corazón, como que le apretaba, volvió á quedar, como primero, rendida. La hermosa Filis entonces, valiéndose del mismo remedio, comenzó á darle lugar con desnudarla, y el villano con traer agua de la fuente, que sobre su rostro formaba lágrimas ó perlas;

pero de tal suerte, que las de sus claros ojos parecían finas y las de la fuente falsas. Dióles las gracias Diana, y preguntándole ellos la causa de su mal, les dijo que había caminado sin comer tres días. Entonces sacó Filis de su zurrón lo que vuesamerced habrá oído que suelen traer, en los libros de pastores; y esforzándose Diana á comer á su ruego, fortificó la flaqueza con templanza, y sintió el desmayado cuerpo algún alivio. Mientras comía Diana, le preguntaba Filis quién era y de dónde venía, y por qué causa, admirándose que los lobos, que venían de las montañas en seguimiento de los ganados hasta la raya de Extremadura, no la hubiesen quitado la vida aquellas noches. Aquí entraron los conceptos de que hasta los animales bárbaros la aborrecían como á veneno, y que de temor de su muerte, no se la dieron. Viendo Filis las razones desesperadas de Diana, que se inclinaba al monte y que quería acabar en él la vida, la persuadió que se fuese con ella al cortijo y hacienda de su padre; y supo persuadirla con tan efectivas razones y muestras de amor tan grandes, que Diana se dió por vencida de su cortesía y voluntad, considerando que sería remedio de lo que llevaba en sus entrañas, á que miraba con atención natural, cuando más aborrecía su vida. Fuése con los pastores y fué bien recibida, aunque al principio Selvagio, padre de Filis, y por ventura tan rústico en aquella edad como su nombre, no estuvo gustoso de tenerla en su casa; pero después, obligado de su hermosura y humildad, y por gusto de su hija, mostró algún contento.

Celio, desde que salió de la imperial Toledo, sin más camino que su amor, en el primero monte se quejó á gritos; y considerando que por su causa Diana había dejado su casa, madre, hermano, parientes, amigas, descanso y patria, y en los trabajos que por ventura ó por desdicha estaba, estuvo cerca de perder la vida. En seis días no entró en poblado, pagando los caballos su tristeza, pues de solas hierbas del campo se mantenían. Vió Feniso de lejos un pueblo, que casi encubrían algunos árboles, á cuyo pesar se mostraban dos altas torres, en cuyas pizarras y azulejos el sol resplandecía. Persuadió á Celio que fuesen á él, y llegados, se informaron de las personas que les podían dar razón de la perdida prenda; mas ni en este lugar ni en otros muchos que á diez y á

veinte leguas de Toledo anduvieron por espacio de un mes, fué posible hallar señas. Y viniéndole á la imaginación á Celio que, como eran los conciertos irse á las Indias, pudo Diana haber topado quien la llevase á Sevilla, así presumiendo hallarla, como por alejarse de su tierra, resolvióse á ver si en aquella insigne ciudad estaba. Iba Celio tan desfigurado de no comer y de dormir en los campos, que pudiera seguramente volver á Toledo sin ser conocido. En llegando á Sevilla, hizo tales diligencias, cuales se pueden presumir de un hombre tan enamorado y con tantas obligacionnes; pero el no hallar á Diana ni quien aun por engaño le diese señas, no le dió tanto enojo, como el ver que la flota de Indias era partida, porque presumía Celio que en ella iba Diana, conociendo su amor, valor y ánimo. Quiso su fortuna que hallase solo un navío que un tratante había fletado, y que no se había de partir hasta diez ó doce días; hablóle Celio, y concertado con él que le pasase, el patrón lo aceptó, y hecha entre los dos grande amistad, comió con él algunas veces, preguntándole en las ocasiones que se ofrecían la causa de su tristeza, aunque Celio se excusó siempre, diciendo que por no aumentarla con la memoria de algunos tristes sucesos no se la decía; y así, llegado el tiempo de partirse, y siendo próspero el viento, zarpó el navío, y con una pieza de leva se alargó al mar, alejándose Celio más de Diana, cuanto imaginaba que iba más cerca; pero las esperanzas de cobrar el bien, aunque sean engañosas, no dañan, porque entretienen la vida.

Octavio en Toledo pasaba afrentosamente la suya, y con mayor tristeza, porque no sabía de cuantos buscaban á Diana, parientes ni amigos, nueva alguna en que pudiese tenerse la flaqueza de la esperanza; y viendo que Celio no volvía, dió en presumir que había sido concierto de entrambos el salir ella primero y el después con ocasión de buscarla; pero quitóle esta imaginación la fama de alguna gente que discurría por la ciudad, diciendo que le habían visto con Feniso por algunas aldeas solo, buscándola con notable cuidado. Sosegóse Octavio, así por esto, como porque su madre le disuadía deste pensamiento, temiendo que si le creía, los había de perder á entrambos.

Dos meses había estado Diana en el cortijo de aquellos honrados labradores bien regalada de Filis, cuando llegó

su parto, que fué de un hermoso hijo, para que no pudiese quejarse, como en Virgilio la despreciada Dido del fugitivo Eneas.

Si me quedara de ti
Un Eneas pequeñuelo,
Antes que el airado cielo
Te dividiera de mí,
Que por mi casa jugara,
Y tu rostro pareciera,
Ni mis engaños sintiera,
Ni por tu ausencia llorara.

Aunque de otra manera lo sintió Ovidio en su epístola:

Por ventura me has dejado
Parte en mi pecho de ti,
Ingrato, que ahora en mí
Á muerte condena el hado;
Y así, perdiendo la vida
Por ti la infelice Dido,
Del hijo que no ha nacido
Serás padre y homicida.

Pero pienso que el artificio en que Ovidio fué tan célebre poeta, obligó á Dido á fingir que quedaba preñada de Eneas para obligarle á volver á verla; cosa que, no sólo fingen las mujeres, pero los mismos partos. No lo era el de Diana, sino tan verdadero, que había sido causa de sus peregrinaciones y desdichas. Caso extraño, que cuando importa mucho un heredero, por un liviano antojo, que ó se calló de vergüenza ó no se pudo cumplir por imposible, se pierda el fruto y por ventura el árbol, y que con tan inmensos trabajos, caminos, hambres y desnudos pies, llegase al puerto de la vida libre este infelice niño. Pasado un mes de su convalescencia, llamó Diana á Filis, y le dijo: « Á mí me es fuerza partirme desta tierra; si me pesa de dejarte, Dios lo sabe y mis grandes obligaciones te lo dicen; mis entrañas te dejo; prendas son que me obligarán á volver. No tengo de ir en mi hábito ni en el de mujer, pues en él he sido tan desdichada; y así, te suplico me des alguno destos labradores que sirven á tu padre ó que te sirven á ti, porque sea más limpio, que yo tengo de un manteo que traje, hechos unos calzones lo mejor

que mis desdichas me han enseñado.» Y diciendo esto, comenzó á desnudarse, sin que ruegos ni lágrimas de Filis fuesen poderosos á mudar la firmeza de su propósito. Sacó dos joyas de diamantes que traía en el pecho, y dándole la primera y de más valor para que hiciese criar su hijo, con la otra le pagó el hospedaje; que el amor era imposible. Vistióse finalmente un gabán, y cortándose los cabellos, cubrió con un sombrero rústico lo que antes solían cuidadosos lazos, diamantes y oro. Era Diana bien hecha y de alto y proporcionado cuerpo; no tenía el rostro afeminado, con que pareció luego un hermoso mancebo, un nuevo Apolo cuando guardaba los ganados del rey Admeto. Despidióse de Filis y de sus viejos padres, llorando todos, mayormente Laurino, que con pensamientos de ciudad había puesto en ella los ojos. Diana se llamaba con disfrazado nombre Lisis, y así Laurino, que se preciaba de músico y poeta, se quejaba algunas veces en estos versos de su ausencia, oyéndole Filis con algunos celos y doblándole á Fabio los agravios.

Lisis, después que al Tormes
Me llevaste la vida,
Celebro tu partida
Con lágrimas conformes;
Que piensan mis enojos
Templar el fuego con llorar los ojos.
¡Cuánto mejor me fuera
Que en los tuyos hermosos
Con lazos amorosos
El alma despidiera!
Que no parece vida
Esto que me ha dejado tu partida.
Á la forzosa muerte,
Lisis, que ya me alcanza,
Detiene la esperanza
Para volver á verte;
Pues no es justo que muera
Quien tiene en ti su vida, y verte espera.
Si vieses este prado,
Lástima te daría
Aquel que florecía
Tu blanco pie nevado;
Tu pie blanco y pequeño,
De tantas almas como flores dueño.
Para que le gozases,

Le cultivé, Señora,
Que no para que ahora
Á los dos nos dejases;
Que en mí y en estas selvas
No habrá vida ni flor hasta que vuelvas.
En cárceles doradas
Prendí los pajarillos,
Que pienso que de oíllos,
Como de mí, te agradas;
Que en tus prisiones de oro
Al alba canto y á la noche lloro.
Aquí puse una fuente
Para que te bañaras,
Y más perlas dejaras
Que tiene su corriente;
Y tú, por darme enojos,
Dos me dejaste en mis ausentes ojos.

Llegó la animosa y desdichada Diana, después de haber caminado algunos días, á un lugar cerca de Béjar, que no había querido tocar en Plasencia por temor de algunos deudos que allí tenía; salió á la plaza, y parada en ella, daba á entender que esperaba dueño. Vióla un labrador rico, y admirado de su gentil disposición y hermoso rostro, le pareció cosa fingida, como realmente lo era. Llegóse á Diana y hízole algunas preguntas; ella le supo satisfacer, mintiendo su nombre y patria; de suerte que le llevó consigo. Tenía conocimiento este labrador con el mayoral de los ganados del Duque, y sabía que buscaba un zagal, por ser ya casado el que tenía, para cuidar de la comida y otras cosas necesarias que se llevan al campo donde el ganado es mucho. Dió de comer á Diana, y escribió con ella un billete al mayoral referido, poniéndole en el camino con algunas señas y sustento hasta el siguiente día. No hubo visto el mayoral á Diana, cuando comenzó á reirse del billete, del amigo y della; llamó los demás labradores, y entre todos se compuso, al uso de su malicia, una graciosa burla. Preguntóle el mayoral que de dónde era natural, y él le dijo que del Andalucía, pero que el no venir tostado como el hábito requería, causaba el haber estado mucho tiempo en un bosque, donde sólo le daba el sol cuando quería. Finalmente, le supo decir tantas cosas y mostrar tanta alegría y brío, defendiéndose de las malicias y donaires de los villanos, que aficio-

nado el mayoral, le recibió en su casa; y viéndole aquella noche murmurar cantando, mientras sacaba algunos calderos de agua de un pozo para hinchir una pila, en que bebiese el ganado doméstico, le preguntó si sabía tañer algún instrumento, como suelen de ordinario los pastores andaluces. Diana dijo que un laúd, con que tal vez aliviaba algunas tristezas, á que era sujeta naturalmente. Admirado Lisandro, que así se llamaba el mayoral, de que un pastor tañese un instrumento tan fuera de propósito para el campo, comenzó á mirarle con diferentes ojos, y no menos cuidadosa Silveria, hija suya, que desde que entró en su casa no los había quitado de su rostro. Paréceme que dice vuestra merced que claro estaba eso, y que si había hija en esa casa, se había de enamorar del disfrazado mozo. Yo no sé que ello haya sido verdad, pero por cumplir con la obligación del cuento, vuestra merced tenga paciencia, y sepa que la dicha Silveria tendría hasta diez y siete ó diez y ocho años, edad que obliga á semejantes pensamientos. Vivía no lejos un estudiante que la miraba, pasando más en estas imaginaciones el curso de las leyes que había traído de Salamanca, que en los Bártulos y Baldos. Aquí envió Lisandro por un instrumento, que aunque no era laúd, supo componerle y acomodarle á su voz, como el estudiante seguirle, que aunque no entró dentro, oyó muy bien desde la calle que Diana cantaba así:

Por entre casos injustos
Me han traído mis engaños,
Donde son los daños daños,
Y los gustos no son gustos.

Amores bien empleados,
Aunque mal agradecidos,
Eso tenéis de perdidos,
Que es teneros por ganados;
¿Qué importan gustos pasados,
Si los presentes disgustos
Son mayores que los gustos,
Y que el favor el desdén,
Pues he perdido mi bien
Por entre casos injustos?
Trajéronme posesiones
A tan justas confianzas,

Y á tan extrañas mudanzas
Iguales satisfacciones;
Mas como las sinrazones
Anticipan desengaños
Á la verdad de los años,
Siento que la culpa soy,
Pues al estado en que estoy
Me han traído mis engaños.
Discretos sois, pensamientos;
Algo tenéis de divinos,
Pues por tan varios caminos
Me dijisteis mis tormentos;
No daros fe mis intentos
Fué trataros como extraños,
Pues no puede haber engaños
Que más venzan la razón,
Que pensar que no lo son
Donde son los daños daños.
Entre dudas y recelos
Andaban mis gustos ya,
Como quien temiendo está
La tempestad de los cielos.
Cesen mi amor y mis celos;
No quiero gustos injustos,
Llenos de tantos disgustos,
Que en siendo la fe dudosa,
Anda el alma temerosa,
Y los gustos no son gustos.

Esto cantó Diana, que de todo lo que sabía, ninguna cosa era más á propósito de sus disgustos, con tal artificio, que ni por la voz se conociese que era mujer, ni por quererla disfrazar se entendiese que lo disimulaba. Perdida quedó Silveria de ver añadir tal gracia á las que Diana tenía exteriores. Paréceme que le va pareciendo á vuestra merced este discurso más libro de pastor que novela, pues cierto que he pensado que no por eso perderá el gusto el suceso, ni que puede tener cosa más agradable que su imitación. Pasados algunos días, dió Silveria en solicitar la voluntad de Diana, y en las ocasiones que se le ofrecían hacerle gusto, hasta que una fiesta por la tarde, que se acertaron á hallar solos en un huertecillo, más de árboles que de flores, al uso de las aldeas, le comenzó á preguntar por su tierra, la causa por qué la había dejado, y si habían sido amores;

dándole la disculpa en la edad, y abonando su error, porque comenzaba á dársela del que pensaba proponerle. Á todas estas cosas respondía Diana con mucha discreción y prudencia, fingiendo que el haberse casado su padre la había desterrado de su casa encareciendo la áspera condición de su madrastra. Vino gente y dividióse la conversación, con gran sentimiento de Silveria, que de allítiadelante con más delarados ojos la miraba. Murmuraban los labradores el encogimiento de Diana; y ella, por no ser entendida, dió en hacer del galán con las villanas que venían á visitar á su ama; y como por ser casa grande y de mucha gente de servicio luego se inventasen bailes, Diana dió en salir á ellos y despejarse, con que no desagradaba las labradoras, mayormente una hermana del estudiante referido, que era en extremo bachillera y hermosa, y picaba en leer libros de caballerías y amores; pero desagradaba á Silveria, que abrasada de celos, le comenzó á decir una tarde con algunas lágrimas que cómo había sido tan desdichada, que no había negociado su inclinación como las demás labradoras, y que supiese que no era justo que, ya que no la quisiese, por ser ella más desdichada, la matase de celos con su vecina. Sintió tanto Diana el ver apasionada á su señora, que mil veces estuvo determinada de decirle que era mujer como ella; pero temiendo que se había de descubrir quién era, de que le había de resultar tanto daño, mostróse agradecida, y aseguróle los celos con decir que se atrevía á las otras y á ella no, por el debido respeto de ser su dueño, más que de allí adelante se enmendaría en todo; de cuyas esperanzas quedó Silveria contenta y engañada. Tomóle la mano, y aunque Diana la resistía, se la besó dos veces, templando con su nieve elfuego del corazón, si lo que aumentaba los dos se puede llamar templanza. Ya el amor de Silveria se comenzaba á echar de ver en casa, que amor, dinero y cuidado dicen que es imposible disimularse; el amor, porque habla con los ojos; el dinero, porque sale al lucimiento de su dueño; y el cuidado, porque se escribe en el semblante del rostro. Diana, temerosa, andaba buscando ocasión para despedirse, y era tanto el amor que todos la tenían, que estimaba en más el no ser ingrata que el peligro de su vida. Pero sucedió á sus fortunas mejor de lo que esperaba y de lo que solía; tan hecha

estaba á que le fuese adversa. Pues andando el duque de Béjar á caza por su tierra, vino á ser huésped una noche en casa del mayoral de sus ganados, que por su mayordomo conocía, y porque el viejo le solía llevar algunos presentes, de que el Duque se tenía por bien servido; que suele agradar á los príncipes la hacienda de los campos más que la riqueza y abundancia de sus palacios. Deseando el mayoral entretenerle, claro está que había de llamar á Diana, y ella parecerle bien al Duque, y asimismo mandarle que cantase. Aquí fué menester que el estudiante trujese su instrumento de mala gana, porque de celos de Diana y Silveria perdía el juicio; ella le acomodó las cuerdas á su voz, y escuchando todos, cantó así:

Selvas y bosques de amor,
En cuyos olmos y fresnos
Aun viven dulces memorias
Del pastor antiguo vuestro:
Por lo que os tengo obligados,
Os pido que estéis atentos
Á mis quejas, y veréis
Cuán dulcemente me quejo.
Oid de vuestro pastor,
En este nuevo instrumento,
Más lágrimas que razones
Y més suspiros que versos.
Sabed que vengo perdido;
¿Perdido os he dicho? miento,
Que ninguno se ha ganado
Tan bien como yo me pierdo.
Ganado vengo y perdido,
Que por tan alto sujeto
Gano, perdiendo la vida,
La gloria de mis deseos.
En fin, selvas amorosas,
Yo vengo muerto y contento:
Muerto de amor de unos ojos,
Contento de verme en ellos.
Las señas quiero deciros,
Pero temo los ajenos;
Que aun no me atrevo á mirallos,
Aunque á adorarlos me atrevo.
Quererlos me cuesta el alma,
Y con vivir, si los veo,
Para mirarlos mil veces

Me ha faltado atrevimiento.
Si os digo que negros son,
Yo os juro que digan luego:
« Los ojos son de Jacinta,
Si éste se pierde por ellos. »
« Pero, diréis, en el valle
¿No hay más de unos ojos negros? »
Muchos hay, pero en ningunos
Puso tanta gracia el cielo.
Creedme, selvas, á mí,
Que de buen gusto me precio;
Que si no fueran tan vivos,
No estuviera yo tan muerto.
Árboles, no soy yo sólo
Quien desta suerte los quiero,
Que jamás miraron vida
Que no se fuese tras ellos.
Quien se burlare de mí,
Yo le remito á su fuego,
Porque para tanto sol
No valen montes de hielo.
Alma de nieve tenía
Antes que llegase á verlos,
Y ya deshecha en sus rayos,
Si ellos dicen que la tengo.
No han sido conmigo ingratos;
Piadosamente me dieron
Ocasión para perderme;
Mi daño les agradezco.
El mal que tengo es saber
Que no merezco quererlos:
Si bien es, selvas, verdad
Que su hermosura merezco.
Y he llegado á tal estado,
Entre esperanzas y miedos,
Que, con saber que me matan,
No puedo vivir sin ellos.
Ausente estoy animoso,
Y en llegando á verlos tiemblo,
Siendo el primero en el mundo
Que tiembla con tanto fuego.
Cosas que se tratan mucho
Suelen estimarse en menos;
Y yo, mientras más los trato,
Más los estimo y respeto.
En los campos de mi aldea
Les digo tantos requiebros,

Que he visto parar las aguas,
Callar las aves y el viento.
Y en llegando á ver sus ojos,
Quedar más mudo y suspenso
Que á media noche las fuentes
En las prisiones del hielo.
Á tanto amor he llegado,
Que muchas veces que tengo
Tiempo de gozar sus luces,
Pierdo temeroso el tiempo.
Cuando menos los amaba,
Era más mi atrevimiento;
Ahora, que más los amo,
Es mi atrevimiento menos.
Mas os juro, verdes selvas,
Que quiero yo más por el'os
Estas penas, que las glorias
De cuantos el cielo ha hecho.
Verdad es que entre las mías
Celos me quitan el seso,
Porque no hay renta de amor
Sin pagar pensión de celos.
No sólo de los pastores,
Que la miran cerca ó lejos,
Mas de cuantas cosas mira,
De celos me abraso y muero.
De mí mismo alguna vez
Me ha acontecido tenerlos,
Porque pienso que soy otro,
Si la agradan mis deseos.
Cuando sale de su aldea
La voy mirando y siguiendo,
Que lleva en sus pies mis ojos,
Y el alma en sus pensamientos.
Con estas celosas ansias
La sigo, rogando al cielo
Que cuantos pastores vea
Sean robustos y feos.
Mil veces he codiciado
Hacer pedazos su espejo,
Porque hace dos Jacintas,
Y guardar una no puedo.
Selvas, lastimaos de mí;
Mas no lo hagáis, que os prometo
Que en solo verla me paga
Cuanto por ella padezco.

Notablemente se agradó el Duque de la persona de Diana, pero mucho más después que vió la gracia, la destreza y la dulce voz con que había cantado los referidos versos. Preguntóle todo lo que en esta ocasión se puede imaginar de un señor; que los señores preguntan mucho, y es la causa que de las cosas que pasan entre la gente humilde saben poco. En razón de su patria y padres, que fué en lo que hacía más fuerza, le dijo que la había criado en Sevilla un hombre, á quien llamaba padre, y que de dos á dos meses venía á su casa un hombre que le daba dineros y cartas, y le encargaba su regalo, de que había tenido sospecha que su padre debía de ser otro más noble y que vivía lejos de Sevilla; y así un día, habiéndole hallado de buen humor, le había dicho que le dijese de quién era hijo, pues ya él sabía que no era suyo; pero que ni en aquella ocasión ni en otras muchas pudo obligarle con grandes servicios y encarecimientos á que se lo dijese; si bien le traía en palabras de un día en otro, jurándole que sin licencia de aquella persona era imposible; y en medio destas esperanzas se le había muerto de mal, que cuando quiso decírselo no pudo; y que quedando desamparado, no supo aplicarse á ningún oficio, por más que había deseado intentarlo; y que así, había querido elegir el de pastor y hombre del campo, más por vivir en soledad, hallándose tan triste y sin saber quién era, que no porque entendiese que aquel camino podía en ningún tiempo mejorar su fortuna. « En eso te engañaste, respondió el Duque, porque yo te quiero llevar conmigo y estimarte en lo que mereces; que es gran violencia de tus estrellas que con tantas gracias vivas entre gente tan humilde, porque es ingratitud al cielo ó emplearlas mal ó encubrillas. » Besó Diana las manos al Duque con las cortesías y ceremonias que había aprendido en mejores paños, y aceptó la merced que le hacía con humildes y discretas razones, que por instantes iban hallando mayor gracia en los ojos de aquel gran señor, que haciéndola acomodar de lo necesario, la llevó consigo. El disgusto de Silveria no hallo con qué poder compararle, sino es á contrario sentido, con el gusto del estudiante celoso, que de ver que se iba Diana, estaba con tanto gusto como Silveria y su hermana tuvieron pena, celebrando con lágrimas su partida.

¿Quién duda, señora Leonarda, que tendrá vuestra

merced deseo de saber qué se hizo nuestro Celio, que ha muchos tiempos que se embarcó para las Indias, pareciéndole que se ha descuidado la novela? Pues sepa vuestra merced que muchas veces hace esto mismo Heliodoro con Teágenes, y otras con Clariquea, para mayor gusto del que escucha, en la suspensión de lo que espera. Á Celio sucedió tan mal en su viaje, que con una tormenta deshecha, no siendo parte la industria de los marineros, rompiendo cables y amarras y todas las demás jarcias del navío, estuvo á pique de perder la vida en el rigor inexorable de las ondas. Entre la confusión de las voces del amaina el iza, vira, zaborda, el acudir por diversas partes á la faena, desatinado el viento y descompuesto el orden de la navegación, Celio, más que el navío, desordenadas las jarcias de los sentidos, sólo atendiendo á perder á Diana, á quien él imaginaba sol del mundo Antártico, decía, casi en imitación de Marcial, un poeta latino, por quien á vuestra merced le está mejor no saber su lengua :

Ondas, dejadme pasar,
Y matadme cuando vuelva.

Y lo imitó el divino Garcilaso :

Ondas, pues no se excusa que yo muera,
Dejadme allá pasar, y á la tornada
Vuestro furor ejecutá en mi vida.

Y aquí de paso, advierta vuestra merced que á muchos ignorantes que piensan que saben, espanta que con tales vocablos se dé á Garcilaso nombre de principe de los poetas en España. *Tornada*, y otros vocables qne se ven en sus obras, era lo que se usaba entonces; y así, ninguno desta edad debe bachillerear tanto, que le parezca que si Garcilaso naciera en esta, no usara gallardamente de los aumentos de nuestra lengua; pero á vuestra merced ¿qué le va ni le viene en que hablen como quisieren de Garcilaso? Así decía una canción que cantaban un día los músicos de un señor grande :

Las obras de Boscán y Garcilaso
Se venden por dos reales,
Y no las haréis tales,
Aunque os preciéis de aquello del Parnaso.

Atrévome á vuestra merced con lo que se me viene á la pluma, porque sé que, como no ha estudiado retórica, no sabrá cuánto en ella se reprehenden las disgresiones largas. Llegó Celio derrotado con su nave, después de tan larga tormenta, á una isla en las partes de África, donde algunos navíos suelen hacer agua, aunque es menester salir por ella mucha gente con buenas armas y no menos cuidado, porque la guardaban moros por los daños que les solían hacer las galeras y navíos de España. La de Celio venía tan maltratada de la tormenta, que no pudiendo pasar adelante, se determinaron á aderezarla. Salieron en tierra los pasajeros y el patrón, y no de mala gana, que al hombre siempre le fué madre la tierra y madrastra el agua. Comieron sobre unas hierbas, que les servían de manteles, y en el fin de la más descansada comida que había tenido el viaje, porque tenía la mesa más firme, el patrón, conociendo la tristeza de Celio, le rogó que le dijese la causa; él, movido de su piadoso ánimo, le contó quién era, lo que le había sucedido, lo que buscaba, á la traza que suelen ser las narraciones de las comedias, que hay poeta cómico que se lleva de un aliento tres pliegos de un romance. « En esa tierra, dijo el patrón, tengo yo un tío cuya es las mayor parte de la hacienda que llevo en este navío, donde una noche que yo venía de darle cuenta de las ganancias de la flota pasada, viniendo ya despedido, con orden de lo que había de hacer, casi al filo de la media noche, por una calle arriba, me llamó desde un balcón una dama y me preguntó si era hora, á quien yo respondí que cualquiera era buena; y entonces me dió un cofrecillo lleno de joyas y dineros, diciéndome que aguardase á la puerta. No sé qué condición pudo moverme á cosa tan mal hecha, que tomando á toda furia la calle, no quise aguardar el suceso, porque hay fábulas que hasta la segunda jornada llegan felicemente, y á la tercera se pierden. Empeñé las joyas en Sevilla para cosas que me fueron necesarias, con determinación que si Dios me volvía con bien del comenzado viaje, volvería las joyas á su dueño; pero si por la relación, añadió el piloto, que me habéis dado, conocéis esta dama, este diamente es suyo: mirad si le conocéis. » Celio, conociendo que con el primer papel se le había dado á Diana, atravesada la garganta de un fuerte ñudo, apena

pudo ni supo responderle, y más cuando añadió el piloto que si en Sevilla se lo hubiera dicho, no tenía para qué buscar á Diana, porque él sabía infaliblemente que no iba en la armada. Celio, satisfecho y muerto, le dijo que aquel anillo era la primera cosa que había dado á Diana, y que las joyas no tenía que tratar de volverlas, porque la dama era de calidad y le podría costar la vida, por haber sido hurto; que lo callase y gozase, dándole sólo el anillo, que él no quería otra cosa para consolarse; pero por diligencias que hizo Celio, por ruegos, por amenazas, jamás pudo acabar con aquel bárbaro que le diese el anillo. Las palabras suelen ser más dueños de las pendencias que los agravios; de unas en otras vinieron Celio y el patrón á descomponerse, porque el mayor contrario del amor no es la ausecia, los celos, el olvido, el interés, ni la condición, sino la porfía. Llegó pues á tanto extremo, que Celio con la daga le dió dos puñaladas, de que quedó muerto. La gente de la nave acudió al alboroto, y aunque él desesperadamente intentó defenderse, le prendieron y llevaron al navío, que calafeteado y puesto á punto, partió con buen viento y con Celio atado á una cadena en el lastre, á Cartagena de las Indias, habiendo hecho el escribano del navío una pequeña información, á causa de no negar Celio la muerte del piloto, porque decía llanamente que él le había muerto por ladrón de su hacienda de su vida y de su honra. Depositáronle finalmente en la cárcel, porque en la tierra no había gobernador, y estaba, como tan nuevamente conquistada, llena de alborotos y robos, inobediente por remota y varia por ambiciosa; y como dijo el mayor Plinio: « Ningún gobierno es más aborrecido que aquel que más conviene al pueblo. »

Servía en estos medios Diana al Duque, á quien por el cuidado de su ropa, limpieza y aseo de sus vestidos, hizo en breve tiempo su camarero, porque en todo tenía buen gusto y le ayudaba el deseo; que nadie sirve bien si no desea agradar á quien sirve.

Determinóse el Rey Católico en la conquista del reino de Granada, y envió á llamar los grandes, de los cuales no fué el postrero el Duque, pues apenas había recibido la carta, cuando nombró los criados que habían de acompañarle, y los vistió y adornó de ricas libreas. No tuvo Diana en sus trabajos otro día de contento, porque ima-

ginó que si Celio la buscaba, en ningún lugar lo podía hallar como en la corte; y á todos les dió tan grande, que le daban el parabién de verla alegre, porque la amaban y respetaban todos, porque á todos con mucha discreción llevaba sus condiciones; cosa tan necesaria en palacio que el que pensare lograr la suya sin sufrir y acomodar la de otros, ni podrá conservar la gracia del señor, ni dejará perder sus pretensiones por envidia. En este viaje se acreditó mucho Diana, y le mostró mayor amor el Duque; que los caminos y las cárceles hacen notables amistades y descubren más los entendimientos. Estaban un día haciendo hora para caminar, y mandó el Duque á Diana que le cantase alguna de las selvas que solía. Ella con graciosa obediencia comenzó la segunda, diciendo así:

Verdes selvas amorosas,
Oid otra vez mis quejas,
Que en fe de que fuisteis mudas,
Os quiero contar mis penas.
Pues hallo mi compañía
En las soledades vuestras,
No os canse ahora el oirlas,
Pues descanso en padecerlas.
Si os pareciere importuno,
Sabed, amorosas selvas,
Que ha dado el cielo á los males
Para quejarse licencia.
Si cuando os conté mis dichas
Os alegrasteis con ellas,
Haced oficio de amigo,
Y acompañad mis tristezas.
Aquella aldeana hermosa,
Cuya divina belleza
Para criar vuestras flores
Trajo el sol en dos estrellas;
La que bajaba á matar
Fieras por vuestra aspereza,
Y mentía, que eran almas
Las que ella llamaba fieras;
Por celos de una pastora,
Selvas, que miraba apenas,
Tan fea y tan enfadosa
Como si no fuera necia,
Se fué de la aldea airada,
Sólo porque fuese aldea,

Porque fué con ella corte,
Porque fué cielo con ella.
¿Cómo os diré mi dolor,
Si no sabéis qué es ausencia?
Mas si sabéis, pues tres meses
Aguardáis la primavera.
Otros tantos ha que vive
Desa parte de la sierra,
Que quiso pasar sus nieves
Por dejar su fuego en ellas.
Hay pastores donde está,
De quien es justo que tema,
No sé si con menos alma,
Mas sé que con más riqueza.
Ya sabéis, selvas, sus partes;
¿Quién habrá que no la quiera?
¿Quién habrá que no me mate?
¿Quién habrá que no me ofenda?
Todos pienso que la miran,
Y que todos la desean;
Pues ¿cómo estaré seguro
Cuando por celos me deja?
Con esto muriendo vivo,
Porque mis desdichas piensan
Que alguno será dichoso
Para que yo no lo sea.
Escribíle mis enojos,
Y que no quiero quererla:
¡Qué necias tretas de amor,
Si estoy muriendo por ella!
Porfío por ver si escribe
Alguna palabra tierna,
De donde tome ocasión
Para rogarle que vuelva.
Mas, como mi loco amor
La tiene tan satisfecha,
Sabiendo que he de rogarla,
Responde que allá se queda.
Que sus papeles la envie,
Porque no quiere que tenga
Por donde, pasado el plazo,
Pueda pedirle la deuda.
Con esto, celoso y triste,
Fuíme á la sierra por verla,
Fiándome de la noche
Por encubrir mi flaqueza.
Y viéndola en su cabaña,

Más que otras veces compuesta,
Rogáronme mis desdichas
Que creyese sus sospechas.
Selvas, quien ama y se viste
Con celos y con ausencia,
No digo que tiene amor,
Que amor es todo tristeza.
Parecióme más hermosa;
Que los enojos aumentan
La hermosura, porque en fin
Ya parece que es ajena.
Volvíme, y juré vengarme;
Mas en estas diferencias,
Así me quisiera hablar
Como mil almas le diera.

Caminaban todos entretenidos con el donaire y gracia de Diana, que le tenía para todas las cosas; mayormente el Duque, que ya llevaba cuidado de hacerle merced, y se la hubiera hecho si la hubiera visto inclinada á casarse, porque algunas veces lo habían tratado él y la Duquesa, con una criada de su cámara, que era toda su privanza y gusto, de que Diana se guardaba todo lo posible, porque era imposible. Aposentóse al Duque en la corte con la grandeza que á tal príncipe convenía. Iba y venía á palacio, llevando siempre en su coche á Diana, que se convertía en los ojos de Argos, para ver si por aquellas calles ó en los patios y corredores del alcázar parecía Celio, que con fuertes prisiones estaba en Cartagena de las Indias. El Rey se ponía muchas veces en un balcón que sobre la puerta de palacio hacía una hermosa vista, para ver desde los cristales de los marcos entrar los grandes. Quiso la fortuna de Diana, que ya se cansaba de tantos accidentes, que sobre pasar los coches ó llegar á la puerta se descomidiese un criado con el Duque; y como los que le acompañaban se embarazasen, como cortesanos nuevos, Diana, que por donaire solía tomar las espadas negras con que se entretenían Octavio, su hermano, y Celio con las doncellas de su casa, quitando airosamente el estribo, antes que se afirmasen le dió una gentil cuchillada; la confusión fué grande; el Duque interpuso su autoridad, y metió consigo á su camarero hasta la puerta del retrete; habló el Rey al Duque, y como se riese hablándole, el Duque le

preguntó que de qué se reía su alteza, y él le dijo: «Del buen aire de aquel gentilhombre vuestro, que dió aquella cuchillada al que se descomedió tan descortés y atrevido.» El Duque, viendo que el Rey no estaba enojado, le alabó y encareció las partes, gracias y virtudes de Diana, de suerte que quiso verla, y entró y le besó la mano. El buen talle de Diana, la gala, la discreción y el despejo obligaron al Rey á pedírsele al Duque, y él dijo que, aunque era todo su regalo, desde que le había recibido tenía este pensamiento de ofrecérsele. Contenta estará vuestra merced, señora Leonarda, de la mejoría de nuestro cuento, pues ya queda Diana en servicio del Rey Católico, y en pocos días tan privado, que en mil cosas que se le ofrecían holgaba de su parecer, y de lance en lance ya tenía los papeles de más calidad é importancia. Pues prometo á vuestra merced que no lo estaba la pobre dama, porque tenía el alma entre dos Celios, y ausentes entrambos, uno en las Indias y otro en tierra de Plasencia; aquél su esposo, y éste su hijo. Creció tanto el amor del Rey con las gracias y servicios de Diana, que antes que saliese de la corte el Duque, ya le había pagado lo que por ella había hecho, y su alteza le había dado, á ruego suyo, la encomienda mayor de Alcántara: y para su hermano segundo seis mil ducados de renta.

La gracia de la voz de Diana no se había encubierto en palacio; pero ya con el nuevo estado y oficio estaba en silencio; error del mundo, que en llegando los estados á la autoridad, pierdan calidad por las gracias, y que si á un hombre le dió el cielo gracia de cantar, tañer ó hacer versos, queda inhábil para otros oficios, y se murmura destas virtudes, como si fuesen fealdades. Alejandro tañía y cantaba, Octaviano hacía versos, y no por eso dejaron, el uno de tener en paz el mundo, y el otro de conquistarle. Servía un hijo de un gran señor una dama y ella deseaba con extremo oir cantar á Diana, cuya persona y entendimiento ne debían de desagradarle. Pidió con grande encarecimiento al amante referido que le pidiese que cantase una noche. Diana, por no disgustarle, y creyendo que no importaría que se supiese, cerca de la una de la noche, en el terrero cantó así:

Selvas, en mi vida tuve
Más ocasión de hacer versos,
Más causa para ser altos,
Más amor para ser tiernos.
Hoy sabréis el mal que tuve,
Y veréis el bien que tengo,
Porque viene á ser mi voz
Alma de vuestro silencio.
No he querido en el aldea,
Selvas, hablar, porque temo
Los secretarios de cifra
De pensamientos ajenos.
Hállome bien en vosotras,
Porque si algún arroyuelo
Murmura de lo que digo,
Al fin corre y pasa presto.
En los palacios de Circe
Estuvo mi entendimiento
Cautivo sin hermosura
Y agradecido sin premio.
En esta transformación
No pude ver sus defectos;
¡Mal haya amor, que pasado,
Es todo arrepentimiento!
Pero ya, selvas amigas,
Soy, por mi bien, de otro dueño,
Tan hermoso, que parece
De imaginaciones hecho.
Verdes y pintados son
Sus ojos: mirad, os ruego;
Si esto se llama pintado,
¿Qué será lo verdadero?
Cuando los miro me admiro,
Y que es milagro sospecho
Que, siendo soles pintados,
Despidan rayos de fuego.
En ellos viven dos niñas,
No como los ojos bellos
Pintadas, sino pintoras,
Pues me retratan en ellos.
Este cielo de sus ojos
Permite á dos arcos negros
Por amistad hermosura,
Que no es poco junto á ellos.
Naturaleza y la diosa
Que vuestros prados amenos
Visten por abril y mayo,

En su boca compitieron.
Y aunque os dió la primavera
La rosa en honra de Venus,
Perdió con la de sus labios,
Donde yo también me pierdo.
De dos corales la hizo;
Mas las perlas que vi dentro,
Su misma risa las diga,
Que yo turbado no acierto.
Sus manos son de marfil,
Y flechas de amor sus dedos,
Porque á ser de nieve el sol,
Hubiera rayos de hielo.
Lo demás, aunque es lo más,
No lo digo, porque pienso
Que me tendréis por dichoso,
Y estaré cerca de necio.
Pero imaginad el alma
Que anima su hermoso cuerpo,
Y veréis por un cristal
La luz de su entendimiento.
Tres dicen que son las gracias,
Los que las suyas no vieron,
Porque las hicieran más,
Ó fueran las otras menos.
Desta belleza que digo,
Seis años anduve huyendo;
Pero en un hora de amor
Le pago cuanto le debo.
Aquí vivo de mirarla,
Y como sin verla muero,
Siempre digo que me voy,
Imaginando que vuelvo.
Estoy contento y celoso;
¿Quién vió celoso y contento?
Mas téngolos de mi dicha,
Sin darme ocasión de celos.
¡Ay de mí, si alguna vez
Fuese verdad lo que temo!
Pero no quiero pensarlo,
Por no morir de temerlo.

Esta fué la desdicha ó la dicha de Diana, que habiéndola oído algún celoso que no estaba en desgracia del Rey, y lo estaba desta Diana, se lo dijo y afeó notablemente. Él, que lo había oído y disimulado, comenzó á dar orden, so-

licitado de muchos, á quien era odiosa su privanza, como cosa sin fundamento de sangre y dignos servicios de paz y guerra; habiendo sabido que en las Indias había tantos alborotos, y conociendo que á Diana, que siempre se llamó Celio, comenzaba á emprender la envidia, porque no viniese á caer por sus calumnias en su desgracia, le nombró por gobernador y capitán general de todo lo nuevamente conquistado, y para castigar los culpados en la muerte del que lo había sido, de que cada día venían á España quejas y procesos. No pudo Diana dejar de aceptar el cargo, y besando la mano al Rey, con sus despachos y la gente necesaria, partió de Valladolid á Sevilla, donde estaba la armada y se hacía la gente que había de pasar con ella, que á la fama de la inmensa riqueza que aquella tierra producía, era infinita. Pasó por Toledo, su patria; y como allí la novedad moviese las damas y caballeros, salieron todos á ver el nuevo Virrey cuyo talle y entendimiento en todas las ciudades de Castilla tenía fama. Salió su hermano Octavio, y como ella le viese entre los otros, cubriéndosele el rostro de lágrimas, cerró las cortinas del coche, y echándose en las almohadas, pensó rendir el alma. No quiso parar en Toledo, y cuando estaba lejos de ser vista, haciendo descubrir el coche, miraba la ciudad con entrañables suspiros. Desde Sevilla comenzó la fortuna de Diana á mejorar de intento, y la de la mar le puso con tiempo próspero en la tierra deseada, con grande aplauso de los españoles é indios, que viendo de la suerte que se hacía respetar y temer, lo que castigaba y premiaba, la limpieza de sus manos y la entereza de su justicia, así por esto, como porque le imaginaban tan mozo y tan casto, le llamaban el sol de España. Á muchos enviaba á ella con los procesos y averiguaciones, á muchos hacía dar garrote en secreto y sepultura en el mar, si allí le había. Llegó últimamente á Cartagena, y visitando los presos, vió á Celio, que aunque estaba flaco y descolorido, le conoció luego; que, como amor está en la sangre, vase presto al corazón y da aviso al alma. La alegría de Diana compitió con la disimulación, y estuvo cerca de vencerla. Informóse de la causa, y quisiera librarle; pero dos hermanos del muerto, el uno mercader rico y el otro capitán belicoso, y que hasta entonces le habían guardado en la cárcel y perseguido, daban voces y pedían justicia, de suerte que no le

fué posible á Diana ponerle en libertad. Hizo salir de la sala á todos, y quiso saber de su boca todo el suceso, dándole palabra de caballero, si le decía la verdad, de ayudarle cuanto le fuese posible. Creyendo Celio que el Virrey se le había aficionado,y creyendo la verdad, aunque no la entendía, contóle por extenso toda su historia, desde los amores de Toledo, la ausencia de Diana, lo que había padecido por buscarla, y cómo el hombre que había muerto era el que le había hurtado sus joyas, que por no le querer restituir el diamante y ser la primera prenda de su amor, vino en tanta desesperación y renovado sus desdichas. Diana miraba á Celio y volvía las lágrimas desde los ojos al corazón, llorando sobre él lo que fuera en el rostro á estar más sola. Hizo retirar á Celio, y de secreto á su mayordomo que con notable cuidado le regalase; y le hablaba todos los días, haciéndole siempre referir su historia, de que Celio se admiraba, viendo que no quería que le tratase de otra cosa. Acabadas todas las que tenía que hacer en aquella tierra, hechos los castigos, y dado á los leales los merecidos premios, como el Rey le mandaba por sus provisiones y despachos; viendo que no había sido posible aplacar con ruegos ni dineros la rigurosa parte del piloto difunto, le embarcó en su capitana, y á título de preso llevó consigo, comiendo y jugando con él todo el viaje. Halló Diana al Rey Católico en Sevilla ; fué á besarle la mano con grande acompañamiento, y no sin Celio, que allá le llevó también con la disculpa de algunas guardas. Pienso, y no debo de engañarme, que vuestra merced me tendrá por desalentado escritor de novelas, viendo que tanto tiempo he pintado á Diana sin descubrirse á Celio después de tantos trabajos y desdichas; pero suplico á vuestra merced me diga, si Diana se declarara, y amor ciego se atreviera á los brazos, ¿cómo llegara este gobernador á Sevilla? Pues no ha faltado tambien quien me ha dicho que hablándose los dos á solas, los murmuraron, y dieron cuenta al Rey, donde le fué forzoso á Diana declararse, y ellos quedaron corridos. Lo cierto es, que entre las mercedes que pidió á su majestad por los servicios de la India y su pacificación, fué el perdón de Celio, y luego que le hiciese cumplir la palabra que le había dado de casarse con ella, de que el Rey y todos sus caballeros quedaron admirados, y Celio, conociendo que el gobernador

era su hermosa mujer, que tantas lágrimas y desventuras le había costado. Grandes fueron las mercedes que el Rey les hizo, y grandes las fiestas que se hicieron á sus casamientos, y no menor el contento de ver su hijo, por quien enviaron luego personas de confianza. Trájole la pastora en hábito de grosero zagal, pero con linda cara y melena hasta los hombros. El contento destos amantes, cuando descansaron en los brazos de tantas fortunas, vuestra merced, con su grande entendimiento, lo figure, pues ya su imaginación se habrá adelantado á exagerársele; que yo me parto á Toledo á pedir albricias á Lisena y Octavio de que ya hicieron fin las fortunas de la hermosa Diana y el firme Celio.

EL DESDICHADO POR LA HONRA

Pienso que me ha de suceder con vuestra merced lo que suele á los que prestan, que pidiendo poco y volviendo luego, piden mayor cantidad para no pagarlo. Mandóme vuestra merced escribir una novela; enviéle. *Las fortunas de Diana;* volvióme tales agradecimientos, que luego presumí que quería engañarme en mayor cantidad, y hame salido tan cierto el pensamiento, que me manda escribir un libro dellas, como si yo pudiese medir mis ocupaciones con su obediencia. Pero, ya que lo intento, si no en todo, en alguna parte, voy con miedo de que vuestra merced no ha de pagarme, y en esta desconfianza y fuerza que hago á mi inclinación, que halla mayor deleite en mayores estudios, aparece como la luz que guiaba á Leandro, la llama resplandeciente de mi sacrificio, así opuesta al imposible como á las objeciones de tantos, á que está respondido con que es muy proprio á los mayores años referir ejemplos, y de las cosas que han visto contar algunas; verdad que se hallará en *Homero*, griego, y en *Virgilio*, latino, bastantes á mi crédito, por ser los príncipes de las dos mejores lenguas; que de la santa no se pudieran traer pocos, si mi propósito fuera disculparme. Confieso á vuestra merced ingenuamente que hallo nueva la lengua de tiempos á esta parte, que no me atrevo á decir aumentada ni enriquecida; y tan embarazado con no saberla, que por no caer en la vergüenza de decir que no la sé, para aprenderla, creo que me ha de suceder lo que á un labrador de muchos años, á quien dijo el cura de su lugar que no le

absolvería una cuaresma, porque se le había olvidado el credo, si no se le traía de memoria. El viejo, que entre los rústicos hábitos tenía por huésped desde el principio de su vida una generosa vergüenza, valióse de la industria por no decir á nadie que se le enseñase, que á la cuenta tampoco sabía leerle. Vivía un maestro de niños dos casas más arriba de la suya, sentábase á la puerta mañana y tarde, y al salir de la escuela decía con una moneda en las manos: « Niños, esta tiene quien mejor dijere el credo. » Recitábale cada uno de por sí,y él le oía tantas veces, que ganando opinión de buen cristiano, salió con aprender lo que no sabía. Paréceme que vuestra merced se promete con esta prevención la bajeza del estilo y la copia de cosas fuera de propósito, que le esperan; pues hágala á su paciencia desde ahora, que en este género de escritura ha de haber una oficina de cuanto se viniere á la pluma, sin disgusto de los oídos, aunque lo sea de los preceptos; porque, ya de cosas altas, ya de humildes, ya de episodios y paréntesis, ya de historias, ya de fábulas, ya de reprehensiones y ejemplos, ya de versos y lugares de autores, pienso valerme, para que ni sea tan grave el estilo, que canse á los que no saben, ni tan desnudo de algún arte, que le remitan al polvo los que entienden. Demás, que yo he pensado que tienen las novelas los mismos preceptos que las comedias, cuyo fin es haber dado su autor contento y gusto al pueblo, aunque se ahorque el arte; y esto, aunque va dicho al descuido, fué opinión de Aristóteles, y por si vuestra merced no supiere quién es este hombre, desde hoy quede advertida de que no supo latín, porque habló en la lengua que le enseñaron sus padres, y pienso que era en Grecia; con este advertimiento, que á manera de proemio introduce la primera fábula, verá vuestra merced el valor de un hombre de nuestra patria, tan necio por su honra, que si lo fuera el fin como el principio, la lástima le cubriera de olvido y la pluma de silencio.

En una villa insigne del arzobispado de Toledo, con todas sus circunstancias de grave, hasta tener voto en cortes, se crió un mancebo de gentil disposición y talle y no menos virtuosas costumbres y entendimiento. Enviáronle sus padres en sus tiernos años á estudiar á la famosa academia que fundó el valeroso conquistador de Orán, fray Francisco Jiménez de Cisneros, cardenal de

España, persona que peleaba y escribía, era severo y humilde, y que dejó de sí tantas memorias, que aun siendo este lugar tan ínfimo, no se pasó sin ella. Habiendo oído Felisardo, que así se ha de llamar este mancebo, y como si dijésemos, el héroe de la novela, algunos años la facultad de cánones, mudó intento por algunos respetos, y viniendo á la corte de Felipe III, llamado el Bueno, aplicóse á servir en la casa de un grande de los más conocidos destos reinos, así por su ilustrísima sangre como por la autoridad de su persona. Era la de Felisardo tan buena, sus partes y costumbres tan amables, porque, después de ser muy valiente por sus manos, era de singular modestia por su lengua, que se llevó los ojos deste príncipe y las voluntades de los amigos que le trataban, de los cuales tuvo muchos, y yo participé de su conversación y compañía algunas horas. Mal he hecho en confesar que escribo historia de tiempos presentes, que dicen que es peligro notable; porque en habiendo quien conozca alguno de los contenidos, ha de ser el autor vituperado, por buena intención que tenga; pues no hay ninguno que no quiera ser, por nacimiento godo, por entendimiento Platón, y por valentía el conde Fernán González; de suerte que, habiendo yo escrito, *El asalto de Mastrique*, dió el autor que representaba esta comedia el papel de un alférez á un representante de ruin persona, y saliendo yo de oirla, me apartó un hidalgo, y dijo muy descolorido, que no había sido buen término de dar aquel papel á hombre de malas facciones y que parecía cobarde, siendo su hermano muy valiente y gentil hombre; que se mudase el papel, ó que me esperaría en lo alto del Prado desde las dos de la tarde hasta las nueve de la noche. Yo, que no he tenido deudo con los hijos de Arias Gonzalo, consolé al referido don Diego Ordóñez, y dando el papel á otro, le dije que hiciese muchas demostraciones de bravo, con que el hidalgo, que lo era tanto, me envió un presente. Aquí no correrá este peligro con Felisardo, porque irá su desdicha á solas, sin comprehender participantes cuando la historia fuera sangrienta. Finalmente, señora Marcia, deseos de aumentar honor y ver la hermosa Italia llevaron este mancebo á uno de los reinos que su majestad tiene en ella, en servicio de un príncipe que había de gobernarle, como lo hizo felicísimamente. En habiendo este señor comunicado á Felisardo,

puso en él los ojos, honrándole y favoreciéndole, sin envidia de los demás criados, que parece imposible; y yo no hallo en el servir, con ser vida tan miserable, cosa tan áspera como este infalible aforismo: « Si el señor os ama, los criados os aborrecen. » De que se sigue lo contrario, pues para que ellos os quieran, el señor os ha de tener en poco; mas la virtud de Felisardo, lo apacible comunicado, lo deseoso de hacer á todos gusto, y el hablar bien al dueño en ausencia, y solicitar que se le biciese á todos, venció con novedad de suceso la bárbara naturaleza del servicio. Gastaba algunos ratos Felisardo en escribir versos á una señora de aquella ciudad, no menos hermosa que discreta, á quien se había inclinado, y ella, por su gentil disposición, admitía en los ojos las veces que con los suyos solicitaba este favor desde la calle. No le será difícil á vuestra merced creer que era poeta este mancebo en este fertilísimo siglo deste género de legumbres, que ya dicen que los pronósticos y almanaques ponen entre garbanzos, lentejas, cebada, trigo y espárragos, habrá tales y tales poetas. Dejemos de disputar si era culto, si puede ó no puede sufrir esta gramática nuestra lengua; que ni vuestra merced es de las que madrugan las cuaresmas al sermón discreto, ni yo de los que se rinden en esta materia por parecerlo, juzgando lo que desean entender por entendido, y remitiendo al que lo escribió la inteligencia y la defensa. Pienso que está vuestra merced diciendo: « Si queréis decirme algún soneto en cabeza deste hombre, ¿para qué me quebráis la mía? » Pues vaya de soneto:

Quien se pudo alabar después de veros,
Si puede ser que se libró de amaros,
Ni mereció quereros ni miraros,
Pues que pudo miraros sin quereros.
Yo, que lo merecí sin mereceros,
Mil almas, cuando os vi, quisiera daros,
Si lo que me ha costado el desearos,
Á cuenta recibís del ofenderos.
Mándame amor que espere, y yo le creo,
Por lo que dicen que esperando alcanza,
Aunque tan alta la esperanza veo.
Pero si os ha ofendido mi esperanza,
Déjadle la venganza á mi deseo,
Y no queráis de m ímayor venganza.

Con una criada tuvo lugar Felisardo de enviar este soneto á la señora Silvia, dama verdaderamente en quien concurrían todas las partes que hacen una mujer perfecta en sus primeros años. Apetecía este mancebo en ella lo que no tenía, porque Silvia era rubia y blanca, y el no del todo moreno y barbinegro, pero de suerte, que parecía español desde el principio de una calle. Con esta gala de escribir en verso, licencia que no se niega, y libertad con que se dice más de lo que se siente, continuaba Felisardo su voluntad, y Silvia le correspondía, disimulando por su calidad lo que no hubiera hecho sin ella; así la tenían obligada los servicios personales deste mancebo y las fuerzas de amanecer en su calle, que ya ella, aunque con algún recato, se levantaba á verle. Por no impedir el curso deste amor habemos llegado aquí, sin tomar en la boca á Alejandro, caballero insigne desta ciudad, que voy encubriendo, y notablemente rendido á la hermosura desta dama. Parecíale al referido que, pues Silvia no le amaba, no habría en el mundo quien la mereciese: con que llegó, el descuido á no reparar en Felisardo, hasta que le halló más veces que él quisiera, asida la mano á una reja baja de su casa, y le pareció que en la nueva manera de conversación la favorecía. No le agradó asimismo á Felisardo el cuidado de Alejandro, porque no le faltaban á este caballero méritos, si bien blancos y rubios, que por ser comunes en aquella tierra, no eran tan vistos. Con esto dieron entrambos en no dejar las noches desierta la campaña, guardando cada uno su puesto y enviando centinelas perdidas. Sintió Alejandro que estaba en mejor lugar Felisardo, y dándole á los celos, como el verdadero amor nunca tuvo término en el amar, que así lo sintió Propercio, llegó á ser descompostura en su autoridad y modestia; y más declarado que solía, habiendo conducido una noche con varios instrumentos excelentes músicos, quiso que á sus mismas rejas dos voces de las mejores la cantasen así:

Deseos de un imposible
Me han traído á tiempos tales,
Que no teniendo remedio,
Solicitan remediarme.
Dando voy pasos perdidos
Por tierra que toda es aire,

Que sigo mi pensamiento,
Y no es posible alcanzarle.
Desengáñanme los tiempos,
Y pídoles que me engañen,
Que es tan alto el bien que adoro,
Que es menor mal que me maten.
¡Ay Dios, qué loco amor, mas tan suave,
Que me disculpa quien la causa sabe!

Busco un fin que no le tiene,
Y con saber, que en buscarle
Pierdo pasos y deseos,
No es posible que me canse.
Vivo en mis males alegre,
Y con ser tantos mis males,
La mayor pena que tengo,
Es que las penas me falten.
Contento estoy de estar triste,
No hay peligro que me espante,
Que, como sigo imposibles,
Todo me parece fácil.
¡Ay Dios, qué loco amor, mas tan suave,
Que me disculpa quien la causa sabe!

Hermoso dueño deseo,
Y es tanto bien desearle,
Que ver que no le merezco
Tengo por premio bastante.
Tanto le estimo, que creo
Que pudiendo darle alcance,
Si su valor fuera menos,
Me pesara de alcanzarle.
Para su belleza quiero
La gloria de lo que vale,
Y para mí, siendo suyas,
Tristezas y soledades.
¡Ay Dios, qué loco amor, mas tan suave,
Que me disculpa quien la causa sabe!

No dormía en este tiempo Felisardo, que con cuidadosos pasos había reconocido el dueño de aquellos pensamientos y de la música, haciéndoles más celos el estar tan bien escritos que el haber tenido atrevimiento para cantarlos. Desagradó á Alejandro sumamente la bachillería de los pies de Felisardo, que más curiosos de lo que fuera justo traían al dueño ; y determinado á saber quién era, aunque

ya la gentileza bastantemente lo publicaba, le dió dos giros, pienso que en español se llaman vueltas; perdone vuestra merced la voz; que pasa esta novela en Italia. Felisardo, que no era bien acondicionado en materia de la honra, cosa que solamente le hacía soberbio, declaróse á manera de enfadarse, y diciéndole que era descortesía, respondió Alejandro: *Io non sono discortese; voi si, que havete per due volte fatto sentir al mondo la bravura deli vostri mostachi.* Creo que aquí vuestra merced me maldice, pues para decir: « Yo no soy descortés; vos sí, que por dos veces habéis hecho sentir al mundo la braveza de vuestros bigotes, » no había necesidad de hablar tan bajamente la lengua toscana. Pues no tiene razón vuestra merced, que esta lengua es muy dulce y copiosa y digna de toda estimación, y á muchos españoles ha sido muy importante, porque no sabiendo latín bastantemente, copian y trasladan de la lengua italiana lo que se les antoja, y luego dicen: « Traducido de latín en castellano; » pero yo le doy palabra á vuestra merced de que pocas veces me suceda, sino es que se me olvida, porque soy flaco de memoria. Si vuestra merced tiene en la suya la ocasion con que se amohinaron estos dos amantes, haya de saber que Felisardo no llevó bien que le hablase en la braveza ni en el cuidado de los bigotes, que aunque no había los estantales que les ponen ahora, ya de cuero de ámbar, ya de lo que solía ser fealdad, y ahora, ó los hace más gruesos ó los sustenta, que se llama en la botica: *Vigotorum duplicatio;* como si dijésemos por donaire á un gordo, tiene dos barbas; no los traía con descuido, y porque se levantaban con solo el cuidado de las manos, los llamaba los obedientes; y retirándose un poco, principio de quien quiere acercarse, le dijo, la voz más alta, que nunca tuvo el enojo hijos pequeños de cuerpo: « Caballero, yo soy español y criado del Virrey; truje estos bigotes de España, no para espantar cobardes, sino para adorno de mi persona; la música lleva de las orejas este sentido. » Replicó Alejandro: « Desde lejos la pudiera oir quien las tiene tan largas, que por lo que oye, juzga que los que no conoce son cobardes; que hay hombre aquí que se las cortará de dos cuchilladas y las clavará á los instrumentos para que los oigan más cerca. » Á tan descompuestas palabras respondió Felisardo: « La espada es la respuesta; » y sacándola

con gentil aire, y un broquel de la cinta, le hizo conocer que no desdecía de la compostura de los bigotes. Todos los músicos huyeron, que es gente á quien embarazan los instrumentos por la mayor parte, que no se entiende en todos, y yo he conocido músico que traía tan bien las manos en la espada como en las cuerdas; pero en fin, tienen disculpa con que van á guardar los instrumentos, que aventurar aquello con que se gana de comer es extrema ignorancia; demás de que quien canta está sin cólera, y no le trajeron á reñir, sino á hacer pasos de garganta, y el huir también esos pasos, y se pueden hacer con los pies á una necesidad, como se ve en los que bailan, que no carecen los pies de armonía y música; que por eso la llaman compás, qne es todo el fundamento de la música. Esto es guardar el docoro á los señores músicos que cantan en nuestra lengua, porque no son poco de temer enojados, pues con solo venir á cantar mal á la calle de quien los hubiese ofendido, pueden matar un hombre como con una pieza de artillería. Los criados de Alejandro hicieron rostro, riñeron cuatro con uno; si eran valientes, no lo disputemos; oigamos á Carranza, que dice en su libro de la *Filosofía de la espada:* « Hay hombres de tan bajos ánimos, que no hace mucho uno solo en aventajarse á muchos. » Y prosigue más adelante: « Cuando un hombre solo riñe con otro, se puede decir que riñe, pero si con dos ó tres, ellos riñen con él, y él solo se defiende.» Y prosiguiendo esta materia, da la razón en que cuatro movimientos constituyen cuatro heridas, y que han de dar en cuatro lugares indeterminados, y que el objeto no podrá resistir á cuatro, pues á dos no pudo Hércules, como lo dice el adagio latino. Cumpliendo voy lo que dije, cansando á vuestra merced con cosas tan fuera de propósito, ya que lo sean del mío; pero ¿por qué no tengo yo de pensar que vuestra merced es belicosa, y que si se hallara al lado de Felisardo, por haber nacido tan cerca de su patria, estar en la extranjera, enamorado y con buen talle, no se holgara de ayudarle, aunque fuera con voces? Las de la cuestión fueron tantas, que acudiendo la justicia, se libró Felisardo de aquel peligro, que el vulgo amenaza á los españoles en toda Europa; en lo demás, no salió herido, y lo quedó Alejandro y dos criados suyos. Llevóle la justicia al Virrey, que no estaba acostado, porque era noche de ordinario á

España; mostró indignación á Felisardo, y al alguacil ó capitán, como allá se llama, mucho agradecimiento de su cuidado; mandóle poner grillos y una cadena en su aposento, y en estando solos bajó á hacérselos quitar, y dándole los brazos y una cadena, de las que llaman banda, de peso de ciento y cincuenta escudos (que soy tan puntual novelador, que aun he querido que no le quede á vuestra merced este escrúpulo de lo que pesaba), le dijo que le contase todo el suceso. Oyóle el Príncipe con mucho gusto, y habiendo convalecido Alejandro, le hizo llamar, y llevándole al aposento de Felisardo, á quien para este efecto mandó poner la cadena y grillos, le dijo que mirase la pena que quería darle, que aunque fuese destierro á España, le enviaria luego. Alejandro, que entendió que el Príncipe le obligaba por aquel camino á perdonarle, y que de no hacerlo caería en la desgracia de entrambos, escogió como discreto, y dió los brazos á Felisardo, que por estar herido su contrario, había visto y hablado á Silvia todas las noches, que desde la bizarría de la pendencia estaba más rendida. Creció el amor, cultivado de la vista y de las privaciones de la ejecución de los deseos en conversaciones largas, que tantas honras han destruído y tantas casas han abrasado. Llegaron las palabras á darse con juramento de matrimonio, en dando el Virrey á Felisardo algún grave oficio, que para la calidad de Silvia era necesario; y como amor es mercader que fía, aunque después nunca se pague, que esto tiene de señor, cuando ama, que no hay cosa que le den en confianza, que no reciba, ni alguna que después, si no es por justicia, pague; permitió que Felisardo llegase á los brazos, hasta allí tan cuidadosamente defendidos, de que resultó poder encubrir mal lo que antes desta determinación estuvo tan encubierto. No se puede encarecer con qué común alegría celebraban sus vistas los amantes, en su imaginación esposos, y cómo revalidaba Felisardo el juramento, y Silvia le creía; que como cada uno se ama á sí mismo, por opinión del filósofo, aunque tema, da crédito, por entretener su gusto; que nadie quiso tanto al otro, que no se quisiese más á sí mismo. Y así, cuando vuestra merced oiga decir á alguno, cosa que no le puede suceder, que la quiere más que á sí, dígale que Aristóteles no lo sintió desa suerte; y que á vuestra merced le consta que este filósofo era más hombre

de bien que Plinio, y que trataba más verdad en sus cosas. Notable es la fortuna con los mercaderes, terrible con los privados, cruel con los navegantes, desatinada con los jugadores, pero con los amantes notable, cruel y desatinada. En medio desta paz, desta unión, deste amor, desta esperanza y desta agradable posesión, se dividieron por el más extraño suceso que se ha visto en fortuna de hombre, ni ha cabido en humano entendimiento, pues sin dar disculpa ni ocasión á Silvia, pidió licencia al Virrey Felisardo para ir á Nápoles á unos negocios, y se partió de Sicilia. ¿ Dije ya la ciudad ? No importa, que aunque la novela se funde en honra, no vendrá por esto á menos aunque fuese conocida la persona ; y yo gusto de que vuestra merced no oiga cosas que dude ; que esto de novelas no es versos cultos, que es necesario solicitar su inteligencia con mucho estudio, y después de haberlo entendido, es lo mismo que se pudiera haber dicho con menos y mejores palabras. En sabiendo Silvia que era partido este hombre, con tan fiera é indigna crueldad del amor que le había tenido, de la honra que le había costado, y de las joyas y regalos con que le había servido, comenzó á derramar inmensa copia de lágrimas, y sin comer algunos días, fué quitando á su hermosura el lustre y á su vida el término. Retirábase de noche con Alfreda, una fiel criada suya, y en un pequeño jardín que por unas rejas miraba al mar (no poca dicha en aquella ocasión, que sus ventanas tuviesen rejas), decía: « ¡ Oh cruel español, bárbaro como tu tierra ! Oh el más falso de los hombres, á quien no iguala la crueldad de Vireno, duque de Selaudia (que á la cuenta debía de ser esta dama leída en el Ariosto), ni todos los que olvidados de su nobleza y obligación dejaron burladas mujeres principales é inocentes ! ¿ Adónde vas, y me dejas sin honra y sin ti, de quien ya solamente podía esperarla ? Pues habiendo partido de mis ojos tan injustamente, no me queda de quien poder cobrarla, pues la prenda que me dejas, más me la quita, y sólo podré deberle mi muerte ; pues es imposible que deje de sentir tu crueldad y que su sentimiento me quite á mí la vida. ¿ Quién pensara, Felisardo mío, que en la modestia y compostura de tu rostro, en la gentileza y gallardía de tu cuerpo cupiera tan duro corazón y alma tan fiera ? ¿ Tú eres español, enemigo ? No es posible, pues dellos oigo decir y he leído que ninguna na-

ción del mundo ama tan dulcemente las mujeres, ni con mayor determinación pierde por ellas la vida. Si se te ofreció alguna precisa fuerza para ausentarte, ¿por qué no me la diste por disculpa, y despidiéndote de mí, me mataras con menos crueldad, aunque más presto? ¿Es posible, fiero español, que ayer estabas en mis brazos diciendo que por mí perderías mil vidas, y que hoy te vas con una sola que me has dado? ¡Ay de mí, que tú por ventura ahora estás riendo de mis lágrimas, afeando mis libertades é infamando mis atrevimientos, de que fueron causa, no mi liviandad, sino tu gentileza, no mi libertad, sino mi adversa fortuna! que cierto será que estés ahora cantando á otra más dichosa que yo, pero tan cerca de ser tan desdichada, las locuras que me has visto hacer y las penas que me has hecho sufrir. Pues no se burle ahora de mí la que te cree y te escucha, que presto me ayudará á quejarme de ti, y sabiendo quién eres, me disculpará porque te quise, y me tendrá lástima porque te quiero.» Estas y muchas decía Silvia llorando, sin bastar los consuelos de Alfreda á templar su furia, tan fundada en razón como en desdicha. En estos medios llego Felisardo á Napoles, ciudad que vuestra merced habrá oído encarecer por hermosura y riqueza, y donde viven más españoles que en el resto de Italia, desde que el Gran Capitán don Gonzalo Fernández de Córdoba echó della los franceses, adquiriendo aquel famoso reino á la corona de Castilla; servicio que, con los demás suyos, no podrá olvidar el tiempo ni acabar el olvido, si bien un escritor moderno, más envidioso que elocuente y docto, presumió que podía su poca autoridad en un libro que escribió, llamado *Raguallos* [1] *del Parnaso*, escurecer el nombre que no le pudieron negar hasta las naciones bárbaras. Con la tristeza que en ella vivía Felisardo no merece encarecimiento, porque en las cosas tan conocidas no se han de gastar palabras. Allí se determinó de escribir al virrey de Sicilia la causa original de su ausencia. Recibió aquel magnánimo príncipe la carta, y leyéndola, quedó admirado; no sé si lo estará vuestra merced pero en ella decía así:

1. *Ragguáglo:* nueva, aviso. Alude á la obra de Traj. Boccalini, impresa en Venecia hacia 1613.

« Al partirme de Sicilia no dije á vuestra excelencia » la causa, que no me dió lugar la vergüenza, y ahora » sabe Dios la que escribiendo tengo, pues con estar » solo, me salen tantas colores al rostro como á los ojos » lágrimas. Estando en servicio de vuestra excelencia, » bien descuidado de tan gran desdicha, me escribieron » mis padres diciéndome que en el nuevo bando del rey » don Felipe III acerca de los moriscos habían sido com- » prehendidos; cosa que á mi noticia jamás había llegado, » antes bien me tenía por caballero hijodalgo, y en esta » fe y confianza me trataba igualmente con los que lo eran, » porque mis padres eran de los antiguos de la conquista » de Granada por los Reyes Católicos, y si no me enganan, » dicen que Abencerrajes, linaje que trae consigo la des- » dicha y los merecimientos. Parecióme dejar su casa de » vuestra excelencia, con harto dolor mío, porque le amo » naturalmente, que no es justo que un hombre á quien » pueden decir esta nota de infamia siempre que se ofrezca » ocasión, viva en ella, ni mi tristeza y vergüenza me » dieran lugar, aunque yo me esforzara, por no estar con » este recelo cada día, y más donde he tenido buena opi- » nión. Vuestra excelencia me perdone; que ni acierto á » escribir, ni pienso que hasta llegar esta á sus manos » podrá durar mi vida.

Notable fué el sentimiento de aquel gran señor con esta carta, y tal, que se le conoció en su tristeza por muchos días, al fin de los cuales le respondió así :

« Felisardo : Vos me habéis servido tan bien, y pro- » cedido tan honradamente en todas vuestras acciones, » que me siento obligado á quereros y estimaros mucho; » en el nacer no merecen ni desmerecen los hombres, que » no está en su mano; en las costumbres sí, que ser buenas » ó malas corre por su cuenta. Hacedme gusto de volver á » Sicilia, que os doy palabra, por vida de mis hijos, de » hacer de vos mayor estimación que hasta aquí, y tomar » en mi honra cualquiera cosa que sucediere contra la » vuestra; y no sé yo por qué habéis de estar corrido, » siendo como sois caballero, pues no lo está el príncipe » de Fez en Milán, sirviendo á su majestad con un hábito » de Santiago á los pechos, y tan honrando del rey Fe- » lipe II y de la señora infanta que gobierna á Flandes, » que él le quitaba el sombrero y ella le hacía reverencia;

» porque la diferencia de las leyes no ofende la nobleza de » la sangre, y más en los que ya tienen la verdadera, que » es la nuestra, como vos la tenéis, y confirmada por » tantos años. Volved pues, Felisardo, que en ninguna » podéis estar más defendido que en mi compañía, donde » os haré capitán, y procuraré casaros de mi mano, sin » apartaros de mí, lo que tuviere oficios de su majestad y » vida. »

Recibió Felisardo esta carta, toda escrita de su mano deste generoso príncipe acción tan digna de su ilustrísima sangre; y llorando infinitas lágrimas con ella, besando mil veces la firma, se dispuso á responderle así :

« Generoso y magnánimo Príncipe : Cuando me partí » de vuestra excelencia, fuí con desesperado ánimo de » hacer alguna demostración de mi valor. Yo estimo y » agradezco, como es justo, tanta merced y favor, y la » escribo con sangre en mi alma para algún día. Yo voy » á Constantinopla, donde ya estarán mis padres, que, » como hombres nobles, escogieron la corte de aquel im» perio, no queriendo quedarse en las costas de España » por no acordarse. Desde allí sabrá vuestra excelencia » qué intento llevo, que pienso que será para hacer un » gran servicio á Dios, al Rey, y á mi patria. Desde que » entré en Palermo, serví, quise y merecí á la señora » Silvia Menandra; cosa que jamás comuniqué á ninguno. » Creo que le queda en el pecho alguna desdichada prenda. » Suplico á vuestra excelencia que fie esa carta de quien » se la pueda dar sin que aventure su honor, y favorezca » lo que naciere, haciendo cuenta que le expone la fortuna » á los pies de su grandeza. »

Con esto se embarcó Felisardo, atrevido y desatinado mancebo, cuya acción yo no puedo alabar, pues en casa de tan generoso príncipe pudiera estar seguro cuando viniera á España, que en Italia no lo había menester, aunque fuese en los reinos de su majestad, pues sólo pretendió echarlos de aquella parte con que presumieron levantarse, como se ve en las cartas y persuasiones del ilustrísimo patriarca de Antioquía, arzobispo de Valencia, don Juan de Ribera, de santa y agradable memoria. Dentro de nuestra Europa, á solos cuatro estadios del Asia, tanto que habiéndose helado aquel mar, por una puente de hielo y nieve que cayó encima se pasaba del Asia á Europa, yace Constanti-

nopla, primera silla del romano imperio, después del griego y ahora turco, que por la inmensidad de tierra que posee le llaman grande; destruyóla el emperador Severo, reedificóla Constantino y ilustróla Teodosio. Tuvo cincuenta millas de muro, que Anastasio fabricó; por defenderla de los bárbaros hoy diez y ocho, que son seis leguas; sus vecinos son sietecientos mil, las tres partes turcos, las dos cristianos y el resto indios. Tomóla Mahometo II el año de 1453, y desde entonces es corte de sus emperadores, que comunmente llaman el Gran Señor. Está puesta en triángulo; en el extremo está el palacio real, que mira al levante al encuentro de Calcedonia, parte del Asia: el otro ángulo mira al mediodía y poniente, donde están las siete torres, que sirven de fortalezas y de cárcel mayor de la ciudad; desde éste se va al tercero por la parte de tierra, dispuesto á tramontana, y donde está el palacio antiguo de Constantino en sitio eminente, y de quien se descubra toda, si bien inhabitable; desde el cual al que tiene el turco todo es puerto de una legua de mar, que entra por espacio de dos de largo, y de ancho poco más de un tercio, habitado de varia gente, y de todos los vientos defendido. Por la parte de las siete torres baña el mar las murallas, dejando el sitio donde antiguamente fué la ciudad de Bizancio, de cuya grandeza sólo se ven ahora las ruinas. Tiene insignes mezquitas, fábricas de sultán Mahameth, Baysith y Selim, aunque ninguna iguala con la que hizo Solimán, y se llama de su nombre, deseando aventajarse al gran templo de Santa Sofía, célebre edificio de Constantino el Grande. Conserva en ella el tiempo, á pesar de los bárbaros, algunas colunas de grandeza inmensa, mayormente la deste príncipe, labrada toda de historias de sus hechos. Tiene asimismo cuatro fuertes serrallos para las riquezas y mercaderías de proprios y extranjeras; una calle mayor famosa, hasta la puerta de Andrinópoli, con la plaza en que se venden los cautivos cristianos, como en España los mercados de las bestias, y con mayor miseria. Sus puertas son treinta y una, al levante, poniente y tramontana, con guardas de genízaros; las casas bajas, cuyos techos, de madera labrada, cubren ricas labores de oro. No usan tapicerías, porque su grandeza y aparato es vestir el suelo, que cubren riquísimas alfombras; son las barcas que de ordinario pasan la gente de una parte á otra, y que en su

lenguaje llaman caiques ó permes, más de doce mil, que es una cosa notable. Su sitio es tan frío, que desde diciembre hasta fin de marzo está cubierta de nieve. Los templos famosos de cristianos, mayormente el de Nuestra Señora y el de San Nicolás, con otros muchos, han intentado quitar los moriscos de la expulsión de España; y permitiendo el gran Visir que los derribasen y destruyesen por doce mil escudos que le daban, se fueron á despedir del Turco los embajadores de Francia, Alemaña y Venecia, diciendo que aquello era no querer paz con sus príncipes, y por esta ocasión no salieron con su intento, ó lo más cierto, porque Dios no permitió que tantos cristianos careciesen del fruto de los tesoros de su Iglesia donde tanto peligro corren sus almas. Aquí llegó Felisardo, y me parece que vuestra merced estaba ya cansada de esperarle, no se le dando nada del estado que ahora tiene y tuvo esta ciudad insigne, porque á mujer que tan poca estimación ha hecho de los hombres de su ley, ¿qué se le dará del turco? Pues sepa vuestra merced que las descripciones son muy importantes á la inteligencia de las historias, y hasta ahora yo no he dado en cosmógrafo por no cansar á vuestra merced, que desde su casa al Prado le parece largo el mundo, aunque vaya por su gusto en hábito de tomar el acero, con tan buenos de matar lo que topa, que en ninguno la he visto más enemiga de la quietud humana. Vió Felisardo á sus padres, que, como eran nobles, lloraron el deshonor juntos, y el peligro que corría su salvación en aquella tierra, si bien el ver tantas iglesias y hospitales les consolaba. La común fortuna hace mayores las confianzas del remedio y menores los sentimientos de las adversidades, como dijo no sé si era el filósofo Mirtilo, como solía la buena memoria de fray Antonio de Guevara, escritor célebre, á quien de aquí y de allí jamás faltó un filósofo para prohijarle una sentencia suya; y cierto que algunas veces es menos lo que dellos dijeron que lo que podría decir ahora cualquier moderno; pero dase autoridad á lo que se escribe diciendo: «como dijo el gran Tamorlán, ó se halla escrito en los *Anales de Moscovia*, que están en la librería de la universidad del Cairo.» Porque si ello es bueno, ¿qué importa que lo haya dicho en griego ó en castellano? y si malo y frío, ¿cómo podrá vencer la autoridad al entendimiento? Hallé una vez en un librito gracioso, que llaman

Floresta Española, una sentencia que había dicho un cierto conde: « Que Vizcaya era pobre de pan y rica de manzanas, » y tenía puesto á la margen algún hombre de buen gusto, cuyo había sido el libro: « Sí diría, » que me pareció notable donaire; pues, como digo, y volviendo al cuento, estuvieron algunos días Felisardo y sus padres dando trazas en su remedio, si para tal fortuna podía haber alguno. Y aquí confieso á vuestra merced, Señora, que no sé, porque no me le dijeron, cómo ó por dónde vino á ser Felisardo no menos que bajá del Turco, que parece de los disfraces de las comedias, donde á vuelta de cabeza es un príncipe lagarto, y una dama hombre y muy hombre, y á la fe que dice el vulgo que no le hablen en otra lengua. Turco pues era Felisardo; no lo apruebo; sus opalandas traía y su turbante, y como era moreno, alto y bien puesto de bigotes, veníale el hábito como nacido; la disposición, el brío, el aire, la valentía y la presunción dieron motivo al Turco para tenerle muchas voces cerca de su persona; y así, trataba de las cosas de España familiar mente. Llamábase el Turco sultán Amath, hombre en esta sazón de treinta y tres años. Tenía preso un hermano suyo, llamado Mustafá, de edad de treinta, á quien deseando matar, fiera costumbre de aquellos bárbaros, envió una mañana al Vastán Gibassi con otros ministros, y hallando la cárcel cerrada, y al dicho Mustafá paseándose fuera de ella, lo dijeron al Turco, que teniéndolo por milagro, le dejó preso; aconsejado después del Mufiti, que es el principal de los que enseñan su ley, quiso matarle; y aquella noche soñó que vía un hombre armado, que con una lanza le amenazaba, y con este temor le dejó con vida; si bien después le provocaron tanto, que desde una ventana que caía á un jardín de Mustafá le quiso tirar una flecha con veneno, y habiéndole apuntado, fué tal el temblor que le dió, que se le cayó el arco de las manos. Tanta ha sido finalmente la humildad deste turco, que ni vestido ni oro ni regalo ha querido tomar de su hermano; él vive, y se entiende que le ha de heredar, aunque sultán Amath tiene muchos hijos, de los cuales dos varones y dos hembras se ven y comunican; los demás están recogidos y ocultos en su palacio. Tenía tanto gusto de ver imágenes y retratos de cristianos, que enviaba por ellos á los embajadores y mercaderes, y en habiéndolos visto se los volvía. Estando pues

una fiesta mirando algunos que en una nave que tomaron estaban en la tienda de un rico hebreo, hizo llamar á Felisardo, que ya se llamaba Silvio Bajá, nombre de aquella dama de Sicilia, por quien vivía en la mayor tristeza que tuvo amante ausente, pues ni la desconfianza que tenía de verla, ni la mudanza del cielo y costumbres, era parte para que la olvidase, ni creo que lo fuera el río Sileno, donde se bañaban los antiguos, cuya propriedad era olvidar toda amorosa pasión, aunque fuese de muchos años. Venido Felisardo á su presencia, le preguntó si conocía aquellos retratos, y él le respondió que si, y se los fué mostrando por sus nombres, diciendo lo que tan bien sabía de la grandeza de sus personas, apellidos y casas. Holgóse mucho Amath de conocer al emperador Carlos V, al rey II y III[1], al famoso duque de Alba, conde de Fuentes y otros señores. ¿Quién dijera que el Turco se había de holgar desto? Entre las mujeres que entonces tenía sultán Amath, era la más querida una cierta señora andaluza, que fué cautiva en uno de los puertos de España; esta holgaba notablemente de oir representar á los cautivos cristianos algunas comedias, y ellos. deseosos de su favor y amparo, las estudiaban, comprándolas en Venecia á algunos mercaderes judíos para llevárselas, de que yo vi carta de su embajador entonces para el conde de Lemos, encareciendo lo que deste género de escritura se extiende por el mundo después que con más cuidado se divide en tomos. Quiso nuestro Felisardo, mal dije, pues ya no lo era, agradar á la gran sultana doña María, y estudió con otros mancebos, así cautivos como de la expulsión de los moros, la comedia de la *Fuerza lastimosa*. Vistióse para hacer aquel conde gallardamente, porque había en Constantinopla muchos de los que hacían bien esto en España, y las telas y pasamanos mejores de Italia. Como era tan bien proporcionado, y estaba tan hecho á aquel traje desde que habia nacido, no le hubo visto la Reina, cuando puso los ojos en él y ellos fueron tan libres, que se llevaron de camino el alma. Representó Felisardo únicamente, y viéndose en su verdadero traje, lloraba lágrimas verdaderas, enternecido de justas memo-

1. No hay aquí errata, sino una elipsis demasiado atrevida, cual es la de suprimir el nombre de ambos Felipes. (Nota del Sr. Rosell.)

rias y arrepentido de injustas ofensas. Acabada la fiesta, comenzó en Sultana este cuidado, y en todas las ocasiones que podía, daba á entender á Felisardo que le deseaba, de suerte que á pocos lances fué entendida; porque no hay papeles más declarados y efectivos que unos ojos que asisten á mirar amorosamente. Y así, un día, alabándole la buena disposición, y lastimándose de que por su voluntad hubiese dejado la verdadera ley, él le dijo que su ánimo no era vivir en la de aquel infame y falso profeta; que aunque era verdad que desesperación le había traído adonde estaban sus padres, él venía con ánimo de hacer alguna cosa señalada en servicio del rey de España; porque tenía el ánimo tan bizarro, que no volvería á ella sin ser estimado y favorecido por alguna insigne hazaña. « Si yo puedo, respondió la Sultana, favorecerte, aquí tienes la mujer más rendida y más poderosa para ayudarte, porque á mí no me tiene sultán Amath como á las demás que le permite su ley y su grandeza. » Besóle entonces la mano Felisardo, y hincando de rodillas lloró mirándola. Ella, conociendo la fiereza de Marte y la blandura de Adonis en aquel mancebo, levantándole de la tierra, le juró por la ley que tenía en el corazón impresa, de no desampararle en cuantas acciones intentase, aunque perdiese la vida. La ocasión que tomaron para verse, fué decir al Turco lo que gustaba de oir cantar á Felisardo; y así entraba y salía con libertad á entretenerla, y tal vez estando presente el mismo sultán Amath, donde cantó así :

Dulce silencio de amor,
Si tanta gloria callando
Consigue quien sirve amando,
No la pretendo mayor.
Poner en duda el favor
Suspende mi atrevimiento,
Y dice mi pensamiento
Que más la causa le culpa,
Pues no puede haber disculpa
Donde no hay merecimiento.
Amar, sin osar decir
Tanto amor, es cobardía,
Mas perder el bien sería
Determinarse á morir;
Pero yo quiero sufrir
La pena á que me condena

Fuerza de respetos llena,
Y no temer su mudanza,
Pues no pierdo la esperanza
Mientras no pierdo la pena.
  Del silencio que he tenido
Ya vive mi amor quejoso,
Pues no llega á ser dichoso
Quien no pasa de atrevido.
Quisiera ser entendido
Cuando á entender no me doy;
Mas no decir lo que soy
Por llegar á merecer,
Sin ser querido, querer,
Mientras que callando estoy.
  Mi pensamiento contento
Consigo mismo se halla,
Que por lo que piensa y calla
Le llamaron pensamiento.
Algunas veces intento
Decir mi mal y su mengua,
Por ver si el dolor se amengua;
Pero son locos antojos,
Que quien habla con los ojos
No ha menester otra lengua.
  Dadme penas inmortales,
Que siendo vos en el suelo
Tan viva imagen del cielo,
Serán penas celestiales.
Si llama gloria los males
Quien á su bien los prefiere,
Señora, bien es que espere
Que os obligue á que le deis
Un bien de los que tenéis,
Quien tanto sus males quiere.
  Sin mí conoced mi mal,
Oh causa hermosa, por quien
Le tiene el alma por bien,
Que vos sois bien celestial;
Y si con ser tan mortal,
Que le entendáis no merezco,
Como en los ojos le ofrezco,
No quiero, aunque me consuma,
Que otra lengua ni otra pluma
Os diga lo que padezco.

Parecióle á Sultana que Felisardo había compuesto estos

versos á su sentimiento y propósito, y engañábase Sultana, porque los había escrito por Silvia al principio de sus amores en Palermo; pero no se engañaba en la intención, pues Felisardo buscó estas décimas, porque lo creyese así, entre los muchos versos que sabía; como suele suceder á los músicos, que traen capilla por las festividades de los santos, que con solo mudar el nombre sirve un villancico para todo el calendario; y así es cosa notable ver en la fiesta de un mártir decir que bailan los pastores, trayéndolos de los cabellos desde la noche de Navidad al mes de julio.

Notablemente crecía el amor en Sultana, conquistando la voluntad ausente deste mozo, que ya con libertad de hombre se determinaba, y ya con las obligaciones de hombre de bien se defendía. Pidióle que suplicase al Turco le diese algunas galeras y gente, de que le nombrase capitán, lo que alcanzó fácilmente. Y así, comenzó á salir de Constantinopla con seis galeras bien armadas, sin consentir en ellas morisco alguno, que no gustaba de su trato ni les osaba fiar su pensamiento. Hizo algunos de alguna consideración, y con poca guerra trujo á Constantinopla algunos cautivos, pero ninguno de España, que presentaba á Sultana, de quien recibía en satisfacción joyas de notable precio, porque ella gustaba de que las trujese en el turbante, que coronaba de diversas plumas. Corrió una vez la costa de Sicilia atrevidamente, y fuélo tanto, que se puso á la vista de Palermo. Silvia tenía de Felisardo un hijo de tres años, que criaba con libertad, por ser muertos sus padres, aunque no con tanta, que se persuadiesen los bien intencionados que era su hijo; que los que no lo son, en las doncellas más recatadas presumen mayores yerros. Sucedió pues que, como en tanto tiempo no había tenido nueva de Felisardo, la desconfianza la tenía con algún consuelo, y pienso que por la sinrazón le hubiera olvidado, á no le tener en su hijo todos los días presente con la mayor semejanza que ha visto el refrán castellano en materia de esta duda, de que pido perdón á su imaginación de vuestra merced; que bien le merezco, pues no dije adagio. Con esto, solicitada de algunas amigas, que no era mucho en tres años de injusta ausencia, ni saber si era muerto Felisardo, salió en una tartana con un mercader calabrés á pasear la mar, que con la bonanza la convidaba y con la piedad de su adversa fortuna la movía, que tal vez se

causa de hacer disgusto, ó porque algún breve bien sea para sentir el mal con mayor fuerza. Y en esta parte no puedo dejarme de reir de la definición que da Aristóteles de la fortuna; no le faltaba más á este buen hombre sino que en las novelas hubiese quien se riese del. Dice pues, que la buena fortuna es cuando sucede alguna cosa buena, y la mala cuando mala. Mire vuestra merced si tengo razón, pues en verdad que lo dijo en el segundo de los *Físicos,* que yo no se lo levanto. Harto mejor lo sintió Plutarco Cheroneo, diciendo por afrenta que era palabra de mujer decir que ninguno podía evitar sus hados; sentencia católica, como si él lo fuera; porque los albedríos son libres para justificar el cielo sus juicios. No suele descender milano, las pardas alas extendidas, el pico prevenido y las manos abiertas, con más velocidad y furia á los miserables pollos, que se alejaron del calor de las plumas de su madre, como la capitana de Felisardo á la tartana de Silvia. Tomóla en breve, con notable llanto suyo y de sus amigas; pasáronlas á ella abordando un barco, y quitando una parte de la banda de los filaretes, lleváronlas á la popa, donde Felisardo estaba recostado sobre una alfombra turca de rizos de oro entre labores de seda, puesto el brazo en dos almohadas de brocado persiano, color de nácar. Hincóse de rodillas Silvia, y con lágrimas en los ojos le dijo en lengua siciliana que tuviese piedad de la mujer más desdichada del mundo, poniéndole para moverle el pequeño infante en los brazos á los turbados ojos, á quien ya los oídos habían avisado de que aquella voz parecía la de Silvia. Aquí, señora Marcia, ni aun los hipérboles de los versos serían bastantes cuanto más la llaneza de la prosa, que ni es historial ni poetica, aunque la escribiera el autor de las *Relaciones de los toros*, quejoso de su fortuna adversa; y tiene muy justa causa, pues le están en tanta obligación los de Zamora, de quien no se acordará este lugar después que se dejaron de cantar los romances del rey don Sancho, la traición de Bellido de Olfos y las tristezas de doña Urraca, que casi llegaron á competir con los de don Álvaro de Luna, que duraran hasta hoy si no se hubiera muerto un cierto poeta de asonantes, que arrendó esta obligación por veinte años á los regidores de la fortuna; y ya que nos habemos acordado de Bellido de Olfos,

suplico á vuestra merced me diga si conoce algún pariente suyo; que me ha dado cuidado ver que en siendo un hombre ruin, no le queda ningún pariente en este mundo, y en habiendo procedido virtuosamente ú hecho alguna cosa digna de memoria, todos dicen que descienden dél; y yo conocí un hombre que decía por instantes: « Adán, mi señor, » y podía muy bien, porque esto es lo más cierto, aunque un hombre haya nacido en la Cochinchina, tierra donde dicen que se halló Pedro Ordóñez de Cevallos, natural de Jaén, y convirtió una infanta, bautizando más de doscientas mil personas, y hizo muy bien, y Dios se lo pagará, si fué verdad, y si no, no. Todos estos intercolunios han sido, señora Marcia, por aliviar á vuestra merced la tristeza que le habrán dado las lágrimas de Silvia, y excusarme yo de referir el contento y alegría de los dos amantes, habiéndose conocido. Prometo á vuestra merced que me refirió uno de los que se hallaron presentes, que en su vida había visto más amorosas razones ni más tiernas lágrimas. Satisfizo Felisardo de aquella novedad á Silvia, asegurándole que no había dejado la verdadera fe, y que presto vendría á Sicilia, donde hiciese al rey de España un gran servicio, sin el que recibiría la Iglesia con reducirle infinitas almas. Enloqueciólo su hijo, y después de haber estado aquella noche tratando destas cosas, la hizo volver á Mecina antes del alba, cargada de ricas telas y preciosos diamantes, fuera de diez mil cequíes de oro, que llevó en dos cajas. Iba Silvia instruída para hablar al Virrey y darle cuenta destos sucesos, cuando él prevenía el salir á pelear con las galeras turcas. Pensó infinitas veces este gallardo príncipe si sería bien verse con Felisardo, y al fin se vino á concertar que él saliese con dos soldados cerca de la playa, y el Virrey en otra con los que fuese servido. Hízose así, y acostándose el uno al otro, Felisardo en la barca del Virrey, y echándose á sus pies, le hizo fuerza para besárselos. Admirados estaban los cristianos de ver la gentileza y lengua del turco, porque no llevó el Virrey consigo hombre que le conociese. Hablaron de varias cosas, y al tiempo de despedirse le dió Felisardo una rosa de diamantes que le había dado la Sultana, de precio de veinte mil escudos, que esto se decía en Constantinopla, porque no se había llegado á vender por ejecución de ningún señor ni por otra necesidad. Hízose á la

vela Silvio bajá, si le habemos de llamar así, dejando en admiración la ciudad, que casi toda asistía en la playa al Virrey de su determinado propósito, y á Silvia de haber visto lo que no esperaba, y en tan diverso hábito y costumbres de lo que le había conocido. La causa de no quedarse entonces este infeliz mancebo en Sicilia con su esposa y su hijo, donde se le quedaba el alma, presentando aquella escuadra de galeras con sus turcos al Virrey, fué el agradecimiento que debía á Sultana por tantas buenas obras, y el deseo y ánimo que tenía de reducirla á la fe, pues ella lo deseaba, y restituirla á sus padres, que tantas lágrimas habían derramado por ella; fuera de tener él tan segura mayor presa, siempre que tuviese gusto de volver á España. Entró Felisardo por el canal de Constantinopla casi á la entrada del invierno, llevando algunos cautivos de las islas y de otras costas, sin tocar en vasallo de su majestad ni tomar tierra en parte que fuese suya. Hizo gran salva á las torres y palacio real del Turco; saltó en tierra, y besándole el pie, alegró la ciudad, entristeció la envidia y esforzó la esperanza de Sultana, que con lo que de sus deseos había conocido, y no esperaba verle, tenía por sin duda que, faltando á la palabra dada y á tantas obligaciones, se había quedado en España.

Había llegado pocos días antes á Constantinopla Nasuf bajá, primero visir del Turco, victorioso á su parecer de la guerra de Persia; cuya ostentación y aplanso fué tan grande, que después de un copioso ejército de gente, traía doscientas y sesenta y cuatro acémilas cargadas de cequíes de oro. Y advierta vuestra merced que, por ser tan grande ejemplo de la fortuna de los príncipes, quiero decirle el suceso deste hombre, que también fué causa del que tuvieron los pensamientos de Felisardo. Era este Nasuf bajá yerno del Turco, y el más estimado y temido de todo aquel grande imperio. Mamut bajá, hijo de Cigala, aquel famoso corsario que ninguno, después de Ariadeno Barbarroja, tuvo más nombre, competía con la grandeza de Nasuf y era cuñado del Turco, casado con su mayor hermana. Sentía Mamut envidiosamente la ostentación de su enemigo, y en aquella jornada particularmente, donde me ha quedado escrúpulo si á vuestra merced le han parecido muchas las acémilas y los soldados pocos; y á este propósito quiero que sepa que un gentilhombre deste

lugar, más dichoso en hacienda que en ingenio, visitaba una dama de las que estiman más el ingenio que la hacienda, que deben de ser pocas, Contábale un día la renta que tenía, y entre otras necedades, acabó con decir que encerraba trescientas anegas de trigo y ciento de cebada, con treinta carros de paja, y añadió que le dijese lo que le parecía de su hacienda; á quien ella respondió: «Paréceme, Señor, que el trigo es mucho, y poca la cebada y paja para lo que vuestra merced merece.» Pero dejando aparte esta cantidad de acémilas, que á quien sabe la soberbia de aquella gente no le parecerán muchas, digo que Nasuf bajá volvió á Constantinopla, diciendo que dejaba firmadas paces con el Persiano, en fe de lo cual trujo consigo su embajador con ricos presentes de telas, cequíes, piedras y otras cosas de valor y curiosidad increíble; mas, como viese el Cigala que el de Persia molestaba algunas tierras del Turco, vino en sospecha de que Nasuf tenía algún trato doble con él, en grave ofensa de su señor, así por esto, como porque escribiendo á entrambos desde los confines de Persia, donde estaba por gobernador, ninguno le respondía. Con esto se partió á Constantinopla, y hallando en el camino un correo que Nasuf enviaba al Persiano, le convidó á cenar aquella noche, y habiéndole dado muy bien á beber, cosa que saben hacer, donde no lo vea Mahoma, con muy buen aire, durmióse el correo; quitóle Mamut Cigala las cartas, en que halló lo que deseaba; y la traición descubierta, hizo matar al correo y enterróle en su misma tienda, y llegado á Constantinopla, pidió licencia á Nasuf para entrar; negósela Nasuf si no le daba trescientos mil cequíes. El Cigala, que estaba casado con la hermana del Turco, y no había llegado á ejecución su deseo por su larga ausencia, dió orden que ella supiese el inconveniente por que no entraba; resolvióse Fatima, si á vuestra merced le parece que se llame así, porque yo no sé su nombre, ir á ver á su marido, de quien supo la causa por qué no entraba, y ella, volviendo á Constantinopla, la refirió á su hermano, el cual envió de noche con gran secreto por Mamut Cigala, y llegando en un caique, si vuestra merced se acuerda que le dije que era pequeña barca, pero no excuso una palabra turca, como algunos que saben poco griego, entró por una puerta falsa del palacio, y recibido bien de su cuñado, le refirió cuanto

sabía y le mostró las cartas. Deseó desde entonces sultán Amath quitar la vida á su yerno justamente; y como se encubra tan mal un grande enojo, adivinando Nasuf la causa por el semblante, faltó tres días del consejo, dando por disculpa desta falta la de su salud. Con esta ocasión el Turco le dijo que quería ir á ver á su hija, y se previno la calle de lienzos por todas partes sobre altas lanzas, para que no fuese visto, que sólo tiene obligación á dejarse ver un día en la semana, y ese es el viernes, que entre ellos es fiesta, y va á su gran mezquita á hacer el zalá. Con este engaño de telas pasó un coche, en que iba el Vostán Gibasi con muchos ayamolanos, hombres fortísimos, y creyendo que fuese el Turco, á quien esperaban más de cuatro mil personas, entró en casa de Nasuf el referido, y como iba entrando, iban asimismo cerrando las puertas los soldados con cuidado y silencio. Estaba Nasuf con dos eunucos en un aposento, bien descuidado de su fortuna; hízolos salir afuera el presidente, y haciendo una gran reverencia á Nasuf, le dió un decreto del Turco, en que le pedía su real sello. Turbado Nasuf, se le dió y dijo: « ¿Tiene el Gran Señor hombre que con más lealtad pueda servirle en este oficio? » Entonces el Vostán Gibasi le dió otro papel, en que le pedía la cabeza. Dió voces Nasuf diciendo: « ¿Qué traición es esta? ¿qué envidia? ¿Quién ha engañado á mi gran señor, á quien yo con tanta lealtad como obligación he servido? » Pero viendo que no había remedio para huir, razón para replicar, ni armas para defender la vida, se resolvió á la muerte, pidiendo al Vostán que le dejase hablar y despedir de su mujer, que estaba en otro cuarto; y no pudiendo conseguirlo, le suplicó de rodillas le dejase siquiera hacer el zalá, para que su alma fuese tan llena de necedades como había vivido. Esto le concedieron, pareciéndoles que tocaba á la religión, siendo tan gran desatino; pero, de afligido y turbado, no fué posible, y esforzando la naturaleza al mayor contrario, que no sé cómo se entienda aquí aquel consuelo de Séneca en la primera epístola: « Que nos engañamos en la consideración de la muerte por mayor, pues todo lo que pasó de la edad ya lo tiene la muerte; » se sentó en una silla y dispuso la voluntad á la fuerza, y el ánimo del valor al miedo de la pena. Pero si dijo el mismo filósofo que el morir de buena gana era la mejor muerte, ¿cómo puede

quien moría con tan poca tenerla por buena, ni consolarse con que ya estaba muerto lo que había vivido? Mirándole estaba el Vostán y los soldados, llenos de admiración y miedo, á quien volviendo Nasuf severamente el rostro, dijo: «Canalla, ¿qué estáis mirando? Haced vuestro oficio.» Entonces se le atrevieron cuatro dellos, y echándole una soga á la garganta, le ahogaron. Cerró luego el Vostán las puertas, y dando cuenta al Turco, le pidió la cabeza, que habiéndosela traído, la mandó echar en el suelo, y dándola con el pie, le llamó *Brecain*, que quiere decir traidor. Tomó el Turco su hacienda, reservando solamente la que estaba en el cuarto de su mujer. Fué la mayor riqueza que en hombre particular se ha visto, pues entre las armas solas se hallaron mil y doscientas espadas con guarniciones de plata y oro, que si á vuestra merced le parecieren como las acémilas, podrá quitar las que fuere servida, porque no tengo cuenta á propósito, ni me atrevo á decir que tenía á su devoción en Constantinopla treinta mil hombres, sustentando en varias partes siete mil y quinientos caballos, con que si le ayudara más el secreto que le favoreció la fortuna, fuera el señor del Asia. Quedó Fatima viuda y rica, y aunque la pretendían muchos, y entre ellos un gran bajá de los del turbante verde, le pareció al Turco levantar los pensamientos de Falisardo con hacerle cuñado suyo, y darle mujer con tal ejemplo en dote. Comunicó este pensamiento con Sultana, que atónita de ver el camino que tomaba su desdicha, para descaminar su deseo, solicitó impedirle con decir mal al Turco de Felisardo, y que le parecía hombre de ánimo soberbio, y no mal aficionado á la patria en que había nacido, y que muchas veces le reprehendía la afición que mostraba á los reyes y señores de España, donde era justo presumir que alguna vez se quedaría; y que pues su yerno Nasuf bajá era tan deudo suyo y natural de su patria, criado en su ley y enseñado en sus costumbres, y le había salido traidor, no era razón pensar que le había de ser leal un hombre extranjero y advenedizo, criado en otra ley, en otra patria y en otras costumbres. Satisfizo esta última razón el entendimiento de Amath, y puso dilación en el casamiento, tibieza en la voluntad y sospecha en el suceso. Entre tanto Sultana prevenía la partida á España con gran cuidado, y tuvo tanto, que habiendo la primavera siguiente

alcanzado del Turco saliese Felisardo á quietar el mar del Archipiélago, donde era fama que andaban seis galeras de la religión de Malta, dispuso la partida y recogió sus joyas. Tiene el palacio del Turco dos leguas de cerca, y por la parte del mar que mira á Calcedonia mucha artillería; la puerta principal al poniente, enfrente de la iglesia de Santa Sofía; á mano derecha de la puerta, un hospital que llaman Timarina, para todos los enfermos de palacio, y á la izquierda la iglesia antigua de cristianos, título de San Jorge, donde están las armas del Rey; síguese la segunda puerta, donde se apean los que van á consejo, y á ésta una famosa calle de un tercio de legua ó poco menos; por la parte de tramontana hay una puerta, por donde entra y sale la gran Sultana y todas las mujeres del serrallo. Aquí doble vuestra merced la hoja. Junto á la segunda puerta hay un jardín y huerta con mil hermosos árboles y venados, y á su lado una gran plaza cubierta, donde suele estar la guarda de los genízaros, y comer los días de consejo, porque los otros quedan de guarda. Hay asimismo doce capigis, que son porteros, en cada puerta de las referidas, y por la parte de mediodía las cocinas para el Gran Señor y la familia de palacio, y para toda la corte el día que es de consejo; y es tan inmenso el número que come, que el de los cocineros es de cuatrocientos y cincuenta hombres; cosa que la cuentan y la escriben, y que podrá vuestra merced no creer sin ser descortés á la novela ni á la grandeza del Turco. Después de todo se llega á la gran puerta de la casa real, guardada de eunucos blancos, donde no puede entrar persona alguna sin orden del Turco, no siendo la familia, aunque sea el Gran Visir. Por la puerta que dejé advertida, salió, señora Marcia, la gran Sultana con dos renegados de quien se había fiado, y en hábito de soldado genízaro, que de otra suerte fuera imposible; caminó á la mar con gran peligro, donde fué recibida con igual silencio del animoso Felisardo, que con valor intrépido mandó alargar la escuadra, y que á la vuelta de Sicilia pusiesen las proas, donde decía que pensaba hacer una famosa hazaña. Tan desdichado fué este miserable mancebo, aunque digno de mejor fortuna, que apenas comenzaron las galeras á alejarse, y zarpando la capitana, azotar el agua y el aire con los remos y velas, cuando cubriéndose el cielo de improviso

de una escurísima nube, comenzó á bramar con horribles truenos por los cuatro ángulos del mundo, acompañada de temerosos relámpagos, que en cada uno parecía que venían infinitos rayos. Entumecióse el mar, revolviéronse las olas, trabando entre sí mismas tan espantosa batalla, que daban con la espuma en las estrellas, que, con el temor de apagarse en las aguas, se escondían. Ya no aprovechaba amainar las velas, ni en tanta confusión hallaba remedio el ánimo, ni el ejercicio resistencia. Porfiaba Felisardo á que prosiguiesen el viaje, hasta sacar la espada; pero no pudo ser obedecido, por voluntad del cielo, que al declararse el alba dió con su capitana y las demás galeras casi al puerto; él quiso pasar en su abrigo el día, ocultando á doña María en la cámara de popa; pero, como ya fuese conocida su falta de algunas griegas y turcas que la servían, habían dado tantas voces, que asombrados los genízaros, dieron parte á su capitán, y él á Mahamut bajá, de quien lo supo el Turco, que con notable sentimiento pensó luego que de envidia la habrían muerto otras mujeres ó amigas suyas; mas discurriendo entre varios pensamientos en unas y en otras cosas, que, como Séneca dijo: « Sucede fácilmente la inconstancia á los que tienen el ánimo dudoso, » dió en pensar que se había partido la misma noche Felisardo, de quien Sultana decía tanto mal, arguyendo deso mismo que le quería bien; porque es muy ordinario en las mujeres, ó por disimular lo que quieren ó por engañar á otros; y con esta imaginación hizo que Vostán bajá fuese con cien ayamolanos y con algunos genízaros á las galeras, sabiendo que la tempestad las había vuelto al puerto tan perdidas, que era imposible sin rehacerse volver al agua. No los hubo visto Felisardo, cuando conociendo el peligro, se resolvió morir como caballero, y no con varios tormentos á las manos de un verdugo infame. Bien quisiera el Bajá llevarle vivo, pero no dejándose prender, y resistiéndose en la cureña de la capitana, sembró la crujía de cuerpos muertos con sola una espada ancha que traía y una rodela embrazada. Viendo Vostán que sería imposible llevarle como él deseaba, mandó á los genízaros que le tirasen, y en un instante cayó muerto de cuatro manos, aunque de ningún deseo, porque fué sumamente amado de aquellos bárbaros. Dicen que dijo poco antes que cayese: « Turcos, sed tes-

tigos que muero cristiano, y no he ofendido al Gran Señor más que en llevar á doña María donde lo fuese.» Con esto el Bajá le cortó la cabeza para llevarla al Turco, y halló á Sultana, que cubierta de lágrimas, había mirado el valor y la desdicha de aquel mancebo trágico. Fué grande la alegría de Vostán, y consolándola, con la mayor decencia que pudo la llevó á palacio. No quiso el Turco verla en cuatro días; pero, vencido del amor grande que la tenía, se determinó de perdonarla, que las iras que intervienen amando, como lo siente el Anfitrión de Plauto, vuelven los que se aman á mayor amistad y gracia. Bien supo Sultana disculparse con solo el deseo de su patria y padres, pues siendo imposible la licencia, no podía de otra suerte intentar verlos; y el celoso Turco también creerla, porque deseaba abreviar sus enojos; cosa que en los coléricos no da lugar á que las mujeres lo sean. Y en este lugar me acuerdo de haber leído en una comedia portuguesa tratar un viejo con un amigo suyo de que quería casar su hijo, y diciéndole el otro: «No lo hagáis, que está enamorado de una cortesana;» respondió el viejo: «Ya lo sé, y si intento casarle, es porque han reñido y averiguado unos celos, y es buena la ocasión deste enojo para apartarle della.» Á quien replicó el amigo: «¡Qué poco sabéis de lo que puede una voluntad antigua fundada en trato! Esta es la hora que anda vuestro hijo buscando disculpas á esa mujer para el mismo agravio que le ha hecho.» Éste fué el fin de Felisardo, ésta la desdicha por la honra; así quedaron sus pensamientos burlados, y Silvia criando aquella desdichada prenda suya, que si creciere, como en las comedias, tendrá vuestra merced la segunda parte. Entre tanto, lea ese epitafio ó elogio á su desdicha:

Aquí yace un desdichado,
Que de sí mismo nacido,
Vivió por desconocido,
Murió por desconfiado;
Del proprio honor engañado,
Aunque no sin culpa alguna,
Dejó el sol, buscó la luna;
Donde se ve que el valor
Quiere á fuerza del honor
Resistir á la fortuna.

LA MÁS PRUDENTE VENGANZA

Prometo á vuestra merced que me obliga á escribir en materia que no sé cómo pueda acertar á servirla, que como cada escritor tiene su genio particular, á que se aplica, el mío no debe de ser éste, aunque á muchos se lo parezca. Es genio, por si vuestra merced no lo sabe, que no está obligada á saberlo, aquella inclinación que nos guía más á unas cosas que á otras; y así, defraudar el genio es negar á la naturaleza lo que apetece, como lo sintió el poeta satírico. Púsole la antigüedad en la frente, porque en ella se conoce si hacemos alguna cosa con voluntad ó sin ella. Esto es sin meternos en la opinión de Platón con Sócrates, y de Plutarco con Bruto, y de Virgilio, que creyó que todos los lugares tenían su genio cuando dijo :

Así después habló, y en verde ramo
Ceñida por las sienes á los genios
De los lugares, y á la diosa Telus,
Primera entre los dioses, á las ninfas
Y ignotos ríos ruega humildemente.

Advirtiendo primero que no sirvo sin gusto á vuestra merced en esto, sino que es diferente estudio de mi natural inclinación, y más en esta novela, que tengo de ser por fuerza trágico ; cosa más adversa á quien tiene, como yo, tan cerca á Júpiter; pero, pues en lo que se hace por el gusto proprio se merece menos que en forzalle, obliguese más vuestra merced al agradecimiento, y oiga la poca

dicha en una mujer casada en tiempo menos riguroso, pues Dios la puso en estado que no tiene que temer, cuando tuviera condición para tales peligros.

En la opulenta Sevilla, ciudad que no conociera ventaja á la gran Tebas, pues si ella mereció este nombre porque tuvo cien puertas, por una sola de sus muros ha entrado y entra el mayor tesoro que consta por memoria de los hombres haber tenido el mundo; Lisardo, caballero mozo, bien nacido, bien proporcionado, bien entendido y bienquisto, y con todos estos bienes y los que le había dejado un padre, que trabajó sin descanso, como si después de muerto hubiera de llevar á la otra vida lo que adquirió en esta, servía y afectuosamente amaba á Laura, mujer ilustre por su nacimiento, por su dote y por muchos que le dió la naturaleza, que con estudio particular parece que la hizo. Salía Laura las fiestas á misa en compañía de su madre; apeábase de un coche con tan gentil disposición y brío, que no sólo á Lisardo, que la esperaba á la puerta de la iglesia, como pobre para pedirle con los ojos aguna piedad de la mucha riqueza de los suyos, pero á cuantos la miraban acaso ó con cuidado, robaba el alma. Dos años pasó Lisardo en esta cobardía amorosa, sin osar á más licencia que hacer los ojos lenguas, y el mirar tierno, intérprete de su corazón y papel de su deseo. Al fin de los cuales un dichoso día vió salir de su casa algún apercibimiento de comida con alboroto y regocijo de unos esclavos, y preguntando á uno dellos, con quien tenía más conocimiento, la causa, le dijo que iban á una huerta Laura y sus padres, donde habían de estar hasta la noche. Tiénelas hermosísimas Sevilla en las riberas de Guadalquivir, río de oro, no en las arenas, que los antiguos daban á Hermo, Pactolo y Tajo, que pintaba Claudiano:

No le hartarán con la española arena,
Preciosa tempestad del claro Tajo,
No las doradas aguas del Pactolo
Rubio, ni aunque agotase todo el Hermo,
Con tanta sed ardía;

sino en que por él entran tantas ricas flotas, llenas de plata y oro del Nuevo-Mundo. Informado Lisardo del sitio, fletó un barco, y con dos criados se anticipó á su viaje, y

ocupó lo más escondido de la huerta. Llegó con sus padres Laura, y pensando que de solos los árboles era vista, en solo el faldellín, cubierto de oro, y la pretinilla, comenzó á correr por ellos, á la manera que suelen las doncellas el día que el recogimiento de su casa les permite la licencia del campo. Caerá vuestra merced fácilmente en este traje, que si no me engaño, la vi en él un día tan descuidada como Laura, pero no menos hermosa. Ya con esto voy seguro que no le desagrade á vuestra merced la novela, porque, como á los letrados llaman ingenios, á los valientes Césares, á los liberales Alejandros, y á los señores heroicos, no hay lisonja para las mujeres como llamarlas hermosas; bien es verdad que en las que lo son, es menos; pero si no se les dijese, y muchas veces, pensarían que no lo son, y deberían más al espejo que á nuestra cortesía. Lisardo pues contemplaba Laura, y ella se alargó tanto, corriendo por varias sendas, que cerca de donde él estaba la paró un arroyo, que, como dicen los romances, murmuraba ó se reía, mayormente aquel principio:

Riéndose va un arroyo;
Sus guijas parecen dientes,
Porque vió los pies descalzos
Á la primavera alegre.

Y no he dicho esto á vuestra merced sin causa, porque él debió de reirse de ver los de Laura, hermosa primavera entonces. que convidada del cristal del agua y del bullicio de la arena, que hacía algunas pequeñas islas, pensando detenerla, competían entrambos; se descalzó y los bañó un rato, pareciendo en el arroyo ramo de azucenas en vidro. Fuése Laura, que verdaderamente parece palabra significativa, como cuando decimos: « Aquí fué Troya. » Sus padres la recibieron con cuidado, que ya les parecía larga su ausencia: así era grande el amor que la tenían, y le sintió el trágico:

¡ Con cuán estrecho lazo
De sangre asido tienes,
Naturaleza poderosa, á un padre!

Hiciéronla mil regalos, aunque riña Cremes á Mene-

demo, que no quería en Terencio que se mostrase amor á los hijos. Avisó en estos medios un criado de Lisardo á Fenisa, que lo era de Laura, de que estaba allí su dueño. Estos dos se habían mirado con más libertad, como su honor era menos y la advirtió de que habían venido sin prevención alguna de sustento, porque Lisardo solo le tenía de los ojos de Laura; que los criados disimulan menos las necesidades de la naturaleza, que sufren con tanta prudencia los hombres nobles. Fenisa lo dijo á Laura, que encendiéndose de honesta vergüenza como pura rosa, se le alteró la sangre, porque de la continuación de los ojos de Lisardo había tenido que sosegar en el alma con la honra, y en el deseo con el entendimiento, y á hurto de su madre le dijo: « No me digas eso otra vez. » Creyó Fenisa lo severo del rostro; creyó lo lacónico de las palabras; y advierta vuestra merced que quiere decir lo breve, porque eran muy enemigos los lacedemonios del hablar largo; creo que si alcanzaran esta edad, se cayeran muertos. Visitóme un hidalgo un día, y habiéndome forzado á oir las hazañas, de su padre en las Indias más de tres horas, cuando pensé que era su intento que le escribiese algún libro, me pidió limosna. Fenisa finalmente creyó á Laura, que parece principio de relación de comedia, y como sabía su recato, no le volvió á decir cosa ninguna; pero viendo Laura que era más bien mandada de lo que ella quisiera, le dijo á solas: « ¿ Cómo tuvo ese caballero tanto atrevimiento, que viniese á esta huerta, sabiendo que no podían faltar de aquí mis padres? » « Como ha dos años que os quiere, » respondió Fenisa: « ¿ Dos años? dijo Laura, ¿ tanto ha que es loco? » « No lo parece Lisardo, replicó la esclava, porque tal cordura, tal prudencia, tal modestia en tan pocos años, yo no la he visto en hombre. » « ¿ De qué le conoces tú? » dijo Laura. « De lo mismo que tú, respondió Fenisa. » « Pues ¿ mírate á ti? » prosiguió la enamorada doncella. « No, Señora, replicó la maliciosa esclava; que á la cuenta vos sola en Sevilla merecéis el desatinado amor con que os adora. » « ¿ Con que me adora? dijo riéndose Laura; quién te ha enseñado á ti ese lenguaje? ¿ No basta que me quiera? » « Bastará á lo menos, replicó Fenisa, pues vos no correspondéis á tanto amor, siendo igual vuestro, y que fuera tanta dicha de los dos

casaros. » « No tengo yo de casarme, dijo Laura, que quiero ser religiosa. » « No puede ser eso, respondió Fenisa, perque sois única á vuestros padres, y habéis de heredar cinco mil ducados de renta, y vale vuestro dote sesenta mil, sin más de veinte mil que vuestra abuela os ha dejado. » « Mira que te aviso, dijo Laura entonces, que no te pase por la imaginación hablarme más en Lisardo ; Lisardo hallará quien merezca ese amor que dices; que yo no me inclino á Lisardo, aunque ha dos años que Lisardo me mira. » « Yo lo haré, Señora, replicó Fenisa, pero muchos Lisardos me parecen esos en tu boca para no tener ninguno en el alma. »

Ya se llegaba la hora del comer, y ponían las mesas, para que sepa vuestra merced que no es esta novela libro de pastores, sino que han de comer y cenar todas las veces que se ofreciere ocasión, cuando Laura dijo á Fenisa : « Lástima es, Fenisa, que ese caballero no coma por mi causa. » « ¿ No decías, respondió la esclava, que no te hablase en él ? » « Así es verdad, replicó Laura, y yo no hablo en él, sino que coma ; haz por tu vida de suerte que nuestro cocinero te dé alguna cosa que le lleves, y dásela á su criado como que es tuya esta memoria. » « Que me place, dijo Fenisa, para merecer algo, como quien lleva al pobre la limosna que otro da, para que sea tuya la piedad y mía la diligencia. » Hízolo así Fenisa, y tomando un capón y dos perdices, con alguna fruta y pan blanco, de que es tan fértil Sevilla, lo llevó al referido, y le dijo : « Bien lo puede comer Lisardo con gusto, que Laura se lo envía. » Túvole de manera este caballero, agradecidísimo á tanto favor, que ya se desesperaban los criados, y se atrevieron á decirle : » Si así come vuestra merced, ¿ qué ha de quedar para nosotros ? » « No sois, replicó Lisardo, dignos vosotros de los favores de Laura, tanto, que si algo queda, se me ha de guardar para la tarde. » Crueldad le habrá parecido á vuestra merced la de Lisardo, aunque no sé si me ha de responder : « No me parece sino hambre ; » y cierto que tendrá razón si no sabe lo que come un enamorado favorecido á tales horas; pero, porque no le tenga vuestra merced por hombre grosero, sepa que les dió dos doblones de á cuatro, que era siglo en que los había, para que fuese el uno á Sevilla por lo que tuviese gusto ;

lo que ellos no hicieron, y partiendo la moneda, se llegaron hacia la casa de la huerta, donde las criadas los proveían de todo lo necesario. Algo desto vía Laura con harto gusto suyo, y no se escondiendo á sus padres, quisieron saber quién eran aquellos hombres, que preguntados, respondieron que músicos; y deseando alegrar á Laura, dijo el padre que entrasen, de que ellos se holgaron en extremo; y trayendo un instrumento, que claro está que le había de haber en la huerta ó traelle las criadas de Laura, que algunas por lo moreno eran inclinadas al baile, con extremadas voces Fabio y Antandro cantaron así:

Entre dos mansos arroyos,
Que de blanca nieve el sol,
Á ruego de un verde valle,
En agua los transformó,
Mal pagado y bien perdido,
Propria de amor condición,
Que obliga con los agravios,
Y con los favores no;
Estaba Silvio mirando
Del agua el curso veloz,
Corrido de que riendo
Se burle de su dolor.
Y como por las pizarras
Iba dilatando el son,
Á los rústicos cristales
Dijo con llorosa voz:
« Como no saben de celos
Ni de pasiones de amor,
Ríense los arroyuelos
De ver cómo lloro yo.
» Si amar las piedras es causa
De sequedad y calor,
Bien hace en reirse el agua,
Pues por fría nunca amó.
» Lo mismo sucede á Filis,
Que para el mismo rigor
Es de más helada nieve
Que los arroyuelos son.
» Ellos en la sierra nacen,
Y ella entre peñas nació;
Que sólo para reirse
Ablanda su condición.

». Al castigo de sus burlas
Tan necia venganza doy,
Que estos dos arroyos miran
En mis ojos otros dos.
» Lágrimas que dan venganza
Notables flaquezas son;
Mas deben de ser de ira,
Que no es posible de amor.
» No me pesa á mí de amar
Sujeto de tal valor,
Que apenas puede á su altura
Llegar la imaginación.
» Pésame de que ella sepa
Que la quiero tanto yo;
Porque siempre vive libre
Quien tiene satisfacción.
» Por eso digo á las aguas
Que risueñas corren hoy,
Trasladando de su risa
Las perlas y la ocasión;
» Como no saben de celos
Ni de pasiones de amor,
Ríense los arroyuelos
De ver cómo lloro yo. »

Dudosa estaba Laura mientras cantaban Fabio y Antandro estos versos, si se habían hecho por ella, y aunque en todo convenían con el pensamiento de Lisardo, en quejarse de celos, le pareció que diferían mucho de su honestidad y recogimiento, si bien éstos no satisfacia á la duda; porque los amantes, sin dárselos, tienen celos, y no han menester ocasión para quejarse; á la traza de los niños, que se suelen enojar de lo que ellos mismos hacen. Pidieron los padres de Laura á Fabio no se cansase tan presto, y él y Antandro, en un tono del único músico Juan Blas de Castro, cantaron así:

Corazón, ¿dónde estuvistes,
Que tan mala noche me distes?
¿Dónde fuistes, corazón,
Que no estuvistes conmigo?
Siendo yo tan vuestro amigo,
¿Os vais donde no lo son?
Si aquella dulce ocasión
Os ha detenido ansí,

¿Qué le dijistes de mí,
Y de vos que le dijistes,
Que tan mala noche me distes?
Á los ojos es hacer,
Corazón, alevosía;
Pues lo que ellos ven de día,
De noche lo vais á ver.
Ellos me suelen poner
En ocasiones de gloria,
Pero vos con la memoria
Yo no sé dónde estuvistes,
Que tan mala noche me distes.
Corazón, muy libre andáis,
Cuando preso me tenéis,
Pues os vais cuando queréis,
Aunque yo quiero que os vais;
Allá vivís y allá estáis;
No parece que sois mío,
Si pensáis que yo os envío;
¿Qué esperanzas me trujistes,
Que tan mala noche me distes?

Ya se quedaban los instrumentos con el eco de las consonancias, aunque si bien me acuerdo, no era más que uno, cuando Laura preguntó á Fabio quién era el escritor de aquellas letras. Fabio le respondió que un caballero, que se llamaba Lisardo, mancebo de veinte y cuatro años, á quien ellos servían. « Por cierto, dijo Laura, que él tiene muy cuerdo ingenio. » « Sí tiene, dijo Antandro, y acompañado de linda disposición y talle, pero sobre todo de mucha virtud y recogimiento. » « ¿Tiene padre? » dijo el de Laura. « No, Señor, respondió Fabio; ya murió Alberto de Silva, que vuestra merced habrá conocido en esta ciudad. » « Sí conocí, dijo el viejo, y era grande amigo mío y de los hombres ricos desta ciudad; y me acuerdo dese caballero su hijo, cuando era niño y comenzaba á estudiar gramática, y me alegro que haya salido tan semejante á su padre. ¿No trata de casarse ahora? » « Sí trata, dijo Antandro; y lo desea en extremo, con una hermosa doncella igual á sus merecimientos en dotes naturales y bienes de fortuna. » Con esto los mandó regalar Memandro, que así era el nombre del padre do Laura, y ellos se despidieron, contando entre les árboles á Lisardo todo lo que les había sucedido, que los estaba esperando desesperado.

Laura quedó cuidadosa, llena de solícito temor, que así difine el amor Ovidio, porque dió en imaginar que aquella doncella con quien quería casarse Lisardo era otra, y que las finezas eran fingidas, no conociendo que Antandro lo había dicho para que Laura entendiese su deseo: así es temeroso el amor, atribuyendo siempre en su daño hasta su mismo provecho. No pudo alegrarse más; y dando prisa á sus padres con no sentirse buena, se volvieron á Sevilla. Durmió mal aquella noche, y el día siguiente la afligió tanto aquel pensamiento, que se vino á resolver en escribirle. Vuestra merced juzgue si esta dama era cuerda, que yo nunca me he puesto á corregir á quien ama. Borró veinte papeles, y dió el peor y el último á Fenisa, que con admiración, que se pudiera llamar espanto, le llevó á Lisardo, que en aquel punto iba á subir á caballo para pasear su calle. Casi fuera de sí oyó el recado de palabra, y llevándola de la mano á un jardín pequeño, que en frente de la puerta principal de su casa ofrecía á la vista algunos verdes naranjos, la dió muchos abrazos; y recibiendo el papel con más salvas que si trujera veneno, abrió la nema, guardó la cubierta, y leyó así:

« Los años que vuestra merced me ha obligado á su co-
» nocimiento, parece que me fuerzan en cortesía á darle
» el parabién de su casamiento, que á mis padres contaron
» sus criados, mayormente siendo tan acertado, con dama
» tan hermosa y rica; pero suplico á vuestra merced que
» ella no sepa este atrevimiento mío, que me tendrá por
» envidiosa, y vuestra merced no ha menester de hacer
» gala de mi cortesía para acreditarse, pues no será esa
» señora tan humilde, que no piense que lo que ella
» merece, vale por sí mismo esta general estimación de
» todas. »

Con una blanda risa, más en los ojos que en la boca, dobló el papel Lisardo, y por lo que había contado Antandro, conoció el engaño de Laura, ó que se había valido de aquella industria para provocarle á desafío de tinta y pluma, que en las de amor es lo mismo que de espada y capa. Llevó á Fenisa á un curioso aposento, bien adornado de escritorios, libros y pinturas, donde le dijo que se entretuviese mientras escribía. Fenisa puso los ojos en un retrato de Laura, que un excelente pintor había hecho al vuelo de sólo verla en misa; y Lisardo escribió,

haciendo gala de que fuese aprisa y con donaire, y cerrado el papel, abrió un escritorio, y dando cien escudos á Fenisa, le abrió las entrañas. Fuése la esclava y Lisardo volvió á leer el papel otras dos veces; y poniéndole la cubierta encima, le acomodó en una naveta de un escritorio, donde tenía sus joyas, porque así le pareció que le engastaba. Llegó Fenisa donde Laura esperaba la respuesta con inquietud notable; dióle el papel, contóle el gusto con que la había recibido, el aseo de su aposento, la grandeza de su casa, y calló los cien escudos, aunque hizo mal, que también esto obliga á quien ama y desea ser amada; pero peor hubiera sido que confesara la mitad, como hacen muchos criados, en ofensa grave de la liberalidad de los amantes. Abrió Laura el papel con menos ceremonias, aunque por ventura con más sentimiento, y leyó así:

« La señora que yo sirvo, y lo es de mi libertad, y con » quien deseo casarme, es vuestra merced, y esto mismo » dijo Antandro para que en este sentido se entendiese. » Con esta satisfacción pudiera vuestra merced tener en» vidia de sí misma, si yo mereciera lo que dice para hon» rarme, que no tengo ni tendré otro dueño mientras » tuviere vida. »

Cuando yo llego á pensar por dónde comienzan dos amantes el proemio de su historia, me parece el amor la obra más excelente de la naturaleza, y en esto no me engaño, pues bien sabe toda la filosofía que consiste en él la generación y conservación de todas las cosas, en cuya unión viven, aunque entre la armonía de los cielos, que en el aforismo de que todas las cosas se hacen á manera de contienda, eso mismo que las repugna, las enlaza, y así se ve que los elementos que son los mayores contrarios, simbolizan en algunas cosas y comunican sus calidades. Convienen el fuego y el aire en el calor, porque el fuego le tiene sumo y el aire moderado; el fuego y la tierra en lo seco, el aire y el agua en lo húmedo, y el agua y la tierra en lo frío, de cuya conveniencia es fuerza amarse, y á este ejemplo, las demás de la generación y corrupción de la naturaleza. Pero dirá vuestra merced: ? Qué tienen que ver los elementos y principios de la generación de amor con las calidades elementales? Mas bien sabe vuestra merced que nuestra humana fábrica tiene dellos su origen,

y que su armonía y concordancia se sustenta y engendra deste principio, que, como siente el filósofo, es la primera raíz de todas las pasiones naturales.

Notable edificio pues levanta amor en esta primera piedra de un papel, que sin prudencia escribió esta doncella á un hombre tan mozo, que no tenía experiencia de otra voluntad desde que había nacido. ¿Quién vió edificio sobre papel firme? Ni ¿qué duración se podrá prometer la precipitada voluntad destos dos amantes, que desde este día se escribieron y hablaron, si bien honestamente, fundados en la esperanza del justo matrimonio? Y tengo por sin duda que si luego pidiera Lisardo á Laura, Menandro lo hubiera tenido á dicha, pero el querer primero cada uno conquistar la voluntad del otro, á lo menos asegurarse della, dió causa á que la dilación trujese varios accidentes, como suele en todas las cosas, donde se acude con la ejecución después del maduro acuerdo, como sintió Salustio. Tenía Lisardo un amigo que desde sus tiernos años lo había sido, igual en calidad y hacienda, llamado Octavio, procedido de ciertos caballeros ginoveses que en aquella ciudad habían vivido, y á quien la mar no había correspondido ingrata á lo que en confianza suya habían aventurado. Éste amaba desatinadamente á una cortesana que vivía en la ciudad, tan libre y descompuesta, que por su bizarría y despejo público era conocida de todos. Pasaba el pobre Octavio sus locuras con inmenso trabajo de su espíritu y no pequeño daño de su hacienda, porque á vuelta de cabeza se la cargaba de infinito peso, mayormente si se descuidaba de comprar por instantes lo que le parecía que tenía adquirido. Amor no se conserva sin esto, yo lo confieso; pero en este género de mujeres es la codicia insaciable. Hame acontecido reparar en unas hierbas que tengo en un pequeño huerto, que con la furia del sol de los caniculares se desmayan de forma, que tendidas por la tierra, juzgo por imposible que se levanten, y echándolas agua aquella noche, las hallo por la mañana como pudieran estar en abril después de una amorosa lluvia. Este efecto considero en la tibieza y desmayo del amor de las cortesanas, cuando la plata y oro las despierta y alegra tan velozmente, que el galán que de noche fué aborrecido porque no da, á la mañana es querido porque ha dado. Olvidada, finalmente, Dorotea, que así se llamaba esta

dama, de las obligaciones que tenía á Octavio, puso los ojos en un perulero rico, así se llaman, hombre de mediana edad, y no de mala persona, aseo y entendimiento. Á pocos lances conoció Octavio la mudanza, y siguiéndola un día, la vió entrar disfrazada en la casa del indiano referido; donde esperó desatinado á que tomase puerto en la calle de aquella embarcación tan atrevida, y asiéndola del brazo, la dió, con poco temor del perulero y vergüenza de la vecindad, algunos bofetones. Á sus voces y de la criada, que llegando á defenderla partieron la ganancia, salió Fineo, que este fué su nombre, ó lo es ahora, y con dos criados suyos le hizo salir de la calle con menos honor que si quedara en ella, pero con más provecho suyo. Corrido Octavio, como era justo, porque al huir, dice Carranza, y lo aprueba el gran don Luis Pacheco, no hay satisfacción, dió parte á su amigo Lisardo de su disgusto, y con los dos criados músicos referidos fueron á esperarle dos ó tres noches; porque él no salía sin cuidado de su casa, y la última, que venía de visitar un amigo (¡oh noche, qué de desdichas tienes á tu cuenta! no en balde te llamó Estacio acomodada á engaños, Séneca horrenda, y los poetas hija de la tierra y de las parcas, que es lo mismo que de la muerte, pues ellas matan y la tierra consume lo que entierra), saliéronle al paso Octavio y Lisardo con los criados, y dándole muchas cuchilladas, se defendió valerosamente con los suyos hasta que cayó muerto, dejando á Octavio herido de una estocada, de que también murió de allí á tres días. Éstos estuvo retraído Lisardo; y queriendo hacer fuerza la justicia en sacarle de la iglesia, le fué forzoso ausentarse, y con grandes lágrimas de Laura y suyas salió de Sevilla, y por ser ocasión en que se partía la flota de Nueva-España, aconsejado de amigos y deudos, se pasó á las Indias. Fué tan difícil de remediar esta caso, aunque de entrambas partes había dos muertes, que no pudo volver á Sevilla Lisardo cuando pensaba. En triste ausencia quedó Laura con tan notable sentimiento de su partida conocido de sus padres, que con algún advertimiento reparaban en Lisardo, y no les pesara de que fuera su yerno; pero habiendo pasado dos años de inmensa tristeza, le propusieron algunos casamientos para sacarla della, de personas ilustres y dignas de su bermosura, calidad y hacienda. Era de suerte lo que Laura sentía que le tratasen

desto, que cada vez que lo intentaban, la tenían por muerta; pero habiéndose informado de Fenisa, y entendiendo que mientras estuviese en esperanza de casarse con Lisardo no admitiría casamiento alguno, determinó Menandro de fingir una carta que diese nuevas, entre otras relaciones, de que Lisardo se había casado en Méjico, y una aparte para un amigo suyo, que visitándole, dejase caer al descuido, que hallada de Laura, decía así:

« En este viaje no tengo que advertiros más de que » todo se despacha bien, y mejor lo que menos pensábades. Llegó bueno el Virrey, y creo que nos habemos » de hallar muy bien con él, porque es un gran príncipe, celoso del servicio de Dios y de su majestad. » Hacedme el placer de saber en qué estado están los » negocios de Lisardo de Silva en esa ciudad, porque » ya son tan proprios míos, que le he casado con mi » hija Teodora, con mucho gusto de entrambos, porque » se querían mucho. Esto me importa notablemente, » porque quiere ir Lisardo á España y pretender un » hábito en la corte, y yo deseo ver honrada mi casa, » y que comience su valor en este caballero, á quien, » por el que tiene en todo, he dado en dote sesenta mil » ducados. »

Cómo quedaría Laura con esta carta, echada con tan falso descuido para darle tan verdadero cuidado, no es posible encarecerlo; pobre amante, que cuando estaba solicitando su libertad para verla, se la estaban quitando con tan notable industria; y no se engañaron, aunque vuestra merced lo sienta, que, pasados algunos días de lágrimas, se consoló, como lo hacen todas, y dijo á sus padres que quería obedecerlos. Los cuales, así como conocieron el efecto de la industria, trataron de darle marido que deshiciese con su presencia fácilmente la voluntad de Lisardo, que no había podido tan larga ausencia. Había un caballero en la ciudad, no de tan gallarda persona, pero de más juicio, años y opinión constante, rico y lustroso de familia, y codiciado de muchos para yerno, porque traía escrita en la frente la quietud y en las palabras la modestia. Tratóse entre los deudos de una y otra parte el concierto, y estando á todos con igualdad, no fué difícil de llegar á ejecución con la brevedad que los padres de Laura

deseaban. Casóse Laura, y en esta ocasión dijera un poeta si había asistido Himeneo triste ó alegre; y si tenía el hacha viva ó muerta, ceremonia de los griegos, como llamar á Talasio de los latinos. Y porque vuestra merced no ignore la causa por qué invocaba la gentilidad en las bodas este nombre, sepa que Himeneo fué un mancebo, natural de Atenas, de tan hermoso y delicado rostro, que con el cuidado de los rizos del cabello, como ahora se usan, era tenido por mujer de muchos. Enamoróse este mancebo ardentísimamente de una hermosa y noble doncella, sin esperanza de fin á su deseo, porque en sangre, hacienda y familia era inferior y desigual con diferencia grande; con esta desconfianza Himeneo, para sustentar sus ansias siquiera de la amada vista desta doncella, vestíase su mismo hábito, y mezclándose con las demás que la acompañaban, ayudado de las colores de su rostro, en amistad honesta vivía con ella y la seguía á las fiestas y campos, sin osar declararse por no perderla. En este tiempo le sucedió lo que á muchos, que, pensando engañar, lo quedan ellos; porque, habiendo salido fuera de la ciudad su dama con otras muchas á los sacrificios de Ceres Eleusina, saltaron de improviso en tierra, y con las demás doncellas le robaron. Ellos, la presa y la nave tomaron puerto cerca; y habiendo repartido á su gusto lo que á cada uno le tocaba, hicieron fiesta sobre la hierba, y andando Ceres y Baco dando calor á Venus, con el trabajo del remo y descanso del vino se rindieron al sueño. Himeneo, valerosamente gobernado de su ánimo en ocasión tan fuerte (que la hermosura en los hombres no estorba la valentía del corazón, y yo he visto muchos feos cobardes), sacó la espada de la cinta al capitán de los piratas, y uno á uno les cortó las cabezas, embarcó las doncellas, y con inmenso trabajo volvió á Atenas; los padres de las cuales, en remuneración de tanto beneficio, solicitaron al de su dama, y se la dió por mujer, con la cual vivió en paz, sin celos y sin disgusto, y con muchos hijos; de donde tomaron ocasión los atenienses de invocarle en sus bodas, como á hombre tan dichoso en ellas, y poco á poco se fué introduciendo el cantarle himnos, como á su protector, de que se hallan tantos en los poetas griegos y latinos, y recibirse su nombre por las mismas bodas. No pienso que le habrá sido á vuestra merced gus-

toso el episodio en razón de la poca inclinación que tiene al señor Himeneo de los atenienses; pero por lo menos le desvié la imaginación del agravio injusto que hicieron estas bodas al ausente Lisardo, y la facilidad con que se persuadió la mal vengada Laura; aunque por el camino que fué la industria, ¿á qué mujer le quedara esperanza, cuando no quisiera vengarse? Cosa que apetecen enamoradas con desatinada ira, tanto, que en viendo cualquiera retrato de mujer, pienso que es la venganza.

Puso Marcelo, que así se llamaba su marido, ilustre casa, hizo un vistoso coche, el mayor deleite de las mujeres, y en esta parte soy de su parecer, por la dificultad del traje y la gravedad de las personas y más después que se han subido en un monte de corcho, haciéndose los talles tan largos, que se hincan de rodillas con las puntas de los jubones. Casóse un hidalgo, amigo mío, de buen gusto, y la noche primera que se había de celebrar el himeneo en griego y la boda en castellano, vió á su mujer apearse de tan altos chapines y quedar tan baja, que le pareció que le habían engañado en la mitad del justo precio. Dijo entonces ella : « ¿Qué os parece de mí? » Y él con poco gusto le respondió : « Paréceme que me han dado á vuestra merced como á mohatra, pues he perdido la mitad de una mano á otra. » Á quien yo consolé con la respuesta de aquel filósofo que, diciéndole un amigo suyo que por qué se había casado con una mujer tan pequeña, respondió : « Del mal lo menos. » Mas cierto que todos se engañan; que una mujer virtuosa, ó sea grande ó pequeña, es honra, gloria y corona de su marido, de que hay tantas alabanzas en las divinas letras; y ¡ay del enfermo que ellas no curan, el solo que no regalan, y el triste que no alegran!

Entre otras cosas que trujo Marcelo á su casa, fué un esclavo, de quien fiaba mucho, alarbe de nación, que en una presa del general de Orán había sido cautivo. Este tenía cuenta de los caballos del coche y de otros dos en que paseaba, de los Valenzuelas de Córdoba, que también hay linaje de caballos con su nobleza. No se olvide pues vuestra merced de Zulemo, que así se llamaba, que me importa para adelante que le tenga en la memoria. Casados vivían en paz, aunque sin señales de hijos, que lo suelen ser del matrimonio, Marcelo y Laura, cuando

habiéndose acabado con ruegos y dineros y años, que lo vencen todo, el pleito de Lisardo, apareció en Sanlúcar con los galeones de Nueva-España; y como de su pensamiento no diese parte á nadie, y por coger de improviso á Laura con la alegría de su presencia, ignorante de su casamiento, vino á Sevilla. No le dijeron en su casa nada, ó ya ocupados en verle, ó ya porque pensaron que cosa tan notable para él como estar casada Laura ya la sabría, ó por no le recibir con malas nuevas, que suele ser la mayor ignorancia de los deudos y amigos. Con esto, así como estaba, y solo, quitándose las espuelas, se fué á su casa, serían las ocho de la noche, y vio Lisardo en el patio tan diferente ruido, que se le turbó el corazón y heló la sangre, y después de un rato preguntó á un criado que ayudaba á poner en su lugar aquel vistoso coche, en que debía de haber venido Laura, quién vivía en aquella casa. « Aquí vive Menandro, le respondió, y Marcelo, su yerno. » Pasóle el corazón esta palabra, y todo temblando, le dijo : « Pues ¿casó á la señora Laura? » « Sí, » replicó el criado con sequedad; y se lo pagó Lisardo con muchas lágrimas, que de improviso vinieron á los ojos por ayudar al corazón en tan justo sentimiento. Sentóse en un poyo que estaba junto á la puerta, y no pudiendo hablar, porque le ahogaba el dolor, vertió parte del veneno, con que sintió algún alivio. Levantóse finalmente, porque ya reparaban en él, que la buena disposición lo solicitaba, con las galas y plumas del camino, en las cuales fué la primera venganza, porque, haciéndolas pedazos, sembró dellas la calle, diciendo : « Éstas y mis esperanzas todo es uno. » De allí pasó á los guantes, y tirándose de una cadena de piezas, la perdió toda. Bien había hora y media que andaba el afligido mozo por la calle, cuando habiendo oído algún ruido en una sala, asió las manos á los hierros de su reja, y sin mirar él qué hacía, se asomó á uno de los postigos de la ventana, donde vió sentar á la mesa á Laura, á su marido y á sus padres. Aquí perdió el sentido, y cayendo en tierra, estuvo desmayado un rato; volvió en sí, y trepando segunda vez por los hierros, vió la ostentación de la plata y familia con que se servían, el contento que mostraban, y los platos y regalos que Marcelo hacía á Laura tan amorosamente; reparaba en su

rostro, en su vestido y en el buen aire con que cenaba, que el comer aseadamente y con despejo se cuenta entre las cosas á que está obligado un hombre bien nacido, y le parecía que en su vida había visto hombre más hermoso. ¡Oh celos, qué de cosas feas habéis hecho que parezcan lo contrario! Allí se extendía la imaginación á cosas terribles de sufrir, y entre todas, á creer que Laura estaría enamorada de Marcelo, como era razón y como á él le parecía que era forzoso merecerlo. Suspiraba Lisardo, deseando que le oyese Laura. ¡Qué locura! Mas ¿quién tuviera prudencia en tal desdicha? Acabóse la cena de Marcelo y la paciencia de Lisardo á un mismo tiempo. Ellos se recogieron después de un rato de conversación, y él se quedó con todas sus esperanzas en la calle. La pena de su casa era forzosa; y así, salieron á buscarle por varias partes, sin que dejasen amigo donde no fuesen. Acordóse Antandro de los pensamientos de Laura, partió á su casa, y halló en su calle á su señor poco menos que loco y algo más que desdichado; quitóle, después de muchas razones y conveniencias, del puesto que había tomado, como soldado de amor, hasta el cuarto del alba; trújole á su casa con buenos consejos, y haciéndole acostar, no durmieron entrambos, porque en contarle lo que había visto y lamentarse de Laura llegó el dia. Rogó á Antandro que fuese en casa de Menandro y procurase ser visto de Fenisa; lo cual sucedió tan bien, que apenas le vió la esclava, cuando, puesto su manto y aquel sombrero que con tanta bizarría se ponen las sevillanas, salió á buscarle. No habían los dos traspuesto la calle, cuando Fenisa le dió muchos abrazos, y preguntándole por Lisardo, llegó el esclavo Zulemo referido, y ella interrumpió la plática y se volvió á su casa. Reparó el esclavo en el forastero, y algo celoso de Fenisa, quiso seguirle; pero Antandro le burló en una de las muchas calles estrechas de aquella udad, y dió cuenta á Lisardo de que ya Laura sabría que él estaba en Sevilla. Con aquella ocasión el tierno amante tomó la pluma, y escribiendo un papel, le dijo á Antandro que le llevase, y si pudiese dársele á Fenisa, le prometiese grandes intereses y regalos por la fe y confianza deste secreto. Sucedió asi; y Laura, que ya sabía que había venido, con poca alteración y mucha curiosidad le abrió severa, y leyó así:

« Anoche llegué á Sevilla á vivir en tu vista de tanta » muerte como he padecido en tu ausencia, y cumplir la » palabra que te había dado de ser tu marido. La primera » cosa que supe fué que le tenías, y la segunda verle, con » tanto dolor mío, que sólo pudo impedir el ma- » tarme saber que hay alma. Cruelmente has procedido » con mi inocencia; no eran esas las palabras en mi par- » tida á Méjico, acreditadas de lágrimas; pero eres mujer, » último consuelo de los hombres. Mas, para que veas la » diferencia que mi amor hizo al tuyo, mientras dispongo » de mi hacienda, viviré en Sevilla, y luego me cubrirá un » pobre hábito, que quiero fiar del cielo mi remedio, » porque en la tierra no le espero de nadie. »

Sin alteración dije que abrió el papel Laura, pero no le volvió á cerrar sin mucha; y dudosa de que podría mentir Lisardo, como fuesen muchos cuando la prueba de sus mentiras tiene ultramarino el término, abrió un escritorio, donde tenía la carta fingida de su padre, más acaso que con cuidado, y había querido rasgar siempre que la vía, y poniéndole una cubierta, se la envió á Lisardo. Alguna alegría le causó entonces ver papel suyo ; pero cuando desconoció la letra y vió la firma fingida de un mercader que él había conocido en Méjico, leyó la carta, y con un suspiro en voz triste dijo : « Este me ha muerto. » Pasó aquel día, y haciendo que le cortasen de vestir de luto, al siguiente salió por la ciudad tan desconocido, que daba ocasión á todos de preguntalle la causa, para la cual no le faltaba industria. Con esto volvió á escribirla, diciendo así :

« Invención de mi fortuna fué esta carta para quitarme » todo mi bien, y aunque parece bastante disculpa, no la » puede haber de no haber venido acompañada de una » letra sola, que desprecios de lo que se ha querido no dan » honra á quien aborrece, ni con ella cortó jamás la es- » pada de los nobles en los que están rendidos. Yo partí de » Sevilla por fuerza, navegué sin vida, llegué á Méjico sin » alma, viví muerto, guardé lealtad invencible, volví con » esperanza, hallé mi muerte, y para todo he hallado » consuelo en el engaño desta carta; mas para tanto des- » precio será imposible; que tenerme en poco, aunque sea » sobra de contento en el nuevo estado, es falta de discre- » ción en la cortesía. »

Á este papel respondió Laura el que se sigue :

« Lo que pareciera liviandad en mi honor no ha sido » descortesía al vuestro; pero cuando la hubiera usado, » bien la merece un hombre que niega haberse casado en » Indias, pues el luto que trae muestra bien que, porque » ha enviudado, quiere que yo crea que no se casó, y que » es verdadera esa carta. »

Aquí pensó rematar el juicio Lisardo, viendo que el luto que había puesto para obligarla con el sentimiento, le había resultado en mayor daño. Quitósele el mismo día, y siéndolo de fiesta, se vistió de las mejores y más ricas galas que tenía, y con extremadas joyas se fué á San Pablo, donde Laura vino á misa, y le vió en hábito tan diferente, que se certificó que el luto era fineza y la carta mentira. Con esto y la solicitud de Lisardo comenzó amor á revolver las cenizas del pasado fuego, donde, como suelen algunas centellas, se descubrían algunas memorias. Fenisa terciaba, obligada de dineros y vestidos, Laura miraba amorosa, Lisardo se atrevía, y con esperanzas de algún favor volvió presto en sí, y estaba en extremo gentilhombre. Marcelo reparaba poco en las bizarrías de Laura, pareciéndole no estrechar los pocos años á más grave estilo de recogimiento; con esto, al paso de su descuido, crecía el cuidado de los dos, y á vueltas el atrevimiento. Ya los papeles eran estafeta ordinaria, y se iba disponiendo el deseo á poco honestos fines; que Marcelo no era amoroso ni había estudiado el arte de agradar, como algunos, que piensan que no importa y que todo se debe al nombre, no considerando que el casado ha de servir dos plazas, la de marido y la de galán, para cumplir con su obligación y tener segura la campaña. Paréceme que dice vuestra merced: ¡Oh, lo que os deben las mujeres! Pues le prometo que aquí me lleva más la razón que la inclinación, y que, si tuviera poder, instituyera una cátedra de casamiento, donde aprendieran los que lo habían de ser desde muchachos, y que, como suelen decir los padres unos á otros: Este niño estudia para religioso, este para clérigo, etc., dijeran también: Este muchacho estudia para casado; y no que venga un ignorante á pensar que aquella mujer es de otra pasta porque es casada, y que no ha menester servirla ni regalarla porque es suya por escritura, como si lo fuese de venta, y que tiene privilegio de la venganza para traerla mil mujeres á los ojos, sin reparar,

como sería justo, en que ha puesto en sus manos todo lo mejor que tiene del alma, como es la honra, la vida, la quietud, y aun con ella, que muchos la habrán perdido por esta causa. Diga ahora vuestra merced, suplícoselo, que si es esta novela sermonario. No, Señora, responderé yo por cierto, que yo no los estudio en romance, como ya se usa en el mundo, sino que esto me hallé naturalmente, y siempre me pareció justo.

Consolado estaba Lisardo de haber perdido á Laura, pareciéndole que no era perderla estar tan cerca de la posesión que tantos años de pena le había costado, que como los deseos de amor de una y otra manera tienen un mismo fin, aunque sea por breve hurto y con peligro del deshonor ajeno y daño proprio, se buscan y solicitan. Lisardo, favorecido, amaba; Laura, libre y olvidada de lo que se debía á sí misma, no advertía qué fin suelen tener iguales atrevimientos. Antandro era el secretario. Fenisa el paraninfo; en la iglesia se miraban, en la calle se hacían amorosas cortesías, y en el campo se hablaban, y algunas veces por las rejas, mientras Marcelo dormía, y otras, que estaba más advertido, Fabio y su amigo en el mayor silencio de la noche cantaban así:

Belisa de mi alma,
De cuyos ojos bellos
El mismo sol aprende
A dar su luz al suelo;
Belisa más hermosa
Que en el cielo sereno
Al alba, y á la tarde
El cándido lucero;
Que ya por este valle,
De hoy más le llamaremos
La estrella de Belisa,
Como hasta aquí de Venus;
Dejando tu hermosura,
Si yo dejarla puedo,
Y celebrando solo
Tu raro entendimiento,
¿Quién no dirá, Señora,
Que cuidadoso el cielo
Puso por alma un ángel
En tu divo incuerpo?
Gloriosa está la mía

De tenerte por dueño,
Si bien las esperanzas
Me tienen vivo y muerto.
  Vivo porque me animan
Al fin donde no llego,
Y muerto en ellas mismas
Porque esperando muero.
  Todos, Belisa mía,
Se quejan que por ellos
El tiempo aprisa pasa,
Sin poder detenerlo.
  Y yo, de que camina
Tan despacio me quejo;
Que pienso que se para
En mis años el tiempo.
  Á muchos que han amado
Dió Tántalo su ejemplo;
Mas como á mí ninguno,
Con tan alto deseo.
  Lo que me dan me falta,
No tengo el bien que tengo,
Viniendo á ser mis obras
Mentales pensamientos.
  Usa mi amor ahora
De los antojos nuevos,
Cerca para los ojos,
Para los brazos lejos.
  Belisa, pues naciste
Tesoro de los cielos,
¿Quién para mí te hizo
De sueño lisonjero?
  Pues cuando más segura
Pienso que te poseo,
Despierto y no te hallo,
Que eres verdad y sueño.
  Contigo, dueño mío,
Nació mi amor primero,
Contigo se ha criado,
Contigo fué creciendo.
  Aciertan los que juzgan
Que es mi pecho pequeño
Para un amor tan grande,
Mas no para tu pecho.
  Y llaman esperanzas
Los males que padezco;
Pidiendo posesiones,
Levántanme que espero.

En deseos aprisa
Esperanzas de asiento
Es muerte dilatada,
No habiendo mar en medio.
¡Qué pocas que me dieran,
Si padecieran ellos!
Mas si años hacen penas,
¿Qué amante fué más viejo?
Perdona si te canso,
Que mientras no te tengo,
No puedo amarte más
Ni desearte menos.

Así pasaba Lisardo sus esperanzas, unas veces alegre y otras triste; y Laura, con papeles y favores, unas veces le divertía y otras le aseguraba; cuyas dudas y deseos le significó un día en estos versos:

Pensamiento, no penséis
Que estoy de vos agraviado,
Pues me dejáis obligado
Con el daño que me hacéis;
Antes pienso que tenéis
Queja de mí con razón,
Porque he puesto en condición
De quien sabéis la mudanza;
Que no merece esperanza
Quien no piensa en posesión.
Nunca vos y yo pensamos,
Aunque vos sois pensamiento,
Vernos en tan alto intento,
Que los dos nos envidiamos;
Pues si contentos estamos,
Vos del lugar en que estáis,
Y yo de que le tengáis,
No sufráis que culpa os den
De que no estimáis el bien,
Pues que nunca al bien llegáis.
Este imposible forzoso
De alguna noble desdicha
Hace dilatar la dicha
Al que puede ser dichoso;
De confuso y temeroso,
Que no lo digáis consiento,
Que en mi grave sentimiento,
Lo que sabemos los dos,

No lo fiara de vos,
Á no ser mi pensamiento.
Quiero, y no puedo alargarme
Á ejecutar lo que quiero;
Espero lo que no espero,
Por ver si puedo engañarme;
Sin saber determinarme,
Ya determinado estoy;
Á quien me niego me doy,
Y en este mortal disgusto
Soy Tántalo de mi gusto,
Y el mismo imposible soy.
Fuerte linaje de mal
Es huir el rostro al bien,
Quien llega á que se le den
Con mérito desigual;
En congoja tan mortal
Lo mismo que dudo creo;
Y en tal estado me veo,
Sin poderme remediar,
Que aun no puedo desear
Eso mismo que deseo.
Vos, hermoso dueño mío,
Recibid, pues vuestro soy,
Del imposible en que estoy,
La satisfacción que envío;
Contra mis dichas porfío
Entre atrevimiento y miedo,
Pero en laberinto quedo,
Donde tengo de morir;
Pues cuando voy á salir,
Pruebo á salir y no puedo.

En estos últimos versos anduvo menos cortesano Lisardo que en los demás que habló con su pensamiento, pues confesaba que había hecho diligencias para salir, si no se ha de entender con lo que dijo Séneca, que el amor tenía fácil lo entrada y difícil la salida. No sé qué disculpa halle á este caballero, habiendo sido opinión del mayor filósofo que amor ni lo es para ese fin ni sin él; cosa que me holgara de preguntársela, si viviera ahora, aunque fuera desde aquí á Grecia, porque parece que implican contradicción esas dos sentencias; sino es que quiere decir que puede haber amor verdadero con deseo de unión y sin él. Vuestra merced juzgue cuál destos dos tiene ahora en el pensa-

miento, y perdone á los pocos años de Lisardo el no platonizar con la señora Laura. Finalmente, de línea en línea se acercó Lisardo á la última de las cinco que Terencio le puso en Andria, en cuya final proposición Laura le escribió así:

« Si fuera vuestro amor verdadero, él se contentara, » Lisardo mío, del estado en que vuestra venida de las In» dias halló mi honra, pues bien sabéis que me casé enga» ñada, que os esperé firme y que os lloré casado. No sé » cómo queréis que pueda atropellar por la obligación de » mis padres, el honor de mi marido y el peligro de mi » fama; cosas tan graves, que por cualquiera dellas conozco » que queréis más vuestro gusto solo que á todas juntas. » Mis padres son bien nacidos, mi marido me tiene obli» gada con su amor y con sus regalos, mi fama es la mayor » joya de mi persona; ¿qué haré si toda la pierdo por » vuestra liviandad? ¿Cómo cobrarán mis padres su auto» ridad, mi marido su opinión y yo mi nombre? Conten» taos, señor mío, con que os amé más que á mis padres, » que á mi dueño y que á mí misma, sin que me respon» dáis que si fuera ansí, todo lo aventurara por vos. Yo » confieso que mirado de presto parece verdad, pero consi» derado, es mentira; porque podré yo replicaros que, si » vos no aventuráis por mí cosa que vos podéis vencer con » solo que queráis, ¿cómo queréis que yo por vos aventure » lo que no puedo cobrar si una vez lo pierdo por vos? » Mirad cuál hará más en esta turbada confusión de nues» tro amor: yo, que sufro lo mismo que vos y soy mujer, » ó vos, que me queréis perder por no sufriros á vos. Qui» siera traeros ejemplos de algunas desdichas, pero co» nozco vuestra condición, y sé que habéis de pasar por los » renglones desta materia como quien topa enemigo en la » calle, que hace que no le ve hasta que sale della. Mas » pluguiera á amor que no tuviera esto más inconveniente » que perder la vida, que vos viérades que no es el mío tan » cobarde que no la aventurara por vos, y me fuera la » muerte dulce y agradable. Reciba yo este favor de vos: » que con el entendimiento consultéis este papel, y no con » la voluntad; que ella os templará el deseo, y durará » nuestro amor; que con lo que vos queréis, corre peligro » de acabarse. »

Cuando Lisardo estaba por instantes deseando la eje-

cución de su deseo y el puerto de su esperanza, de que tenía celajes en las cosas que suelen prevenirle, pensó acabar la vida; lloró, que amor es niño; y como los que lo son arrojan lo que les dan, sino es todo lo que piden, trató el papel sin respeto, y dijo á las letras que solía venerar, algunas necias injurias. Últimamente puso la pluma en el papel, y escribió así:

« Mi amor es verdadero, más sin comparación que el de » vuestra merced; y si mi deseo le desacredita, no he » tenido yo la culpa, sino quien le ha llevado de la mano » á ser tan loco; desdicha que se pudiera haber excusado » entre los dos, vuestra merced favoreciéndome y yo enga- » ñándome. Sus padres de vuestra merced, su dueño y su » fama pongo en los ojos con toda la veneración que debo, » y del poco respeto que hasta aquí les he tenido pido « perdón, con protestación de tanta enmienda, que venza » mi recato por infinita distancia la libertad de mis pa » sados pensamientos. Y suplico á vuestra merced también » se tenga por servida con ellos de perdonarme la parte » que le alcanza desta ofensa, que, como comencé á querer » en fe de marido, no era mucho que se continuase aquel » deseo por tan honesto fin; si bien conozco que fué criarle » con veneno, y que es tan poderosa esta costumbre, que » no pudiendo, como no puedo, olvidar á vuestra merced, » será fuerza ausentarme. Mañana partiré á la corte á mis » pretensiones, que la que los dos tratábamos tuvo sus- » pensas, donde, ó se me olvidará con su variedad este de- » satinado pensamiento, ó me dejará presto de cansar tan » enojosa vida. »

Muchas lágrimas costó á Laura este papel, y pensando que Lisardo no hiciera lo que á ella le pareció que no podía, descuidóse de remediarlo. Aguardó el desesperado mozo dos días, al fin de los cuales salió de Sevilla con Antandro y Fabio, pasando en postas por la calle de Laura, que al ruido de la corneta y al rebato del alma, dejando la labor, se puso á una reja, donde estuvo sin color hasta que le perdió de vista.

Lisardo llegó á la corte con tan poco ánimo, que desde cualquier lugar que llegaban decía que se volviesen. Entretuvo los primeros días en ver el palacio, sus consejos, sus pleitantes, sus pretendientes, el Prado, eterna procesión de coches; el río de juego de manos, que le ven y no

le ven, y ya está en una parte y ya en otra; los caballeros, los señores, las damas, los trajes y la variedad de figuras que de todas las partes de España, donde no caben, en ella hallan albergue. Después comenzó con más conocimiento á continuar visitas, que le pudieran haber divertido si duraran, ¡por más que fuera la hermosura y discreción de Laura; tales ganados crían los prados de la corte; pero cuando más desconfiado estaba, y creía que todo el amor de Laura había sido engaño, le dieron una carta suya, que decía así :

« De suerte, señor mío, que en este interés se fundaba » vuestro amor, y que me queríades tan mal, que » sabiendo que vuestra ausencia me había de matar » os fuistes, y cuando menos á la corte; acertado re- » medio, como quien sabía que estaba en ella el río del » olvido, donde dicen que se quedan tantos, que no » vuelven á sus patrias eternamente. No os quiero decir » las lágrimas que me costáis y de la manera que me te- » néis, pues los que me ven no me conocen, aunque » solos son los de mi casa, de donde no he salido. Yo me » voy acabando; si alguna de las muchas ocasiones » de ese mar de hermosuras, galas y entendimientos no » os tiene asido por el alma, que ya sé que sois tierno, » venid antes que me costéis la vida; que ya estoy deter- » minada á vuestra voluntad, sin reparar en padres, » en dueño, en honra, que todo es poco para perder por » vos. »

Realmente, señora Marcia, que cuando llego á esta carta y resolución de Laura, me falta aliento para proseguir lo que queda. ¡Oh imprudente mujer! ¡Oh mujer! Pero paréceme que me podrían decir lo que el ahorcado dijo en la escalera al que le ayudaba á morir, y sudaba mucho : « Pues, padre, no sudo yo, ¿y suda vuesa paternidad? » Si á Laura no se le da nada del deshonor y peligro, ¿para qué se fatiga el que sólo tiene obligación de contar lo que pasó? que aunque parece novela, debe de ser historia.

Poco menos que loco partió Lisardo de Madrid el mismo día, comprando á sus criados bizarros vestidos de aquella calle milagrosa donde sin tomar medida visten á tantos, y para Laura dos joyas de á mil escudos, porque aunque sea la mujer más rica del mundo, agradece

lo que le dan, y más después de ausencia. Las locuras del camino es imposible referirlas, siendo iguales á las dichas, y ellas á los deseos. Llegó á Sevilla, ¡caso extraño! que al siguiente día con una larga visita cumplió Laura su palabra. No hizo fin el amor, como suele en muchos, antes bien se fué aumentando con el trato, y el trato llegó á más libertad de lo que fuera para conservarse justo; que aquello mismo que á los amantes les parece dicha, las más veces resulta en su perdición, y, cuando menos en dividirse. Había muerto en estos medios Rosela, tía de Lisardo, viuda, y fuéle fuerza traer á su casa á Leonarda, sobrina suya, moza de trece á catorce años, de linda cara y talle. Á pocos días que estuvo en ella se enamoró Antandro tan desatinadamente desta doncella, que vinieron á ser públicos sus atrevimientos á las demás criadas de Lisardo, y entre ellos hubo quien le dió aviso de lo que pasaba, con temor de alguna desgracia de las que suelen suceder en la primera ignorancia de las mujeres. ¡Por qué extraños modos camina la fortuna adversa á sus desdichas! Sintió tanto Lisardo este atrevimiento de Antandro, que habiéndole reñido, y él respondido á su justo enojo con injusto atrevimiento, asió una alabarda que á la cabecera de la cama tenía, y volviendo el asta, le dió de palos, haciéndole una herida en la cabeza, que le duró un mes de cama y otro de convalescencia. Hiciéronse las paces, que nunca se hicieran, y volvió Lisardo á fiar su secreto con necia confianza de Antandro, que habiéndole dejado un día escondido en casa de Laura, como otras veces solía estarlo, llamó á Marcelo, y en el pórtico de una iglesia le dijo que Lisardo le quitaba la honra, refiriéndole muy de espacio lo que tan bien sabía desde el infeliz principio destos amores; y que para que creyese que no le engañaba por algún interés ó venganza de algún enemigo suyo, fuese á su casa, que le hallaría escondido en ella, y en un aposento junto al jardín, donde se guardaban las esteras del invierno y algunos instrumentos de cultivarle. Marcelo en grande rato no pudo responderle, y habiendo prevenido la prudencia de que era dotado para ocasión tan fuerte, le dijo: » Venid conmigo, que quiero que seáis el primero, como en el decírmelo, en ver que lo he vengado. » Fuése Antandro con Marcelo, y dejóle en el portal de su casa,

entrando como dueño della solo al aposento referido, donde detrás de una estera halló á Lisardo, á quien dijo estas palabras : « Mozo desatinado, aunque merecéis la muerte, no os la doy, porque no quiero creer que Laura me haya ofendido, sino que vuestros atrevimientos locos os han puesto aquí. » Lisardo, todo turbado, ayudó estas palabras con grandes seguridades y juramentos. Todos fingió Marcelo que los creía, y llevándole al jardín, abrió una puerta falsa que estaba entre unas hiedras, y le puso en la calle, que apenas vía el turbado mozo, desde la cual se fué á su casa, combatido de tantos pensamientos y determinando tantas cosas sin resolver ninguna, que de cansado se dejó caer en la cama, deseando la muerte. Salió Marcelo luego que despachó á Lisardo, y dijo á Antandro : « Vos alguna afrenta habéis recibido deste caballero, porque él no está donde decís ni en toda mi casa, y advertid que no os castigo como merecéis porque os considero tal, que la justicia pública lo hará por mí. ¿Quién os dijo que ese hombre entraba á ofenderme? » « Señor, respondió Antandro turbado, una esclava vuestra que se llama Fenisa. » « Pues id con Dios á vuestros negocios, que no sabéis la casa que disfamáis ni la mujer que yo tengo, tan indigna destos bajos pensamientos. » Con esto se despidió Antandro turbado, y no osó volver en duda en casa de Lisardo, antes bien procuró esconderse por algunos días. Marcelo, que de la virtud de Laura tenía diferente información en su pensamiento, dudoso entre la confianza y el dolor, y afligido entre la opinión y la verdad, se tuvo valientemente con el desengaño hasta llegar ocasión para satisfacerse; á nadie que tenga honor se le ofrezca tan duro campo de batalla. ¡Oh traidora Laura! decía. ¿Es posible que en tanta hermosura y perfección cupo tan deshonesto vicio, que tus compuestas palabras y honesto rostro cubrían un alma de tan infame correspondencia? ¿Tú, Laura, traidora al cielo, á tus padres, á mí y á tus obligaciones? Mas ¿qué io dudo, habiendo visto con mis ojos y tocado con mis manos el fiero cómplice de tu delito? ¿Cómo puedo yo dudar que aun este sagrado no dejó tu mala fortuna á mi confianza, ni la fiera condición de mi desdicha á las obligaciones de la honra con que nací? Yo lo he visto, Laura; no puedo dudar lo que vi, ni hay por donde pueda mi amor

escapar mi agravio, aunque con las injurias ajenas le aborrece el rostro. ¡Triste de mí! que más haré en solicitar tu muerte que tú en perder la vida, porque la he de quitar á lo que más estimo en tanto grado, que padezco más en sola esta imaginacion que tú en el dolor, con ser de todos, el último. Así hablaba Marcelo entre sí mismo, forzando el rostro á la fingida alegría en la inmensa causa de tristeza. Dió en regalar á Laura, como quien se despedía de la víctima para el sacrificio de su honra; y para justificarle, en estando ella fuera, con llaves contrahechas hizo visita general de sus escritorios. Halló un retrato de Lisardo, algunos papeles, cintas, niñerías, que amor llama favores, y las dos joyas. Los amantes que esto guardan donde hay peligro, ¿qué esperan, señora Marcia? Pues en llegando á papeles, ¿cuánto mal habéis hecho? ¿Quién no tiembla de escribir una carta? ¿Quién no la lee muchas veces antes de poner la firma? Dos cosas hacen los hombres de gran peligro sin considerarlas: escribir una carta y llevar á su casa un amigo, que destas dos han surtido á la vida y á la honra desdichados efectos. Ya sabía Laura todo el suceso, y como vía tan alegre á Marcelo, parecíale algunas veces que era de aquellos hombres que con benigna paciencia toleran los defectos de las mujeres proprias; y otras, que tener tanta era para aguardar ocasión en que cogerlos juntos, de que á su parecer de entrambos supieron guardarse; aunque Marcelo no quería juzgar de los agravios por venir, que tenía ya dada la sentencia en los pasados. Con estos pensamientos procuró muchas veces poner odio entre aquel esclavo y Laura, diciéndole á ella que deseaba deshacerse dél, porque le habían dicho que la aborrecía, y que mil veces había estado determinado de matarle, porque no había de tener él en su casa quien no la adorase y sirviese. Laura, en esta parte inocente, dió en tratar mal á Zulemo de obra y de palabra, haciéndole castigar en público, de que Marcelo se holgaba notablemente; y esto llegó á extremo, que ya la casa toda, y aun los vecinos, sabían que no había cosa que tanto aborreciese el esclavo como su ama. Laura se daba á entender que debía de ser el dueño de la traición de Antandro, y con esto deseaba su muerte y la solicitaba por puntos, sin osar pedir á Marcelo que le vendiese, porque fuera de casa no

la deshonrase. Cuando ya le pareció á Marcelo que este aborrecimiento era bastantemente público, llamó á Zulemo, y encerrándose con él en un aposento secreto, después de largos prólogos, le incitó á matar á Laura, y le dió en una bolsa trescientos escudos. Zulemo, al fin bárbaro, airado contra su ama y favorecido de Marcelo, que asimismo le ofrecía un caballo para que se huyese hasta la costa, donde esperase las galeotas de Argel, que lo corrían de ordinario desde los Alfaques á Cartagena, en llegando la ocasión, entró con rostro feroz y ánimo determinado, y llegando al estrado de Laura, la dió tres puñaladas, de que cayó sobre las almohadas con tristes voces. Á las que daban las criadas entró Marcelo, que cuidadoso esperaba el suceso, y con la misma daga que le quitó de las manos le dió tantas, ayudado asimismo de Fabio y de los demás criados, que sin que pudiese decir quién le había mandado matar á Laura, rindió el feroz espiritu. Acudieron á este miserable caso los vecinos, los deudos, la justicia y sus padres, y entre las lágrimas de todos eran las de Marcelo más lastimosas, y por ventura más verdaderas. El esclavo fué entregado á los muchachos, brazo poderoso é inexorable en tales ocasiones, que llevándole al campo, después de arrastrado por muchas calles, le cubrieron de piedras. «¡Ay, decía el desdichado viejo padre de Laura, teniéndola en los brazos, hija mía, y solo consuelo de mi vejez! ¿Quién pensara que os esperaba tan triste fin, y que vuestra hermosura se viera manchada de vuestra misma sangre por las manos de un bárbaro perro de la tierra más infeliz del mundo? ¡Oh muerte! ¿para qué reservaste mi vida en tanta edad, ó por qué quieres matar tan débil sujeto con veneno tan poderoso? ¡Ay, quién no hubiera vivido, para no morir con el cuchillo de su misma sangre!» Lisardo, que tuvo presto las nuevas desta desventura, desatinado, vino en casa de Laura, y mezclado entre la confusión de la gente, vió tendida su hermosura en aquel estrado, como suele á la tarde, vencida del ardor del sol, la fresca rosa. Allí todos tenían licencia para lágrimas; las suyas eran de suerte, que conocía bien Marcelo en qué parte le dolía aquel sangriento accidente de su fortuna. Despejóse la casa, y retirado Lisardo á la suya, no salió en cuatro meses della ni le vieron

hablar con nadie fuera de su familia: todo era suspiros, todo era lágrimas, de las cuales parecía que vivía más que del común sustento. Entre tanto Marcelo despachó con un veneno á Fenisa, sin que de ninguna persona fuese entendida la causa de su violenta muerte; y tuvo tanta solicitud en buscar á Antandro, que habiendo sabido dónde posaba, le aguardó una noche, y llamando á su puerta, le metió por las espaldas dos balas de una pistola. Sólo faltaba de su castigo al cumplimiento de su venganza el mísero Lisardo, cuya tristeza le tenía tan recogido, que era imposible satisfacerla. Bien pudiera contentarse la honra deste caballero con tres vidas, y si era mancha por las leyes del mundo, ¿qué más bien lavada que con tanta sangre? Pues, señora Marcia, aunque las leyes por el justo dolor permiten esta licencia á los maridos, no es ejemplo que nadie debe imitar, aunque aquí se escriba para que lo sea á las mujeres que con desordenado apetito aventuran la vida y la honra á tan breve deleite, en grave ofensa de Dios, de sus padres, de sus esposos y de su fama. Y he sido de parecer siempre que no se lava bien la mancha de la honra del agraviado con la sangre del que le ofendió, porque lo que fué no puede dejar de ser, y es desatino creer que se quita, porque se mata el ofensor, la ofensa del ofendido; lo que hay en esto es, que el agraviado se queda con su agravio y el otro muerto, satisfaciendo los deseos de la venganza, pero no las calidades de la honra, que para ser perfecta no ha de ser ofendida. ¿Quién duda que está ya la objeción á este argumento dando voces? pues aunque tácita, respondo que no se ha de sufrir ni castigar; pues ¿qué medio se ha de tener? El que un hombre tiene cuando le ha sucedido otro cualquiera género de desdicha: perder la patria, vivir fuera della donde no le conozcan, y ofrecer á Dios aquella pena, acordándose que le pudiera haber sucedido lo mismo si en alguno de los agravios que ha hecho á otros le hubieran castigado; que querer que los que agravió le sufran á él, y él no sufrir á nadie, no está puesto en razón; digo sufrir, dejar de matar violentamente, pues por solo quitarle á él la honra, que es una vanidad del mundo, quiere él quitarlos á Dios si se les pierde el alma. Finalmente, pasaron dos años deste suceso, al cabo de los cuales Lisardo consolado, que

el tiempo puede mucho, salía en los calores de un ardiente verano á bañarse al río. Súpolo Marcelo, que siempre le seguía, y desnudándose una noche, fué nadando hacia donde él estaba, y le asió tan fuertemente, que con la turbación y el agua perdió el sentido y quedó ahogado, donde con gran dolor de toda la ciudad le descubrió la mañana en las riberas del río. Esta fué la más prudente venganza, si alguna puede tener este nombre, no escrita, como he dicho, para ejemplo de los agraviados, sino para escarmiento de los que agravian, y porque se vea cuán verdadero salió el adagio de que los ofendidos escriben en mármol, y en agua los que ofenden; pues Marcelo tenía en el corazón la ofensa, mármol en dureza, dos largos años, y Lisardo tan escrita en el agua, que murió en ella.

GUZMÁN EL BRAVO

Si vuestra merced desea que yo sea su novelador, ya que no puedo ser su festejante, será necesario, y aun preciso, que me favorezca y que me aliente el agradecimiento. Cicerón hace una distinción de la liberalidad en graciosa y premiada; benigna la llama, siendo graciosa, y si ha tenido premio, conducida. No querría caer en este defecto; pero como yo no tengo de hacer cohecho, así no querría perder derecho; que no es razón que vuestra merced me pague como Eneas á Dido, remitiéndome á losdioses, cuando dijo:

Si el cielo á los piadosos galardona,
Si en ellos hay justicia, si conocen
Los ánimos, te den condigno premio.

Fué opinión del filósofo que naturalmente se deseaba el premio, y dijo el romano satírico:

Nadie, si el premio le quitas,
Abrazará la virtud.

Y aunque la gracia siga al que la da, y no al que la recibe, creo que habemos de ser vuestra merced y yo como el caballero y el villano que refiere Faerno, autor que vuestra merced no habrá oído decir, pero gran ilustrador de las fábulas de Esopo. Dice pues que llevando una liebre un rústico apiolada, así llama el castellano á aquella trabazón que hacen los pies asidos, después de muerta, le topó un caballero, que acaso por su gusto había salido al

campo en un gentil caballo, y que preguntando al labrador si la vendía, le dijo que sí, y pidiéndole que se la mostrase, le preguntó al mismo tiempo cuánto quería por ella. El villano se la puso en las manos, viendo que quería tomarla á peso, y le dijo el precio; pero apenas la tomó el caballero en ellas, cuando poniendo las espuelas al caballo, se la quitó de los ojos. El labrador burlado, haciendo de la necesidad virtud y del agravio amistad, quedó diciendo: « Que le digo, Señor, yo se la doy dada, cómasela de balde, cómala alegremente, y acuérdese que se la he dado de mi voluntad, como á mi buen amigo. » Esto se ha venido aquí de suerte, que no era menester buscarle las aplicaciones de don Diego Rosell de Fuenllana, un caballero que se llamaba alférez de las partes de España, y que imprimió un libro en Nápoles, de *Aplicaciones*, que no debría estar sin él ningún hipocondríaco; pues claro está que, fiando de vuestra merced estas novelas, me las corre. Y así, me parece que sería bien comenzar esta, diciendo por la pasada: « Llevésela vuestra merced, yo se la doy de mi voluntad; » si bien del villano á mí hay esta diferencia, que le engañaron á él sin entenderlo, y yo me dejo engañar porque lo entiendo.

En una de las ciudades de España, que no importa á la fábula su nombre, estudió desde sus tiernos años don Félix, de la casa ilustrísima de Guzmán, y que en ninguna de sus acciones degeneró jamás de su limpia sangre. Hay competencia entre los escritores de España sobre este apellido, que unos quieren que venga de Alemania, y otros que sea de los godos, procedido deste nombre Gundemaro. Por la una parte hacen los armiños antiguos, y por otra las calderas azules en campo de oro; como quiera que sea, ellos son grandes de tiempo inmemorial, y en su familia ha habido insignes y valerosos hombres, como fueron don Pedro Ruiz de Guzmán, año de 1100, don Alonso Pérez de Guzmán, principio de la casa de Medina-Sidonia, á quien su sepulcro llama *bienaventurado* y con otros muchos, dignos de eterna memoria, don Pedro de Guzmán, hijo del duque don Juan I, conde de Olivares, que en servicio del emperador Carlos hizo valerosas hazañas, á los cuales se puede sin ofensa poner al lado por su valor, ya que no por su gran

estado. El referido don Félix estudiaba, como digo, y perdone vuestra merced la digresión, que debo mucho á esta ilustrísima casa, en la ciudad por donde tuvo principio la novela. Las partes deste caballero eran tales, que así los estudiantes naturales como los extranjeros le amaban con tanto afecto, que perdieran por él la vida, y no sentían el estar fuera de sus patrias. Hizo algunos actos con muestra de tan feliz ingenio, que no parecía de día el que por la noche se hacía temer por su nunca visto esfuerzo, juzgándole comunmente por dos hombres, y no sabiendo cómo hallaba lugar la blandura mercurial del entendimiento con la fiereza marcial de la osadía. El pretendiente á quien defendía, segura tenía la cátedra, y aunque el retular de noche le costó algunas pendencias, de todas salió con victoria, aunque el exceso fuese exorbitante ; que cuando al natural valor ayuda la buena gracia de la fortuna, no hay enemigo que ofenda ni resistencia que baste. Y en esta parte confieso que tengo á los caracteres de almagre por blasones de honra ; pero en llegando á libelos infamatorios, tengo por cobarde al dueño y por mujer la mano. Dió fin á sus estudios, ó por lo menos se le dió su inclinación, que no le guiaba por aquel camino ; esto sin inducir fuerza de estrellas, que Dios no crió al hombre por ellas, sino á ellas por el hombre, puesto que no salió don Félix sin ocasión de su patria.

Habíale llevado algunas noches en su defensa Leonelo, un caballero mozo, amigo suyo, á quien una dama de razonable calidad, pero de poca estimación, había dado lugar en su casa ; y como ella viniese á entender que quedaba don Félix en la calle por tantas horas, y tenía inclinación á su fama y lástima á su desvelo, fuera de que por la mayor parte las mujeres de aquel porte codician más lo que está en la calle que lo qne queda en casa, rogó á Leonelo no permitiese que con tanta descomodidad pasase un caballero el tiempo que él se entretenía, pues fuera de ser término descortés, más daño haría á su opinión un hombre toda la noche en la calle, que dos dentro de casa. Lición es ésta ya tan recibida, que no se ve un hombre en puerta ni en ventana por milagro, como se vían en otros tiempos, y creo que debe de ser lo más seguro, si no es lo más honesto, porque las mujeres suelen perder más por un caballo á la

puerta que por el dueño en la sala, y dice más un lacayo dormido que un vecino despierto; que los hay tales, que se desvelarán por ver lo que saben, como si no lo supiesen. Hablaba un caballero de noche con una dama de las que no pueden abrir, aunque lo desean, y dió una vecina enfrente en perseguirlos de suerte con los ojos, que ni ellos hablaban ni ella dormía. Valíase el caballero de traer una ballesta de bodoques, y desde una esquina, lo mejor que podía, la tiraba á tiento; porque con la escuridad de la noche no había más coral que el deseo de acertarla. Viendo la vecina curiosa el peligro en que estaba de que le quebrase un ojo, y no pudiendo contenerse de no ver si hablaban y escuchar lo que decían, tomaba un caldero, y encajándosele en la cabeza, la sacaba por la ventana de suerte que dando los bodoques en él hacían ruido, con que despertaba la vecindad, y era fuerza que se fuesen. Consiguió Felicia fácilmente que don Félix la visitase, porque Leonelo sentía lo que por él pasaba y las obligaciones en que le ponía. Subió á verla en el hábito que le halló el estar de guarda, una cuera de ante sobre un jubón de tela, calzones y ferreruelo de paño, medias y ligas de nácar, sombrero de falda grande, sin trancelín ni toquilla, en la pretina el broquel y en las manos la espada. Era don Félix moreno; tenía más de agradable que de hermoso; cabello y bozo negro; gentil disposición, adornada de notable talle; modestia y cortesía, no á la traza de la lindeza de ahora, con alzacuello de tela, que por disfraz llaman gola; horrible traje de hombres españoles. No hubo hablado un rato don Félix con Felicia, cuando ella se prometió en su imaginación que sería mujer dichosa si le conquistaba la voluntad, y de noche en noche se le fué declarando con los ojos, á hurto de los de Leonelo, que ya sentía la familiaridad con que se afratelaban. Esta voz, señora Marcia, es italiana; no se altere vuestra merced, que ya hay quien diga que están bien en nuestra lengua cuantas peregrinidades tiene el universo, de suerte que aunque venga huyendo una oración bárbara de la griega, latina, francesa ó garamanta, se puede acoger á nuestro idioma, que se ha hecho casa de embajador; valiéndose de que no se ha de hablar común, porque es vulgar bajeza. Después de muchas determinaciones y dudas, Felicia escribió así:

« Parece que se desentiende vuestra merced de los » principios, que creí había merecido que me correspon- » diese, pues cada día me va mostrando menos voluntad; » debe de ser que con más trato ha conocido los defectos » de mi persona y entendimiento. Con todo eso, le suplico » que, como caballero, favorezca á una mujer á quien ha » dado ocasión para este desatino, si es bien que se dé » este nombre á los efectos de tal causa. »

Admiróse don Félix del papel de Felicia, porque, aunque algunas veces conocía que sus favores excedían del justo límite de una voluntad doméstica, no creyó que llegaran jamás á determinación tan loca, y respondió así:

« La misma obligación de caballero me ha enseñado » qué respeto se debe á los amigos, y en esta parte no » podré usar de más cortesía con mi voluntad que la que » pide la razón. Con esto será fuerza retirarme poco á » poco de dar más ocasión á vuestra merced, porque ni el » amigo lo entienda, ni yo deje de servirle en acompa- » ñarle, si excuso algún peligro. »

Sintió neciamente Felicia esta repulsa, no le sucediendo lo que temía la vieja Dipsas, cuando en la elegía octava de los *Amores*, de Ovidio, enseñaba la cortesana el arte de portarse con los galanes:

No le consientas que padezca mucho;
Porque amor repelido muchas veces
Viene á entibiarse.

Ella se encendió más con este desdén súbito, y pareciéndole que era el primer combate, segura de lo que puede la porfía, escribió así:

« En el siglo de los caballeros andantes se debía, señor » don Félix, de usar esta limpieza de trato; que en este el » mas falso es más discreto, y el más desleal más gustoso. » Deje vuestra merced esa fidelidad para Amadís de Gaula, » que su amigo no lo ha de saber para agradecérselo, ni » yo el tenerme en poco. Vuestra merced está obligado en » razón natural á ser mío, porque me ha quitado el gusto » de Leonelo, de quien no le tendré en mi vida, y no es » razón que los pierda á entrambos. »

Pesóle á don Félix desta locura tan declarada, y aunque

estuvo determinado á no responder porque no volviese á escribirle, la escribió así:

« Siempre se usó en el mundo, señora Felicia, el tér» mino que en todas las ocasiones los caballeros se deben » á sí mismos; si la falsedad es discreción y la deslealtad » gusto, serán hijos bastardos de la nobleza, que quien » como yo la heredó de sus padres, no sabe más leyes en » el mundo que las de la honra; y quien vende á su » amigo, no la tiene. »

Destas en otras epístolas vino á desengañarse el antojo desta necísima señora, porque sólo á los hombres es permitida, amando, la porfía; que las mujeres no han de imitarlos en semejantes acciones, ni obligarlos con la blandura de sus palabras á cometer bajezas. Pero es notable la condición de amor, que al contrario de todas las cosas, que se corrompen para volver á engendrarse, pocas veces deja amor de dar el último paso sin que el primero que le sigue no sea el odio. Comenzó Felicia á aborrecer á don Félix, y como ya no le miraba ni hablaba como solía, vino Leonelo en sospecha de que por alguna novedad se guardaban dél. Persuadió á Felicia con los extremos de los celos á que le dijese la causa, y ella, aprovechando la ocasión, le dió á entender que don Félix la solicitaba; y enseñándole los papeles que le había escrito, los rompió luego. Bastóle conocer la letra al engañado mozo, y quejándose de la deslealtad de su amigo, como si fuera cosa no sucedida, siendo tan usada, que ya los hombres, si son discretos, sólo se han de guardar de sus amigos, intentó satisfacerse, deseándolo Felicia para perderlos á entrambos.

Había venido á esta ciudad un caballero de otro reino, llamado Fabricio, con quien Leonelo comenzó nueva amistad, y se fué poco á poco desviando de la que tenía con don Félix, no sin conocimiento suyo, porque el semblante dice luego lo que pasa en el corazón, que con ser tan amigos, nunca le guardó secreto: ejemplo que deberían tomar los hombres, que pues la cara no le guarda á su mismo principio, no hay que tener confianza de lo que está tan fuera del corazón, que por instantes se muda. Con esto ya Leonelo decía mal de don Félix; ¡Dios nos libre de enemistades de amigos! Y como hay tantos que tienen por amistad dar pesadumbres, arrieros de palabras, que las traginan de un lugar á otro, llegó á noticia de don

Félix, que le escribió esta carta. Y si le parece á vuestra merced que son muchas para novela, podrá con facilidad descartar las que fuere servida :

« Después que vuestra merced se fué secando de vo-
» luntad conmigo, entré en sospechas de que sería con
» causa ; y como no la ha dado á tan áspero término, díme
» por olvidado de vuestra merced, en que estuve enga-
» ñado, pues me dicen que se acuerda de mí, donde
» quiera que se halla, con menos amistad que le merezco;
» lo que le suplico sea servido de excusar, porque de otra
» suerte haré cargo á vuestra merced de tan grande in-
» gratitud. »

Leonelo, que estaba dispuesto, como la leña seca á recibir la llama, respondióle :

« Cuanto yo he hecho nace de justa causa, pues no lo
» puede ser mayor entre amigos que la deslealtad ; haré
» lo que manda, por no acordarme de quien ha pagado mi
» amor con poner al suyo donde sabe. »

Admirado, y justamente, don Félix disculpaba á Leonelo, conociendo que Felicia le había engañado, treta ordinarísima en las mujeres; y no hallando remedio para que esto no quedase sin la satisfacción que merecía, se resolvió á que tratase un amigo de los dos á dársela de su parte, á quien Leonelo respondió : « Decid á don Félix que yo he visto cartas suyas, y que bien sabe que conozco su letra. » Don Félix, dando lugar á la ira, contra su natural modestia, partió en casa de Felicia; é iba tan ciego, que con haber topado en la misma calle á Leonelo, no le vió, y se entró furioso por la puerta hasta el estrado de Felicia, que se levantó con notable alegría á recibirle en los brazos. Leonelo le había seguido y puesto detrás de un paño. « No vengo á eso, » dijo entonces don Félix con airado rostro. « Pues á qué, señor mío ? » respondió Felicia; y sin dejarle hablar, le tomaba las manos y le hacía amorosas caricias y regalos. Desatinado Leonelo de lo que vía, y no entendiendo el ánimo de don Félix, entró por la sala metiendo mano á la espada, y diciendo : « Así se ha de castigar á los traidores. » Volvió de presto don Félix, y como hay ocasiones, que dar satisfacciones de la verdad parece cobardía, sacó la suya, y habiéndose afirmado, le dió una estocada por los pechos, de que cayó muerto. Las voces fueron las ordinarias, la justicia la que siempre, las diligencias las que

suelen; Felicia halló sagrado. Déme licencia vuestra merced para dejar este muerto, é irme con el famoso Guzmán, que ya comienza á ser bravo, por esos mundos adelante.

Había determinado Selín, gran turco en este tiempo, con sus bajaes, que en aquella edad en toda Europa concurrieron valientes hombres, así cristianos como bárbaros, tomar la isla de Chipre. Fué Mostafá capitán general de su armada, que á fuerza de armas, con estupendo estrago de los que la defendían, la tomó, habiendo muerto á Nicolao Dandulo, Julio Romano y Bernardino. Desde allí fué Mostafá á Famagusta, y Piali bajá se volvió con la armada á Constantinopla. Después desto había salido Ochalí de Negroponte, y llevado mil cautivos de Corfú, Candía y Petimo, con no menor estrago del Zante y la Cefalonia. Desde allí sitió á Cataro con un ejército de turcos, que vino á socorrer por tierra. Defendióla valerosamente Mateo Bembo, veneciano, que era de su república. La cristiandad, alborotada toda con la braveza de Selín, cuyas victorias no refiero, que no son de mi propósito, determinó oponerse al enemigo común, honrándole en juntar sus fuerzas contra las deste bárbaro, el sacro pastor de Roma, padre universal de la Iglesia, Pío V, de felicísima memoria, el rey de las Españas Felipe II, y el prudente senado de Venecia. Fué general desta santa liga aquel mancebo ilustrísimo, honra y gloria de nuestra nación, el señor don Juan de Austria, á quien ayudó el valor y envidió la fortuna. Llevó consigo este heroico príncipe á esta empresa á nuestro don Félix, por orden de don Pedro de Guzmán, mayordomo de Felipe II y padre del gran don Enrique, embajador que fué en Roma y virrey en Sicilia y Nápoles, condes de Olivares entrambos, que es tanto lo que les debo, que aun en esta novela me alegro de nombrarlos, pues fueron abuelo y padre del que hoy con tanta felicidad honra y premia las armas y las letras.

Nec nos ambitio, nec nos amor urget habendi.

Ya vuestra merced tendrá perdonado el verso por lo arriba contenido, y sabrá que nuestro don Félix era soldado en la batalla naval tan escrita de tantos historiadores, tan cantada de poetas, que ni á mí me está bien referirla, ni á vuestra merced escucharla; y aunque para

esta ocasión pudiera remitirla al divino Herrera, que lo fué tanto en la prosa como en el verso, me parece que es más acertado que la busque en uno de los tomos de mis comedias, donde la entenderá con menos cuidado. En esta ocasión, como dicen que ha de decir nuestra lengua, hizo con una espada y rodela tan notables cosas don Félix, que allí se le confirmó el nombre de Bravo, y rindiendo una galera, sacó veinte y dos heridas de flechas y cuchilladas, que á quien le vía ponía espanto, porque en las flechas parecía erizo y en las cuchilladas toro; y no de otra suerte que del coso le suelen sacar rendido, aunque no muerto, le llevaron á curar, y milagrosamente tuvo vida. Acuérdome en esta ocasión de aquella pintura famosa que hace Lucano de Casio Sceva, de quien escribe el emperador Julio César, en el libro tercero de sus *Guerras civiles*, que sacó en aquella memorable batalla el escudo pasado por doscientas treinta partes, y afirma haberle visto; persona debía de ser de crédito, pues fué señor de Roma, que lo era entonces del mundo; mas no diremos por don Félix lo que por Sceva Lucano:

Dichoso tú por tan heroico nombre,
Si huyera de tus armas el teutonio,
El ibero ó el cantabro;

pues no empleó las armas en las guerras civiles, sino contra enemigos de la Iglesia y de la patria, ensoberbecidos con tantas victorias, tan sangrientos sacos y tan injustos robos sobre las aguas pacíficas del Archipiélago. Pusieron al serenísimo don Juan de Austria dignas estatuas por este vencimiento, que desde entonces ha tenido á sus pies la indignación del Asia, una de las cuales vive en Sicilia, si bien mayor es la inmortalidad de las historias, donde no acabará jamás la memoria de su nombre; que los bronces y los mármoles están sujetos al tiempo, pero no alcanza su jurisdición á la virtud magnánima. Convenleció don Félix, y con el nombre de Bravo vivió en Nápoles algunos días con justa estimación de aquellos príncipes, hasta que pasó á Flandes, donde con no menor nombre continuó sus hazañas y su fama por algún tiempo. En él se le ofrecieron algunos desafíos con diferentes armas, de que salió laureado con general aplauso de muchas na-

ciones, que á tales espectáculos concurrían, así del ejército como de otras partes. Allí, á la traza de aquel ilustre mancebo, Chaves de Villalva, que venció en Roma en público desafío á aquel tudesco de las grandes fuerzas, en defensa de la antelación á otros reyes de Fernando el Católico, le tuvo don Félix de Guzmán con un capitán flamenco, que le pidió que señalase las armas, y él hizo fabricar unas porras de cuatro arrobas, que apenas pudo levantar del suelo el contrario, y él esgrimió á una y otra parte, con espantosa admiración del ejército. Bien sabe vuestra merced que siempre le suplico que adonde le pareciere que excedo de lo justo, quite y ponga lo que fuere servida. Pesadas son estas armas, pero por eso no las ha de llevar el lector á cuestas; y esta no es historia, sino una cierta mezcla de cosas que pudieron ser, aunque á mí me certificaron que eran muy ciertas, y como dijo el poeta antiguo castellano:

Las cosas de admiración
No las cuentes,
Porque no saben las gentes
Cómo son.

Cierto que tiemblo de decirlas, pero la fuerza deste caballero fué tan grande, que facilita el crédito. Todos conocimos á don Jerónimo de Ayanza, Hércules español, de quien hay una alabarda en la recámara del marqués de Priego en Montilla, cuya punta hizo lechuguillas, y lo dice el soneto á su muerte:

Luchar con él es vana confianza,
Que hará de tu guadaña lechuguillas.

Y hoy tenemos con diez y nueve años á Soto, que ha tirado con cuatro arrobas de peso, y detiene un carro, y por quien dijo una dama:

¿Qué hará cuando mayor?

Pasando á Valencia á los casamientos de Felipe III, que Dios tiene, vi un labrador, que llevó consigo á Nápoles el conde de Lemos, que habiendo levantado entre muchos hombres una coluna que de unas ruinas de unos arcos estaba en tierra, se la ató con una soga á las espaldas y

la levantó tres dedos, agoviando el cuerpo. El temor que me da el mentir, aunque no sea cosa de importancia, me ha hecho traer estos ejemplos. Vuestra merced tenga en opinión á la naturaleza, que sabe hacer destas cosas para ostentación de su poder, aunque pocas veces. Y ¿para quién no es mayor milagro una mujer hermosa que un hombre fuerte? pues el que más lo es, podrá vencer un hombre, y la hermosura rinde cuantos mira. Un ingenio grande comprehende los secretos de la naturaleza, ayuda la vida en peligro por la enfermedad del sujeto, penetra las cosas altas, describe el mundo, da términos á las ciencias y leyes á las repúblicas, que no lo harán todas las fuerzas de los hombres. Y así pintó Luciano retórico aquella prosopografía de Hércules con el arco en la mano siniestra, la clava en la derecha, y en la boca aquellas cuerdas con que llevaba aprisionados innumerables hombres, para dar á entender que no con las fuerzas ni las armas los había vencido, sino con la elocuencia, diciendo :

Den ventaja las armas á la toga,
Porque atrae los duros corazones
La elocuencia á su voto.

Bien descuidado estuvo algunos años en Flandes Guzmán el Bravo, cuando ya, cerca de partirse, le encomendó un soldado amigo un paje destos que llaman regachos, con su capote de cintas, sombrero grande, vuelta la copa á la falda, con medalla y plumas, no mal hablado, y ligero de pies y lengua para cualquiera cosa. Fuése á Alemania con unas cartas para el duque de Cleves, que estaba junto á Dura, lugar famoso por la expugnación de Carlos V, con cuarenta piezas de campaña, que hay fama también por las desdichas. No pudo este soldado llevar el paje que digo, que se llamaba Mendoza, respeto de ser el camino largo y áspero, y haber de atravesar aquella selva que está entre el Rin y la Ruta, llena de fragosos montes, en cuya caza el Duque se entretenía por la diversidad de animales; que la abundancia de sus frutos y amenidad de sus arroyos cría hasta caballos salvajes. No mostró tristeza el paje de perder su antiguo dueño, ó porque le esperaba volver á ver con brevedad, ó porque holgó de servir á un hombre de tanta fama, que debía de tener el ánimo belicoso. Mas

habiéndose ofrecido ocasión á don Félix de ir á Malta con deseo de un hábito de aquella religión, á que se había inclinado, quiso también dejar á Mendoza, pero no fué posible, y llorando le pidió que no le desamparase, porque mientras estaba lejos de su patria, no le parecía que, sirviendo español, la había perdido. Don Félix, que le estaba aficionado porque, entre otras gracias, cantaba y tañía con igual destreza, le llevó consigo, y habiéndose embarcado con otros pasajeros en un navío, tomaron la derrota de Malta por el mar Líbico; pero sobreviniéndoles una tempestad furiosa, anduvieron perdidos algunos días, sin poder tomar el Peñón de Vélez, donde la soberbia de las ondas los arrojaba. Era ya lugar de cristianos, que don García de Toledo se le había quitado á los moros de la Gomera con una armada, de que le hizo capitán Felipe II, para reprimir la furia de los marítimos cosarios; pero, por diligencias de los pilotos y favor de los pasajeros, que todos se ayudaban, como lo tienen mandado las leyes del peligro, no fué imposible tomarle; tanta era la furia con que el mar surtía de aquellas peñas, convirtiendo las ondas en espuma, y desviándola de que pudiese surgir al contrario del peñasco de Polifemo, que le acercaba á tierra. Aquella noche pensaron que se fuera á pique, porque llegó á su punto la soberbia del mar y la borrasca de agua, truenos y rayos, de suerte que parecía que entre dos mares se anegaba, aunque le sucedió lo que dicen de los dos venenos, que se impide el uno al otro. Finalmente, al alba reconocieron á un tiempo el cielo y la tierra, dando en la costa de Berbería, donde con gran peligro salieron con las vidas, y cautivos de algunos moros los llevaron á Túnez. Presto hallaron dueño los dos esclavos, rogando nuestro Guzmán á Mendoza que no dijese su nombre, porque es sin duda que á saberle, ó no saliera jamás de cautiverio, ó fuera tarde. Tuvieron dicha en que á entrambos los compró un judío que sabía la lengua de Castilla, como quien en ella tenía deudos. No trataba mal este hombre, cuyo apellido era David, á los nuevos esclavos, de quien pensaba sacar mayor ganancia é interés por que los había comprado, que en su traza le parecían gente que escribiendo á sus tierras, vendrían por ellos. Don Félix se guardaba bien desta diligencia, porque sabía que siendo conocido, sería grande el rescate; que aun de sus fuerzas no

osaba hacer demostración, porque por ellas no fuese ó estimado en más precio á detenido. Tenía David una hija, hermosa como el sol; hispanismo cruel, pero de los de la primera clase en el vocabulario del novelar, porque si una mujer fuera como el sol, ¿quién había de mirarla? Las comparaciones, ya sabrá vuestra merced que no han de ser tan uniformes, que pareciesen identidades, y así verá vuestra merced por instantes blanca como la nieve, hidalgo como el Rey, más sábio que Salomón y más poeta que Homero. Ella era hermosa últimamente, y no mal entendida; llamábase Susana, pero no lo parecía en la castidad como en el nombre, porque puso los ojos... aquí claro está que vuestra merced dice en don Félix ; pues engañóse, que era más lindo Mendocica, y habiéndole oído cantar, aunque entre dientes, en un huertecillo de su casa, le había llevado el alma de suerte, que la señora ya era esclava de su cautivo. No le pesaba desto á don Félix, porque con este nuevo amor los regalaba, y en las ausencias que David hacía á algunas ferias ó á Trípol y Biserta con sus mercaderías y cambios, eran ellos los señores y dueños. Íbase Susana á un jardín con sus esclavos, que no se recataba de don Félix, porque ellos le habían dicho en secreto que eran hermanos, y habiéndole buscado un instrumento, rogó á Mendoza que cantase, y él comenzó así :

Vengada la hermosa Filis
De los agravios de Fabio,
Á verle viene á la aldea,
Enfermo de desengaños.
Á ruego de los pastores
Baja de su monte al prado,
Que como se ve querida,
Da á entender que la forzaron.
Eso mismo que desea,
Quiere que la estén rogando,
Que sube al gusto los precios
Amor conforme á los años.
Huyóse Fabio celoso;
Pensó Fabio hallar sagrado,
Pero hay estados de amor,
Que está en el remedio el daño.
¡Desdichado del que llega
Á tiempo tan desdichado,
Que le matan los remedios,

Con que muchos quedan sanos!
En fin, á Fabio rendido,
Viene á ver su dueño ingrato
Alegre, porque es amor
En las venganzas villano.
No va sin galas á verle,
Aunque pudiera excusarlo,
Que la mayor hermosura
No deja en casa el cuidado.
Lleva de palmilla verde
Saya y sayuelo bizarro,
Con pasamanos de plata,
Si en ellos pone las manos.
No lleva cosa en el cuello
Que Fabio le hubiese dado,
Porque no entienda que viven
Memorias de sus regalos.
Joyas lleva que él no ha visto,
No porque le ha hecho agravio,
Mas porque sepan ausencias
Que no está seguro el campo.
Con una cinta de cifras
Lleva el cabello apretado,
Que quien gusta de dar celos,
Se vale de mil engaños.
De rebociño le sirve,
Para mayor desenfado,
El capote de los ojos,
Bordado de negros rayos.
En argentadas chinelas
Listones lleva, admirados
De que quepan tantos bríos
En tan pequeños espacios.
Llegó Filis al aldea,
Entró en su casa de Fabio;
Los pastores la reciben,
Como al sol los montes altos.
Dando perlas con la risa,
Extiende á todos los brazos,
Que gana mares de amor
Y da perlas de barato.
Apenas Fabio la mira,
Cuando á un tiempo se bañaron,
El alma en pura alegría,
Los ojos en tierno llanto.
No hablaron los dos tan presto,
Aunque los ojos hablaron,

Filis porque no quería,
Fabio porque quiere tanto.
Cuando en esta suspensión
Los dos se encuentran mirando,
Á un tiempo bajan los ojos,
Como que envidan de falso.
Habló Filis y tuvieron
Alma de coral sus labios,
Que ver humilde al rendido
Hace piadoso al vengado.
Á Fabio culpa le pone,
Que es error hacer amando
Con la lengua valentías,
Si el alma no tiene manos.
Él responde y se disculpa;
Que viendo cerca los brazos,
Pide perdón ofendido
Quien ama desengañado.

En extremo estaba contenta la nueva Susana del donaire con que Mendoza habia cantado este romance, y preguntando á don Félix si era aficionado á la música, habló por él Mendoza, y le dijo que también le ayudaba á cantar algunas veces. Deseó Susana oirlos, y ellos cantaron este diálogo, comenzando el uno y respondiendo el otro:

Dame, Pascual, á entender
Qué es amor; que quiero amar.
—Pienso que es todo pesar,
Pues nunca me dió placer.
—Extraña difinición
Es la que de amor me das.
—De la causa no sé más,
Estos los efectos son.
—El principio quiero ver,
Pascual, del arte de amar.
—Pienso que acaba en pesar,
Aunque comienza en placer.
—Pensé escucharte, Pascual,
Mayores bienes de amor.
—Nunca su bien fué mayor,
Siempre fué mayor su mal.
—Dime lo que he de perder
Y lo que puedo ganar.
—Ganarás mucho pesar
Por el más breve placer.
—Silvia me mira con arte

Porque luego se retira.
—No está el daño en que te mira,
Sino en que no ha de mirarte.
—Yo sé que hay gloria en el ver,
Si hay pena en el desear.
—No quiero tanto pesar
Por tan pequeño placer.

El concierto de dos voces, mayormente alternándose, es el más suave en este género de música; y así le pareció á Susana, que todas las noches de la ausencia de su padre pasaba con este entretenimiento. Entraba acaso Mendoza en su aposento un día que ella aun no se había levantado; tenía los cabellos copiosos, largos y crespos, esparcidos por los hombros, no muy negros en color, aunque lo eran los ojos, con cejas y pestañas tan pobladas y hermosas, que, como eran soles, parecían sombras. No usaba afeites Susana, y así había amanecido con los que le había dado el sueño; un nácar encendido, que se iba disminuyendo con gracia, vencido de la nieve del rostro, compitiendo la mitad de las mejillas con los claveles de los labios, en cuya risa parece que se descubría sobre una cinta carmesí un apretador de perlas. Tenía una almilla de tabí pajizo, con trencillas de oro, sobre pestañas negras, tan ancha de las mangas, que al levantar los brazos descubría con algún artificio gran parte dellos. Quiso retirarse Mendoza, corrido del atrevimiento: pero llamándole Susana, volvió con medrosos pasos hasta la puerta. « Entra, dijo ella, y di lo que quieres, que ojalá fuera yo... pero tú no me quieres á mí. » « Señora, replicó Mendoza, ¿á quien debo yo querer como á ti? Porque, fuera de ser yo tu esclavo, y de tratarme como si tú lo fueras mía, por ti misma mereces que todos cuantos tuvieran entendimiento te amen. » « Tu esclava soy yo, Mendoza, replicó Susana; no te engañas en pensarlo, porque es tan poderoso amor, que trueca los estados y los imperios, haciendo que sea por accidente lo que no fué por naturaleza. Yo estoy, si te digo verdad, muy afligida, y aun casi desesperada, viendo que la diferencia de tu ley me prohibe el casarme contigo, y de lo que supe en España, de donde vine niña, conocí nuestro engaño, y por eso os amo tanto, que me ha dado esta inclinación el principio deste conocimiento. Mas, pues ya mi poca dicha me puso en el estado que ves,

y el de tu amor ha llegado en mí hasta dar con la razón en los pies de mi deseo, yo estoy determinada de hacerte dueño de cuanto soy, sin que tu hermano entienda mi desatino, no porque no debo fiársele, y más sabiendo, como sabe, lo que te quiero, mas por vergüenza que tengo de que sepa mi poca honestidad, porque no me tenga en poco; que los hombres, en llegando á este punto, á la mujer más principal tenéis en menos. porque os parece que en perdiendo el privilegio de la castidad, somos esclavas vuestras, y que se puede atrever á nuestro respeto así vuestra osadía como vuestra lengua. » Mirándola estaba Mendoza, y no la respondía, porque hay palabras cuya respuesta son las obras. Fuéronse acercando más, y quedaron concertados para verse aquella noche después del silencio de la familia. Bajó Mendoza adonde estaba don Félix almohazando un caballo bárbaro en que andaba David por Túnez algunas veces, y sentóse enfrente dél, mirándole. Don Félix le dijo : « ¿Qué tienes, que vienes turbado y encendido? » Tornóle á mirar Mendoza, y luego bajando los ojos al suelo, dejó caer una tempestad de lágrimas por el rostro, tan aprisa las llovía el sentimiento. « No es eso sin mucha causa, dijo don Félix; » y dejando el humilde instrumento de aquella música, se acercó al muchado y le levantó el rostro, desviándole los cabellos, que ya tenía revueltos y crecidos. « ¡Ay de mí, dijo Mendoza, señor don Félix, que ha llegado nuestra desventura á su punto! porque Susana se ha declarado conmigo, y de suerte, que quiere que esta noche, en estando recogidos los criados, la hable con más secreto que hasta aquí, de que estoy cuidadoso, porque podría ser causa de vuestra muerte y la mía, entendiéndolo su padre. » « Necio has estado, respondió don Félix, dándome sin causa este susto, que no merecía, porque en un instante de imaginación he revuelto el mundo; y ya que estoy sosegado, me he reído de tu ignorancia, pues aunque fuera bien resistir á esta mujer y morir, el estado de nuestro cautiverio no da lugar, y mayor muerte nos espera si no le cumples la palabra; yo, á lo menos, Mendoza, por no corresponder al deseo de una mujer, estoy fuera de mi casa y patria, y cautivo, como ves, con poca esperanza de mi remedio si se sabe quien soy, que no hay esclavo español que tope, de quien no me esconda, temiendo quo ha de recono-

cerme. El ejemplo que te digo, me obliga á temer nuestra perdición; mira que esta mujer es hebrea, y se acordará de la historia de José, si quieres imitarle; demás, que has hecho un yerro terrible, que fué condescender con su deseo, pues ahora que se ha declarado y tú aumentado su deseo con la esperanza de la ejecución, ha de revolver como áspid contra los dos, trocado el amor en odio.» Volvió á llorar Mendoza, y como no le respondía, le importunó don Félix á que le interpretase la causa de aquellas lágrimas, que ya parecían enigmas; que ojos que lloran en poesía culta, sin que se entienda más de que son lágrimas. Vencido Mendoza de los ruegos y aun de las amenazas de don Félix, dijo así:

«¿Cómo quieres que yo cumpla la palabra que he dado á esta mujer, si yo lo soy, y estoy admirada de que en tanto tiempo no me hayas conocido? Felicia soy, aquella desdichada por quién mataste á Leonelo, que después de algunas fortunas que me costó su muerte, pasé á Italia con aquel soldado, y de allí á Flandes, donde me dejó en tu servicio cuando se fué á Cleves.» Admirado estuvo un rato don Félix sin responderla, al fin del cual le dijo: «No te espantes, Felicia, que no te haya conocido, que aunque te visitaba, no te vía; tan aprisa miro yo los rostros de las mujeres de mis amigos.» ¡Oh palabras dignas de estar escritas con letras de oro en mármoles, para que aprendiera la bestial ignorancia de algunos hombres el respeto que debe á la honra la amistad y el buen nacimiento á la obligación! Que hay hombres cuya liviandad no sabe distinguir la honra de la infamia, ni el apetito de la razón, de que suele resultar tanta discordia y algunas veces tanta sangre. Creo que no le agrada á vuestra merced esta devoción con el deseo de saber en qué se concertaron don Félix y Felicia para remediar tanto mal como les amenazaba. Finalmente, salió de acuerdo que á tales horas fingiesen que se quemaba alguna parte de la casa de poca importancia por algún descuido, para que alborotándose la familia, quedase el cuplimiento de la palabra suspenso, hasta que con más tiempo la tuviesen para mayor remedio. Hiciéronlo así, y cuando Susana esperaba y Felicia llegaba á sus brazos, dió voces don Félix, habiendo encendido un pajar que aparte de lo principal della caía á las espaldas del huerto. Dejó Susana los

brazos de Felicia, y puesta á una ventana, llamó su gente, lo que no era necesario, porque no sólo la de su casa estaba ya inquieta y prevenida, pero la de toda la vecindad, que acudiendo con cuidado, aunque fué más de lo que pensaron, remediaron el fuego, y el del amor de la poca honesta hebrea quedó más encendido. No se descuidó de solicitar á Mendoza, aunque él se descuidó de ponerse en ocasión que le volviese á pedir la palabra; de suerte que á tres ó cuatro días de dilación, que amor tan mal sufre, vino David, su padre, y quedaron en paz los cuidados de todos, aunque de su parte los deseos. Mas la fortuna de los hombres, que en comenzando á perseguir un sujeto, parece mosca, que vuelve más importuna donde más la espantan, y de quien en razón de su mudanza dijo Ovidio :

Voluble la fortuna con dudosos
Pasos camina, sin tener firmeza
En un lugar jamás;

quiso que viniendo un día don Félix de la plaza con su amo David, le topase un moro mal acondicionado, arrogante y presumido de caballero, y deudo del infame original de su engañada secta, como lo mostraba eu el turbante la señal verde, y le dijese por desprecio que le llevase á su casa una sera de dátiles que había comprado. Miró David á don Félix, y él, en un instante, olvidado de que había de fingir flaqueza, se la puso al hombro. Dióle Amete Abeniz, que así se llamaba el moro, dos coces, y rempujando la sera, se la derribó del hombro, maltratándose con el golpe, porque era de palma muy delgada, de que recibiendo mayor cólera, le dijo : « Cristiano, cárgásela á ese hebreo. » « Fende, respondió don Félix, que debe de querer decir señor amo ó dueño, yo te la llevaré adonde tú quisieres, que David está muy viejo y con poca salud. » « Perro cristiano, replicó Amete, por Mahoma, que te rompa los dientes, y á él le quite la vida. » « Repórtate, Fende, » le volvió á decir don Félix. Advierta vuestra merced que no repito otra vez este nombre porque me huelgo de hablar arábigo, sino por no exceder de las palabras desta ocasión, así me precio del rigor de la

verdad, á ley de buen novelador. Encendido Amete en ira, quitó un bastón á un moro que pasaba al campo, y dió un palo ó David, con que cayó en el suelo. Parecióle á don Félix que aquel era su amo, y que en fin, por buena ó mala posesión, comía su pan, demás de no haberle jamás maltratado de obra ni de palabra; y desviándole el palo al moro, con que le iba á dar de segunda ira lo que faltaba para matarle, le dió una puñada en los pechos de las que él solía, con que le dejó por dos horas sin habla. Aquí acudieron multitud de moros, como á la mayor causa de atrevimiento que jamás habían visto; pero don Félix, sin querer tomar armas de piedras ó palos, con que le embistieron, á solas puñadas y mojicones hizo mayor defensa que pudieron con armas diez y seis hombres; al que cogía del cuello arrojaba de sí por largo trecho, y adonde caía se estrellaba ; al que daba mojicón bañaba en sangre y le quitaba la vista de los ojos. Pero antes que pase de aquí, le quiero preguntar á vuestra merced si acaso sabe, pues es persona que conoce á Cicerón, á Ovidio y á otros sabios, y se puede hablar con vuestra merced en materia de difiniciones y etimologías, ¿por qué dijo el castellano *mojicón?* que á mí me ha costado algún estudio, como á hombre que no se ha despreciado de su lengua, que bien sé yo que un culto le llamará afirmación de puño clauso en faz opósita con irascible superbia. Pues sepa vuestra merced que no está dicho sin propiedad notable, y es la causa que antiguamente los que querían dar una puñada rociaban y mojaban primero la mano abierta escupiéndola, y luego le sacudían, de donde vino llamarse mojicón, que quiere decir con mojado puño. Esto no lo ha topado vuestra merced en el *Tesoro de la lengua castellana,* para que vea que es razón estimarla en su pureza, pues hasta cosas tan viles no las tiene sin causa.

Finalmente, quedaron algunos moros tan maltratados desta furia de don Félix, que en casa de su amo se llamaba Rodrigo, que se determinaron matarle á escopetazos. Cargó un mosquete un soldado de la guarda del Rey, y habiéndole tirado, mató á un compañero suyo, que se daba á entender que podría prenderle; y juntándose muchos con diversas armas, que á todas se ponía delante su fortuna, hubieran acabado con su vida, si no

se hubiera retirado hacia la puerta de una mezquita, de donde salía entonces Salarraez, su rey ó alcaide, puesto por el Gran Turco, que esta manera de reyes, como virreyes entre nosotros, usaron los moros en los tiempos de Miramamolín de Marruecos y Almanzor de Córdoba, y así había reyes en Alcalá, en Jaén, en Écija, Murcia y otras partes de las Españas que poseían por la inundación de los árabes en tiempo de los godos. Pues como el Rey viese las grandes fuerzas y excesivo ánimo de aquel esclavo, interpuso su autoridad entre su vida y su muerte, con que cesaron todos. Mandóle llamar á su alcázar, y cuando le tuvo á solas, le dijo que le dijese quién era y que mirase que á los reyes se había de decir la verdad; que le daba su palabra de favorecerle y conservar la vida que le había dado. Entonces le respondió don Félix : « Señor, yo soy caballero de los Guzmanes de España, aunque aquí, temiendo que mi rescate fuese imposible, dije á mi dueño que me llamaba Rodrigo y que era hombre bajo, de los que allá tienen el estado más ínfimo de la república entre la plebe ; pero lo cierto es que yo tengo la calidad que digo, y fiado en tu real palabra, mi proprio nombre es don Félix de Guzmán, á quien desde la batalla naval llaman el Bravo. Yo rendí en Lepanto la galera sultana, donde iba por capitán Adamir bajá, hombre no tan conocido entre vosotros como Uchali y Barbarroja, pero más valiente y de mejor consejo; cautivé en el mar de Libia derrotado, pues por tomar á Malta, dí por el Peñón de Vélez casi en el canal de Túnez. Compróme David, hebreo, con otro hermano mío; el tratamiento que nos ha hecho y el pan que he comido en su casa, me obligó á su defensa, porque Amete le hubiera muerto á palos si yo no hubiera, opuesto á tan gran soberbia, defendido su vida; infórmate de moros honrados que lo hayan visto, y si hallares que no te digo verdad, almenas tiene Túnez, alabardas tus soldados, para quien no valen fuerzas. » « ¿ Que tú eres, dijo el Rey, Guzmán el Bravo, el de las grandes fuerzas, el matador de fieras y alanzeador de toros? Pues mira cuánto has ganado en decirme verdad y tenerme por hombre que guardo la palabra, que, fuera de mi inclinación á tu persona y admiración á tus hechos, no he de consentir que te hagan estos moros agravio, ni que pierdas la libertad que tan bien mereces, sino es que te quieras

quedar aquí conmigo, donde te aseguro toda amistad, ó sea en tu ley ó en la mía, que la ley no se ha de tomar forzada, sino voluntariamente; mas déjame ahora hacer alguna demostración de enojo contigo por estos moros agraviados, que se quejarían al Gran Señor si te dejase libre.» Con esto, le mandó llevar á una mazmorra de sus baños, donde avisado David, hizo tanta diligencia con el dinero, que es el mejor favor para la cárcel, que le pudo regalar con Mendoza, que iba y venía á la mazmorra con la comida, y se estaba con él todo lo que le sobraba de su servicio, aunque con disgusto de Susana, que aguardaba las primeras ferias, para que, ausente su padre, pudiese ejecutar las ansias de su deseo donde no podía.

Agradecía don Félix la voluntad de Felicia, que como se había declarado por quien era, andaba más solícita de conquistarle que de agradecer á Susana el amor que la tenía; cosa que pienso le será á vuestra merced de creer muy fácil. Los moros pedían la vida de don Félix; llamó el Rey á David, y le dió dos mil cequíes, diciendo: «Compra de los quejosos ese esclavo, repartiendo en ellos este dinero, y tráemele aquí, que yo te haré merced y defenderé lo que estuviere en Túnez.» Hizolo así David, y ellos tomaron el dinero con mucho gusto, porque temían que el Duán, que debe ser como acá el Consejo, le estaba inclinado, y en esta manera de estrados, al fin bárbaros, no hay más procuradores, relatores, solicitadores y escribanos, que lo que dicen de palabra los testigos, y acabáronse las leyes: por lo menos el culpado muere de una vez y el inocente se libra. Encerróse Salarraez, rey de Túnez, como digo, en un jardín con don Felix, y le dijo ansí:

«Cristiano, caballero eres, Guzmán te apellidas, Bravo te llaman, oye: tiene una hija un jeque de los alarbes que viven las campañas en aduares ó tiendas, de las más hermosas mujeres que ha producido el África; ésta habemos pretendido el rey del valle de Botoya, no lejos de Melilla, y yo, con grandes servicios personales y extraordinarios, y finalmente, pedido en casamiento. Sabiendo su padre que en dándola al uno, había de ser el otro su enemigo, la niega á entrambos, ó por lo menos dice que nosotros nos concertemos, que él no puede dividirla. Ha sido este caso tan reñido, que hasta el cristiano general

de Orán ha interpuesto á las paces su persona, y el gobernador de Melilla con seguro las ha tratado algunas veces. No pudiendo concertarnos, porque yo pierdo el juicio por Lela Fatima, y juzgo que á Zulema sucederá lo mismo, habrá seis días que me ha escrito este papel (y sacóle entonces) en que me desafía cinco á cinco, con lanzas, adargas y alfanjes á caballo, como es uso nuestro, donde si fuere vencido, da la palabra de cesar de la pretensión, haciendo yo lo mismo si él me venciere. Yo tenía escogidos los moros, y aunque de todos cuatro tengo satisfacción, se me ha puesto en el entendimiento que si te llevo disfrazado, serás bastante solo, pues no te han de conocer, y ya sabes mucho de nuestra lengua, si bien dudo que en este género de armas no estás ejercitado. » « Sí estoy, dijo don Félix, y para que te asegures, mañana al amanecer saldremos los dos al campo, y me verás ejercitar la lanza y el adarga, arremetiendo, cercando ó retirando, ya sacando el alfanje, derribando la adarga, ya sin él, tomándola por el cuento, con otras gentilezas, » « Eso basta, dijo el Rey, no es menester á ti verte, sino oirte. » Replicó entonces don Félix : « Pues prueba á doblarme este brazo con entrambas manos. » Hízolo así el moro, pero era lo mismo que querer doblar una coluna de mármol. Con esto y el secreto necesario, el día aplazado vistió el Rey á don Félix de una marlota ó sayo morado, guarnecido de oro, con un gran número de botones tan pequeños, que apenas se veían, sobre una cota que había sido de su padre, tan resplandeciente, que parecía de plata, atada con una liga roja, que el mismo sayo descubría, porque sólo estaba abotonado hasta la mitad del pecho, y descubriendo las mallas las mangas ; el calzón era de brocado morado con alcachofas de oro y las guarniciones de perlas; el bonete era de grana de Valencia, con cien varas de bengala sutilísima, armado sobre un casco de acero, y coronado de plumas moradas y blancas; los borceguíes de Marruecos, y los acicates de plata nihelados de oro; el alfanje, como media luna, en un tahalí tejido de tan espeso aljófar, que no se vía sobre qué estaba fundado. Si está vuestra merced diciendo que de cuál de los moros del romancero le he sacado, no tiene razón, porque los otros estaban en Madrid ó en Granada, y éste en medio de Túnez con una lanza de veinte y cinco palmos,

que aquí no hay que quitar nada, y una adarga de color morado, con una F arábiga en medio, que á la cuenta, pues no podía decir Francisca, diría Fatima. Todos me contaron que iban desta suerte, y aunque los caballos no eran morados ni azules, bien podía ser que estuviesen celosos ; á lo menos yo no excuso de decir aquí lo que escribió un cierto caballero á un señor enviándole dos caballos para una fiesta : « Ahí envío á vuestra merced esos rocines, y le suplico que los trate como quisiera que le trataran si fuera rocín. » Finalmente, salieron á la campaña, y se vieron cinco á cinco, llamados de dos clarines. El rey de Botoya y su escuadra había vestido grana con pasamanos de oro ; y cierto que si, como era la música de clarines, fuera de instrumentos, podían servir en una fiesta con gran lucimiento. La batalla se comenzó jugando bizarramente las lanzas y las adargas, cuyos botes no pinto, pues ya vuestra merced ha visto un caballero de Orán los días de toros en la plaza, tan airoso, aunque de más edad que pide el ejercicio de las armas, como si estuviera en lo florido de sus primeros años. Mataron los de Botoya á Tarife, Belomar y Zoraide, quedando solos el rey de Túnez y don Félix, sobre quien cargaron los cuatro, porque Zulema y él se entretenían. Derribó los dos primeros á lanzadas, pienso que se llamaban Jarife y Zelimo, al otro mató el caballo, y queriéndose huir entrambos, los fué siguiendo; mas revolviendo el uno diestramente, le atravesó la lanza al caballo por los pechos, y cayó en la tierra muerto, que ya bermejeaba de su sangre. Quedaron en tierra Baloro y don Félix, porque Mahamed iba desatinado entre unos árboles, porque le había don Félix hecho pedazos las riendas; aunque arrojándose del con destreza alarbe, volvió donde Baloro y don Félix peleaban. Era Baloro un bárbaro, hijo de negra y turco, feroz de aspecto, nervioso y corpulento ; recibía con destreza los golpes en la adarga, y jugaba el alfanje, que era de catorce libras, como si fuera pluma. He hallado en Lucano, no lejos del principio del libro séptimo, donde describe la gente que llevaban los dos campos de Pompeyo y César, esto verso :

Movieron los valientes españoles
Sus adargas tan bien...

Y dígoselo á vuestra merced para que sepa cuán antigua cosa es la adarga en España, tomada de los africanos, cuya fué siempre, como se lee en Livio. No le pesó, con todo eso, á Baloro de la venida de Mahamet, así eran desatinados los golpes de don Félix. Salarraez, que le vió en tierra pelear con dos moros, ó ya fuese por amor que le había cobrado, ó porque si le mataban le quedaban tres que vencer, á cuyas manos era fuerza morir, arremetió el caballo á desbaratar con la lanza la pelea de dos á uno. Levantó el rostro don Félix entonces, y díjole en lengua arábiga : «Rey de Túnez, mata á Zulema, que estos dos ya están muertos.» Con esto volvió el Rey la rienda á recibir á Zulema que mal herido, volvía á seguirle, aunque con poco aliento. Esforzó el suyo el valeroso Guzmán trayendo á la memoria el apellido de Bravo, y como si le mirara España en figura de dama desde alguna reja, tan fieras cuchilladas tiró á entrambos, que habiéndose adargado mal el mancebo Mahamet, le abrió toda la cabeza hasta los hombros, y como al golpe de la segur del labrador cae en la sierra de Cuenca el alto pino, extendiendo los brazos, midió la tierra. Baloro, que le quedaba solo, quiso vengar la muerte de tres amigos, y se le acercó tanto, que fiado en sus fuerzas, se abrazó con don Félix, seguro de imaginar que habría en el mundo quien igualase las suyas ; pero engañóse de suerte, que levantándole don Félix en alto, como Hércules al hijo de la tierra, cuya victoria escribe Sófocles, se le volvió á restituir; pero de manera apretado, que le falta, cuando llegó al suelo, gran parte del alma. Mientras quería animarse Baloro, había ya tomado el alfanje don Félix, y aunque como culebra se revolvía á unas y á otras partes, le hizo pedazos á cuchilladas, le dejó como suele quedar en la sangrienta plaza á las manos del vulgo el fiero toro. Luego partió á ayudar al Rey con tanto ánimo y valor como si entonces comenzara la batalla ; pero viéndole Zulema, y que á sus manos yacian sus cuatro valientes moros revueltos en su sangre, dijo en altas voces que se rendía, y usando Salarraez de grandeza de rey, aunque era bárbaro, le perdonó la vida, tomándole solamente el alfanje y la adarga. Don Félix quitó á los muertos las que por la campaña habían esparcido, y cogiendo el caballo de Mahamet, le ató una liga, y con estos despojos y gran-

des favores del Rey dió á su lado la vuelta á la ciudad, donde causó admiración el verlos, porque de la batalla no se había tenido noticia; que á saberse, apareciera sobre la caliente arena de aquel campo el anfiteatro de Roma. Felicia, que le había echado menos, cuando supo el suceso fué á buscarle, y con tiernos abrazos y grandes encarecimientos celebró su victoria. Grandes partidos hacía Salarraez á don Félix porque se quedase en Túnez á su servicio; pero conociendo, como discreto, que le tenía con disgusto el amor de la patria, sólo quiso detenerle hasta celebrar sus bodas con la hermosa Fatima, en las cuales fué admirada su gentileza de toda aquella tierra, que como á prodigio de la naturaleza venían á verle; ninguno jugó cañas con mayor gracia, ni hizo mayores pruebas de sus fuertes brazos. Tratóse la partida, y procediendo el Rey generosamente, le dió muchas riquezas, así de diamantes y perlas como de otras diversas piezas de plata y oro. Lloraba Susana la partida de Mendoza, y despidiéndose della para partirse á España con don Félix, le dijo que era mujer en secreto, con que en un instante la curó del mal de amor, como si fuera milagro. Dió David, agradeciendo la vida, á don Félix un rico presente de telas, sedas y joyas; Susana á Felicia un hilo de perlas, de valor de setecientos escudos, porque eran netas, iguales y redondas, y con muchos abrazos y lágrimas se despidieron todos. Salieron al mar, dejando la ciudad, que un tiempo fué tan famosa por Micipsa, que la pobló de griegos, aunque hoy debe de tener poco más de ocho mil fuegos, si bien conserva en las historias la fama de haber sido cabeza de la antigua Numidia, que cae entre la Libia y el Atlante, donde Cartago merece eterna memoria, y la tragedia de Sofonisba; y navegando con más felicidad, saludaron á España.

Estuvieron algunos días en Cartagena, desde donde escribió don Félix á su casa, y en Murcia le alcanzó respuesta, en que le daban cuenta cómo era señor de su casa, porque su hermano mayor había muerto sin hijos. Aquí mudó traje Mendoza y se llamó Felicia. Desde Murcia la trujo don Félix á un lugar de Extremadura, donde era natural su padre, y la casó con un hidalgo pobre y de buen talle, dándole seis mil ducados de dote, con nombre de prima suya, lo que él creyó fácilmente, porque se tenía

noticia de su buen nacimiento. Grandes dudas le quedarán á vuestra merced del amor de Felicia y los desdenes de Guzmán el Bravo, porque parece qne en tierra de moros, con tanta privación y soledad, y habiendo sido la compañía de su cautiverio y el consuelo de sus trabajos, no fuera menos que ingratitud no corresponder á su voluntad. Prometo á vuestra merced que no lo sé, y que en esta parte sólo puedo decir que el trato ha juntado en amistad animales de géneros diferentes á despecho de la naturaleza, y que ningún hombre debe fiarse de sí mismo, de que tenemos tantos ejemplos. El Dante escribe de aquellos dos cuñados que se amaban, sin osar declararse, por ser el incesto tan enorme y el hermano tan gran príncipe, y como siempre estaban juntos, leyendo un día los amores de Lanzarote del Lago y la reina de Ginebra, como él lo dice en su *Infierno*, en persona de la miserable dama:

Y leyendo nosotros por deleite
De Lanzarote la amorosa historia,
Encendidos de amor, nos declaramos.

Y el Petrarca hace memoria dellos en el capítulo III del *Triunfo del amor*, diciendo:

Y los dos de Arimino, que van juntos,
Haciendo un triste y doloso llanto.

Porque fué el hermano que los mató príncipe de Arimino.

Fué muy bien recibido don Félix en su patria, porque llegó á ella, después de muchos deseos, rico, gallardo, galán y en lo mejor de sus años. Llevóse los ojos del vulgo, mayormente de los que tenían necesidad de su favor, porque con todos era liberal de suerte, que jamás llegó necesidad á sus oídos que saliese desconsolada; remediaba pobres, deshacía agravios, concertaba paces, y no había en toda la ciudad quien para cosa que intentase le perdiese el respeto. De la república de estudiantes era don Félix tan adorado, que en versos latinos y castellanos celebraban á porfía sus acciones, y con tan apasionado afecto, que si alguna vez corría en fiesta pública, decían todos á voces: « ¡ Viva don Félix ¡ » y era tenido por envidioso

el que faltaba á esta voz común, por circunspecto que fuese.

Era valiente justador, y de suerte firme y cierto, que no había hombre que midiese con él las armas en la Tela. Armábase muchas veces de piezas tan pesadas, que no las podían mover las fuerzas de dos hombres, y echándose con ellas en el suelo, se levantaba de un salto con ligereza increíble. Buscaba caballos desbocados y que nadie quisiese subir sobre ellos, y en éstos se ponía, y los domaba y sujetaba con la fortaleza de las piernas, de tal manera, que parecía que le temblaban, y trasudados y encogidos, se le rendían; jugaba dos espadas y dos mazas con notable gallardía y destreza, y en medio desta fiereza y valentía, escribía y hablaba tiernamente.

Descuidado de la fuerza y violencia de amor don Félix, y seguro de la fortuna en su patria, el que tan fuerte había nacido y tanta libertad profesaba, se rindió á un niño, pero niño tan antiguo, que no se llevan él y el tiempo dos horas en tantos años. ¡Qué bien pintó Alciato su fortaleza, ó ya enfrenando leones, ó ya rompiendo rayos!

De los alígeros rayos
Rompe el amor el rigor,
Porque es más fuerte el amor.

Era Isbella gentilísima dama, y hermana de un valiente caballero, que se llamaba Leonardo, de lo más noble de aquella ciudad, y aun de España. Guardábase don Félix de ser entendido, y gobernando su secreto con prudencia, conquistó honestamente su voluntad para merecerla en casamiento, no se alargando á más que hablar con los ojos, y con ocasión de otras damas de su calle darle algunas músicas, entre las cuales una noche cantaron así; porque vuestra merced descanse de tan prolija prosa en la diferencia de los versos:

En estos verdes campos,
Que Manzanares riega
Con agua de mis ojos,
Que suya no la lleva;
En estas soledades,
Donde á mis dulces penas

Ayudan ruiseñores
Con amorosas quejas;
Entre las secas ramas
Desta bárbara selva,
Que ha mucho que le falta
Su amada primavera,
Y solo un ciprés crece,
Por árbol de tristeza,
Que en imitar la mía
Presume competencia;
Me quejo, hermosa Filis,
De amores de tu ausencia;
Que lo que está más lejos
Se quiere con más fuerza.
¡Ay mar de España, digo,
Si pisa tus riberas
Aquella labradora
Que fué la gloria destas!
Así, de más corales
Que hay en tu playa arenas,
De Barcelona insigne
Los muros enriquezcas.
Que el día que más fiero
Y con mayor soberbia
Laven tus claras ondas
La cara á las estrellas,
Le digas: « Bella Filis,
Esto llaman tormenta
Ausentes de su patria,
Que por el mar navegan;
» Pero las que padece
Quien ama y quien desea
El puerto de tus brazos,
En más rigor le anegan.
» Tú cuando empines aguas,
Como nevadas sierras,
Y caigas de ti mismo,
Donde deshechas mueran,
» No igualas con los montes
De celosas sospechas,
Por más seguridades
Que Filis me prometa.
» Permite que mis ansias
Á tus arenas venzan;
Mas ya no las tendrás,
Si las convierte en perlas.
» ¡Ay Dios! hermosa Filis,

¿Qué pastor me dijera.
De muchos, que en el Tauo
De adivinos se precian,
»Que donde España acaba
Y el fiero mar comienza,
Llegarán tus estampas
Y mis amargas quejas?
»¡Ay Dios, si te acordases
Que en estas alamedas
Bañaba yo tu rostro
Con lágrimas tan tiernas,
»Y que cayendo al mío
Del tuyo algunas dellas,
Pensaba yo que tristes
Lloraban las estrellas!
»Aquí te despediste,
Y aquí morir me dejas,
Que yo no tengo vida
Para que á verte vuelva.
»Si tardas, Filis mía,
La muerte está más cerca;
Que á los que viven tristes
La muerte los consuela.»

Destas músicas, aunque con letras fuera de propósito, y escritas á diferentes ocasiones de algunas sortijas, torneos y otras fiestas, vino en conocimiento Leonardo de que don Félix festejaba á su hermana, que es lo que ahora llaman galantear entre los vocablos validos, que cada tiempo trae su novedad. Enfadóse, como era tan recatado y gran caballero, y por obviar disgustos con persona tan bien recibida generalmente, puso á Isbella con algún sentimiento suyo en un monasterio. Más negoció don Félix en esta diligencia de Leonardo de lo que prometió él haberlo entendido, porque Isbella, viéndose empeñada, aunque no había dado ocasión, inclinó su ánimo á ser mujer de don Félix, y tratándolo por medio de personas nobles, salió del monasterio y se casaron. No hizo á esto Leonardo mucha resistencia, así por la condición de don Félix, como porque, siendo prudente y discreto, conoció que no se podía impedir el matrimonio en dos voluntades iguales, por aquella máxima de que el hombre no aparte lo que Dios junta. Creció tanto la opinión de don Félix, llevándose las almas de ciudadanos y estudiantes, con tanto aplauso y vítores,

que no pudiendo sufrir su fortuna algunos caballeros de la ciudad, se juntaron á matarle, y aunque un paje le dió aviso deste pensamiento, no quiso prevenirse ni guardarse, y así le dieron entre muchos más de cuarenta heridas. hasta que cayó en el suelo, de donde le llevaron á Isbella sin esperanza de vida. Aquí entra bien aquella transformación de un gran señor en Italia, que leyendo una noche en *Amadís de Gaula*, sin reparar en la multitud de criados que le miraban, cuando llegó á verle en la peña pobre con nombre de Valtenebros, comenzó á llorar, y dando un golpe sobre el libro, dijo: *Maledetta sia la dona que tal te ha fatto pasare*. Pues no se desconsuele vuestra merced, que ya don Félix está convalesciente, que no se salió el valor por las heridas, y la fortaleza del ánimo detuvo la vida, que en otro era imposible, no sin admiración de la naturaleza. Viéndose pues con ella, hizo una noche fijar una tienda en la plaza, cubierta de diferentes armas, y él amaneció á la puerta con muchas cajas y trompetas, armado de piezas blancas y doradas, con vistoso penacho pajizo, leonado y blanco; el tonelete y calzas bordadas de las mismas colores, oro y plata; botas blancas, y un pedazo de lanza en el hombro, con la mano siniestra en la espada, y en una rodela de acero que de un árbol pendía con tres ligas pajizas, leonadas y blancas, un cartel de desafío. Ponía terror don Félix en la postura que estaba, levantada la visera, por donde sólo descubría los airados ojos y los bigotes negros, como rayos de luto de las muertes que amenazaba. Allí estuvo ocho días, sin que saliese caballero á la palestra y arena, como los antiguos decían; al cabo de los cuales vino un criado suyo armado á caballo, y tocó en la rodela que tenía el desafío. Salió don Félix de la tienda y corrió tres lanzas con este hidalgo, y rompiendo en la última la lanza, volando las hastillas por el aire, hizo temblar la tierra. Lleváronle á su casa acompañado de toda la ciudad, entre muchos instrumentos de guerra, parabienes y vítores, donde estuvo algunos días, al cabo de los cuales dieron cuenta al rey de las Españas algunos envidiosos de aquel público desafío, aunque cierto que virtud tan grande debiera carecer de envidia; y le culparon asimismo de que se quería alzar con aquella ciudad insigne. Fué pesquisidor á esta averiguación, y como nunca á la envidia le faltaron testigos, fueron tales

los que hallaron, que le sentenció á cortar la cabeza en cadahalso público, y le trujo para este efecto á la corte. Pero teniendo noticia deste tan gran caballero y de sus partes el excelentísimo señor don Luis Henríquez de Cabrera, almirante de Castilla, duque de Medina y conde de Modica, abuelo del que ahora posee su ilustrísima casa tan dignamente y con tantas partes de generoso príncipe, le fué á ver á la cárcel é informado de su valor, y habiendo leído una cédula que tenía del señor don Juan de Austria, certificación de la hazaña con que rindió la galera ya referida, se le aficionó tanto, que pidió á su majestad su vida; el cual, no menos inclinado á su valor, y sabiendo que nunca está sin enemigos, se la otorgó, con condición que no pudiese entrar en aquella ciudad. Fuése á vivir á sus lugares, que no estaban lejos della, aunque después, con el favor del mismo señor, que tomó su protección por empresa digna de su grandeza, le restituyeron la libertad de gozar su patria, donde yo le conocí, si bien en sus mayores años, pero con el mismo brío, porque el defecto de la naturaleza del cuerpo no ofende el valor del ánimo. Este, señora Marcia, es el suceso de Guzmán el Bravo; si á vuestra merced le parecieren pocos amores y muchas armas, téngase por convidada para el *Pastor de Galatea*, novela en que hallará todo lo que puede amor, rey de los humanos afectos, y á lo que puede llegar una pasión de celos, bastardos suyos, hijos de la desconfianza, ansia del entendimiento, ira de las armas é inquietud de las letras; pero no será en este libro, sino en el que saldrá después, llamado *Laurel de Apolo*.

JUSTA POÉTICA

AL BIENAVENTURADO SAN ISIDRO

EN LAS FIESTAS DE SU BEATIFICACIÓN

Labré, cultivé, cogí
Con piedad, con fe, con celo,
Tierras, virtudes y cielo.

DEDICATORIA Á LA INSIGNE VILLA DE MADRID

Con el deseo que vuestra señoría tiene de consagrar á la inmortalidad las virtudes y excelencias de su Patrón divino, no sólo de tan elocuentes oradores en las fiestas de su beatificación fueron encarecidas, pero de los más doctos poetas, proponiéndoles ricos premios, en varios géneros de versos celebradas. Veinte años ha que escribí su historia y vida en verso antiguo castellano, porque correspondiese al sujeto, y la dediqué y ofrecí á vuestra señoría, dando á conocer este admirable hijo suyo, no sólo á toda Europa, pero á las más remotas Indias orientales y antárticas; y así ahora, continuando este piadoso afecto, le ofrezco las alabanzas que con varias plumas componen esta fénix, en que renacen, porque todo lo que se ordena á su veneración toca á vuestra señoría, como á quien tantas obligaciones tiene. La mía, que desde mis tiernos años ha sido celebrar su claro nombre, y el celo santo con que siempre mira al bien público, se conocerá también de la *oración* que hice, asistiendo vuestra señoría á honrarme, como ahora lo espero en aceptar benignamente este servicio.

Capellán de vuestra señoría,

LOPE DE VEGA CARPIO.

BREVE SUMA DE LA VIDA DEL BIENAVENTURADO SAN ISIDRO

Reinando por los años de 1140 en Castilla y León Alfonso VII, llamado emperador de las Españas, y siendo sumo pontífice Guido, su tío, después Calixto II, nació en la insigne villa de Madrid el bienaventurado san Isidro, de padres labradores y limpios. Crióse en casa de Iván de Vargas, caballero desta famili, y de los Ramírez, cuya nobleza es de las conocidas deste reino; y sirviendo mancebo en sus heredades, le casó con la santa María de la Cabeza, doncella de iguales padres y virtudes. Tuvieron un hijo, después del cual, prometiendo castidad á Dios, se dividieron. Isidro se ocupaba en oración, ayuno y limosna, favoreciendo Dios su caridad con aumentar el pan, el vino y la carne, para que diese á los pobres, con evidentes y públicos milagros, y la beata María en asear y servir una ermita, cuyo pequeño edificio yace en las márgenes de Jarama. Á los dos perseguía la envidia del demonio, de suerte que le dió á entender á Isidro que su mujer castísima no lo era con los pastores de aquellas aldeas y riberas. Fué á reprehenderla con santo celo; revelóle Dios á ella la intención de su marido, llevando á su ermita fuego y aceite para encender la lámpara, y viéndole en la orilla opuesta, cuidadoso de esperar la barca, tendió la mantellina sobre las aguas, y poniendo los santos pies en ella, con más fácil movimiento que un blanco cisne, y más limpia en el alma que su pluma, pasó de la otra parte: satisfacción milagrosa y fe divina en honra de la castidad.

Envidiado Isidro de sus iguales, aunque ninguno lo era en las costumbres, dijeron á Iván de Vargas que iba al campo tarde, y decían verdad, porque gastaba lo más del día en los templos oyendo los divinos oficios. Airado el caballero, fué á reñirle, y halló en su heredad que, pasados dos brazos con que el pequeño río Manzanares forma una isla, ocupaban los más altos repechos de aquella tierra algunos ángeles que, vestidos de blanco, con bueyes resplandecientes araban en lugar suyo. Estimóle, como era justo, de allí adelante; y un día de calor excesivo, que andaba á caballo en el campo, y cansado de las armas, por ser en la sazón que el rey de los almoravides que pasaron de Marruecos á España tenía cercada la gran ciudad de Toledo, y desesperado de ver su valerosa defensa, había venido sobre Madrid, destruyendo su tierra, pidió á Isidro agua: no la tenía el Santo, y con aquella inmesa fe que siempre tuvo, hirió con la ahijada la peña, de que surtió la fuente que hoy dura con tan estupendos milagros. Los que hizo en vida, y los que hace su cuerpo santo, que hoy dura entero, sin resolverse por más de cuatrocientos y sesenta años, son tan innumerables, que es imposible referirlos. Fué excelente, entre otras muchas virtudes, en la fe y la caridad, hasta resucitar las bestias y dar de comer á las aves del trigo que llevaba al molino, cuya harina, de lo poco que le quedaba, no se podía después coger; tanta era su abundancia. Fué este glorioso Santo alto de cuerpo y bien hecho, los ojos claros, la nariz mediana, la barba bien puesta, y el cabello por los hombros peinado y pardo, el vestido humilde, de los labradores de aquella edad, en que yerran tanto, por no informarse, los pintores, con sus abarcas de cuero, enlazadas de cintas. La Santa, pues dice la Escritura Sagrada que era Raquel *decora facie, et venusto aspectu*, y de Rebeca, *nimis decora, virgoque pulcherrima*, bien podemos decir que fué hermosísima: fué de mediano cuerpo, trigueña y de ojos garzos, poca pequeña, nariz bien hecha y cabellos copiosos, de un pardo claro con luces de rubio. Esto se sabe de sus antiquísimos retratos, y su vida de Juan Diácono, presbítero de aquel tiempo. Guárdase con sus himnos y oraciones á Isidro, como á padre de su patria, con las armas y divisas que le dió don Juan Hurtado de Mendoza, señor del Fresno, en los archivos de la iglesia parroquial de San Andrés, donde

estuvo enterrado cuarenta años, de donde se trasladó á la mano derecha del altar mayor, en cuyo lugar, con imágenes de plata y ofrendas ricas, ha sido visitado y venerado de todos los señores reyes de Castilla y del vencedor insigne de la batalla de las Navas, puesto en el coro mayor de la Santa iglesia de Toledo, esculpida su figura en mármol blanco, y particularmente del rey nuestro señor don Felipe III, á cuya petición y desta villa le ha beatificado nuestro muy santo padre Paulo V; pero mucho más ha sido venerado de los ángeles, que después de arar con él en vida, por gran tiempo después de muerto encendían todos los sábados la lámpara de su sepulcro.

Prodesse omnibus,
Nocere nemini.

INTRODUCCIÓN Á LA JUSTA POÉTICA

Cuestión ha sido muchas veces controvertida entre hombres doctos, si los antiguos poetas españoles fueron más excelentes que los modernos, porque de las sentencias, conceptos y agudezas arguyen que, si alcanzaran este género de versos largos que Garcilaso y Boscán trasladaron de Italia, no fueran menos hábiles en escribirle que los que ahora le ejercitan, pues nacen en edad que le hallan tan cultivado, que primero comienzan por él que por el proprio. Yo á lo menos nunca me atrevería á estar de una ni de otra parte, así por mi insuficiencia como por la dificultad que hallo en este juicio. Cuando vuelvo los ojos á las agudezas de los poetas españoles antiguos, considero que en este tiempo fueran aquellos ingenios maravillosos, y en razón de la bárbara lengua de que usaban, me acuerdo de lo que dijo Lipsio de nuestro toledano historiador, el arzobispo don Rodrigo, en las notas al primero libro de su *Políticâ*, que habia escrita bien : *Quantum potuit in tali aevo*; y como está para las pocas letras de aquellos tiempos tan disculpada España con las guerras, que podríamos decir á los que nos tuvieron por bárbaros lo que Quinto Curcio de los antiguos macedones : *Non auro, neque discolori veste, sed ferro atque aere fulgentes;* hace más difícil la determinación, aunque á los confiados desta edad les parezca fácil; díganme los que más lo son en qué estudiado, y como ellos dicen, en culto soneto ó canción tendrá igual este pensamiento de los antiguos :

Ven, Muerte, tan escondida,
Que no te sienta venir,
Porque el placer del morir
No me vuelva á dar la vida.

¿Qué cosa se pudo decir más altamente en cuatro versos? Y si no, en estos:

Después que mal me quisistes,
Nunca más me quise bien,
Por no querer bien á quien
Vos, Señora, aborrecistes.

Y aquella pureza y castidad amorosa destos versos:

De mi dolor inhumano
Sola el alma está contenta;
Que no es bien que el cuerpo sienta
Heridas de vuestra mano.

Pues en razón de algunos epigramas, estoy por pensar que amoroso no le tiene la lengua latina mejor que este:

Si vais á ver el ganado,
Muy lejos estais de verme,
Porque en haberos mirado,
No supe sino perderme.
Si vais á ver el perdido,
Tampoco me ved á mí,
Pues desde que me perdí,
Por ganado me he tenido.
Y si al perdido y ganado
Vais á ver, bien podéis verme,
Pues en haberos mirado
Supe ganarme y perderme.

La disposición deste pensamiento y su conclusión son notables, y á este paso infinitos ejemplos. Verdad es que esto se acerca más á lo ya cultivado de nuestra lengua, que no habemos de ir á los romances del antiguo Quirós:

Amara yo una señora,
Y améla por más valer;
Quiso mi desaventura
Que la hubiese de perder.

Pero no dejaba de lucir el ingenio, como del condestable de Castilla, en las plumas bordadas que traía, que entonces las llamaban penas, como los latinos :

Saquélas del corazón,
Porque las que salen puedan
Dar lugar á las que quedan

Y en los arcaduces de la noria que sacó el conde de Haro.

Los llenos, de males míos,
De esperanza los vacíos.

Verdaderamente en el *Cancionero* antiguo, que llaman *general*, hay desigualdades grandes; pero lo mismo sucedería ahora si á bulto se imprimiesen las obras de todos los poetas deste siglo; el ejemplo es este villancico antiguo:

Mi vida vive muriendo;
Si muriese viviría,
Porque muriendo saldría
Del mal que siente viviendo.

Y en su oposición de cosa tan bien dicha y ceñida, este :

E mi firmeza en firmeza
Sobró todas las firmezas,
Y mi tristeza en tristeza,
Por perder una belleza,
Que sobró todas bellezas.

Aquí no había la cultura de ahora, si bien el pensamiento no es humilde. Pero ¿qué diremos deste en la misma edad?

Si os pedí, dama, limón
Por saber á qué sabía,
No fué por daros pasión,
Mas por dar al corazón
Con su color alegría.
El agro tomara yo
Por más dulce que rosquillas,
Para sanar las mancillas,
Que al gesto que me las dió,
De miedo, no oso decillas.

¡Extraña llaneza de aquellos tiempos! Pero quitemos el agrio deste limón con lo dulce deste hermosa canción de Lope de Sosa:

La vida, aunque da pasión
No querría yo perdella,
Por no perder la razón
Que tengo de estar sin ella.

No habrá hombre con entendimiento en el mundo, que no se admire deste pensamiento, porque mientras más se considera, más profundo se halla. Pues dejando otros muchos, bien se puede entender que los que sabían trobar así, como decían ellos entonces, supieran dilatarse ahora en el verso que sufre tantas exornaciones y figuras, tantas locuciones y imitaciones; por lo menos, quien hubiere leído los dos *Cancioneros* antiguos, habrá visto en aquel grosero lenguaje divinos pensamientos, y en razón de agudos epigramas, al Ropero y á Montoro con tantos donaires y agudezas, que no les hace ventaja Marcial en las suyas. Pues si ha visto los que entonces llamaban coloquios, aquellas églogas, digo, de Vergara y Lope de Rueda, conocerá en aquella pureza el alma bucólica de Teócrito. Dijo Rueda en su *Gila*:

Tus ojos de alcaraván,
Lechuza, buho ó novillo,
Tienen, Gila, tu carrillo
Hecho pantasma ó bausán
Traspillado y amarillo.
Si me haces un pracer,
Yo te habré de prometer
Enseñarte unas palabras,
Con que á tus enfermas cabras
Las hagas convalecer.

Y pues *id genus poematis rusticorum mores scribit*, y se deleita en el mismo lenguaje y estilo, como en Teócrito, en el idilion III:

O vultu formosa, feroque pectore saxum
Tota, refers, ó Nympha, oculos frontemque
Decoris nigra superciliis.

Y más adelante la promete Bato á su Amarilis, como Rueda las palabras encantadas para convalecer las cabras, esta guirnalda :

Quam tibi nunc servo pulchra de fronde coronam
Intextam pulchris hederae de floribus albis,
Atque apii gratum procul effundentis odorem, etc.

Bien es que merezca, ó fuese naturalmente en los antiguos poetas castellanos, ó con artificio lo que escribieron, alabanza y estimación. Por lo menos también habrá notado que los más de aquella edad eran grandes señores : admirantes, condestables, duques, condes y reyes, como el señor don Juan el Segundo; no porque ahora falten con iguales ingenios y estudios, pero con menos aprobación de los que ignoran, porque no poco lo es quien lo que no sabe ni entender estima en poco. Juan de la Encina fué hombre docto; consta de sus traducciones á Virgilio. De Juan de Mena no hay qué decir; pero pienso que si escribieran entrambos en esta edad, no estuvieran tan olvidadas sus obras. Trabajan mucho algunos por volver al pasado siglo nuestra lengua; este cuidado, si es justo, dirá el tiempo, que con las novedades se descuida si no son acertadas, porque cuando lo son, él las aumenta. Todo este preámbulo se dirige á esta presente obra, no porque en ella estén todos los ingenios de España, sino aquellos que tuvieron gusto de escribir en la corte, y aun en ella faltaron muchos. Contraponer á la antigüedad sus obras no es justo, pues llevan las armas aventajadas de la pureza á que ha llegado nuestra lengua con tantos ornamentos y hurtos, que casi llega á ser en algunos nimia y enfadosa, en otros dulce, grave y limpia del polvo destas nubes que la escurecen. No tuvo Fernando de Herrera la culpa, que su cultura no fué con metáforas ni tantas transposiciones. Aquí se puede conocer esto :

Rojo sol, que con hacha luminosa
Colores al purpúreo y alto cielo,
¿Hallaste tal belleza en todo el suelo
Que iguale á mi serena luz dichosa?
Aura suave, blanda y amorosa,
Que nos halagas con tu fresco vuelo,
Cuando se cubre del dorado velo
Mi luz, ¿tocaste trenza más hermosa?

Luna, honor de la noche, ilustre coro
De las errantes lumbres y fijadas,
¿Consideraste tales dos estrellas?
Aura, sol puro, luna, llamas de oro,
¿Oístes vos mis penas nunca usadas?
¿Visites luz más ingrata á mis querellas?

De Lupercio Leonardo podemos tomar este ejemplo

Llevó tras sí los pámpanos octubre,
Y con las muchas lluvias insolente,
No sufre el Ebro márgenes ni puente,
Mas antes los vecinos campos cubre.
Moncayo, como suele, ya descubre
Coronada de nieve la alta frente,
Y el sol apenas vemos en oriente,
Cuando la dura tierra nos lo encubre.
Sienten el mar y selvas ya la saña
Del Aquilón, y encierra su bramido
Gente en el puerto y gente en la cabaña;
Y Fabio en el umbral de Tais tendido,
Con vergonzosas lágrimas le baña,
Debiéndolas al tiempo que ha perdido.

Aquí no deben tocarme las defensas ni las objeciones deste epigrama en Italia; la conclusión es excelente, y yo debo poner de los hombres que lo fueron en esta edad el aumento desde la antigua en que escribían los poetas referidos, para descubrir esta cortina al lienzo de los modernos; pero si quisiésemos hacer rostro á Italia, no faltarían ahora notables hombres, pues bien se puede oponer este soneto de Francisco López de Zárate á todos los de entrambas lenguas:

LA ROSA.

Esta, á quien ya se le atrevió el arado,
Con purpura fragrante adornó el viento,
Y negando en la pompa su elemento,
Bien que caduca luz, fué sol del prado.
Tuviéronla los ojos por cuidado,
Siendo su triunfo breve pensamiento;
¿Quién, sino el hierro, fuera tan violento,
De la ignorancia rústica guiado?
Aun no gozó de vida aquel instante

Que se permite á las plebeyas flores,
Porque llegó al ocaso en el oriente.
Oh tú, cuanto más rosa y más triunfante,
Teme, que las bellezas son colores,
Y fácil de morir todo accidente.

Rosa es esta que no la podrá marchitar ni el ardor del sol ni el hielo de la envidia, por cierto lindo epigrama al igual de cuantos hay latinos, sin la extrañeza que decimos, y en lengua castellana. Este es el aumento de la pasada en aquel siglo, falto deste bien y notable de ingenios. Después deste soneto no me atrevo á poner uno mío, pero vaya delante don Diego Félix Riquelme :

Celosa Clicie cuanto amante, incita
Fiel honra, justo enojo, cruel venganza,
Y con su misma pretensión alcanza
Miedo vil, gran dolor, pena infinita;
Quítale el sol, porque su gusto quita,
Noble ser, proprio bien, dulce esperanza,
Y ella, aunque muerta viva, sin mudanza
Tiene amor, mira sol, luz solicita;
Pero admirando el sol en su firmeza,
Duro fin, nueva vida, triste suerte,
No la apartó jamás de su belleza.
¡Oh puro sol, dios claro, señor fuerte,
Que das, cuando castiga tu aspereza,
Gusto al mal, fe al amor, vida á la muerte!

Rigor notable con tan dulce disposición, que tiene mucho que alabar y ninguna cosa que reprehender. El que se sigue escribí ya al sepulcro de doña Ana de Villarroel, señora de las partes que en él describo, y de muchas que no supe describir :

Aquí yace la fénix de hermosura,
Única á los humanos desengaños,
De proprios luz, admiración de extraños,
Noble en la sangre, en las costumbres pura.
Fuése á ser sol de nuestra noche escura,
Traspuesta al cielo en sus mejores años,
Para desengañar nuestros engaños;
Que sola la virtud florece y dura.
Aquí de nuestros lazos desasida,
La flor en polvo, en sombra el sol convierte;
Y, con memoria que jamás se olvida,

Volando á mejor patria nos advierte
Que, siendo espejo de belleza en vida,
Lo fué de desengaños en la muerte.

Dilatado campo se había ofrecido para discurrir en esta materia, digna de que algún ingenio la apurase y dejase, si no determinada, por lo menos entendida; pero para mi intento basta haberla advertido en ocasión donde á los premios desta justa aspiraron los más de los ingenios de la corte, en cuyos versos, como de la mayor cantidad se puede conocer el aumento, la lengua, la diferencia y el artificio, estoy seguro que serán menos murmurados que suelen, pues los más tienen aquí su parte. De la mía en esta edición no les puedo dar la viva voz y alma que el día que se leyeron; que á ser posible me holgara de acompañarles, porque he visto á muchos hombres, y aun por ventura doctos, leer los versos de suerte, que apenas se conocía que lo fuesen; cuya lástima hacía que muchos de los antiguos los recitasen, así en los convites de los amigos como á los príncipes: *Atque singuli*, dice Ateneo, *odam aliquam pulchram in medium, ut proferrent, dignum existimabant;* que estos versos ya eran diferentes de los que se cantaban y llamaban convivales, en que alaba la gracia de Alceo y Anacreonte; pero más la de Praxila Sicionia, doctísima mujer, á quien llama admirable *in ipsa convivalium carminum poesi.*

No he puesto los que fueron premiados, porque el lector con su juicio, leyendo estos certámenes, los premie; que fuera advertirle ó disgustarle, pues como siente Aristóteles: « El amor ó el odio hacen que el juez no conozca la verdad. » Y si acaso leyere (que si hará) alguno que se juzgue á sí mismo, el mismo filósofo tuvo por imposible juzgar, que no son buenas aquellas cosas en que naturalmente nos deleitamos; pues ¿qué duda tiene que con deleite del ánimo se escribe lo que se inventa, y que parece que un hombre traslada su entendimiento á sus escritos, como en sus hijos su sangre? De donde tuvo origen llamar partos á los frutos del ingenio; y así dijo Cicerón: *Ars non totum aliquid parit, et procreat;* y en una de sus oraciones: *Postea dialectici spinosiora multa pepererunt;* pues rendirse al ingenio de otro no está visto en el mundo, por más amigo que sea:

Qui velit ingenio cedere, rarus erit.

Aunque en todas las demás cosas se confiese inferior, como Marcial dice ; y si fuera de juzgar sus mismas imaginaciones el lector se hallare, no le cieguen por amistad as de los otros, porque *non tam uni favendum est, ut alteri fiat injuria ;l.* impuberi, *de adminis tut.* Á este juicio no convido al vulgo de ninguna suerte, porque he leído en Tulio que *Populus non delectu aliquo, aut sapientia ducitur ad judicandum ; sed impetu nonnumquam, et quadam temeritate;* y en otra parte, qne *sine ulla porte quæ sunt in artibus*; y por eso dijo bien Mayor Joachimo :

O quot habent fatuos sæcula nostra Midas!

Yo pienso decir con el *Palemon* de Virgilio, sin inclinarme á Dameta ni á Menalca :

Non nostrum inter vos tantas componere lites.

Los jueces fueron el señor Pedro de Tapia y el señor don Alonso de Cabrera, del consejo Supremo de su majestad, tan conocidos por sus grandes letras, virtudes y nobleza, que me excusa de su alabanza esta verdad, tanto como mi insuficiencia, el reverendísimo padre maestro fray Antonio Pérez, ya general benito, y el floridísimo en letras divinas y humanas, maestro fray Hortensio Félix Paravicino, provincial infinitas veces digno de la orden de la Santísima Trinidad, cuyas puras costumbres y condición generosa son corona y honra de su religión, ya por ser predicador de su majestad, ya por las grandes esperanzas que de su ingenio tienen los que son doctos ; y don Francisco de Villacis, caballero del hábito de Santiago, corregidor de Madrid, cuya gran nobleza y entendimiento merecía en este papel, si la ocasión diera lugar, justos elogios. Fueron también jueces desta certamen Juan de Armunia y Juan de Urbina, los más antiguos regidores desta villa, y secretario de la justa, como lo es, y mayor del ayuntamiento, Francisco Testa ; personas de tanta virtud y circunspección, que solos pudieran haber hecho este juicio, y diré yo con el de Tíbulo por Mesala :

Meritæ si carmina laudes
Deficiant, humilis tantis sim conditor actis.

Y á los que sólo estiman la antiguedad, y no los que ahora escriben, alabando siempre los poetas muertos :

Tanti
Non est, ut placeam tibi, perire.

RELACIÓN DE LAS FIESTAS

QUE LA INSIGNE VILLA DE MADRID HIZO EN LA CANONIZACIÓN

DE SU BIENAVENTURADO HIJO

Y PATRÓN SAN ISIDRO

PRÓLOGO

Aunque no era necesario para este discurso hacer á los lectores dóciles, atentos y benévolos, oficio del proemio, por opinión de Porfirio en sus *Universales;* habiendo llegado la malicia y la ignorancia á igualar el peso de la soberbia, no hay obra de tan breve argumento ni de tan limpias circunstancias, que no deba prevenirse á la defensa, si bien el no hacerla juzgan muchos en la opinión recibida por acto de más prudencia. No sé si será remedio á la calumnia decir que se divide en dos partes la relación propuesta, y que en la segunda están los versos de los ingenios que en la corte traían destos estudios, para acogerme á su sagrado, si no me valieren los altares que describo : *Qui sacerdotem*, dijo Cicerón, *ab ipsis aris pulvinaribusque detraxisti*, que ya su inmortalidad padece sin excepción la ira de los que así tratan las cosas de la religión como las civiles, llamando sutilezas á las injurias, y donaires á la impía malignidad contra el divino culto. Bien dijo la santa virgen Teresa, discreta en todo : « Algunas cosas veo que, como quien no hace nada, se las tragan en el mundo. » Ya la malicia pase, que si es pólvora de algún discreto, darále fuego la envidia, si bien es monstro en la naturaleza discreción y envidia ; pero la ignorancia que quiere, á pesar de la razón, sentarse entre los sabios, algo tiene de imitación á la primera soberbia ; *Abominatio Domini est omnis arrogans*, dijo Salomón siendo tan sabio, que ni antes ni después le igualó ninguno; luego era humilde. ¡ Oh, cuántos andan como la moneda

falsa con la fina, pensando pasar entre los doctos sus entendimientos legos, haciendo fuerza á la fama, que, como ave pesada, no puede levantarse de la tierra ! que la que es legítima á las obras dignas, como águila caudal, despreciando la tierra, se levanta al cielo.

Terras despicis, et sepuchra rides.

Pero no se engañan algunos, pues ya los poderosos juzgan por la fortuna, y no por la ciencia; porque así como en la mucha edad de los hombres no se puede esperar mejor salud, así la ancianidad del mundo es fuerza que cada día sea más débil.

Dos cosas no se han rendido á la fuerza ni á la lisonja: las verdades ni las ciencias. ¿ Para qué se cansan los que se oponen á los estudios ajenos con principios viles ? que caerán en la difinición de la diferencia en la dialéctica: *Quid inter hominem intersit et equum.* Dije que no se había rendido á la lisonja la ciencia, y hase de entender cuanto á la fama, que no cuando al amigo se lee lo que se ha escrito; porque no se puede ver el corazón, que *homo videt in facie, Deus autem in corde.*

La venganza deste género de gente es la sátira. *Criminari et injectari, utque etiam objurgari,* dijo en su *Júpiter trágico* Luciano, *cujus volenti promptum ac facile.* Allí se libra su sabiduría, y ignorantes de la lengua latina, y aun de los nombres de las ciencias, confían tanto en lo traducido de la toscana, que les parece que trasladar es inventar, y mover á risa solicitar aplauso, como otros que escriben y no dan á luz, á quien podríamos decir con Juvenal: *Nec dum finitus Orestes.*

Á tiempo llega la osadía bárbara, ambiciosa de contrastar imposibles, que, procurando inquirir vicios ajenos, se olvida de los suyos, no permitidos de la naturaleza ni de la honra. Por eso dijo la divina Verdad: *Ejice primúm trabem de oculo tuo ;* mas comò algunas hierbas maltratadas dan más suave olor, así la envidia, á lo que piensa que destruye, añade fama ; pues siendo ella el autor destas discordias, no hay de qué admirar sus efectos en tanta cantidad de pretendientes. Crisólogo lo pensó divinamente: *Facit invidia, ut mundi tota duobus esset angusta fratribus latitudo ;* pero ya que es fuerza padecerla, *supe-*

rest, ut nigris et impuris vitiligatoribus ad homines candidos et sinceros nostra convertatur oratio.

Abrazóse con un emperador de Roma un hombre humilde, en lo alto de aquel famoso templo que hoy llaman la Rotunda, y siéndole impedido precipitarse, respondió en los tormentos, que lo había intentado por tener fama. Así se abraza la ignorancia con la ciencia, pensando que cayendo con ella tendrá nombre, que hay hombres que le intentan con su misma infamia. Vencer escribiendo á satisfacción del mundo, gloriosa victoria de los ingenios, y más en este siglo, que se premian las virtudes y las letras.

Las fábricas insignes desta relación, dirigidas á cuatro santos de España, honraron algunos ingenios, que no quise fiarme del cuidado que puso en esto el corto mío, obedeciendo á quien debo y quiero servir por naturaleza y por obligación, después de lo cual verá el lector la justa, á quien suplico, si hallare versos dignos de premio, fuera de los que le tuvieron, se le dé con estimarlos, y presuma que faltarían en algunas de las leyes del cartel, aunque no en la virtud de sus composiciones, defendidas del Tasso en aquella parte que dice que se parecen á las estatuas de Fidias : *Che erano fatte con politissima arte, e haveano insieme del exquisito.* No se pareció su sentimiento á la urbanidad de Parrasio, pintor famoso, de quien escribe Eliano que, desafiado con otro cuál pintaría mejor la contienda de Ulises y Telamón sobre las armas de Aquiles, fué vencido de su contrario, y dándole sus amigos el pésame, respondió : « No me le deis á mí, sino á Telamón, que fué vencido dos veces. » *Qui in eadem re bis jam adversario fuit inferior.*

Exornación y valentía tuvieron muchos versos ; pero lo intrínseco de algunas cosas examinado pudo perder el precio, aunque á sus dueños no se lo haya parecido, que ellos escribieron como poetas, y algunos de los jueces lo penetraron como filósofos : *Poetarum enim est ludere et lascivire, philosophorum autem rerum veritatem subtili ratione investigare.*

RELACIÓN DE LAS FIESTAS

Entre las diferencias de la historia tienen tan ínfimo lugar las relaciones de las fiestas, que, aunque por algunos graves accidentes pudieran entrar en los anales, más les podía convenir, por opinión de Aselio, el nombre de *efemérides ó diarios;* si bien describiendo el mundo aquel excelente Benes, dió este nombre á sus hidrográficas y geográficas descripciones. Con ellas no se entienden los preceptos que, no sin elegante estudio, escribe Jodoco Badio; aunque se libran por esto de toda reprehensión, parece que aquello que no se remite á leyes precisas carece de arte. No se deben pues leer tales relaciones con más ánimo que la diferencia humilde que se les permite, como un cuerpo simple á quien falta el alma de las sentencias y del ejemplo, dos cosas por donde la historia pertenece á la vida, las sentencias al entendimiento, y el ejemplo á la erudición moral y ética. Finalmente, de cualquier suerte que se entienda ó remita la etimología de relaciones á referir cosas que fueron hechas ó sucedidas para su duración ó su noticia, le convienen las tres partes de que la adorna Marco Tulio: breves, claras y probables. La insigne villa de Madrid, corte de España, ilustrísima por madre de pontífices, reyes, capitanes, ingenios, sereno cielo, aires puros, fértil tierra y no menos rica y abundosa comarca, obligada á tantos beneficios como había recibido por espacio de quinientos años de su divino hijo Isidro, llamado comunmente *el Labrador*

de Madrid, intentó su canonización, pareciendo á muchos que no era necesario, pues en aquel siglo no habían reservado los pontífices la colocación en el número de los santos á la Sede Apostólica, y el erigirse de la tierra, pintar con resplandor su imagen, labrarle altares y fabricarle templos, era canonización que admitía la Iglesia ; todo lo cual concurría en el divino Labrador nuestro por quinientos años, con la aprobación de un ángel, que todos los sábados por tiempo de algunos meses encendía la lámpara que asistía á su bendito cuerpo cuando las campanas provocan á la salutación angélica. Perdió la malicia de algunos este tesoro, que en aquellos tiempos fundaba el cielo en la inocencia, que creía mucho y preguntaba poco. Así, fué acuerdo justo dar su conocimiento al mundo y despertar con su noticia tantos devotos ánimos, celebrarle con misa propria, dedicarle día y establecerle fiesta. Después de largos discursos, venció el santo celo de su corregidor y regimiento, y beatificando á Isidro Paulo V, de felice memoria, con alegría común se hicieron notables fiestas, honradas del señor rey Felipe III, llamado *el Santo*, á quien dió por su intercesión dos años de vida el Autor della, mientras que su católico hijo cumplía diez y seis para tomar el ceptro de dos mundos. En el primer año de su felicísimo reino, Gregorio XV, nuestro señor, canonizó á Isidro, á Ignacio, á Javier, á Felipe Neri y á Teresa de Jesús. El primero nos toca, así á la insigne villa como á los que nacimos en ella. Los dos padres santísimos tienen tantos coronistas como hijos, que cubren ya los polos oriental y antártico ; Felipe Neri en su patria, fértil de ingenios, tendrá las debidas alabanzas, y nuestra madre española y virgen Teresa en su monte, poblado de Elías, Eliseos y Cirilos, tan dignos de escritores, que no dejarán su admirable vida y milagros á las injurias del olvido.

En este tiempo, finalmente, llegaron las nuevas á la patria común de todos, con no menos alegría que por Isidro, por los demás santos, viendo que en tiempo de tantos heresiarcas y pseudoprofetas, nuestro beatísimo padre ilustraba la iglesia de España, como en premio de su lealtad, de cuatro tan heroicos santos para todos géneros de estados : un labrador para humildes, un humilde para sabios, un sabio para gentiles, y una mujer

fuerte para la flaqueza de las que en tantas provincias aflige el miedo. No fué poca dicha desta insigne villa tener en este tiempo por presidente de Castilla en su real corte al ilustrísimo señor don Francisco de Contreras, cuyas virtudes y letras me dieran sujeto á los versos que he profesado en largas rimas, si no temiera la ofensa de su modestia; y en su consejo tantos ilustres señores y celebrados ingenios, á quien pudieran reconocer ventaja los magistrados de Roma; y por su corregidor á don Juan de Castro y Castilla, cuya nobleza, tan conocida en España, me excusa de encarecimientos, pues donde la verdad es pública, la exageración es ociosa. El regimiento y comisarios, principales caballeros, y por sus entendimientos y celo electos á esta celebridad, Diego de Urbina, Félix de Vallejo, Juan González de Armunia y Juan de Pinedo, fueron puntuales ejecutores de su primero móvil, y con desvelo invencible, discreto acuerdo y generoso ánimo dieron ejecución á las fiestas en esta forma.

No dando lugar el tiempo á que se ejecutasen las trazas que para cuatro suntuosos arcos estaban hechas, pareció ser á propósito la fábrica de ocho pirámides de setenta y cuatro pies de alto, fundadas sobre un pedestal de doce pies y medio, y siete de ancho, resaltadas en los dos lados con otros pedestales menores para asiento de las figuras que se les repartieron, todas las cuales fueron de ocho pies y medio de alto, doradas de oro fino. La vista y arquitectura de las pirámides, así por la novedad como por la grandeza y hermosura, dió fama á sus artífices; la descripción de sus cuerpos y miembros principales no toca al estilo de relaciones menudamente, por ser ciencia en que pocos saben, y que los más de los que las escriben, en ellas trasladan los diseños de los maestros. Remataban sus extremos, conformes á sus figuras, escudos de armas del nombre de Jesús, del Pontífice, del Carmen, del Rey nuestro señor y de la señora emperatriz María, de gloriosa memoria, acompañados de banderas de diferentes colores en lazos de velos de plata; fueron todas las figuras excelentes, estudio de los más insignes maestros desta corte, cuya simetría y esbelteza, voz que la pintura trajo de Italia, no tenía que reprehender, y tenía mucho que alabar, que por la brevedad del tiempo parecía imposible.

En las escocias sobre los pedestales tenían entre todas treinta y dos escudos de las armas de la villa de medio relieve, doradas y asentadas en sus tarjetas perfectamente. Los que dieron hermosura y adorno á la plaza de la Villa tenían sus figuras, la del pontífice san Dámaso hijo desta villa, como afirman Marineo Siculo y otros graves historiadores ; la de san Isidro, de santa María de la Cabeza, del rey nuestro señor Felipe IV, España y Madrid. Correspondían á estas imágenes sus insignias, y en los recuadros destos pedestales estos *jeroglíficos*, cuya pintura maravillosa representaba el oro. El que tenía el Pontífice era la osa menor con sus siete estrellas, en el ángulo de la figura cuadrilátera algunas, la que mira al polo y las demás en los extremos del cuerpo ; sobre ella estaba una tiara pontifical en un resplandor, cercada también de estrellas. El alma de este jeroglífico era : *Ex numine numen*, y la letra castellana :

De la luz del hijo mío,
Subo desde el patrio suelo
Á ser imagen del cielo.

Á san Isidro correspondía este :

Un buey en un prado con una corona de espigas al cuello, de la manera que suele estar el yugo, con estas palabras de san Jerónimo : *Vox Domini sustentans jugum*, y la letra en nuestra lengua :

Tal fué la obediencia en vos,
Y tal, Labrador divino,
El fruto que della os vino.

Á la santa María de la Cabeza miraba este :

Una ciudad con su cerca, y por lo alto un rostro de mujer con este rótulo : *Immaculata mulier*, y en castellano :

Por corona del varón,
El Sabio, ilustre María,
La fuerte ciudad os fía.

Á la del Rey nuestro señor, maravillosamente esculpido, correspondía este :

Un león en pie sobre la copia de la abundancia con el caduceo de Mercurio, al hombro la empresa latina : *Potestas consilio praedita;* la castellana :

Con el consejo el poder
El bien república aumenta,
Paz y abundancia sustenta.

España tenía este :

Una mujer ricamente vestida, con ceptro y corona, sentada en dos mundos, cuya pintura mostraba el nuestro y el antártico. En latín : *Magna sublimitas*, y en romance :

Por vos, divino Felipe,
Me reconocen señora
El ocaso y el aurora.

Madrid tenía este :

Un pavón real, los ojos en el rostro del sol, haciendo vistosa rueda los de sus plumas en sus rayos. En la lengua latina : *Philippo praesente splendido*, y en la lengua común :

La presencia de Felipe,
César divino español,
Convierte mi rueda en sol.

Las dos pirámides que adornaron la puerta de Guadalajara tenían, cubiertas de oro, por la misma traza cuatro figuras : san Ignacio de Loyola, san Francisco Javier, el beato Gonzaga, y un mártir de los muchos que esta sagrada religión fertilizan con su sangre. Al patriarca san Ignacio correspondía este jeroglífico : las tres virtudes teologales, como suelen pintarse las tres gracias, teniendo entre todas por lo alto un corazón, en cuyo medio estaba el nombre de Jesús. La letra latina decía : *Vera societas*, y la castellana :

Después que dejé la espada,
Y este general me guía,
Tengo mejor compañía.

San Francisco Javier tenía este :

Un vaso de oro con un ramo de azucenas de cuyo centro en todos salían unas velas encendidas. La sentencia latina : *Castitas animae et veritas doctrinae* y la española :

Soberanamente luce
La verdad de la doctrina
En la castidad divina.

Tenía el beato Gonzaga, que en tan tiernos años mereció la gloria y la opinión de santo, este jeroglífico á su propósito :

Un azor volando á un cielo, con esta letra latina : *Felicissima celeritas*. Debía de aludir á los de Noruega, donde por la brevedad del día vuelan con ligereza admirable. Declárase mejor este pensamiento en la castellana :

Con el temor de la noche
Apresuró tanto el vuelo,
Que vió en tierna edad el cielo.

El mártir tenía este :

Una cabeza de un león, y encima una espada desnuda con un laurel atravesado en ella. Las palabras latinas : *Quasi leo confidens*, y las castellanas :

No cupo temor en vos,
Porque viste coronada
Del mismo premio la espada.

Las pirámides de la calle de Toledo tenían dos figuras, san Felipe Neri y el beato fray Pedro de Alcántara; sus jeroglíficos eran estos : á san Felipe, por su profunda oración, un pájaro celeste en las nubes, que, no teniendo pies, jamás baja á la tierra, y cuando quiere descansar, se cuelga de alguna rama, debajo algunos edificios y árboles. En la reina de las lenguas comunes : *In coelo semper*, y en la nuestra

Tan alto con la oración
Subió de Felipe el vuelo,
Que nunca bajó del cielo.

Al santo fray Pedro de Alcántara, cuya beatificación

celebran estos días los padres franciscos descalzos, como á primero fundador de su provincia, correspondía este :

Dos ángeles teniendo un libro, en que sólo estaba escrito el nombre de Jesús, y en lo bajo, entre muchos libros cerrados, una mano y este rótulo : *Discere Jesum omni scibili salubrius*. Declarábase más en español :

Saber á Dios es saber,
Ni de que sabe se alabe
Quien este libro no sabe.

Había en la plaza que se llama de la Cebada otras dos pirámides con cuatro figuras : la Virgen nuestra Señora, como se pinta para significar su concepción santísima sin mancha de pecado original, que en estos milagrosos días nuestro muy santo padre Gregorio XV ha mandado venerar, y de ningún modo contradecir : *Nec de hac opinione* (*scilicet de contraria*) *aliquo modo agere seu tractare*. Á quien miraba este jeroglífico ; un dragón atravesado de una flecha, que, en vez de plumas, tenía unas ramas de oliva, y en alto un arco ó *iris celeste*, con una paloma en medio. La inscripción latina : *Confodit jaculo pacis*, y la española :

Flechas del arco de paz
Contra su enemigo toma
La siempre libre paloma.

A san Josef, su divino esposo, devoción común del mundo, pusieron este :

Un cordero en una cestica, que iba por un río á discreción del agua, y en un prado una pirámide con un rostro de hombre anciano; debía de aludir el río al Nilo y el cordero á Moisés. El pensamiento latino : *Pater est, quī officium praestat*, y el castellano :

Desde vuestra infante cuna
En mis brazos, Moisés nuevo,
Padre os amo y firme os llevo.

Al carmelita Elías pintaron un león sobre un monte con una espada de fuego, y en un templo, que le correspondía, una mano con una pluma. La exposición latina : *Qui zelum habet legis, exeat post me*, y la castellana :

Trocó Teresa la pluma
Á la espada de mi celo
Por volar mejor al cielo.

Á la santa madre y virgen Teresa de Jesús un carro de fuego en unas nubes, y en medio un rostro de sol, y en lo bajo un águila mirándole, con esta letra latina : *Prospicio et subsequor*, y este pensamiento en nuestro idioma :

Teresa, nuevo Eliseo,
Viendo al sol de eternos días,
Renueva el carro de Elías.

Perdone el que leyere haberme detenido en estos *jeroglíficos*, pues no le desagradarán si sabe, y si no sabe, no perdone.

Habiendo dado principio á esta relación por las cosas fijas, se siguen los altares; fueron nueve en número, y sin él las grandezas que contenían, porque en estas fiestas tuviesen el de la fama; y así, no pudiendo alabarlos como era justo, diré sucintamente sus fábricas, y remitiré sus alabanzas á los *epigramas* que algunos de los célebre ingenios desta corte les hicieron.

El altar primero en orden fué junto al Humilladero de San Francisco; hiciéronle los religiosos deste nombre y del sagrado monasterio, fundación del mismo seráfico padre, porque en otro tiempo caía fuera de los muros de la villa, á que se arrima la parroquial de San Andrés; así los tiempos aumentan unas cosas, y otras disminuyen. Tenía sesenta pies de alto; dividíase en tres altares, haciéndole unas gradas fundamento; su riqueza se opuso á su profesión, y su curiosidad á su riqueza. Exageróse un cuadro de pintura de nuestro Santo, remate del arco principal, en razón de la perspectiva de unos bueyes; el juicio fué común, la vista excelente á distancia. Describió con estudioso ingenio su alabanza don Diego de Villegas en estos versos :

Este del cielo en puros resplandores
Retrato original, campo de estrellas,
Pues en diamantes compitió con ellas,
Sol en luz, India en oro, aurora en flores
El humilde mayor á sus menores

Comunicó piadoso en luces bellas
De aquel fuego de amor, cuyas centellas
Imprimieron seráficos ardores.
Cinco deidades que cantó triunfante
La voz de Pedro, aplaude en eminentes
Glorias Francisco, de su amor ensayos.
Lució el poder, y en humildad gigante,
Cinco soles honró, que en cinco fuentes
Produce perlas para tantos rayos.

Fué el segundo obra maravillosa del retor que llaman de la Latina, aquella insigne señora doña Beatriz Ramírez, que por su letras mereció este nombre, camarera de la reina doña Isabel la Católica y fundadora de los dos insignes monasterios la Concepción Francisca y Jerónima; fué altar que, si ellos tienen preceptos, guardó todos los que en este lugar alcanzan los que con tanta curiosidad los fabrican; cercáronle barandas de bronce y ébano, rematáronle imágenes con ricas joyas, y todo el cuerpo de sus gradas riquezas grandes, y celebróle este *soneto* del licenciado Francisco de Quintana, tan digno de su ingenio :

Sacro obelisco, en rayos, en luz pura
Émulo, á quien un tiempo dedicado,
Risco de nieve en pira transformado,
Tanto elevarse en ti un fervor procura ;
Trono donde preside la hermosura,
Erigida pirámide á un arado,
Edificio en que el arte ve injuriado
Presente ingenio y invención futura ;
Altar te llama el castellano idioma,
India el hijo del sol, ara un desvelo,
El valor perla, la fragancia aroma ;
Religión de Javier y Ignacio el celo,
Argos las luces, las reliquias Roma,
Teresa monte, mas Isidro cielo.

El tercero fué fábrica de los padres de la Compañía de Jesús; era todo en jeroglífico : tenía sobre altas gradas dos águilas de negro y oro sustentando una nube, en que estaba un pelícano de plumas doradas y blancas, los dos santos á los lados, y en todo el altar diversidad de riquezas, cruces y reliquias, como en el libro de sus fiestas se verá dilatado, y á quien el grande ingenio de don Juan de Quiroga hizo este culto *epigrama :*

Alta, piadosa máquina, eminente,
Cuya majestüosa arquitectura
Del estrago del tiempo se asegura
En las admiraciones de la gente;
Cuantas riquezas engendró en oriente
El sol, en ocidente plata pura
La errante luna, en pródiga escultura
Culto á tu adoración hacen decente.
En ti pomposamente se venera
De cinco santos la feliz memoria
Con celo pío y víctimas fragrantes.
¿Quién, sino estirpe tuya, Ignacio, fuera
Tan viva imitadora de la gloria,
Que en tálamos de luz gozan triunfantes?

Los religiosos de nuestra Señora de la Merced hicieron el cuarto altar en un edificio suntuoso, significado en mármol y oro, con vistosas pinturas en sus espacios; su intento fué formar un templo abierto y que por todas partes se viese el altar, que con curiosa riqueza y la imagen de su instituto era alma de aquel cuerpo, y á quien hizo este excelente *epigrama* Sebastián Francisco de Medrano:

Hoy el triunfo del alba, Isidro santo,
Su religión te ofrece generosa
En el solio de jaspe, donde hermosa
Nace la luz, de la tiniebla espanto.
Calzada de la luna, el sol por manto,
En gradas que vistió de plata y rosa,
Hoy te consagra altar majestüosa,
Que tanto ensalza á quien la quiso tanto.
Las barras de Aragón, las bandas reales
Iguala con tu arado dignamente,
Pues los ángeles fueron tus iguales.
Diga la fama, cuando el bronce aliente,
Que la Merced entre mercedes tales
Fué palacio del sol, del alba oriente.

Con gran cuidado, desvelo y asistencia pretendieron los padres dominicos vencerse á sí mismos, juzgando pequeña la plaza para su ánimo, donde les cupo el altar, que fué quinto en número, y que otras relaciones llaman primero, determinación que no admite la cortesía ni lo que se debe al celo común de los demás religiosos, pues cualquiera

persona que los fuera mirando, tuviera por mejor al que tenía presente. No se puede negar su grandeza, su traza, su aparato, la majestad que representaba, la novedad de las gradas y el extraordinario fundamento, cuyo ámbito cubría tanta plata y oro, y por lo alto tanto artificio, que daba lástima á todos que fuese tan admirable aparato cuidado para solo un día. Al del licenciado Juan Perez de Montalván y á su gentil espíritu se debe su alabanza en este *epigrama :*

Monte de luces, parto del desvelo,
Que cuanto imaginó piadoso alcanza,
Pues no dejas qué hacer á la esperanza,
Por ser mayor que la esperanza el celo.
Tanto al cielo llegaste con el vuelo,
Que de cielo usurpaste la alabanza,
Aunque no es atrevida confianza
Con tantos santos presumir de cielo.
Remítase á la idea tu grandeza,
Que en flores, en adornos; en colores
Aun de sí se admiró naturaleza,
Viendo de su poder prendas mayores,
Porque ella supo dar tanta riqueza,
Mas no juntar el cielo con las flores.

Los padres de la Santísima Trinidad tuvieron, con el altar sexto en orden, el más frecuentado lugar y el más estrecho sitio; pero, en lo que permitió la entrada de la calle de Santiago, un edificio significado en mármol blanco y plata, las pilastras con los retratos de nuestros reyes y infantes, y el frontispicio con el del Pontífice. Cifraron tanta riqueza y curiosidad, que la remito á este *epigrama* bellísimo del licenciado Felipe Bernardo del Castillo :

Gigante oposición á los umbrales
Del cielo empíreo en sacra primavera,
Muestra en la tierra esta divina esfera,
Espejo de los arcos celestiales.
En reliquias de atletas inmortales
La gloria de sus almas reverbera,
La enigma trina, el serafín venera
En rayos de su luz piramidales.
Javier, Teresa, Ignacio, Isidro el coro
ifran divino, y junto al sol la aurora,

Pisa con pies de nieve tronos vivos.
Detente á ver la casa del tesoro,
Oh peregrino, y di : « Bien puede ahora
Con tal riqueza rescatar cautivos. »

En la distancia de la vista el altar séptimo, de los religiosos agustinos, tuvo con exceso ventaja á los demás sitios, porque desde la platería se juzgaba todo, estando fabricado entre las casas del marqués de Valle y la cárcel desta villa. Era todo un jeroglífico, su asiento un jardín de varios cuadros y flores, á cuyos lados en sitiales de brocado estaban dos retratos de nuestros reyes debajo de doseles ricos: subía en proporción á sesenta pies de altura con maravilloso artificio, hasta asentar en forma de basas pirámides de flores, cuyas puntas adornaban los cuatro santos. En más alto lugar la figura de la Iglesia entre diversos escudos, con lugares de la Escritura, mostraba el triunfo deste día, significando que la de España se hallaba gloriosa de tales hijos. En lo último pisaba un trono de plata la figura de Cristo nuestro Señor, de cuyas llagas salían á unos cálices en manos de ángeles, para significar su sangre, cinco listones carmesíes. Describióle con la elegancia que suele el doctor Mira de Amescua, capellán de su alteza, en esta culta *silva*;

No suspendas el curso, oh vaga plebe :
Camina, cuando aplausos no vulgares
Á esa fábrica debe
La admiración humana, que esos mares
De púrpura, que inundan y coronan
Las angélicas urnas, y blasonan
Proporción, sacramentos y hermosura;
Ese empíreo de flores
Espirando fragrantes resplandores,
Esa dórica y mixta arquitectura,
Olimpo ó monumento
De imágenes que amaga al firmamento,
Las aras son y pira
Donde Agustino en holocausto mira
Su corazón herido de saetas,
Que aves sin vida son, sin luz cometas,
Aunque flechas de amor, y amor no ciego,
Rayos de pluma son, cisnes de fuego.

Formaron en el altar octavo los padres carmelitas una

nave, que se movía entre unas ondas de velo de plata, para mostrar con la invención el ingenio y adquirir con la novedad el aplauso. La imagen de la santa Madre tenía el árbol de enmedio, la mesena, bauprés y trinquete santos de su orden. De las entenas pendían varios estandartes, flámulas y banderolas. Arrio y Calvino mostraban anegarse; los lados tenían altares con san Francisco y san Ignacio, porque á nuestro labrador dieron lugar en la nave. Celebró su fábrica este artificioso *epigrama* de don Pedro Calderón, digno de su grande ingenio, con que queda encarecido :

La que ves en piedad, en llama, en vuelo,
Ara al suelo, al sol pira, al viento ave,
Argos de estrellas, imitada nave,
Nubes vence, aire rompe, y toca al cielo.
Esta pues que la cumbre del Carmelo
Mira fiel, mansa ocupa, y sulca grave,
Con muda admiración muestra suave
Casto amor, justa fe, piadoso celo.
Oh militante Iglesia, más segura
Pisa tierra, aire enciende, mar navega,
Y á más pilotos tu gobierno fía.
Triunfa eterna, está firme, vive pura ;
Que ya en el golfo que te ves se anega
Culpa infiel, torpe error, ciega herejía.

Al altar último, que fué de los padres de la Victoria, se debiera un libro aparte; mas, como en otras relaciones se copiaron las que dieron los arquitectos de su fábrica, no me atrevo á decir la dicho; él fué de hermosa vista y autoridad, igual con los demás en altura y riqueza, y excediólos en propiedad y artificio. De sus versos latinos y castellanos no hago memoria, porque ha de haber muchos en el cartamen propuesto, que por las voces que ha causado más ha parecido pancracio que poético, *calcibus, cubitis et pugnis;* y porque al autor de algunos de los que dice que adornaron el altar le parecieron tales, que quiso que el Santo los hubiese escrito, que ya llega la confianza en los que apenas están en los principios á frenesíes tan bárbaros; pero no se lo perdona Séneca : *Imperitis ac rudibus nullus praecipitationis finis est.*

Finalmente, la grandeza deste altar dijo ingeniosamente

don Guillén de Castro en estos versos, y muy á propósito del nombre de la Victoria :

Oh religiosa admiración, oh pura
Fábrica, que piadosa y arrogante
Eres del cielo luminoso atlante,
Su máquina en tus hombros más segura;
Oh montaña de luz, que al sol procura
Rayo á rayo usurpar la luz radiante,
En láminas la fama de diamante,
De envidia, olvido y tiempo te asegura.
No humille pues el tiempo tu grandeza,
El olvido no oculte tu memoria,
Ni sepulte la envidia tu belleza,
Que mínimo poder con tanta gloria
Bien muestra en el laurel de su riqueza
Que no puede rendirse la Victoria.

Fué también de los adornos que estuvieron fijos un fuerte ó castillo que hicieron los padres de la Compañía, obra realmente digna de sus ingenios y ánimos. En él quisieron retratar el de Pamplona, cercada de los franceses, cuando su divino patriarca Ignacio en su defensa, y enviado á la guerra como último hijo de sus padres, peleó valientemente, á quien aquella bala sacó del mundo para que le conquistasen sus hijos; que el haber sido soldado fué profecía de su Compañía, pues de la de la tierra pasó á la del cielo, de quien es venerado el nombre que les dió, como de la tierra y el infierno, pasando la palabra de boca en boca hasta los fines de la tierra, y llevándola quien la oyó de la suya á los últimos términos del Oriente. Era su imitación piedra, si bien listada por hermosura de plata y negro; fábrica tan hermosa no se ha visto en el mundo : por las troneras, almenas, saetías y puertas había reliquias, imágenes de santos y tantas divinas defensas, que si le hubieran hecho en las tierras que ellos conquistaron, ni entrara la gentilidad ni le combatiera la herejía. Estaba su figura en lo alto, armado y con la espada desnuda, y á su lado el mejor amigo para tales accidentes; todo esto remito al *epigrama* de Francisco López de Zárate, que, como navarro y noble, y que entrambas cosas igualó con su ingenio, pagó lo que debe á la Compañía en estos versos :

Aquel bulto de monte con semblante
De quinta esfera y luz de firmamento,
De fábricas eternas documento,
Fiel substituto del caduco Atlante;
Luciente con el sol sin el tonante,
De cielo y tierra unían con ornamento,
De día alcázar fué del dios sangriento,
De noche habitación del fulminante.
Edificóle celo religioso
Que pudo, aventajando las verdades,
Reducir á verdad lo imaginado.
Y bien que lo formó de eternidades,
Mostrándose dos veces poderoso,
Hízolo todo parecer pintado.

Previnose en la plaza de la Cebada un jardín y huerta de ducientos pies de largo y ciento y ochenta de ancho, por medio de la cual pasase la procesión, cercados de empalizada de diez pies de alto, obra de muchos días, y no, como algunos piensan, de una noche, si bien las hierbas, temiendo la inclemencia del sol, se trasplantaron á la sombra. Fué ofrenda y labor de los hortelanos, labradores y jardineros, república que con la afinidad de los césares emprende, y con la afición á la labranza del Santo consigue lo que intenta; en cuyo campo se había ofrecido fértil para discurrir en alabanza de la agricultura, si diera lugar el título propuesto. Osaré decir en esta parte que fué cosa digna de mayores brazos, lucidísima en su género; porque con la fuente de piedra que allí tiene tan abundante de agua, se fingieron otras muchas por ocultas venas de incomparable vista y artificio. Era la mitad jardín de cuadros de labores, con tanta diversidad y tantas flores en sus espacios, que por no marchitarlas el sol y regarlas el cielo, llovió aquel día. En la parte que pareció de mejor vista estaba nuestro santo labrador arando, que fué justo y lucido advertimiento. Aquí no había género de fruta que no pendiese de los árboles; tanto, que, como en las fábulas antiguas castigaron los dioses á Prometeo por haberles hurtado la llama celestial, aquí pudieran al hortelano de esta fábrica, por haber hurtado á la naturaleza sus frutos. Mas cuando amaneció el alba, las aves que engañadas la habitaron aquel breve espacio, no hallaron ramas en que dormir la misma

noche; tal fué el despojo del vulgo en pasando el Santo, como si se hubiera pregonado el saco. Á esta huerta, que estaba, como se ha referido, en la plaza donde se vende la madera, hice esta *silva* :

Donde los secos pinos,
Partos de Guadarrama y de la sierra
Adonde nace el Tajo,
Dan materia al trabajo
Y ilustran edificios peregrinos
Milagros vió la polvorosa tierra,
Porque en árboles altos convertidos,
Resucitó su humor, y el alma verde,
Que en la aguda segur la vida pierde,
Solicitó las selvas y los nidos
Con tiernas hojas y floridos prados;
Los pájaros vinieron engañados
Al alba, cuya risa perlas llora,
Y cantaron la fiesta;
Pero volviendo á la segunda aurora,
La verde selva hallaron descompuesta,
Y en vez de los arroyos cristalinos,
Los árboles que el céfiro no mueve,
Los mal cortados pinos,
Sobre la cara de la tierra echados,
Volviéronse burlados
Á los eternos montes
De nuestros horizontes,
Que del león y el pez en fuego y nieve
Permanecen y dan sombra y sustento;
Que no puede durar lo que es violento.

Las vallas que se previnieron para la procesión por todas las calles, y en palacio para los fuegos, fueron de grande costa, pero de importante defensa, con otras muchas carreras en maderos altos para las luminarias de aquellas noches. Los teatros para las danzas en frente de las ventanas de su majestad, para ver las comedias el Consejo en la plaza de la Villa, y para los cantores en la iglesia, también merecen lugar en la ostentación y adorno de la fiesta.

Las colgadnras de las calles, luego que amaneció el domingo 19 de junio, no pueden ser encarecidas, pero pueden ser imaginadas de quien sabe con la liberalidad que tantos príncipes las ofrecen al servicio de la Iglesia en tantas ocasiones, y más en ésta, que con tanta alegría celebraban la dicha de España, como colunas della.

Aquí tiene lugar el adorno de la parroquial de San Andrés, donde ha cinco siglos que está el cuerpo de nuestro labrador soberano; fué obra de los padres clérigos menores, título del Espíritu Santo, de donde les ha nacido volar tan alto, que sola su gracia pudiera haberles tenido firmes tan cerca de su figura. En el cielo de la capilla mayor, ¡qué de colchas bordadas de la China pintaron! de suerte que, pareciendo círculo dado en las divisiones, como la suelen hacer los pentáganos equiláteros y equiángulos, fijaron de manera las tapicerías, que, sin ofender los realces, iluminaban el techo de las bordadas flores, animales y aves, como si el famoso Vicencio y Eugenio le pintaran de colores y oro sobre el blanco estuque; á quien hice estos versos :

Esta del cielo imitación sagrada,
De la curiosidad limpio desvelo,
Este prado de flores en el cielo,
Enigma de su fábrica dorada;
Este huerto pensil, esta colgada
Primavera, que hurtó su signo al suelo,
Obra fué de Menores, cuyo celo,
Con atreverse al cielo, á Dios agrada.
No los menores de la fiesta fueron,
Supuesto que Menores se llamaron,
Pues el cielo, gigantes, emprendieron;
Pero de tal manera le adornaron,
Que, como de su esfera no cayeron,
Parece que la gracia confirmaron.

Las luminarias de Madrid sólo en su Plaza tienen hermosura por los faroles de vidrio ; todos iguales no pueden ser, como en otras ciudades, por la falta de las murallas y almenas; pero como dió la Villa tanta cantidad de hachas para las torres, fueron estas noches insignes, así por esto como por las muchas de que se adornaron ventanas de príncipes, títulos, consejeros, embajadores y otras personas ilustres.

Lo que hubo móvil fué una tramoya sobre un teatro. Era de cuarenta pies de alto, su fundamento un fuerte, su extremo una nube, encima della la Fama con una bandera en la mano. y cuatro ángeles que volaban al rededor, sin verse su movimiento como si fuera máquina semovente ó

autómata de las que escribe Hieron Alejandrino, jamás vista en España, y tan antigua, que hace della memoria Homero en la *Ilíada*, con aquellos criados que, fabricados de oro, servían como si fueran vivos; deseo que tuvo Aristóteles en los *Políticos*, por excusar la molestia del servicio, y ciencia que no despreció Platón y que estimó Arquímedes

Hubo asimismo cuatro medios carros de extremada pintura al temple, con apariencias notables para representar dos comedias: la primera de *Las niñeces de san Isidro*, la segunda *La juventud*. Quiso la Villa que fuesen mías; representáronlas con rico adorno Vallejo y Avendaño; irán al fin desde relación, porque los que no las oyeron puedan, leyéndolas, gozarlas. Hubo, sin éstos, otros cuatro carros, cuya fábrica irá entre las danzas desta fiesta descrita sucintamente, porque no exceda los términos de relación este discurso. La víspera deste día fueron á palacio en alarde con música de trompetas y chirimías todas las danzas que la Villa tenía prevenidas y los carros referidos, como previniendo los ánimos á la esperanza de las fiestas, y alegrando á sus majestades, que favorecieron este día con su real presencia.

No escribo en esta ocasión la autoridad y grandeza con que, acabadas las vísperas, llevaron los padres de la Compañía las imágenes de su bendito patriarca san Ignacio de Loyola y su apóstol de la India san Francisco Javier á San Andrés, donde ya los esperaba la santa Madre, como quien tomó para su nombre el título que ellos para su religión, y á todos nuestro santo Labrador, que, como huésped del Apóstol san Andrés por cinco siglos, le trajo á su casa estos convidados (mayor honra de nuestro Santo visitarle santos, que la que le hicieron reyes de Castilla, y particularmente el señor rey don Alfonso, que ganó la batalla de las Navas, haciendo labrar de mármol su imagen, que hoy día permanece en el coro mayor de la santa iglesia de Toledo, con su ahijada, á la parte diestra del Evangelio), por haber libro particular desto, y bien necesario para poder exagerar y encarecer cosas tan grandes; y asimismo la máscara que hicieron el miércoles 22 de junio, remitiéndome á sus ingenios, pues ellos solos, que lo supieron trazar, emprender y conseguir con tan general admiración, lo sabrán escribir y celebrar como merece. Los tres primeros días deste novenario se celebraron los divinos oficios á

nuestro Isidro con la grandeza y majestad debida á ocasión tan singular y á devoción tan piadosa: el adorno del altar, la riqueza de los ornamentos y la música correspondió conforme á las demás partes.

El primero sermón fué del padre Jerónimo de Florencia, Demóstenes divino y predicador verdaderamente apostólico; seguro que no se entiendan dél las palabras de san Jerónimo : *Magnum discrimen est Dei tacere sermones ob triplicem causam : vel propter timorem, vel propter pigritiam, vel propter adulationem.* El segundo del doctor Francisco Sánchez de Villanueva, á quien haber nacido en la patria de nuestro Santo infundió con el amor nueva sabiduría; que es el amor por su camino una divina luz del entendimiento, como lo sintió san Bernardo alabando el amor, pues entre otras cosas dice que nace del *subtilitas intellectuum.* Yo con el que le tengo también supiera alabarle, mas temo ofenderle; basta decir que á su nombre se puede añadir justamente el de Crisóstomo. El tercero del padre maestro fray Diego López de Andrada, cuya doctrina y elocuencia compiten en alabanza de su divino ingenio, fértil, abundante y inexhausto, y que supo bien la luz que puso en su pastoral á los predicadores san Gregorio : *Ut ipsi vivendo illuminent, quae loquendo suadere festinant; nam loquendi auctoritas perditur, quando vox opere non adjuvatur.*

Domingo por la tarde fué la procesión; desfavoreciólo el día, haciendo el tiempo su oficio, sin que se lo estorbase el cielo, porque la fe de España no ha menester milagros. Vinieron de cuarenta y seis villas y lugares cruces, pendones, cofradías, clérigos, alcaldes, regidores y alguaciles, todos con varas altas, que en la corte fué cosa de notable gusto, y para ellos de no imaginada honra; pero en la fiesta de labrador justo fué que la tuviesen como los más interesados en la que dió la Iglesia á nuestro Santo. Fueron los estandartes ciento y cincuenta y seis, las cruces setenta y ocho, las danzas de Madrid y su comarca diez y nueve, por esta orden : los cuatro elementos en cuatro carros de mediana grandeza, porque pudiesen ir por la procesión, y todos de igual arquitectura y medida. Era su ordenanza de un pedestal de cinco pies y medio de alto y diez y medio de largo y siete de ancho, resaltado á todas haces en las cuatro esquinas con cuatro pilastras, cuyos capiteles y basas se formaban de las mismas molduras, de que resul-

taban campos y espacios, en cuyos recuadros iban pintados países y *jeroglíficos*. En el elemento de la tierra iba una montaña de forma que significase su estabilidad. Así el Profeta : *Qui fundasti terram super stabilitatem suam.* Sobre ella un trono, que ocupaba su figura vestida ricamente y á propósito con una copia en la mano, de que iba sacando flores y fruta, que á sus tiempos esparcía sobre la gente, y en la frente del carro dos labradores fingidos, que iban cavando. La danza que acompañaba este elemento era de sus agricultores, con diversos instrumentos del campo y de la música ; su vestido de terciopelo verde, con pasamanos de oro En el carro y triunfo del agua iba un risco, y en su trono la figura que las representaba, como que iban pendientes, *et aquas appendit in mensura*, con una concha en la mano, de cuyo centro esparcía agua de olor, y cuyo vestido de tela de plata adornaban hasta en el tocado conchas, corales y mariscos; movíase sobre un mar una galera queña, que llevaba delante, bogando los remeros con gracioso artificio ; su danza doce hombres en traje de dioses marinos, su música dos sirenas. El carro del aire fingía una nube, en que iba sentado y en continuo movimiento, con un globo en la mano, y á los lados los cuatro principales vientos; delante un hombre fingido, que con extremada gracia iba siempre tañendo, en significación de que todo sonido se causa por el aire : *in medio circumstante*, como dice el filósofo ; su danza doce pájaros vestidos de pluma, su música dos niños en dos grifos, todos imitados artificiosamente. El triunfo del fuego llevaba un medio globo de materia que le representaba al vivo, y encendido siempre, porque *nutrimento non eget ;* en lo alto su figura, su vestido tela de oro bordado de llamas; iba arrimada á un volcán de fuego entre otros cuatro, de que salían á su tiempos diversos fuegos; su danza, á su imitación, con ricos trajes y rostros encendidos. Fué tanta la curiosidad de su artífice, que para sus hieroglíficos y propriedades, que guardó rigurosamente, fuera menester, no sólo relación larga, pero particular libro. Los gigantes ya tenían su lugar y su noticia, si bien la lengua nueva, por no dar fastidio á los críticos con el nombre, los llamara Nembrotes, Encelados ó animados montes. La danza del águila de oro acompañada de dos niñas, que hacían extremadas vueltas, y algunos hombres, que, á manera de las pelas de

Portugal, las traían en las manos con alegre música; una de diferentes instrumentos, que ofrecieron á nuestro Santo los oficiales del peso, ricamente vestida; dos danzas de espadas con diferentes colores, por ser tan conformes desde su primera invención, que sólo en esto pueden serlo, y la mejor que se ha visto de música, porque contenía veinte y cuatro personas, vestidas de tela de oro y plata, ricos tabíes, tocados y plumas. África guiaba sus moros árabes, egipcios y etíopes ; Asia sus tártaros, chinos, indios y persianos; América sus floridos, caribes y chilenos; Europa sus españoles, franceses, italianos y alemanes; y conforme á las naciones, la propriedad de las mudanzas y la armonía de los instrumentos; otra de once galeras, imitadas cuanto fué posible, porque los mismos que las conducían eran los que danzaban ; las escuadras eran de capitanes de Malta y de bajaes turcos.

Por no causar fastidio, finalmente, pues ya se usan críticos de relaciones como de historias graves, y la que se hace deste género, si bien en las procesiones luce, es para escrita humilde; digo que iban danzas de negros, de locos, de galanes, de franceses, de Brabonel, de Melisendra, del Emperador y de las gitanas, y asimismo diversas tropas de menestriles y trompetas, repartidas á trechos. Fueron todas las órdenes con sus cruces, reliquias y ornamentos, y por medio de la procesión los padres de la Compañía, todos los clérigos que en esta villa tienen capellanías, los curas y beneficiados, así de Madrid como de cuarenta y seis lugares de su partido ; la capilla real de las Descalzas, fundación de la serenísima princesa de Portugal; la del monasterio de la Encarnación, obra insigne de la reina nuestra señora doña Margarita de Austria, que Dios tiene; la de San Felipe, del Carmen, de la Trinidad y de la Merced; los santos, cuya era la fiesta deste día, con preciosas joyas en las insignias y ricos vestidos bordados de oro, que les dió su majestad de la Reina nuestra señora, indicio de su piadosa devoción y afecto, en hombros de sacerdotes, representaban con majestad cuyos retratos eran, y en este triunfo de su patria la gloria de la eterna. Todos llevaban delante sus estandartes con sus imágenes y armas: el de san Isidro llevaba don Rodrigo Cárdenas Zapata, alférez mayor desta villa, y los demás personas ilustres, á quien acompañaban señores y títulos.

El cuerpo de nuestro Santo, á quien Dios ha honrado con preservalle intacto, alcanzándole la bendición del real Profeta para más testimonio de la pureza de su santa vida, iba en una arca de plata, y no urna, pues no fué para cenizas breves, sino para cuerpo entero, conforme al verso ovidiano en la tercera elegía :

Parva reservantur in urna.

Y Lucano en el segundo :

Sed postquam condidit urna supremos cineres.

Y Arquitrenio :

Parvae non sufficit urnae.

De suerte que es nombre más á propósito, con licencia de los escrupulosos de nuestra lengua, y que califica más la ofrenda y obra insigne de la devoción y liberalidad de los plateros desta corte, con la imagen del Santo en el último cuerpo de su fábrica, por quien diremos mejor á su patria que Italia por el poeta Enio :

Aspicite, oh cives, Isidori imaginis urnam.

Su labor, grandeza y hermosura dijo con su fértil ingenio en tan verdes años el conde del Basto en este *epigrama :*

Piadoso de Artemisia afecto caro
Á cenizas de amor el mausoleo,
Dió maravilla al mundo, que el deseo
De eternidad formó de mármol paro.
Calle el milagro bárbaro, que raro
Lustre inmortal propuso al regio empleo,
Pues hoy le gana el árbol de Peneo,
Preciosa pira de esplendor más claro.
Primero en majestad, aunque segundo,
De que eres cielo tu valor informa
De Isidro en cuanta gloria tiene el suelo,
Oh sepulcro del sol, milagro al mundo
Por arte, por piedad, materia y forma,
Pues dividís imperio con el cielo.

Después del arca, que con ruedas secretas en un plaus-

tro, que adornaban cubiertas blancas, guarnecidas de oro, era con fácil movimiento conducida, partiendo, como dice este soneto, jurisdicción con el cielo, pues el uno tenía el cuerpo y el otro el alma, venía entre acompañamiento ilustre el señor don Enrique Pimentel, obispo de Valladolid y electo de Cuenca, vestido de pontifical, á quien seguían los consejos de Castilla, Indias, Órdenes y Hacienda, el tribunal de la contaduría mayor de Cuentas y la villa de Madrid en forma con los dichos consejos y en la misma orden. En llegando la procesión á las casas que en la plaza Mayor llaman de la Panadería, donde habían asistido sus majestades y altezas, bajó el Rey nuestro señor á acompañarla, y asimismo los consejos de Aragón, Inquisición y Italia; dió la insigne villa de Madrid á su majestad, á su casa, consejos, grandes, títulos, caballeros, clerecía y religiones las hachas y velas en abundancia, que con la escura noche del poco apacible día causaban hermosa vista.

Los fuegos fueron notables así en la plaza de Palacio tres noches, con un juego de cañas de treinta personas en caballos fingidos, un toro y un estafermo, una montería de ciervos y osos, que entretuvo la vista por largo espacio con diferentes invenciones de fuego; y en plaza de las Descalzas, por alegría de las buenas nuevas del decreto de su santidad en veneración de la concepción inmaculada de la Virgen nuestra Señora, la batalla de fuego en dos escuadrones de galeras.

Las máscaras que los padres de la Compañía hicieron, remito, como queda advertido, con las demás grandezas de su obligación y únicos ingenios, al libro de sus fiestas, y me pesara de que corriera por mi cuenta exagerarlas, así por mi insuficiencia, como porque en obras tales más ofende la corta alabanza que el general silencio. Tocaron sus días, que fueron los últimos, á los venerables padres carmelitas descalzos, cuyo claustro fué paraíso, su templo cielo, su adorno y sus luces admiración de los ojos; y entre muchas grandezas de su fiesta, que no cubrirá jamás tiempo ni olvido, es digna de memoria una fuente en un cuerpo de arquitectura, que imitaba el mármol, cuyos bien proporcionados miembros remataba la imagen de la santa Madre, coronada de flores. Los cuatro lienzos del edificio acompañaban las cuatro partes del mundo, y de todas vertían tanta copia de agua, que le comunicaba la altura de una

torre, que no es posible encarecer sin versos tan hermosa máquina, y la de un castillo de fuego con un gigante, que con serlo, se movía á todas partes ligeramente; fueron de Juan de Piña, cuyo entendimiento, por mucho que le celebre, siempre dice mi amor que quedo corto:

Desta fuente cristalina
Es tal el arte y belleza,
Que ignora naturaleza
Por las venas que camina;
Fábrica tan peregrina
Fué peregrino desvelo,
Que subir cristal al cielo,
De ingenio gigante empresa,
Sólo pudiera Teresa
Por las cumbres del Carmelo.

Y á este propósito, y tener la Santa en la mano aquella misteriosa pluma, pincel divino de tan soberanas ideas y conceptos, y estar en lo alto de la fuente, escribí este *epigrama:*

Herida vais del serafín, Teresa;
Corred al agua, cierva blanca y parda,
Mas la fuente de vida que os aguarda,
También es fuego, y de abrasar no cesa.
¿Cómo subís por la montaña espesa
Del rígido Carmelo tan gallarda,
Que con descalzos pies no os acobarda
Del alto fin la inaccesible empresa?
Serafín cazador el dardo os tira,
Para que os deje estática la punta,
Y las plumas se os queden en la palma.
Con razón vuestra ciencia el mundo admira,
Si el seráfico fuego á Dios os junta,
Y cuanto veis en él traslada el alma.

Las comedias que se representaron, como queda prometido, son las siguientes, después de las cuales se pondrá la *Justa* con sus ricos premios, celebrados ingenios y adornado teatro en el palacio de sus majestades y en su presencia; cuidado, estudio y celo de los señores don Juan de Castro y Castilla, corregidor desta villa; de Diego de Urbina, Félix de Vallejo, Juan González de Almunia, Juan de Pinedo, sus regidores, comisarios, y de Francisco Testa escribano mayor del Ayuntamiento.

Si fuere novedad en relación, podrá el lector quejarse del imperio precioso de quien pudo mandar que se imprimiesen, ó considerar que esta parte no se ha mezclado por paréntesis en lo que se ha referido; reprehensión justa en la retórica, de cuyas leyes se libra y en su principio excusa. Las tres forzosas de la narración, corografía y tiempo no excluyen fuera de la historia lo que fué de consideración en ella, ni se guarda tanto ese rigor, que no se les perdone á muchos, así las oraciones como el mover los afectos, partes de la tragedia. Al fin dellas hallará el que leyere la prosecución deste discurso, que por ser este lugar el que tuvieron, no he querido quitársele ni contar lo que contenían en poema exegemático, pudiendo hacer que ellas mismas lo refieran, fuera de contener en sí más deleite que en prosa las personas introducidas, los conceptos y los donaires. La primera parte representó Vallejo, la segunda Avendaño. La riqueza de los vestidos fué la mayor que hasta aquel día se vió en teatro, porque ahora representan las galas como en otro tiempo las personas, supliendo con el adorno la falta de las acciones. Salieron sus majestades y altezas á los balcones bajos de palacio en el lienzo que confina con la torre nueva, donde estaban los carros, que con las casas que sirven de vestuarios, invenciones y apariencias, guarnecían el teatro, que los divide,. y en parte eminente al concurso del pueblo, las chirimías y trompetas.

RESPUESTA

DE LOPE DE VEGA CARPIO

Á UN PAPEL

QUE ESCRIBIÓ UN SEÑOR DE ESTOS REINOS

EN RAZÓN

DE LA NUEVA POESÍA

Mándame vuestra excelencia que le diga mi opinión acerca desta nueva poesía, como si concurrieran en mí las calidades necesarias á su censura, de que me siento confuso y atajado ; porque por una parte me fuerza su imperio, en mis obligaciones ley precisa, y por otra me desanima mi ignorancia, y aun por ventura el peligro que me amenaza si este papel se copia, en el cual ni querría dar gusto á los que esta novedad agrada, ni pesadumbre á los que la vituperan, sino sólo descubrirmi sentimiento, bien diferente de lo que muchos piensan, que dando crédito á sus imaginaciones, son intérpretes equívocos de los pensamientos ajenos. Discurso era este para mayor espacio del que permite un papel que responde á un príncipe en término preciso, y más en esta ocasión, y donde tantos están á la mira del arco, como si el más diestro tirador, como Horacio dijo, pudiese dar siempre al blanco ; y así, procuraré con la mayor brevedad que me sea posible, decir lo que siento, que pues Aristóteles en el libro primero de sus *Tópicos* dejó advertido que los filósofos por la verdad *debent etiam sibi contradicere*, bien puede el arte de hacer versos, pues todo su fundamento es la filosofía, como consta de los antiguos, no sin afrenta de muchos de los modernos, con el debido respeto á tanto varón, no digo

contradecir, pero dar licencia á un hombre para decir lo que siente. Mas hay algunos que á las cosas del ingenio responden con sátiras á la honra, valiéndose de la ira donde les falta la ciencia, y quieren más mostrarse ignorantes y desvergonzados negando lo que escriben, que doctos y nobles en lo que defienden. En las academias de Italia no se halla libertad ni insolencia, sino reprehensión y deseo de apurar la verdad; si esta lo es, ¿qué pierde porque se apure, ni qué tiene que ver el soneto deslenguado con la oposición científica? No lo hizo así el Taso reprehendido en la Crusca por la defensa del Ariosto; no así el Castelvetro por la de Aníbal Caro; pero en efecto, España ha de hacer lo que dicen los extranjeros, como se ve por el ejemplo de Antonio Juliano, de quien se rieron los griegos en aquel convite: *Tamquam barbarum et agrestem; qui ortus terra Hispaniæ foret.* Yo, Señor, responderé á lo que vuestra excelencia me manda, con las más llanas razones y de más cándidas entrañas; porque realmente (y consta de mis escritos) más se aplica este corto ingenio mío á la alabanza que á la reprehensión, porque alabar bien puede el ignorante, mas no reprehender el que no fuere docto y tenido en esta opinión generalmente; aunque en esta infelicísima edad vemos hombres anotar y reprehender cuando fuera justo que comenzaran á aprender; pero atájales la soberbia el camino de conseguir las ciencias con la humildad y contemplación; porque si todos los artes (como los antiguos dijeron) *in meditatione consistunt*, quien toma los libros para burlarse con arrogancia, y no para inquirir con humildad lo que enseñan, claro está que se hallará burlado y malquisto, justo premio de su locura. Cuán diferente juicio sea el de los hombres sabios, díjolo muy bien Hermolao Bárbaro por estas palabras: *Faciunt hoc alba, et ut græci dicunt, bene nata ingenia: quorum summa et certa proprietas est, numquam docere, doceri semper velle, judicium odisse, amare silentium, quibus duobus tota pythagoricorum et academicorum continetur præeeptio.* Destos refiere Aulo Gelio que callaban dos años; pues ¿de quién son discípulos éstos que siempre hablan? Bien dijo Plutarco del callar: *Nescio quid egregiüm Socraticum, aut potius Herculeum præ se fert.* No es buena manera de disputa la calumnia, sino la animadversión, que, *Si vita nostra in remissionem et studium est*

divisa; no lo dijo Falereo por educación destos hombres, que no es este el estudio que se distingue de la remisión.

Presupuestos pues estos principios como infalibles, y dando por ninguna la objeción de los que dicen que no se deben poner á las novedades, de que una facultad recibe aumento, porque *omnium rerum principia parva fiunt, sed suis progressionibus usa augentur;* ¿ cuál hombre será tan fuerte, como César dijo, que *non rei novitate perturbetur,* y atienda á penetrar la causa de que nació la filosofía? Y si una de las tres partes en que Cicerón la divide es: *De disserendo, et quid verum, et quid falsum, guid rectum in oratione, quid pravum, quid consentiens, quid repugnet judicando;* esta es mejor manera de hablar que responder con desatinos en consonantes, que más parecen libelos de infamia que apologías de hombres doctos. Finalmente, yo pienso decir mi sentimiento, tengan el que quisieren los que *obliquis oculis* miran la verdad impedidos de la pasión, porque, *minimè profecto fraudi esse debet,* como Turnebo dice, *juvandi studium, quod amplexi, obtrectatores contemnimus.* De cuyos ingenios no puede temer ofensa quien desea la verdad con honestas palabras.

El ingenio deste caballero, desde que le conocí, que ha más de veinte y ocho años, en mi opinión (dejo la de muchos) es el más raro y peregrino que he conocido en aquella provincia, y tal, que ni á Séneca ni á Lucano, nacidos en su patria, le hallo diferente, ni á ella por él menos gloriosa que por ellos. De sus estudios me dijo mucho Pedro Liñán de Riaza, contemporáneo suyo en Salamanca; de suerte que *non indoctus pari facundia, tel ingenio præditus,* rindió mi voluntad á su inclinación, continuada con su vista y conversación, pasando á la Andalucía, y me pareció siempre que me favorecía y amaba con alguna más estimación que mis ignorancias merecían. Concurrieron en aquel tiempo en aquel género de letras algunos insignes hombres, que quien tuviere noticia de sus escritos, sabrá que merecieron este nombre: Pedro Láinez, el excelentísimo señor marqués de Tarifa, Hernando de Herrera, Gálvez Montalvo, Pedro de Mendoza, Marco Antonio de la Vega, doctor Garay, Vicente Espinel, Liñán de Riaza, Pedro Padilla, don Luis de Vargas Manrique, los dos Lupercios y otros, entre los cuales se hizo este

caballero tan gran lugar, que igualmente decía dél la fama lo que el oráculo de Sócrates. Escribió en todos estilos con elegancia, y en las cosas festivas, á que se inclinaba mucho, fueron sus sales no menos celebradas que las de Marcial, y mucho más honestas. Tenemos singulares obras suyas en aquel estilo puro, continuadas por la mayor parte de su edad, de que aprendimos todos erudición y dulzura, dos partes de que debe de constar este arte; que aquí no es ocasión de revolver Tasos, Danielos, Vidas y Horacios, fundados todos en aquellos aforismos de Aristóteles. Mas no contento con haber hallado en aquella blandura y suavidad el último grado de la fama, quiso (á lo que siempre he creído con buena y sana intención, y no con arrogancia, como muchos que no le son afectos han pensado) enriquecer el arte y aun la lengua con tales exornaciones y figuras, cuales nunca fueron imaginadas ni hasta su tiempo vistas, aunque algo asombradas de un poeta en idioma toscano, que por ser de nación ginovés, no alcanzó el verdadero dialecto de aquella lengua, donde hay tantas insignes obras inteligibles á la primera vista de los hombres doctos y aun casi de los ignorantes. Bien consiguió ese caballero lo que intentó, á mi juicio, si aquello era lo que intentaba; la dificultad está en el recebirlo, de que han nacido tantas, que dudo que cesen si la causa no cesa; pienso que la escuridad y ambigüidad de las palabras debe de darla á muchos. *Verbis uti*, dijo Aulo Gelio, *nimis obsoletis exulcatisque, aut insolentibus, novitatisque duræ et illepidæ, par esse delictum videtur;* pero más molesta y culpable cosa, *verba nova, incognita et inaudita dícere, etc.* Y hablando de la *Onomatopoeia* Cipriano en su *Retórica*, dice: *At nunc raro, et cum magno judicio hoc genere utendum est: ne novi verbi assiduitas odium pariat; sed si commodo quis eo utatur et raro, non ostendet novitatem, sed etiam exornabit orationem.* Pero Fabio Quintiliano lo dijo todo en una palabra: *Usitatis tutius utímur: nova non sine quodam periculo fingimus.* Y más adelante, en el capítulo VI: *Consuetudo vero certissima loquendi magistra: utendumque plane sermone, ut numo, cui publica forma est.* Y aunque en él se puede ver tratada esta materia abundantemente, no puede dejar de citar un aforismo suyo, que lo incluye todo, pues la autoridad de Quintiliano carece de réplica: *Oratio, cujus*

summa virtus est perspicuitas, quam sit, vitiosa, si egeat interprete ? Y cuando en el libro octavo concede alguna licencia, es con esta limitación : *Sed ita demun si non appareat affectatio.*

En las materias graves y filosóficas confieso la breve escuridad de las sentencias, como lo disputa admirablemente Pico Mirandulano á Hermolao Bárbaro : *Vulgo non scripsimus, sed tibi et tuis similibus.*

Y acuérdase de los silenos de Alcibiades : *Erant enim simulacra,* por lo exterior fiera y hórrida ; pero con deidad intrínseca, y donde Heráclito dijo que estaba escondida la verdad. Pero si por aquellas cosas que Platón llamaba *teatrales*, desterró los poetas de su república, el medio tendrá pacíficos los dos extremos para que no esté tan enervada la dulzura, que carezca de ornamento, ni él tan frío, que no tenga la dulzura que le compete. Creo que muchas veces la falta del natural es causa de valerse de tan estupendas máquinas el arte ; pero *arte non conceditur, quod naturaliter denegatur, l. ubi repugnantia,* §. 1, *De regulis jur.*

No se admire vuestra excelencia, Señor, si en esta parte me dilato, por ser tan alta materia el hablar. que della dijo Mercurio Trimegisto en el Pimandro, que « solo al hombre había Dios concedido la habla y la mente: cosas que se juzgaban del mismo valor que la inmortalidad. » Pero volviendo al propósito, á muchos ha llevado la novedad á este género de poesía, y no se han engañado, pues en el estilo antiguo en su vida llegaron á ser poetas, y en el moderno lo son el mismo día ; porque con aquellas transposiciones, cuatro preceptos y seis voces latinas ó frasis enfáticas, se hallan levantados adonde ellos mismos no se conocen, ni aun sé si se entienden. Lipsio escribió aquel nuevo latín, de que dicen los que le saben, que se han reído Cicerón y Quintiliano en el otro mundo ; y siendo tan doctos los que le han imitado, se han perdido ; y yo conozco alguno que ha inventado otra lengua y estilo tan diferente del que Lipsio enseña, que podía hacer un diccionario, como los ciegos á la jerigonza. Y así, los que imitan á este caballero producen partos monstruosos, que salen de generación, pues piensan que han de llegar á su ingenio por imitar su estilo ; más pluguiera á Dios que ellos le imitaran en la parte que es tan digno de serlo,

pues no habrá ninguno tan mal afecto á su ingenio, que no conozca que hay muchas dignas de veneración, como otras que la singularidad ha envuelto en tantas tinieblas, que he visto desconfiar de entenderlas gravísimos hombres, que no temieron comentar á Virgilio ni á Tertuliano; puédese decir por él en esta parte lo que san Augustín dice de la elocuencia, que no siempre persuade la verdad: *Non est facultas ipsa culpabilis, sed ea malè utentium perversitas*. Otros hay que tienen este nuevo estilo por una fábrica portentosa, y se atreven á tantas letras y partes dignas de sumo respeto en su dueño, porque dijo el antiguo poeta Lucio, que *multuhominum portenta in Homero vereificata monstra putant*. Ello, por lo menos, tiene pocos que aprueben y muchos que contradigan, no sé lo que crea; pero diré con Aristóteles: *Quædam delectant nova, quæ postea similiter non faciunt.*

Todo el fundamento deste edificio es el transponer, y lo que le hace más duro es el apartar tanto los adjuntos de los substantivos, donde es imposible el paréntesis, que lo que en todos causa dificultad la sentencia, aquí la lengua; y como esto en los que imitan es con más dureza y menos gracia, cuando ellos fueran Virgilios, hallaran algún Séneca que les dijera, por la novedad que quiso usar con los vocablos de Ennio (aunque Gelio se ría desta censura): *Virgilius quoque noster non ex alia causa duros quosdam versus et enormes, et aliquid super mensuram trahentis interposuit.*

Los tropos y figuras se hicieron para hermosura de la oración; éstas mismas Aftonio, Sánchez Brocense y los demás las hallan viciosas, como los pleonasmos y anfibologías, y tantas maneras de encarecer, siendo su naturaleza adornar; y si no, lean á Cicerón *ad Herennium*, y verán lo que siente de los dialécticos, después de haber dicho: *Cognitionem amphiboliarum eam quae á dialecticis profertur non modo nullo adjumento esse, sed potius maximo impedimento, etc.* Y engáñase quien piensa que los colores retóricos son enigmas, que es lo que los griegos llaman *scirpos;* perdónenme los que le saben, pues que son pocos, que hasta una palabra bien pòdemos traerla siendo á propósito. Pues hacer toda la composición figuras es tan vicioso y indigno, como si una mujer que se afeita, habiéndose de poner la color en las mejillas, lugar tan proprio, se la

pusiese en la nariz, en la frente y en las orejas; pues esto, señor excelentísimo, es una composición llena destos tropos y figuras, un rostro colorado á manera de los ángeles de la trompeta del juicio ó de los vientos de los mapas, sin dejar campos al blanco, al cándido, al cristalino, á las venas, á los realces, á lo que los pintores llaman encarnación, que es donde se mezcla blandamente lo que Garcilaso dijo, tomándolo de Horacio :

En tanto que de rosa y azucena.

La objeción común á Séneca es, que todas sus obras son sentencias, á cuyo edificio faltan los materiales, y por cuyo defecto, dijo Cicerón que hay muchos hombres á quien, sobrando la doctrina, falta la elocuencia. Las voces sonoras nadie las ha negado, ni las bellezas, como arriba digo, que esmaltan la oración, proprio efecto della; pues si el esmalte cubriese todo el oro, no sería gracia de la joya, antes fealdad notable. Bien están las alegorías y translaciones, bien la similitud por la traslación, bien la parte por el todo, la materia por la forma, y al contrario, lo general por lo particular, lo que contiene por el contenido, el número menor por el mayor, el efecto por la ocasión, la ocasión por el efecto, el inventor por la invención, y el accidente del que padece á la parte que le causa; así las demás figuras, agnominaciones, apóstrofes, superlaciones, reticencias, dubitaciones, amplificaciones, etc., que de todas hay tan comunes ejemplos; mas esto raras veces, y según la calidad de la materia y del estilo, como escribe Bernardino Danielo en su *Poética*. Verdad es que muchos las usan sin arte, y es causa de que yerren en ellas, porque la retórica quiere una cierta diferencia de ingenio, de quien san Agustín dijo, tomándolo de Cicerón en el libro *De orat.* : *Nisi quis citó possit, numquam omninó possit per discere*. El ejemplo para todo esto sea la transposición ó transportamiento, como los italianos le llaman, que todo es uno, pues esta es la más culpada en este nuevo género de poesía, la cual no hay poeta que no la haya usado; pero no familiarmente, ni asiéndose todos los versos unos á otros en ella, con que le sucede la fealdad y escuridad que decimos, si bien es más fácil manera de componer, pues pasa el consonante y aun la razón donde quiere el

dueño, por falta de trabajo para ablandarla y seguirla con lisura y facilidad. Juan de Mena dijo :

Á la moderna volviéndome rueda,
Divina me puedes llamar providencia.

Boscán :

Aquel de amor tan poderoso engaño.

Garcilaso :

Una extraña y no vista al mundo idea.

Y Hernando de Herrera, que casi nunca usó desta figura, en la elegía tercera :

Y le digo señora dulce mía.

Y el insigne poeta por quien habló Virgilio en lengua castellana, en la traducción del *Parto de la Virgen*, del Sanazaro :

Tú sola conducir, diva María.

Y así los italianos, de que serían impertinentes les ejemplos.

Esto, como digo, es dulcísimo usado con templanza y con hermosura del verso, no diciendo :

En los de muros, etc.

Porque casi parece al poeta que refiere Platón en su *Elocuentia*, cuando dijo : « Elegante hablastes mente; » figura viciosa que él allí llama *Cachosindethon*. Finalmente, de las cosas escuras y ambiguas, y cuanto se deben huir, vea vuestra excelencia á san Augustín, en el libro cuarto *De doctrina christiana;* porque pienso que su opinión, ninguno será tan atrevido que la contradiga.

Platón dijo que todas las ciencias humanas y divinas se incluyeron en el poema de Homero; puede ser que aquí suceda lo mismo, que de faltar Platones no se ha entendido el secreto deste divino estilo, si ya no decimos dél lo que Augustino del *Apocalipsi*, en el libro veinte *De civitate Dei*, á Marcelino : *In hoc quidem libro, cujus nomen est Apocalypsis, obscure multa dicuntur, ut mentem legetnis exerceant.* Mas viniendo á una verdad infalible, no deja de causar lástima que lo que los ingenios doctos han procurado

ennoblecer en nuestra lengua desde el tiempo del rey don Juan el Segundo hasta nuestra edad del santo rey Felipo III, ahora vuelva á aquel principio, y suplico á vuestra excelencia humildísimamente, pues está desapasionado, juzgue si es así esto por estas palabras de la prosa que se hablaba entonces, que con ejemplos no le quiero cansar, pues el de Juan de Mena, autor tan conocido, basta en el comento que hizo á su coronación, donde dice así, hablando de la fama del gran marqués de Santillana, don Iñigo López de Mendoza :

« Y no quiere cesar ni cesa de volar fasta pasar el Cáucaso monte, que es en las sumidades y en los de Etiopia fines, allende del cual la fama del romano pueblo se falla no traspasase, según en el de *Consolación*, Boecio; pues ¿cómo podrá conmigo más la pereza que no la gloria del dulce trabajo? ¿Ó por qué yo no posporné aquesta por las cosas otras, es á saber, por colaudar, recontar y escribir la gloria del tanto señor como aqueste? Mas esforzándome en aquella de Séneca palabra, que escribe en una de las epístolas por él á Lucilo enderezadas, etc. »

¿Puede negarse una cosa tan evidente? Pues certifico á vuestra excelencia que le pudiera traer infinitos ejemplos, como decir : « Por la de la buena fama gloria, y por ende las conmemoradas acatando causas, y láctea emanante, temblante mano y peregrinante principio : » cosas que tanto embarazan la frasis de nuestra lengua, que las sufrió entonces por la imitación latina, cuando era esclava, y que ahora que se ve señora, tanta la desprecia y aborrece. Decía el doctor Garay, poeta laureado por la universidad de Alcalá, como él dijo en aquella canción,

Tengo una honrada frente
De laurel coronada,
De muchos envidiada, etc.

que la poesía había de costar grande trabajo al que la escribiese, y poco al que la leyese. Esto es sin duda infalible dilema, y que no ofende al divino ingenio deste caballero, sino á la opinión desta lengua que desea introducir. Mas, sea lo que fuere, yo le he de estimar y amar, tomando dél lo que entendiere con humildad, y admirando lo que no entendiere con veneración; pero á los demás que le imitan con alas de cera en plumas tan desiguales,

jamás les seré afecto, porque comienzan ellos por donde él acaba; á quien dijera yo lo que Escala á Politiano, dudando del estilo de una epístola suya: *Non sapit salem tuum, multa miscet, omnia confundit, nihil probat.* La dureza es imposible que no ofenda la poesía, pues no deleita, habiéndose hecho para escribir deleitando. Memoria hace Crinito de lo que tuvo Atilio Trágico, y que no menos que de Cicerón fué llamado *ferreus poeta*, aunque no sé si les viene bien el apellido de poetas de hierro, pues ningunos en el mundo tanto oro gastan, tanto cristal y perlas. Las voces latinas se trasladan, quieren la mesma templanza; Juan de Mena usó muchas, v. gr.:

El amor es ficto, vaniloco, pigro,
Y luego resurgen tan magnos clarores.

Como en este caballero:

Fulgores arrogándose presiente.

Que es todo meramente latino. No digo que las locuciones y voces sean bajas, como en un insigne poeta de nuestros tiempos:

Retoza ufano el juguetón novillo.

Pero que con la misma lengua se levante la alteza de la sentencia puramente á una locución heroica, sea ejemplo el divino Herrera:

Breve será la venturosa historia
De mi favor, que es breve la alegría
Que tiene algún lugar en mi memoria.
Cuando del claro cielo se desvía
Del sol ardiente el alto carro apena,
Y casi igual espacio muestra el día;
Con blanda voz, que entre las perlas suena,
Teñido el rostro de color de rosa,
De honesto miedo y de amor tierno llena,
Me dijo así la bella desdeñosa, etc.

Esta es elegancia, esta es blandura y hermosura digna de imitar y de admirar; que no es enriquecer la lengua dejar lo que ella tiene proprio por lo extranjero, sino despreciar la propria mujer por la ramera hermosa. Pues si queremos subirlo más de punto, léase la canción á la trans-

lación del cuerpo del señor rey don Fernando, que por sus virtudes fué llamado el Santo, y entre sus estancias, esta :

Cubrió el sagrado Betis, de florida
Púrpura y blandas esmeraldas llena,
Y tiernas perlas, la ribera undosa,
Y al cielo alzó la barba revestida
De verde musgo, y removió en la arena
El movible cristal de la sombrosa
Gruta, y la faz honrosa,
De juncos, cañas y coral ornada;
Tendió los cuernos húmidos, creciendo
La abundosa corriente dilatada,
Su imperio en el Océano extendiendo.

Aquí no excede ninguna lengua á la nuestra, perdonen la griega y latina; pero dejándola para sus ocasiones, podrá el poeta usar della con la templanza que quien pide á otro lo que no tiene, si no es que las voces latinas las disculpemos con ser á España tan proprias como su original lengua, y que la quieran volver al estado en que nos la dejaron los romanos, y prueba con tantos ejemplos el doctísimo Bernardo de Alderete en su *Origen de la lengua castellana.* Yo por algunas razones no querría discurrir en esto, que tal vez he usado alguna, pero adonde me ha faltado, y puede haber sido sonora y inteligible.

Por cuento de donaire se escribía y se imprimía no ha muchos años el estilo de aquel cura que hablaba con su ama esta misma lengua, pidiendo el « ansarino cálamo », y diciéndole que no subministraba el etiópico licor el cornerino vaso. No quiero cansar más á vuestra excelencia y á los que no saben mi buena intención, sino acabar este papel con decir que nunca se aparta de mis ojos Fernando de Herrera, por tantas causas divino; sus sonetos y canciones son el más verdadero arte de poesía. El que quisiere saber su verdad, imítele y léale; que de Garcilaso no pienso hablar palabra, pues han llegado algunos á tanta libertad, que llaman poetas mecánicos los que se imitan; cosa tan lastimosa, que por locura declarada carece de respuesta. Harto más bien lo sintió el divino Herrera, cuando dijo en aquella elegía que comienza :

Si el grave mal que el corazón me parte;

que á juicio de los hombres doctos había de estar escrita con letras de oro :

Por esta senda sube al alto asiento
Laso, gloria inmortal de toda España.

Muchas cosas se pudieran decir acerca de la claridad que los versos quieren para deleitar, si alguien no dije se que también deleita el ajedrez, y es estudio importuno del entendimiento. Yo hallo esta novedad como la liga que se echa al oro, que le dilata y aumenta, pero con menos valor, pues quita de la sentencia lo que añade de dificultad. Con esto vuestra excelencia, Señor, crea que lo que he dicho es cosa increíble á mi humildad y modestia; y si no es violencia en mí, plegue á Dios que yo llegue á tanta desdicha por necesidad, que traduzga libros de italiano en castellano, que para mi consideración es más delito que pasar caballos á Francia; ó á tanta soberbia por falta de entendimiento, que haga reprehensiones á los libros á quien todos los hombres doctos han hecho tan singulares alabanzas. Y para que mejor vuestra excelencia entienda que hablo de la mala imitación, y que á su primero dueño reverencio, doy fin á este discurso con este soneto que hice en alabanza deste caballero, cuando á sus dos insignes poemas no respondió igual la fama de su misma patria :

Canta, cisne andaluz, que el verde coro
Del Tajo escucha tu divino acento,
Si ingrato el Betis no responde atento
Al aplauso que debe á tu decoro.
Más de tu soledad el eco adoro,
Que el alma y voz de lírico portento,
Pues tú solo pusiste al instrumento,
Sobre trastes de plata, cuerdas de oro.
Huya con pies de nieve Galatea,
Gigante del Parnaso, que en tu llama,
Sacra ninfa inmortal, arder desea.
Que como, si la envidia te desama,
En ondas de cristal la lira orfea,
En círculos de sol irá tu fama.

FIN DEL TOMO IV Y ÚLTIMO

OBRAS DRAMATICAS

COMPRENDIDAS EN LOS TRES PRIMEROS TOMOS DE ESTA COLECCIÓN

TOMO PRIMERO

TOMO SEGUNDO

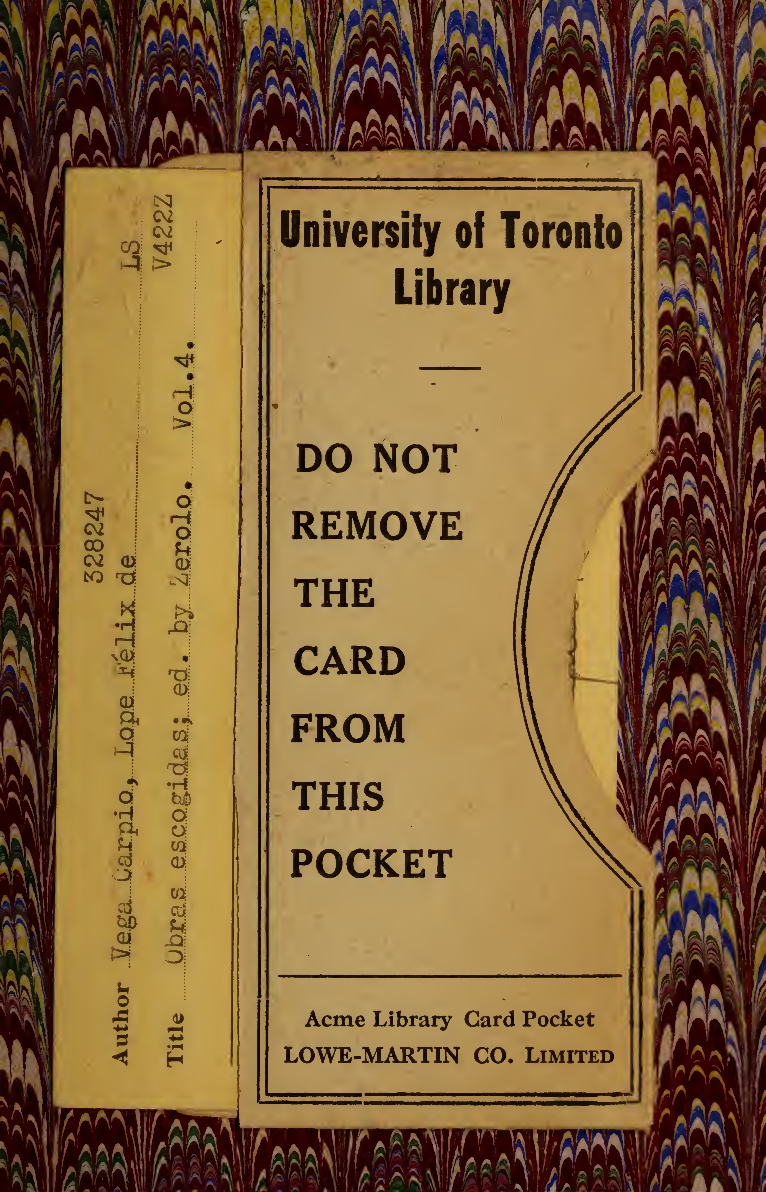
TOMO TERCERO

ÍNDICE

DEL TOMO CUARTO

TIP. GARNIER HERMANOS, 6, CALLE DES SAINTS-PÈRES. — PARÍS.





Author Vega Carpio, Lope Félix de
328247
LS
V422Z
Title Obras escogidas; ed. by Zerolo. Vol.4.
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

